

Enfermedad y autoritarismo: Biopolítica en la narrativa de los siglos XX y XXI en México,
España y Cuba

By

Oscar Armando Pérez Hernández

A dissertation submitted in partial fulfillment of
the requirements for the degree of

Doctor of Philosophy

(Spanish)

at the

UNIVERSITY OF WISCONSIN-MADISON

2014

Date of final oral examination: 5/06/2014

The dissertation is approved by the following members of the Final Oral Committee:

Rubén Medina, Professor, Spanish

Glen Close, Associate Professor, Spanish

Juan Egea, Professor, Spanish

Victor Goldgel-Carballo, Assistant Professor, Spanish

Ellen Sapega, Professor, Portuguese

Agradecimientos

Desde aquí quiero expresar mi más humilde y profundo agradecimiento:

A Rubén Medina, por su generoso apoyo a lo largo de casi una década, desde aquel primer seminario cuando, ocupado en clases de estadística, ni siquiera me pasaba por la mente este proyecto. Sin su aliento dudo mucho que el presente trabajo existiera.

A Glen Close y Juan Egea, por sus lecturas cuidadosas, sus comentarios enriquecedores y su paciencia, tanto en este proyecto como a lo largo de todo el programa doctoral.

A Victor Goldgel-Carballo y Ellen Sapega, por sus consejos y ánimo para seguir adelante.

A mis compañeros de viaje en 911, 958, 1111, Zona de Carga y en general regados por Van Hise, por su amistad, compañía y ayuda para lograr balancear la labor simultánea de instructor y estudiante durante estos años.

A Nina, Susana, Dulce, Abi y la familia García Leyva, por su cariño.

A mi abuela, mi mamá, mi hermana, mi hermano, mi cuñada, mi sobrino y mi papá, el núcleo familiar que le da un sentido de pertenencia a mi vida.

A mi bisabuela Chata y mi tía Aurea, quienes no pudieron presenciar el final de este recorrido pero que me siguen acompañando a todos lados.

To Rakei, because you have challenged most of the things that I believed to be true and important.

And finally, to my husband, whose support, love, and faith kept me going even when I didn't think I could. I love you, Ray.

Índice

Introducción	1
Capítulo 1. Relecturas del porfiriato: Alcoholismo, prostitución y locura	16
El porfiriato: Naturalismo, medicina y enfermedad	21
De prostitutas y sus males: <i>Santa y Nadie me verá llorar</i>	40
De alcohólicos y sus males: <i>La camada y Expediente del atentado</i>	55
Capítulo 2. Enfermedad y poder en los primeros años del franquismo	82
Los primeros años del franquismo: La retórica de la lucha antituberculosa	85
De estadísticas y sanatorios: <i>Pabellón de reposo</i> de Camilo José Cela	106
De sanatorios, religión y sexualidad: <i>El mar</i> de Blai Bonet	119
De presos, tuberculosos y matrimonios consumados: <i>El lápiz del carpintero</i> de Manuel Rivas	130
De la niñez, el despertar sexual y la tuberculosis: <i>Pa negre</i> de Emili Teixidor	143
Capítulo 3. El VIH/sida en el Periodo Especial en Cuba	160
La llegada del virus a la isla: Crisis, cuarentena y roqueros	164
Del sida desde el sanatorio “Los Cocos”: Los novísimos y la cuarentena	177
Del contagio como protesta: <i>Cólera de ángeles</i> de Zoé Valdés	203
De exterminio y sangre contaminada: <i>Las bestias</i> de Ronaldo Menéndez	211
Consideraciones finales	223
Bibliografía	233

Introducción

En diversos momentos de la historia, gobiernos autoritarios en el mundo de habla española han incorporado en sus prácticas discursivas el tema de la enfermedad. Lo han hecho principalmente como una manera de institucionalizar el ejercicio de poder y restringir las posibilidades de resistencia, no siempre con éxito. La relación entre la enfermedad y el poder ha sido estudiada desde diversos puntos de vista, siendo objeto de numerosos trabajos de tipo legal, político, económico, sociológico y filosófico, entre otros. Por lo general se considera la triada formada por salud, medicina y enfermedad como una unidad inseparable y como resultado de la noción surgida desde el pensamiento moderno a finales del siglo XVIII en Occidente. A este respecto, quizá las ideas de Michel Foucault son las que mayor impacto han tenido en el campo intelectual.

Para Foucault, la enfermedad opera dentro de las prácticas del biopoder, tanto al nivel del poder disciplinario como del poder regulatorio o biopolítica. En cuanto al poder disciplinario, aquel que se interesa en el control del cuerpo individual, los hospitales y asilos desempeñan una parte vital en el aparato de vigilancia. Mientras que en lo concerniente a la biopolítica, más interesada en el control del cuerpo social o de la especie, la salud pública funciona como una técnica reguladora esencial. De esta manera, en una sociedad definida por la normalización, o la institucionalización de la norma en términos foucaultianos, podemos destacar tres características fundamentales: primero, el cuerpo saludable se convierte en el cuerpo modelo; segundo, la medicina adquiere un carácter normativo que dicta los estándares físicos y morales a nivel individual y social; y tercero, la enfermedad necesariamente se ubica en el margen. Las ideas de

Foucault a este respecto, presentadas con detalle en *El nacimiento de la clínica* (1963) y los tres volúmenes de *Historia de la sexualidad* (1976-1984), encuentran eco en la obra de otros estudiosos, cuyas preocupaciones van de la medicalización de la sociedad hasta la problematización del concepto de biopolítica.

Influenciado por la obra de Foucault, Giorgio Agamben encuentra productiva la idea del *homo sacer*, una figura del derecho romano bajo la cual se identificaba a aquellos hombres proscritos de cualquier derecho como ciudadanos y, por lo tanto, podían ser asesinados con impunidad más nunca ser objeto de sacrificio. Es decir, al estar ausente la noción de lo sagrado, se encuentran en un estado de *vita nuda* o nuda vida. Para Agamben, el espacio que mejor representa la expresión de la nuda vida es el campo de concentración, en donde el estado de excepción se convierte en la norma y los conceptos de derechos individuales y protección jurídica pierden sentido. Así, la mera existencia de los campos de concentración es una señal de la crisis por la que atraviesan los sistemas políticos modernos, fundados “on the functional nexus between a determinate localization (land) and a determinate order (the State) and mediated by automatic rules for the inscription of life (birth or the nation)” (*Homo Sacer* 174). O en otras palabras, el campo de concentración es “the sign of the system’s inability to function without being transformed into a lethal machine” (*Homo Sacer* 175). Esta idea de un Estado que fundamenta el ejercicio de poder en la muerte de ciertos sujetos aparece también en la obra de Roberto Esposito.

A diferencia de Agamben y distanciándose un poco de la noción de biopolítica propuesta por Foucault, Esposito propone la “política de inmunización” como el paradigma que gobierna la relación entre vida —manifestándose en el ámbito del cuerpo— y política en los sistemas de

gobierno modernos. Según esta propuesta, “life combats what negates it through immunitary protection,” es decir, para erradicar el mal, el cuerpo no busca extirparlo sino hacerlo parte de sí mismo, incluirlo dentro de sus fronteras, y como resultado “[t]he dialectical figure that thus emerges is that of exclusionary inclusion or exclusion by inclusion” (*Immunitas* 8). Para Esposito, el Estado sirve como mediador entre el cuerpo social y las amenazas biológicas para las cuales éste no es inmune de manera natural. Esta función mediadora es comparada con la de un sistema inmune artificial, cuya misión es la de actuar como el mecanismo de defensa con el que el cuerpo no cuenta. Esta función explica, por ejemplo, cuestiones ya discutidas por Foucault, como la importancia conferida a la medicina, así como la construcción y aislamiento de “places where infectious germs may develop more easily due to the storage of bodies, whether dead or alive: ports, prisons, factories, hospitals, cemeteries” (*Immunitas* 139). Se trata de estrategias que se vieron reflejadas en la división gradual de todo el territorio “into strictly separate zones based on the need for both medical and social surveillance” (*Immunitas* 139).

En cuanto a las prácticas discursivas de la enfermedad, en *Illness as Metaphor* Susan Sontag explora el impacto de varias metáforas que estiman la medicina como guerra, el doctor como héroe y el cuerpo como máquina, por mencionar algunas. A su vez, Donna Haraway, en su ensayo “The Biopolitics of Postmodern Bodies: Determinations of Self in Immune System Discourse,” propone la existencia de dos momentos históricos en la producción biomédica de significados, la primera del siglo XIX y hasta finales del XX, y la segunda a partir de los años ochenta. Además sugiere una serie de dicotomías para la contestación de las construcciones científicas del cuerpo en ambos períodos.

Todas estas aproximaciones teóricas resultarán útiles para estudiar los discursos de la enfermedad elaborados desde el poder en diversos periodos y naciones en el mundo de habla española y particularmente de los sistemas políticos autoritarios por dos razones principales. Primero, porque estos sistemas se han caracterizado por poner en práctica aparatos discursivos que tiene un rol fundamental para justificar y mantener dichos regímenes, además de que afectan de manera determinante todos los aspectos de la vida de los gobernados. Segundo, por el hecho de que comúnmente han recurrido a la institucionalización del estado de excepción como mecanismo de defensa ante cualquier amenaza que ponga en riesgo su continuidad. Este trabajo tendrá como eje de estudio tres regímenes en particular: el de Porfirio Díaz en México (1884-1911), el de Francisco Franco en España (1939-1975), y el de Fidel Castro en Cuba (1959-2008), poniendo énfasis en periodos y casos específicos donde cada uno de estos tres regímenes utiliza construcciones de la enfermedad como parte integral de su retórica.

El ambiente cultural e intelectual durante el gobierno de Porfirio Díaz en México estuvo dominado por la influencia francesa y el positivismo. Después de unos primeros años turbulentos, cuando todavía había residuos de la lucha por el poder desatada tras el fin del control francés, el régimen de Díaz alcanzó cierta estabilidad e impulsó el desarrollo de la ciencia, especialmente de la medicina, como símbolo de un proceso de modernización. En palabras de Claudia Agostoni:

A finales del siglo diecinueve, la profesión médica se caracterizó por contar con una ilimitada confianza en el poder de la ciencia, y la ciencia, a su vez, adquirió el *status* de condición *sine qua non* para alcanzar el progreso nacional. En el ámbito específico de la salud pública, se creía que los adelantos en las ciencias liberarían

a los hombres de numerosas enfermedades y que el campo de las curaciones se vería ampliamente beneficiado. (“El arte de curar” 98)

Sin embargo, en esta modernidad no había cabida para todos; se dejaron a grupos en los márgenes que se veían como amenaza para una sociedad dominada por la retórica de la higiene y la salud, entre ellos a prostitutas, alcohólicos y enfermos mentales. En este contexto surgen instituciones como el Hospital General y el Manicomio General de la Ciudad de México La Castañeda, siendo este último el primero en su tipo en el país y diseñado a imagen de instituciones semejantes en Francia y los Estados Unidos. De esta manera se genera una narrativa que relaciona la enfermedad con los sujetos en los márgenes de la sociedad, quienes en muchos casos serán llevados a instituciones destinadas a su tratamiento médico. Esta relación entre la enfermedad y la marginalidad, así como la consiguiente internación de los enfermos y miembros indeseables en la sociedad se repiten en la España de la posguerra.

Con el fin de la Guerra Civil Española, el nuevo régimen se ve enfrentado a una realidad sanitaria que lo sobrepasa. La débil estructura del sistema de salud es incapaz de contener el aumento de enfermedades infecciosas, con la tuberculosis en un lugar preponderante. La situación de crisis entra en conflicto con la imagen triunfalista de la nueva España que se buscaba proyectar. Así, se elabora una retórica que establece conexiones entre la enfermedad y el bando perdedor, como Isabel Jiménez Lucena describe:

La imagen de país sano y limpio que pretendía mostrar el Régimen, como logro de su buen hacer, quedó desfigurada por la presencia de enfermedades infecto-contagiosas a consecuencia de una coyuntura sociosanitaria adversa. Las contradicciones a que esto dio lugar fueron resueltas por los aparatos

propagandísticos del Régimen estableciéndose relaciones entre estas enfermedades y los vencidos en la guerra. (194)

Más aún, bajo el pretexto de contener la propagación de enfermedades, se establecieron medidas estrictas de control social. En este contexto, el discurso de la enfermedad se vuelve una herramienta de legitimación incuestionable pues los argumentos utilizados encuentran respaldo en la infalibilidad de la ciencia. Sin embargo, en la guerra que el régimen emprende contra enfermedades infecciosas como la tuberculosis, las amenazas no se limitan al terreno de la infectología, sino que cualquier factor que ponga en peligro, verosímil o no, la supervivencia del régimen mismo debe ser combatido. Para ello, resultó preciso elaborar una serie de discursos que sirvieran para este fin. La emergencia sanitaria provocada en España por la tuberculosis, entre otras enfermedades infecciosas, durante la década de los cuarenta tiene cierta concordancia con la llegada del VIH/sida a Cuba y los desafíos impuestos por la enfermedad al gobierno revolucionario cubano a finales de los ochenta y principios de los noventa.

Antes de la Revolución, en Cuba existía un sistema de salud firme, mayoritariamente privado, que sirvió como base para la reforma del sistema sanitario emprendida por el Estado tras la caída del gobierno de Fulgencio Batista. El nuevo régimen vio en la procuración de la salud un aliado para su permanencia, por lo que se volvió una de sus prioridades. Como los regímenes de México y España, el cubano buscó proyectar la imagen de una sociedad sana, a pesar de las dificultades económicas a las que había de enfrentarse. Los indicadores de salud en Cuba, logrados gracias a la implementación de una red de atención primaria envidiada por otros países, son quizá uno de los mayores éxitos de la Revolución. No obstante, a pesar del desarrollo alcanzado, cuando el VIH/sida irrumpió en el panorama mundial en los años ochenta, el sistema

de salud cubano se enfrentó a una crisis que puso en evidencia fracturas en el régimen que iban más allá de la práctica clínica.

Ante la incertidumbre que la nueva afección causó en los círculos médicos mundiales, una de las primeras acciones del gobierno de la isla para limitar el contagio fue decretar el aislamiento forzado de los individuos diagnosticados con la enfermedad. Si bien los índices de infección y prevalencia de sida en Cuba se han mantenido desde su aparición entre los más bajos del mundo, el manejo inicial del padecimiento en la isla ha sido objeto de fuertes críticas, sobre todo en cuanto al respeto de los derechos individuales de los enfermos internados en sanatorios de manera obligatoria. Además, la reclusión trajo a la memoria el tratamiento que en los años sesenta este mismo régimen le dio a grupos minoritarios (entre ellos disidentes y homosexuales), cuando fueron obligados a participar en las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), así como la persecución de las disidencias sexuales en la década de los setenta. Así, la retórica en el espacio metafórico de una sociedad afectada por sujetos indeseables y faltos de compromiso, cultivada por muchos años, encuentra una representación visible con el surgimiento de una plaga que se extiende debido a un comportamiento individual que va en contra de los valores de la Revolución. La enfermedad nuevamente, como vemos en el caso del porfiriato y el franquismo, se utiliza para señalar y separar.

Pese a sus diferencias, en algunos casos diametralmente opuestas, es posible identificar una serie de coincidencias en los discursos de enfermedad elaborados por estos tres regímenes en distintos momentos históricos. Por una parte las narrativas de la enfermedad establecen la autoridad de la ciencia, dictada desde el poder estatal, como argumento irrefutable. Por otra, a través de imágenes y figuras retóricas de lo enfermo, se asocian nociones arquetípicas —por

ejemplo del libertinaje y la promiscuidad—, con un sector de la sociedad al que se le despoja de la calidad moral necesaria para formar parte del nuevo orden social. Así, se busca establecer un discurso cuasi científico que explique la falta de compromiso de ciertos individuos con el cambio, visto como progreso o reparación histórica, impulsado desde el poder.

En el México de principios del siglo XX, estos discursos de lo enfermo coinciden en ciertas particularidades con las narrativas de la enfermedad que se hacen desde el naturalismo, un movimiento preocupado por establecer un discurso científico capaz de explicar la conducta de los individuos a partir de aspectos como la predisposición hereditaria y la influencia del entorno. Al respecto, Gabriela Nouzeilles propone que la narrativa naturalista, con la retórica de la enfermedad en un rol central, funcionó al mismo tiempo como discurso hegemónico y contrahegemónico en la formación de la identidad nacional —argentina, en su caso. A partir de esta idea se puede problematizar la influencia del naturalismo en los discursos emanados desde la cúpula de poder porfiriano. Asimismo, una lectura desde la estética naturalista abre la posibilidad de ubicar discursos de resistencia en producciones culturales que buscan reevaluar la herencia cultural de este régimen.

En los primeros años del siglo XXI, surgen en México algunos textos que revisitan el porfiriato, entre ellos *Nadie me verá llorar* (2004), de Cristina Rivera Garza, y *Expediente del atentado* (2007), de Álvaro Uribe. *Nadie me verá llorar* toma lugar en La Castañeda, el hospital para enfermos mentales construido por orden del dictador para celebrar el centenario de la Independencia. Esta obra establece un diálogo explícito con el naturalismo de la época, en específico con *Santa* (1903), novela de Federico Gamboa. Por su parte, la novela de Uribe *Expediente del atentado* describe el ataque fallido de Arnulfo Arroyo a Porfirio Díaz y la serie de

eventos anteriores y posteriores al suceso. Aquí también se establece un diálogo directo con el naturalismo mediante varias estrategias, en el que sobresalen: primero, la novela está estructurada como el expediente que Federico Gamboa armó del caso, quien además aparece como personaje, y segundo, Arnulfo Arroyo sufre de un alcoholismo patológico que lo lleva al borde de la locura. Además el texto de Uribe rescata el tema del atentado a Díaz, central en la novela *La camada* (1912), del médico y escritor naturalista Salvador Quevedo y Zubieta. Si bien tanto la novela de Rivera Garza como la de Uribe se valen de las representaciones de lo enfermo para cuestionar los discursos hegemónicos del régimen porfiriano, este cuestionamiento también conlleva la problematización de los procesos de construcción de discursos históricos y de identidad. No debemos perder de vista el hecho de que estas novelas surgen en un período de profundos cambios políticos en el país, por lo que la reconsideración del porfiriato en plena crisis de identidad nacional tiene implicaciones más allá de un acto de exploración intelectual del pasado.

En España, los temas de la medicina y la enfermedad encuentran un terreno fértil en la narrativa del periodo de la posguerra, sobresaliendo obras como *Pabellón de reposo* (1943), de Camilo José Cela, *El mar* (1958), de Blai Bonet, *Tiempo de silencio* (1962), de Luis Martín-Santos, y *Volverás a Región* (1967), de Juan Benet. Más tarde, a finales del siglo XX y principios del XXI, encontramos representaciones de la enfermedad en varios textos que tienen como eje la recuperación de la memoria desde perspectivas variadas.¹ Un ejemplo es *El lápiz del carpintero* (1998), de Manuel Rivas. El argumento de esta novela se centra en la relación amorosa entre el doctor Daniel da Barca y Marisa Mallo. Da Barca es un simpatizante de los republicanos que es recluido al final de la Guerra Civil, primero en cárceles gallegas y luego en

un campo para tuberculosos en Valencia, desde donde el doctor intenta organizar un grupo rebelde contra el régimen franquista, sin éxito, y con lo que se sugieren posibilidades discursivas de resistencia. También la novela *Pan negro* (2003), del escritor catalán Emili Teixidor, toca el tema de la reclusión de los tuberculosos. En este caso la acción se desarrolla en la región rural de la Cataluña de la posguerra, en donde seguimos el paso de la infancia a la adolescencia de Andrés, un niño cuyo padre es encarcelado y ejecutado por las autoridades de la zona por colaborar con la resistencia. La casa en donde vive Andrés con sus abuelos está junto a un sanatorio para tuberculosos, un espacio ajeno a la realidad inmediata del protagonista pero a la vez determinante en su despertar sexual. En esta novela confluyen enfermedad, muerte, violencia, deseo, sexualidad y un pasado que se niega a desaparecer. La tuberculosis tuvo un profundo impacto en la vida cotidiana de la posguerra y en las producciones culturales que la retratan; fue sin duda el mayor reto, en el dominio de la salud pública, al que se enfrentó el gobierno de Franco durante la década de los cuarenta. Años después, a más de siete mil kilómetros de distancia, Castro afrontaría en Cuba su propio desafío con la aparición del sida, padecimiento que constituyó una amenaza para el régimen, tal como en su momento fueron los trastornos mentales para el porfiriato y la tuberculosis para el franquismo.

Las representaciones del VIH/sida en producciones culturales cubanas aparecen con mayor fuerza en los años noventa. Entre ellas, la crítica se ha concentrado principalmente en dos obras: *Antes que anochezca* (1992) de Reinaldo Arenas y la novela *Pájaros de la playa* (1993) de Severo Sarduy. Sin embargo el sida es también tema en otros textos de autores cubanos en la isla y en el exilio. *Cólera de ángeles* (1996) de Zoé Valdés, una novela que intercala una serie de ilustraciones de pinturas clásicas, trata el tema del contagio intencional del VIH como vía de

protesta y escape de la realidad. La antología *Toda esa gente solitaria, 18 cuentos cubanos sobre el sida* (1997) recopila relatos escritos por pacientes de Villa Los Cocos, el primer centro de tratamiento de la enfermedad en la isla. Miguel Ángel Fraga, uno de los autores, más tarde publicaría su propia colección titulada *No dejes escapar la ira* (2001) y el libro *En un rincón cerca del cielo: entrevistas y testimonios sobre el SIDA en Cuba* (2008), en donde recoge la perspectiva de pacientes, familiares y profesionales de la salud.² Un caso aparte representa la novela *Las bestias* (2006), de Ronaldo Menéndez, que lleva el tema a un mundo de ficción cuyo referente se puede reconocer en La Habana del Periodo Especial, mas se aparta del tono testimonial presente en las dos colecciones de cuentos anteriores. Estos textos entablan un debate con implicaciones políticas inevitables y utilizan, como hemos visto en otros textos de la época en otras latitudes, la narrativa de la enfermedad como discurso para contestar la retórica emanada desde el poder.

Como he intentado sugerir hasta ahora, las construcciones de la enfermedad del porfiriato en México, del primer franquismo en España y del castrismo tardío en Cuba coinciden en algunos aspectos, sobre todo la caracterización de la nación como cuerpo amenazado que necesita la protección del régimen. Asimismo, varias producciones literarias del siglo XX y principios del siglo XXI en estos tres países encuentran en las representaciones de la enfermedad un espacio para la inserción de discursos de resistencia en narrativas historiográficas y de identidad. Es decir, entran en diálogo, ya sea de manera explícita o implícita, consciente o inconscientemente, tanto con los discursos puestos en circulación por el autoritarismo en diversos momentos históricos como con producciones literarias de dichos periodos.

La inserción de estos discursos de resistencia se da mediante varias estrategias principales. Por una parte, la representación de la enfermedad permite la apertura de espacios de resistencia físicos y simbólicos: manicomios, sanatorios antituberculosos, sanatorios para pacientes con VIH/sida, etc., en donde se fraguan y activan discursos contrahegemónicos. Por otra parte, el enfermo en sí mismo ofrece diversas posibilidades discursivas. En algunas ocasiones aparece como metáfora del militante de la resistencia que es consciente de su muerte próxima e inevitable. En otras, personifica la amenaza constante al régimen y se le ve como encarnación de la oposición. Por último, el enfermo se desempeña como guardián de una memoria que inevitablemente tiende a desaparecer.

En los siguientes capítulos me interesa aproximarme a estas cuestiones, desde el marco teórico de la biopolítica, a través de dos interrogantes principales: ¿Qué características tienen los diferentes discursos de la enfermedad elaborados desde la cúpula del poder autoritario en México, España y Cuba en tres momentos históricos definidos?, y ¿cómo se contesta y re-significa desde la literatura el discurso de la enfermedad elaborado por estos regímenes, tanto en los períodos de interés como en la narrativa contemporánea?

En el primer capítulo investigaré qué aspectos relacionados con la representación de la enfermedad coinciden entre la propuesta naturalista y los discursos emitidos desde el poder porfiriano, incluyendo la prensa, discursos políticos, leyes y opiniones de la clase intelectual. Además, pondré atención en la influencia de la retórica del régimen en la narrativa naturalista de la época, y en cómo uno y otro se informan mutuamente. En la segunda parte del capítulo me centraré en las novelas *Nadie me verá llorar* en su relación con *Santa*, y *El expediente del atentado* en diálogo con *La camada*, como ejemplos de la narrativa de finales siglo XX y

principios del XXI que se acercan al porfiriato como período histórico y entablan un diálogo con las producciones literarias de aquella época. Me interesa estudiar el papel de las representaciones de la enfermedad, en especial las enfermedades mentales y el alcoholismo visto como patología, en la inserción de discursos de resistencia y su relación con cuestiones de identidad nacional, así como los mecanismos que prevalecen en la inserción de estos discursos de resistencia y las implicaciones de dicha inserción.

En el segundo capítulo señalaré, en primera instancia, las características de la red de discursos sobre la enfermedad, en particular la tuberculosis, que circularon en los primeros años del franquismo, desde finales de la década de los treinta hasta principios de los cincuenta. A continuación discutiré dos obras escritas en la posguerra que tienen a la tuberculosis como tema común: *Pabellón de reposo*, de Camilo José Cela, y *El mar*, de Blai Bonet. Más tarde comentaré algunas de las características de la labor intelectual española de finales del siglo XX y principios del XXI con respecto al tratamiento de la Guerra Civil y el periodo de la posguerra, así como el rol de las representaciones de la enfermedad en la inserción de discursos de resistencia en obras que tratan esta época. Para esta discusión me centraré en la novela *El lápiz del carpintero*, de Manuel Rivas, y *Pan negro*, de Emili Teixidor.

Siguiendo la estructura de los dos capítulos anteriores, en el tercer capítulo discutiré la retórica de la enfermedad elaborada desde el régimen castrista tras la aparición del VIH/sida en la isla, a partir de la lectura crítica de artículos, entrevistas y discursos. Me interesa igualmente estudiar la producción literaria cubana, en la isla y en el exilio, desde mediados de los noventa y durante la primera década del siglo XXI que tiene como tema central las representaciones de lo enfermo. Para ello me enfocaré en las novelas *Cólera de ángeles*, de Zoé Valdés, y *Las bestias*,

de Ronaldo Menéndez, en contacto con las colecciones de cuentos *Toda esa gente solitaria* y *No dejes escapar la ira*, esta última de Miguel Ángel Fraga. Estas cuatro obras constituyen narrativas del VIH/sida desde diversas perspectivas, a veces contradictorias, y múltiples lugares de enunciación.

En las consideraciones finales intentaré brevemente resumir y conectar las prácticas discursivas en México, España y Cuba, trazando tanto puntos en común como diferencias en la propuestas desde la literatura para acercarse a la relación entre autoritarismo y enfermedad. Además, quisiera plantear algunas conclusiones respecto a cómo nos ayuda el análisis, desde el marco de la biopolítica, de la retórica del autoritarismo sobre la enfermedad, y sus respuestas literarias, para desentrañar mecanismos discursivos que pueden llegar a trascender tanto condiciones médicas específicas, como fronteras geográficas y temporales.

Notas

¹ Obras en donde la enfermedad tiene un papel preponderante en el rescate de la memoria incluyen *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991) de Miguel Delibes, *El embrujo de Shangai* (1993) de Juan Marsé, *El lápiz del carpintero* (1998) de Manuel Rivas, *Sangre* (2000) de Mercedes Abad, *Mala gente que camina* (2006) de Benjamín Prado y *Amado siglo XX* (2007) de Francisco Umbral, por mencionar algunas.

² El texto de Miguel Angel Fraga encuentra su contraparte en *Sida: confesiones a un médico* (2006), del doctor Jorge Pérez Ávila, quien ofrece la perspectiva clínica del tema y, además, también aparece en las entrevistas de Fraga. Otro caso interesante dentro de la literatura cubana que aborda el sida es la novela dirigida a un público juvenil *¿Dónde está la princesa?* (2000), de Luis Cabrera Delgado, que sigue a un niño en la búsqueda de su madre muerta por la enfermedad.

Capítulo 1

Relecturas del porfiriato: Alcoholismo, prostitución y locura

El 16 de junio de 2006 se publica en el *Diario Oficial de la Federación*, en México, el decreto que crea la Comisión Organizadora de los festejos del bicentenario de la Independencia y centenario de la Revolución mexicana. Dicha comisión se instaura tan sólo dos semanas antes de las elecciones generales, en donde se renovarían gobiernos locales, estatales y federal, incluyendo la elección de un nuevo presidente de la República. Entre otras funciones, la comisión estaría a cargo de definir:

Los estudios, obras e investigaciones de naturaleza histórica, artística, científica de prospectiva, política económica o social que, a lo largo de las conmemoraciones, se considere necesario fomentar, que aporten elementos para la planeación y la toma de decisiones públicas, sociales y privadas, con fundamento en principios democráticos, de justicia y solidaridad. (“Decreto” 1)

Como podemos ver, desde el inicio de la planeación de los festejos, existió la intención por parte del gobierno federal de alentar producciones culturales y científicas que se aproximaran a estos dos periodos claves en la historia del país. Si bien dicha comisión no tuvo la trascendencia esperada, por ejemplo al perder a Cuauhtémoc Cárdenas, su primer coordinador, tan sólo unos meses después de ser nombrado y en medio de la crisis poselectoral, sí sería una muestra del contexto cultural reinante en los años por venir.

Durante esta época, se editaron y reeditaron numerosas obras de alguna manera relevantes para los periodos en cuestión, algunas con apoyo gubernamental y muchas otras sin él,

estimuladas sobre todo por el interés general despertado por las festividades. La participación entusiasta del gobierno sin duda da la oportunidad para una lectura crítica del rol del Estado en la producción cultural, pero además genera diversas posibilidades para acercarse a obras que surgen en estos años con la intención de explorar, releer y reevaluar episodios históricos desde diversos puntos de vista. Es así, por ejemplo, que renace el interés por acercarse a figuras históricas trascendentales desde perspectivas que, en algunos casos más que en otros, intentan cuestionar la imagen canónica de dichas figuras. Uno de estos personajes es el dictador Porfirio Díaz, sobre quien se publicaron un par de obras, más allá de las producidas en el ámbito de los estudios históricos, que además revisitan el porfiriato y su herencia cultural.

En 2010, año de los festejos, Pedro Ángel Palou publica su novela *Pobre Patria mía*. En ella se describen los últimos años de la vida de Porfirio Díaz, desde su salida del país en 1911 hasta su muerte en el exilio en 1915. La novela, narrada en primera persona a través de la voz del general, intenta ofrecer una visión que cuestiona la imagen del dictador villano perpetuada por los regímenes posrevolucionarios mexicanos. Como el mismo Palou declara en una nota final: “Si he logrado que el *viejo* hablara, como decía don Luis González, me doy por satisfecho” (185). En este sentido, la labor de Palou se inscribe en la tendencia historiográfica en la novelística mexicana, e hispanoamericana en general, que, en palabras de Rosa María Díez Cobo, a partir de los años setenta “experimentó un auge inusitado y creciente en el cultivo de la temática histórica” (31).

En su estudio “La reescritura de la historia en la narrativa mexicana contemporánea,” Díez Cobo señala algunas características de lo que críticos como Fernando Aínsa y Seymour Menton —no sin detractores— han llamado nueva novela histórica, resaltando la influencia de

los procesos de transformación en el campo historiográfico: “[L]a nueva novela histórica refleja la revolución producida por el cambio epistemológico que ha cuestionado las posibilidades del conocimiento histórico y su transmisión textual” (34). En este sentido, dicha narrativa hace eco de los cuestionamientos de la Historia de teóricos como Stephen Greenblatt (*new historicism*), Hayden White (*metahistory*), Linda Hutcheon (*historiographic metafiction*) y Fredric Jameson (*historicity in crisis*).

Al reflexionar sobre la finalidad de las innovaciones de la narrativa histórica mexicana de finales del siglo XX y principios del XXI, Díez Cobo concluye:

[L]a novela histórica contemporánea se constituye como un discurso de ficción más, como una edificación que puede ser cuestionada y deconstruida, ya que entre su textualidad y los hechos extratextuales de los que habría idealmente emanado median un sinfín de ideologías, intereses y contextos que la convierten no en una verdad monolítica irrefutable, sino en versiones y puntos de vista particulares. Esta flexibilización máxima de los modos historiográficos posibilita, por otra parte, analizar las versiones divergentes, profundizar en los intersticios censurados y, en definitiva, enfrentar la Historia canónica y oficialmente refrendada a una multiplicidad de historias singulares y alternativas. (42)

A partir de este planteamiento, de sondear “intersticios censurados” y reconocer la “multiplicidad de historias singulares y alternativas,” se pueden problematizar textos relativamente recientes que, como el de Palou, se acercan a personajes y acontecimientos trascendentales para la construcción historiográfica de la nación mexicana tras la Revolución. Dado que una de las claves de este discurso nacional yace en el contraste con la situación del

país antes y después del movimiento armado, y que entre los logros alcanzados por la gesta que se defienden con mayor ahínco está el supuesto fin de la represión, me interesa sobre todo concentrarme en aquellos textos que examinan el régimen de Porfirio Díaz y los mecanismos utilizados por éste para el control de la vida.

Entre las narrativas contemporáneas que se acercan al periodo de finales del siglo XIX y principios del XX en México encontramos la novela de Cristina Rivera Garza *Nadie me verá llorar* (1999), un texto que ha recibido una enorme atención por parte de la crítica. También centrada en el mismo periodo, casi una década después se publica *Expediente del atentado* (2007), de Álvaro Uribe. Tanto en la novela de Rivera Garza como en la de Uribe se hacen patentes los mecanismos que utilizaba el poder porfiriano para controlar el cuerpo individual y social, incluyendo la red de discursos sobre la enfermedad que estaban en circulación durante la época. Esta cuestión se vuelve más evidente al hacer un análisis conjunto de estos dos textos con otros dos de principios del siglo XX, con los cuales guardan una estrecha relación: *Santa* (1903), de Federico Gamboa, y *La camada* (1912), de Salvador Quevedo y Zubieta. Al poner en contacto estas novelas, la intención es ver cómo se cuestionan discursos canónicos de y sobre el régimen porfiriano, un cuestionamiento que también conlleva la problematización de los procesos de construcción de discursos históricos y de identidad.

Una aproximación teórica productiva será desde la perspectiva de la biopolítica, entendida como “the attempt, starting from the eighteenth century, to rationalize the problems posed to governmental practice by phenomena characteristic of a set of living beings forming a population: health, hygiene, birthrate, life expectancy, race” (Foucault, *The Birth of Biopolitics* 317). Este enfoque ayudará a leer la construcción retórica porfirista de la enfermedad en general,

y los trastornos mentales en particular, como mecanismo para el control de la población, un tema recurrente en las obras estudiadas en este capítulo. Al mismo tiempo, la celebración del aniversario de la Independencia de México en estas novelas, con mayor o menor grado de relevancia, se presenta como un espacio de producción de significados que al mismo tiempo inscribe al régimen de Díaz en su devenir histórico y lo mitifica. Este espacio de contestación simultáneamente real y mítico posibilita una lectura de las celebraciones de esta fecha como una heterotopia de discontinuidad temporal, o heterocronía, en donde la biopolítica tiene un rol fundamental (a través de actos de inauguración de hospitales, exposiciones de higiene, conferencias de salud, etc.). Es decir, un espacio “linked to slices in time,” pero que además “abolishes time; yet the experience is just as much the rediscovery of time, it is as if the entire history of humanity reaching back to its origin were accesible in a sort of immediate knowledge” (“Of Other Spaces” 26). Estas dos propuestas teóricas proporcionarán una vía para la problematización de los discursos de la enfermedad, presentes tanto en la retórica oficial como en sus respuestas literarias, y su relación con cuestiones históricas e identitarias.

En este capítulo me interesa explorar el replanteamiento del régimen porfiriano en las novelas de Cristina Rivera Garza y Álvaro Uribe a través de una lectura de sus puntos de contacto con las de Federico Gamboa y Salvador Quevedo y Zubieta, sin perder de vista los tiempos y lugares de enunciación. Una manera natural para acercarnos a estas obras es a través de las representaciones de la enfermedad, pues ésta fue parte importante del discurso hegemónico que el régimen de Díaz utilizó para ejercer y mantener el poder. Por lo tanto resultará muy útil presentar el contexto político, social y cultural, en donde sobresale el naturalismo, así como los discursos prevaletentes sobre lo enfermo en este periodo.

EL PORFIRIATO: NATURALISMO, MEDICINA Y ENFERMEDAD

La edición del 16 de septiembre de 1897 del *Diario del Hogar*, en ese entonces un periódico crítico del régimen porfirista, publica en su primera plana el artículo titulado “Un loco genésico” en la Sección Científica, una de sus columnas habituales. En el artículo se discute el caso de un médico afectado por una melancolía que le despierta impulsos homicidas. El autor de la columna, médico también, reseña su interacción con el paciente y el proceso que siguió para llegar al diagnóstico. El columnista, versado en los estudios de degeneración de Bénédicte Augustin Morel y Enrico Morselli,¹ intuía la naturaleza hereditaria y fisiológica del mal que aquejaba al paciente, algo que el historial médico le confirmó: “Y en efecto, en él hallé, no sólo que era hijo de una tísica y un apoplético, sino desórdenes y anomalías genésicas que al principio me negaba, y que en un reconocimiento objetivo de los órganos me permitió comprobar plenamente” (*Diario del Hogar*, 16 de septiembre de 1897, 1). Durante dicho reconocimiento, el columnista encontró anormalidades en los órganos sexuales del paciente que le ayudaron a dirigir su análisis: “Esta deficiencia genital sugirióme [*sic*] la sospecha de la inversión sexual.” Debido al carácter irreparable de la condición biológica del enfermo, el autor sostiene que, si bien hasta ahora el paciente ha logrado contener sus impulsos homicidas, es sólo una cuestión de tiempo antes de que pierda el control. El autor concluye su columna con la siguiente exigencia:

¿Qué tienen pensado los legisladores acerca de estos locos con ideas homicidas que á [*sic*] plena conciencia pueden llegar al asesinato ó [*sic*] al suicidio? Los tribunales les declaran cuerdos, los médicos alienistas no nos atrevemos á [*sic*] extender un certificado que les lleve al manicomio, por temor de que la ley nos

considere como secuestradores, y consecuencia de esto será el crimen inevitable.

(2)

Esta demanda de más autoridad está sustentada en el proceso de consolidación de la medicina y de sus practicantes autorizados como representantes del saber científico hacia finales del siglo XIX en la Ciudad de México, ya entonces afianzada como centro político y cultural del país. Como refiere Claudia Agostoni en su trabajo “Médicos científicos y médicos ilícitos en la Ciudad de México durante el porfiriato,” este proceso incluyó el agrupamiento de los médicos en asociaciones profesionales e institutos, desde donde ejercerían mayor influencia en la vida pública de la ciudad, y por ende, de la nación.² En parte como resultado de la presión del gremio, el régimen perseguiría con más rigor las prácticas médicas ilegítimas predominantes en muchos sectores de la sociedad, tales como la práctica empírica de curanderos y yerberos, la labor de flebotomianos, y la medicina itinerante de los llamados “merolicos,” y también desalentaría prácticas como la automedicación y autoatención. Por su parte, los médicos se volverían aliados indispensables en la propagación de un discurso de salud positivista compatible con los intereses de la clase en el poder.

El mismo día en que aparece el artículo mencionado, Porfirio Díaz está siendo víctima de un atentado del que sale ileso. En los días posteriores al atentado, diversos diarios describirían al atacante en los siguientes términos: “El loco se llamó Arnulfo Arroyo. Y decimos loco, porque su aspecto y sus hechos, al primer golpe de vista, denunciaban la enfermedad del infeliz” (*El Universal*, 18 de septiembre de 1897, 1), o “[Arroyo] Se embriagaba frecuentemente, y es evidente que su cerebro debilitado y embotado por el vicio lo arrastró a la comisión del torpe atentado” (*El Popular*, 19 de septiembre de 1897, 1). Los diarios más afines al régimen no

dudaron en pedir un castigo ejemplar, como se constata en las páginas de *El Imparcial*, el primero en dar a conocer la noticia: “Y si á [sic] éste, como á [sic] todos los que cometen esta clase de atentados se les llama, se les ve, ó [sic] se les considera *locos*, esta clase de *locura* se debe castigar tan severamente como el delito más atroz” (*El Imparcial*, 17 de septiembre de 1897, 1). Incluso hubo quien intentó minimizar la muerte del atacante, bajo custodia de la policía, al hacer énfasis en su condición mental: “[U]n desequilibrado dipsómano, en el arrebató producido por el *delirium tremens*, cometió un atentado que con la vida acaba de pagar” (*La Patria*, 18 de septiembre de 1897, 2). La conclusión de la prensa, tanto a favor como en contra del régimen, parece indiscutible: solamente un enfermo mental podría intentar un acto como éste.

En la mañana del lunes 22 de noviembre de 1897, se dio a conocer la sentencia del juicio por el asesinato de Arnulfo Arroyo, el atacante de Porfirio Díaz, un crimen ocurrido mientras el primero se encontraba bajo custodia de las autoridades. Según reportan los periódicos de la época, tras el atentado fallido del 16 de septiembre del mismo año, el mismo Díaz ordenó que se cuidara la integridad física de Arroyo, por lo que éste fue trasladado a la inspección de policía. Esa misma noche, Arroyo fue asesinado por varios individuos que ingresaron a la inspección, donde lo encontraron con mínimo resguardo oficial y sometido por una camisa de fuerza. Los diarios más cercanos al régimen al principio manejaron el hecho como un linchamiento de las masas enfurecidas por semejante afrenta a la figura presidencial. No obstante, después de la destitución, el encarcelamiento y el posterior suicidio del Inspector General Eduardo Velázquez, el caso se complicó. Poco menos de dos meses fueron suficientes para destapar una conspiración con el inspector a la cabeza. Según se dijo, Velázquez concibió el incidente como una vía para subir en la escalera de poder dentro del régimen, pues tras el fallido atentado se presentaría como

el salvador del dictador. El jurado encontró culpables a los involucrados en el asesinato, la mayoría agentes bajo las órdenes del inspector, condenando a diez de ellos a la pena capital y a uno a once meses de prisión. Igualmente, la sentencia ordenaba la liberación de otros dos implicados. Durante las audiencias del caso, los abogados defensores intentaron convencer al jurado que sus clientes no sólo habían actuado siguiendo órdenes superiores, sino que además le habían hecho un servicio a la nación. En su momento, el periódico *El Universal* relató de la siguiente manera la intervención del abogado de uno de los acusados: “Aquel loco, —dijo— pudo hundir muy bien á [sic] la República en un caos espantoso y provocar, quizá, una guerra civil que nos hundiera á [sic] todos en la desolación y la ruina, matando el crédito de la Nación en el extranjero y rompiendo de un solo golpe nuestro progreso y nuestras grandes relaciones con el mundo civilizado,” y más tarde añadió: “Yo también supongo que aquel loco pudo arrastrar á [sic] otros locos á [sic] ejecutar acciones tan criminales como la del atentado de que fue víctima el señor Presidente de la República, ó [sic] quizá mayores. A los locos como Arroyo, se les cuelga para escarmiento, para escarmiento de loco” (*El Universal*, 23 de noviembre de 1897, 1). Si bien el argumento del abogado no logró absolver a su cliente, el que se haya apelado al crimen como escarmiento para evitar el peligro de contagio de la locura resulta significativo.

Estos ejemplos de referencias constantes a las enfermedades mentales en los diarios son un reflejo de las ansiedades de la época, cuando, por una parte, la sociedad porfiriana se sentía amenazada por sujetos en los márgenes a los que no dudaba en clasificar como enfermos mentales, y por otra, el positivismo se enarbolaba como fuerza capaz de enfrentar dicha amenaza. En este ambiente, no resulta extraño que el personaje de Arnulfo Arroyo haya sido construido por la prensa, oficial e independiente, en un primer momento como un enajenado sin

motivos ulteriores y, más tarde, como un alcohólico que había sido manipulado con facilidad por los conspiradores, dada su proclividad para el crimen y su falta de capacidad para evaluar las consecuencias de sus actos. Años subsiguientes vieron el fortalecimiento de un aparato de control estatal que pareciera dar respuesta a las exigencias del autor del artículo referido al principio de esta sección. Se aumentó el papel de los médicos como brazo del sistema judicial, dándoles mayor autoridad; se decretaron nuevas leyes y códigos civiles, penales y sanitarios, y se planearon, construyeron e inauguraron instituciones como el Manicomio General La Castañeda, una transformación respaldada por el proyecto positivista de la clase en el poder.

El positivismo arribó a México de la mano de Gabino Barreda y Pedro Contreras Elizalde desde la década de 1860. Pero fue la labor pedagógica de Gabino Barreda, como director de la Escuela Nacional Preparatoria durante el gobierno de Benito Juárez, la que ayudó a implantar y extender el pensamiento positivista en las generaciones por venir.³ Tiempo después, con la llegada al poder de Porfirio Díaz —por primera vez en 1876—, el pensamiento positivista llegó a convertirse en una doctrina de estado.⁴ Los primeros liberales positivistas influidos por Barreda fueron cediendo poder en favor de jóvenes políticos, también formados en la tradición positivista, que veían en el orden la llave para el progreso del país: “El orden hace posible el progreso y éste la libertad, pero no la inversa. El partido liberal se justifica en cuanto ha hecho de la libertad un ideal por alcanzar; pero este ideal no podrá ser alcanzado si antes no se obtiene el orden que lo hace posible” (402), describe al respecto Leopoldo Zea, en su trabajo clásico sobre el positivismo mexicano. Esta nueva clase política, luego conocida como los “científicos,” fue la encargada de propagar el discurso de progreso sólo posible en un estado ordenado.

Para alcanzar el orden, era necesario un aparato de control estatal encargado de sancionar a aquellos sujetos que lo alteraran o fueran percibidos como capaces de alterarlo. La solución positivista porfiriana fue establecer una conexión directa entre la ciencia médica y la práctica judicial. Rafael Lavista, un influyente médico de la época, lo expone así: “A la manera con que la medicina se ha perfeccionado utilizando los preciosos recursos que le proporcionan las ciencias exactas, así también la Jurisprudencia, utilizando el valioso contingente que la medicina le suministra, ha modificado sus preceptos y ordenanzas derivados de los conocimientos adquiridos por la ciencia médica” (243). La modificación a la que se refiere Lavista no solo incluyó la expedición de nuevas normas y leyes, sino todo un replanteamiento retórico del ejercicio del poder.

En este sentido, el positivismo fue usado como herramienta para proyectar la enfermedad del campo individual al social, y con ello, elaborar un discurso biológico-judicial que fundamentara el orden. Elisa Speckman Guerra lo describe de la siguiente manera: “La escuela positivista de derecho penal interpretó el castigo y valoró las posibilidades de la sanción desde una perspectiva completamente diferente de la liberal. Partiendo de la propuesta de Herbert Spencer, equiparó a la sociedad con un organismo vivo y sostuvo que, al igual que otros cuerpos, podía ser víctima de enfermedades” (105). El llevar la enfermedad del campo individual al social conlleva, por una parte, la existencia de agentes capaces de enfermar a la sociedad-organismo, es decir, el sujeto enfermo pasa a constituir la enfermedad en sí, perdiendo su identidad individual y transformándose en una amenaza. Por otra, surge la necesidad de combatir dicha amenaza y la posibilidad, basada en el discurso médico positivista, de erradicarla o, en su defecto, contenerla. La misma Speckman concluye que “la ley era vista como el mecanismo utilizado por la sociedad

para combatir a sus partes enfermas y neutralizar a los hombres ineptos a la vida social” (106). Con este fin, el Estado y sus colaboradores se adjudicaron la autoridad para definir las características de estos “hombres ineptos a la vida social,” una clasificación que abarcaría un amplio y diverso espectro, entre ellos alcohólicos, prostitutas y enfermos mentales, condiciones cuyos límites con frecuencia eran inestables.

La sociedad porfiriana veía en el alcoholismo una amenaza para el progreso. Desde el primer código penal de México promulgado en 1871, antes de la llegada al poder de Díaz y vigente —con reformas menores— durante todo su gobierno, la embriaguez era castigada de acuerdo con su nivel de irrupción o capacidad para producir “escándalo.” Por ejemplo, en el Artículo 1148 se imponía al “ébrio [*sic*] no habitual que cause escándalo” una multa de 50 centavos a 3 pesos, al ser una ofensa clasificada como falta de primera clase —la de menor grado (*Código* 221). Por otro lado, el artículo 923 establecía: “La embriaguez habitual que cause grave escándalo, se castigará con arresto de dos á [*sic*] seis meses y multa de 10 á [*sic*] 100 pesos” (*Código* 182), penas que incrementaban de haber cometido con anterioridad otro delito.

Si bien el discurso legal no cambió de manera oficial, sí hubo un cambio en la retórica sobre la embriaguez durante el porfiriato. De manera similar al caso de la prostitución, se generó un discurso higienista que condenaba dicho comportamiento por su capacidad corruptora y lo asociaba con la irracionalidad, viéndosele como un obstáculo para el progreso: “The insane, especially the alcoholic man and the immoral woman, served as primary representations of the lack of productivity that menaced the economic foundations of society” (Rivera Garza, *Masters* 22). A este respecto, los médicos resultaron indispensables para respaldar dicha retórica desde el punto de vista científico. Rivera Garza lo describe de la siguiente manera:

The doctors of this era played instrumental roles in constructing alcoholism as a model of physical and moral vice, a social pathology, and the source of innumerable problems, significantly including disorder, unemployment, crime and rampant promiscuity. Detailed physical and moral descriptions of alcoholics intertwined with bodily-based interpretations of class and gender as well.

(Masters 53)

De acuerdo con este discurso, la capacidad criminal de los alcohólicos superaba con creces la establecida en la ley. El “escándalo” fue moldeado para incluir todo tipo de desviaciones del comportamiento moralmente aceptable. Pero además, la base patológica de la construcción del alcohólico lo volvió un peligro para la sociedad en general: “Drinking not only induced organic lesions in the individual, of even more importance were the lesions it inflicted on society.

Passions unleashed by alcohol turned normal citizens into disorderly animal-like entities prone to fighting, promiscuity and even homicide” *(Masters 56)*. Ante los ojos de la élite porfiriana, el alcohólico se convierte en una figura impredecible, irracional, portadora de un mal infeccioso y capaz, en uno de sus delirios, de sacar al país de la ruta del progreso.

Para celebrar el centenario de la Independencia de México en 1910, el régimen de Porfirio Díaz planeó un ambicioso programa que dio inicio el primero de septiembre con la inauguración del Manicomio General La Castañeda, tan sólo dos meses antes de que empezara el conflicto armado que le pondría fin a la dictadura. Durante este acto, el inspector oficial de la obra se dirigió a los asistentes de la siguiente manera:

Con puerta de oro se abren las fiestas jubilares de la República. Más tarde, en el curso de ellas, la Nación, emocionada y agradecida, celebrará á [*sic*] los héroes

que nos dieron patria, a los que combatieron para conservarla ó [sic] que supieron hacerla próspera y feliz. En los demás festejos, se mostrará, vigoroso y sano, el sentimiento que nos une, sin distinción de razas ni de clases, en un ideal común de paz y de progreso, y ostentará nuestro país ante las naciones amigas suyas, las conquistas realizadas en las luchas del trabajo, con la modestia sincera de quien conoce la importancia de los problemas que debe resolver aún; pero con la satisfacción legítima y profunda de quien ve constituida plenamente una nacionalidad animada por grandes, prácticos y nobles ideales, que marcha con firmeza por el camino del verdadero progreso, en el que no podrá ya retroceder.

No nos reunimos hoy aquí con aquellos altos fines. Nos congregamos con un objeto menos brillante tal vez, pero honradamente significativo. No en la luz deslumbradora de la gloria la que envía sus destellos á [sic] esta fiesta: es la luz blanca, suave y fija de la Caridad la que nos ilumina, y bajo su dulce influencia inauguramos nuestros festejos. (*El Imparcial*, 2 de septiembre de 1910, 5)

En las palabras del inspector encontramos varios elementos que definieron el discurso de formación de la nación durante el porfiriato. Primero, “la paz, el orden y el progreso” además de ser el eje rector de las políticas gubernamentales, funciona como mecanismo de cohesión social.⁵ Segundo, el gobierno de Díaz es caracterizado como evolución de los ideales independentistas y por ende, una etapa natural en la progresión histórica de país. Tercero, el proyecto positivista tiene un carácter práctico, haciendo posible su inserción en la vida cotidiana de la sociedad. Cuarto, el progreso verdadero, es decir, aquél puesto en marcha por la clase gobernante, se considera un proceso irreversible. Quinto, el régimen ha logrado la consolidación de México

como nación independiente ante los ojos de otras naciones. Y por último, la continuidad de Porfirio Díaz en el poder es la solución a los problemas “todavía no resueltos” del país. Además de recordarnos lo que implica el proyecto porfirista de la nación mexicana, en este fragmento se hace patente el contraste con aquello que queda fuera. Al declarar “no nos reunimos hoy aquí con aquellos altos fines,” el orador pone de manifiesto, de manera indirecta, la existencia de toda una clase marginal para la cual no hay lugar dentro de este proyecto sino como receptora de la caridad y, al mismo tiempo, señala a La Castañeda como uno de los espacios para albergarla.

Los festejos del centenario del surgimiento de México como nación independiente, así como de los del bicentenario un siglo después, se convertirían en un elaborado sistema de producción de significados, un espacio heterotópico en donde se disloca el tiempo lineal y confluyen mito y realidad, pasado, presente y futuro. Durante todo el mes tuvo lugar una magna Exposición de Higiene, en donde se hizo un recuento de los adelantos en la materia desde 1810 y que además albergó un ciclo de conferencias por destacas personalidades. De manera paralela acontecieron, entre otros eventos: la colocación de la primera piedra de la Cárcel General, un proyecto monumental que no llegó a materializarse al ser interrumpido por la Revolución; la apertura de la Exposición Médica Mexicana, en la Escuela Nacional de Medicina; la colocación de la primera piedra del monumento a Louis Pasteur, donado por la colonia francesa, y la inauguración de la ampliación de la Penitenciaría de México, en el Palacio de Lecumberri,⁶ proyectos destinados a mostrar la visión de progreso de la clase en el poder, fuertemente influenciada por el positivismo.

El alcance del proyecto positivista propuesto por los “científicos” iba más allá del terreno político y judicial, pues permeaba todos los aspectos de la vida nacional. Como refiere Gerardo

González Ascencio: “‘los científicos,’ como propiamente se les conoció, estaban conformados por una elite de comerciantes y empresarios en íntima asociación con las clases industriales y el sector financiero nacional e internacional inmiscuidos en la administración porfirista” (696). Dicha asociación alcanzaría su punto culminante hacia finales del siglo XIX, cuando el orden propuesto por la clase gobernante rendía frutos en los ojos de la clase burguesa. Para 1892, la burguesía mexicana había sellado un pacto con el gobierno de Díaz para proteger sus intereses.

En las palabras de Zea:

La libertad política, el derecho a elegir los gobernantes que se quisieran, quedaba limitado en beneficio de lo que nuestra burguesía consideraba *orden*. En nombre de éste se pide ahora la reelección de Porfirio Díaz, el cual, se dice, dará término a la gran labor progresista que con él se ha iniciado. La burguesía mexicana ha llegado a su apogeo; su orden se identifica con el de la Nación. (404)

La relación entre la burguesía mexicana y el régimen porfiriano no sólo es clave para entender la permanencia en el poder de éste último por casi veinte años más, sino también para contextualizar el impacto del positivismo mexicano en la vida cultural durante este periodo.

A este respecto, críticos como William D. Raat (1968, 1977) han señalado algunas deficiencias en las apreciaciones de Zea, destacando, por ejemplo, algunos mecanismos en el ejercicio del poder que Zea pasa por alto. De acuerdo con Raat: “Zea was also unaware of the subtleties of decision-making and the possibility that formal groups such as the Científicos might coalesce into some tangent group of an informal nature like the *Sociedad Amigos del Presidente* for purposes of policy-making” (“Lepoldo Zea” 11). En este sentido, las críticas de Raat sirven para recordarnos la necesidad de matices al hablar de la sociedad porfiriana, así como las

complejidades en la organización del gobierno porfiriano y en el manejo de asuntos relacionados con las políticas públicas.

En los últimos años del porfiriato, empiezan a hacerse notar con más fuerza pensadores que desdeñaban el pensamiento positivista. En 1909 se funda el Ateneo de la Juventud, el origen del movimiento antipositivista mexicano, como apuntan Guillermo Hurtado y William D. Raat (1977). Al final de la etapa bélica de la Revolución (1910-1920), intelectuales antipositivistas como José Vasconcelos y Antonio Caso tendrían un rol trascendental en el desarrollo cultural del país, y el positivismo se convertiría en un símbolo del antiguo régimen que había de dejar atrás. Sin embargo, para entonces el positivismo porfiriano ya había dejado huella en la producción cultural mexicana durante más de tres décadas. En el campo cultural, la expansión de la ideología positivista coincide con la caída en la popularidad del romanticismo, que si bien no desaparece, sí cede preponderancia al modernismo en la poesía, y al costumbrismo, realismo y naturalismo en la narrativa.⁷

En su trabajo *El naturalismo literario en México*, María Guadalupe García Barragán se plantea la problemática de identificar las características de obras y autores mexicanos con influencia del naturalismo. García Barragán, como otros estudiosos, señala la dificultad para clasificar como naturalistas obras completas o autores determinados, por lo que se concentra en indicar particularidades que permitan hablar de la influencia naturalista en la narrativa mexicana, notando cómo en algunas ocasiones el naturalismo convive dentro de una obra con características de otros movimientos, incluyendo el modernismo y el romanticismo.⁸

La mayoría de los críticos coincide en señalar a Federico Gamboa como el autor mexicano en cuya obra se puede ver más claramente la influencia naturalista, siendo éste el que

mayor atención de la crítica ha recibido en cuanto al naturalismo mexicano se refiere. Sin embargo la estética naturalista se puede observar ya desde finales de la década de 1870 en otros autores. Para García Barragán, los primeros rasgos del naturalismo en el país se pueden encontrar en algunas obras de Pedro Castera (*Cuentos mineros*, 1875-1887; *Los maduros*, 1882) e Hilarión Frías y Soto (*El hijo del Estado*, 1882). En estas obras, García Barragán señala cuestiones como el contenido y la denuncia sociales, con historias que se desarrollan en ambientes bajos en donde sobresale la miseria humana. Además identifica la presencia de personajes arquetípicos cuya función es predominantemente de crítica, así como descripciones detalladas de situaciones a veces escabrosas.

Sin embargo, según García Barragán, no todo es crítica, por ejemplo: “Frías y Soto no sólo censura, también alaba y rinde homenaje a quienes en su opinión lo merecen, a médicos que él conocía, cuyo retrato físico y moral hace en las páginas de la novela [*El hijo del Estado*]” (26). El papel preponderante de la medicina y de la figura del médico, es un rasgo compartido por varias obras del naturalismo no sólo mexicano, sino de la corriente en general. El médico, desde el punto de vista naturalista, se posiciona como la figura que personifica el saber científico, el que tiene una visión informada sobre las causas del comportamiento humano y, por ende, sobre su destino. El enfermo, por el contrario, es rehén tanto de su herencia biológica, como del medio social y natural en el que se desenvuelve.

Aunque el naturalismo mexicano en particular, e hispanoamericano en general, ha sido tema central en numerosos estudios, algunos ya clásicos y otros más recientes, pocos se han enfocado específicamente en las representaciones de la enfermedad, limitándose a obras y autores concretos, o a países determinados, como el trabajo de María Gabriela Nouzeilles

centrado en el naturalismo argentino.⁹ El estudio de Nouzeilles, aunque circunscrito a Argentina, es quizá el que investiga con mayor profundidad los vínculos entre las políticas médicas del cuerpo y el naturalismo. Nouzeilles describe las complejas relaciones existentes entre la ciencia médica, la narrativa naturalista y las estructuras de poder, proponiendo múltiples posibilidades discursivas:

Las imágenes de lo patológico conjuraban y ayudaban a neutralizar el temor de las clases dirigentes hacia todo lo que estuviera “fuera de lugar:” el pobre que reclamaba lo que en teoría no era suyo; la mujer que abandonaba su ámbito “natural,” etc. Sin embargo, a pesar de que se trató sobre todo de un arma punitiva en manos de los poderosos, el poder persuasivo de la retórica médica del cuerpo no se restringió a las reacciones defensivas de la oligarquía. No sólo las nuevas clases medias se apropiaron de ella para autodefinirse, sino que también los obreros apelaron al problema de la salud con el fin de defender sus derechos a una vida mejor. Las ficciones del naturalismo fueron instrumentos de lucha ideológica que en manos de los criollos descalificaban a inmigrantes y a campesinos, y en manos de los inmigrantes a criollos. (28)

Así, la narrativa naturalista, con la retórica de la enfermedad en un rol central, funcionó al mismo tiempo como discurso hegemónico y contrahegemónico en la formación de la identidad nacional argentina. A lo largo de su estudio, Nouzeilles se concentra en las nociones de lo enfermo y sus asociaciones con lo criollo y la inmigración, elementos significativos para entender los nexos entre el naturalismo y los mecanismos por medio de los cuales se establecen y contestan los discursos de la nación. Si bien este análisis tiene un enfoque geográfico y temporal

bastante específico, abre el camino para seguir investigando cuestiones tanto de identidad nacional como de otro tipo, por ejemplo relacionadas con la construcción del discurso histórico.

A pesar de que el naturalismo en México no tuvo el mismo impacto que en Argentina y los autores mexicanos se enfrentaron a una problemática distinta, también en el caso de México las posibilidades discursivas al leer la narrativa naturalista son diversas. De hecho, aquí cabe hacer notar la complicada relación entre el positivismo mexicano y el naturalismo. Por un lado, según García Barragán, el positivismo:

tuvo numerosísimos adeptos, principalmente entre los políticos, los profesores y los hombres de ciencia, y entre no pocos escritores de diversos géneros y escuelas literarias. Sin embargo, no parece haber tenido influencia directa ni partidarios entre los autores naturalistas, quienes fueron jacobinos, o ateos, o católicos, o profesaron otras ideas filosóficas y religiosas, pero con excepción de Porfirio Parra, no hemos hallado otros positivistas entre ellos. (35)

En efecto, la mayoría de los autores cuyas obras se pueden clasificar como naturalistas o con rasgos naturalistas, no se adherían explícitamente a la ideología positivista. A pesar de esto, un grupo importante de estos escritores participaban activamente en la vida pública del país, ya sea como médicos, políticos o burócratas, y algunos, como en el caso de Federico Gamboa, colaboraban de cerca con el régimen. De acuerdo con Manuel Prendes, “tenemos que acudir a la obra de Gamboa para notar en toda su complejidad los diferentes puntos de vista desde los que podía ser percibido el positivismo, que en un principio el autor defendería tibiamente, para finalmente, tras su conversión al catolicismo, atacarlo con dureza en *Reconquista*” (171). Así, tenemos autores envueltos en un ambiente intelectual dominado por el positivismo, que en

ocasiones forman parte de la clase en el poder, desde donde elaboran discursos que en ocasiones coinciden con el proyecto del régimen y, en otras, critican ciertos aspectos del mismo. Si a esto añadimos coincidencias tales como el papel predominante de la ciencia y el método científico tanto en el positivismo como el naturalismo literario, el panorama se complica aún más. No obstante, coincidencias como las mencionadas anteriormente sugieren vías para un posible acercamiento teórico. Considerar el rol de la ciencia, en particular de la medicina, durante el porfiriato nos permite conectar el marco ideológico y el contexto social con el ámbito cultural y literario. Además, este mismo eje se puede utilizar para aproximarnos al diálogo que establecen producciones culturales contemporáneas, directa o indirectamente, con otras de aquella época.

Hablar de la medicina de finales del siglo XIX y principios del XX, necesariamente nos remite a la dicotomía salud-enfermedad y a las diversas construcciones de lo enfermo. Por ello, como punto de partida, resulta necesario mencionar algunas características de las representaciones de la enfermedad en la narrativa naturalista señaladas en estudios anteriores. Hasta ahora, algunos de los rasgos de las representaciones de la enfermedad en el naturalismo que la crítica ha destacado incluyen, por ejemplo, abundantes y detalladas descripciones de los síntomas y manifestaciones físicas de los padecimientos, prevaleciendo una mirada clínica ante las afecciones por sobre la perspectiva del enfermo. A menudo se destaca la capacidad de la medicina para diagnosticar los males, frecuentemente con pronósticos mortales que se confirman en la diégesis misma. Una estrategia común en los textos naturalistas es la inclusión de personajes patológicos como el alcohólico, la histérica, el loco, el sífilico y el tuberculoso, quienes sirven para proyectar la imagen del cuerpo a merced de las determinaciones tanto de lo biológico como del ambiente circundante. En este contexto, el médico se presenta como

personificación del ideal de la ciencia y por tanto, la voz de autoridad en el universo narrativo. Finalmente, es habitual el traslado de la retórica de la enfermedad de lo individual a lo colectivo como consecuencia de la influencia del darwinismo social, un aspecto clave para hablar de las conexiones con el ejercicio del poder. Algunos de estos rasgos coinciden con el discurso de lo enfermo elaborado por el régimen porfirista, sin embargo será necesario proceder con cautela, como se verá a continuación.

En el ensayo titulado “The ‘Long Tail’ Hypothesis: The Diachronic Counter-Metanarrative of Hispanic Naturalism,” que forma parte del volumen *Au Naturel: (Re)Reading Hispanic Naturalism*, Spicer-Escalante propone un acercamiento al naturalismo por medio de una visión más amplia de sus postulados y del papel en el contexto de formación de la identidad nacional. Según él:

Hispanic naturalism must be read as a collective counter-metanarrative that seeks to dispel the failed hegemonic liberal/bourgeois/positivist/(neo)liberal metanarrative of nation-building in the post-colonial/(post) modern Hispanic world. That is, it collectively tells the other, darker story of the Hispanic world, not just the one that promised progress and prosperity, but never delivered. (25)

Efectivamente, en ocasiones podemos leer obras caracterizadas como naturalistas como parte una narrativa contrahegemónica que pone en evidencia las limitantes de los discursos de formación de identidad nacional. Desde el siglo XXI resulta tentador, por ejemplo, proponer que el naturalismo permite desmitificar el discurso del progreso del siglo XIX. Mas, en este sentido, el caso mexicano resulta excepcional.

El discurso de prosperidad y progreso decimonónico fue derrumbado por la Revolución mexicana, suplantándose por nuevas narrativas de formación de identidad nacional forjadas tras los años de guerra. Los mitos de la identidad nacional mexicana se alimentarían de la Revolución como reacción al discurso de progreso porfiriano. En este caso, la propuesta de Spicer-Escalante ignora el contexto intelectual, cultural y social específico de cada región, así como la complejidad y diversidad de autores y obras naturalistas. Ver al naturalismo solamente como una contra-metanarrativa del discurso hegemónico es negar ese otro aspecto del naturalismo que en algunos casos sirvió como mecanismo retórico de la clase en el poder.

A partir de estas ideas se pueden problematizar las relaciones entre la producción cultural durante el porfiriato y los discursos emanados desde el régimen. Asimismo, dado su carácter central, uno de los ejes naturales para un acercamiento crítico lo encontramos en la construcción de la enfermedad en las narrativas naturalistas. Como mencioné con anterioridad, dos obras de estética naturalista resultan de especial interés para este estudio: *Santa*, de Federico Gamboa, y *La camada*, de Salvador Quevedo y Zubieta. Estudiar la construcción de la enfermedad durante el porfiriato en estas dos novelas será un proceso complicado. Numerosos factores presentan retos de diversas índoles, mostrando al mismo tiempo el peligro de generalizaciones alejadas de lecturas cuidadosas. Habrá que tener en cuenta la complejidad de las relaciones de poder en la época, el mutuo entendimiento de conveniencia entre la burguesía mexicana y el régimen, las peculiaridades de las obras a estudiar y del naturalismo mexicano, que convive con otras corrientes estéticas, y el carácter del naturalismo como discurso hegemónico y contrahegemónico.

A estas dificultades habrá que añadirle, desde el punto de vista historiográfico, un aspecto paradójico de los estudios sobre el porfiriato: la existencia de un vasto corpus difícil de navegar que a su vez presenta omisiones importantes. Thomas Benjamin y Marcial Ocasio Meléndez, en un estudio de 1984 titulado “Organizing the Memory of Modern Mexico: Porfirian Historiography in Perspective, 1880s-1980s,” encontraban que “[m]ore than two thousand books, pamphlets, and articles pertaining entirely, or in large part, to the Porfiriato have been published during the last hundred years” (324), pero al mismo tiempo:

After one hundred years of study, it is surprising how little is known about so many important topics. Most of the major national political figures of the Porfirian period, including, of course, Porfirio Díaz himself, await solidly researched biographies or political biographies. There are no studies of the national ministries, the army, the secret police, and the ubiquitous *jefatura politica*. There are a few excellent monographs on state and regional politics but not enough to draw good broad conclusions about regional state-to-state or state-federal relations. Very little is known about most governors, about political life in small towns or large cities, about political rivalries between cities, or about the political role of interest groups. (362-363)

Además Benjamin y Ocasio Meléndez exploran cómo, a lo largo de los años, la mirada con que se ha visto a este periodo en el campo de la historiografía ha sido influida por diferentes factores, entre ellos, las conexiones temporales e ideológicas de los estudiosos. A mediados de los años 80, los autores concluían su trabajo con una reflexión tan relevante entonces como ahora:

Porfirio Díaz, his regime, and his epoch have never ceased to be relevant to Mexicans, and to many non-Mexicans. Over the years the writing of Porfirian history has been an integral part of the shaping and evolution of Mexico's self-image. Mexicans have disagreed about the Porfiriato because they have disputed what Mexico is and should be; because the powerful and their enemies have needed and sought historical legitimacy; and because intelligent and honest historians have pursued truth as best they could. The custodians of the past are men and women of the present. Their historical judgments are conceived in the context of an uncertain present and these judgments contain implications for the future. (363-364)

En efecto, la relevancia del periodo continúa hasta principios del siglo XXI, explicando el surgimiento de obras como *Nadie me verá llorar* y *Expediente del atentado*. En este sentido, las reacciones de estas obras a la estética naturalista nos permiten un acercamiento desde los estudios literarios, además de formar un marco para la discusión de cuestiones de identidad, de ejercicio de poder y de resistencia desde la perspectiva de la biopolítica.

DE PROSTITUTAS Y SUS MALES: *SANTA Y NADIE ME VERÁ LLORAR*

En su libro *La Castañeda: narrativas dolientes desde el Manicomio General*, Cristina Rivera Garza sugiere que la existencia del manicomio cumplía con un rol muy claro en la retórica porfirista: “El mensaje que enviaba a la sociedad era el de un futuro prometedor en el cual el aislamiento de los enfermos impediría el contagio biológico y moral de los ciudadanos sanos, con lo cual se garantizaría un progreso continuo y saludable para México” (25). En este

sentido, la serie de actos mencionados como parte de los festejos del centenario, incluyendo la inauguración del Manicomio General, tuvieron una carga simbólica importante cuya función era reforzar el discurso hegemónico. En su tesis doctoral, Cristina Rivera Garza propone que el hospital La Castañeda, diseñado como parte del aparato de control social, pronto se convirtió en un espacio de negociación de poder. De acuerdo con la autora, en él convergieron y colisionaron interpretaciones de la sociedad contrastantes: la de los profesionales médicos y su racionalidad, y la de los internos y sus narrativas irracionales que desafiaron los valores y expectativas de la modernidad.

Rivera Garza explora estas ideas también desde la ficción histórica en su novela *Nadie me verá llorar*. Esta novela tiene lugar en La Castañeda, el hospital para enfermos mentales construido por orden del dictador Díaz para celebrar el centenario de la Independencia. La novela tiene como personaje principal a Matilda Burgos, una prostituta encerrada en La Castañeda en la primera mitad del siglo XX. Varios críticos han señalado el diálogo explícito de la novela de Rivera Garza con la novela naturalista *Santa* (1908), de Federico Gamboa, no obstante, con excepción de Blanca Rodríguez y su ensayo titulado “Intertextualidades en *Nadie me verá llorar* de Cristina Rivera Garza,” pocos se han detenido a analizarlo con detalle.¹⁰ El desarrollo de los personajes es un buen ejemplo de este diálogo. La suerte de Matilda, una joven que llega a la ciudad y termina cayendo en un prostíbulo, sin duda recuerda la fortuna de Santa. Rivera Garza además narra cómo Matilda y otras prostitutas leen la novela de Gamboa, debido a la gran popularidad de la que gozaba en la época, mofándose y, en algunos casos, aprovechándose de las ideas propagadas por ésta. Esta novela ha atraído gran atención por parte de la crítica, concentrándose alrededor de cuestiones como la identidad nacional, el discurso

historiográfico, los espacios disciplinarios, las construcciones de género y la enfermedad mental. Así, Maricruz Castro Ricalde se interesa por el cuestionamiento del proyecto de nación e identidad nacional que se hace en la obra. Este tema está también presente en los trabajos de críticos como Oswaldo Estrada y Brian L. Price, quienes toman como punto de partida el carácter historiográfico de la obra y la relación que establece con varios discursos históricos. En esta línea, Jorge Ruffinelli señala la tensión entre ficción e historiografía, y su resolución a través del lenguaje, mientras que Dolores Rangel propone una lectura de la sociedad porfiriana a través de la novela y Robert McKee Irwin destaca la propuesta que se hace de la modernidad porfirista a través de un imaginario visual.

Los espacios en *Nadie me verá llorar* también han despertado gran interés. Por ejemplo, Mara Bautista-Botello se enfoca en el espacio urbano y propone un análisis usando la figura del *flâneur*. Por su parte, Laura Kanost se preocupa más por el espacio físico de La Castañeda en su relación con el espacio sociocultural de la enfermedad mental; este último tema es central en los trabajos de Emily Hind, Elvira Sánchez-Blake y Sara Poot-Herrera. Desde el punto de vista de los estudios de género, estudiosos como Diana Palaversich y Vinodh Venkatesh subrayan, como aspecto fundamental en la novela, la crítica al sistema patriarcal, así como las diferentes construcciones y deconstrucciones de la femineidad y masculinidad.

Para este estudio, sin embargo, resulta de especial interés el artículo de Blanca Rodríguez sobre la intertextualidad en la novela. Rodríguez resalta la influencia patente del naturalismo, en específico de las propuestas de Émile Zola discutidas en *La novela experimental*. La autora empieza su discusión señalando una concepción científica de *Nadie me verá llorar*, que coincide con la propuesta zoliana de una narrativa basada en el método científico. Para sustentar su

argumento, Rodríguez hace hincapié, entre otras cuestiones, en la repetición constante de la palabra “cómo” —la novela inicia con la pregunta: ¿cómo se convierte uno en fotógrafo de locos?—, que compara con la proposición de Zola de no preocuparse del “porqué” de las cosas, sino del “cómo.” Además, destaca el proceso de escritura de la novela a partir de una investigación histórica rigurosa; la presencia de la fotografía como mecanismo de experimentación, así como de personajes a los que ella califica como experimentadores (Joaquín Buitrago y su cámara, Marcos Brugos y sus teorías del comportamiento, Paul Kamàck y sus mapas, etc.), y las secuencias descriptivas de personajes y espacios, que evocan descripciones naturalistas.

Al mismo tiempo, Rodríguez, como otros críticos, nota las referencias a *Santa* en la novela de Rivera Garza, por ejemplo: en la parodia de Santa que Matilda representa en un par de burdeles y por la que gana fama, en la descripción de los clientes del burdel, en la presencia de nombres como “La Gaditana” y “El Jarameño,” y en la inclusión del libro en la diégesis. Acertadamente, Rodríguez intuye las posibilidades para la lectura conjunta de *Nadie me verá llorar* y *Santa*: “En la transgresión lúdica de que es objeto la novela *Santa*, que se manifiesta en una ‘carnavalización,’ se encuentra una paradoja: de hecho al tomar en cuenta dicha novela, se gesta de manera implícita un homenaje a Federico Gamboa, pues desde la propia novela de Rivera Garza, *Santa* renace en busca de nuevas lecturas” (115). Pese a esto, tanto Rodríguez como otros críticos que han notado esta relación se han concentrado en discutir las referencias explícitas sin reparar en aquellas que lo son en menor grado. La relación que establece *Nadie me verá llorar* con *Santa* va más allá de “tomarla en cuenta,” sino que se trata, directa e indirectamente, de una referencia esencial. La relación con el naturalismo de la que habla

Rodríguez se puede matizar si movemos el punto de referencia del naturalismo propuesto por Zola en *La novela experimental* —en el que ella se enfoca—, a aquél encontrado en *Santa*, un texto más cercano en cuanto al contexto histórico y la tradición literaria. Esta estrategia va más allá de señalar las referencias directas al texto de Gamboa. Se trata de leer *Nadie me verá llorar* a contraluz de *Santa* para problematizar la relación entre estas dos obras. Esta relación se puede ver en paralelismos y contrastes importantes a lo largo de la novela de Rivera Garza.

Si bien Rodríguez hace referencia a las referencias paródicas de los reglamentos sanitarios, conviene fijarse con más detalle en este punto. Las inspecciones médicas en *Santa* son constantes y necesarias, según se dice, para mantener funcionando el burdel. Éste es el mecanismo más claro para evidenciar el ejercicio de poder en este espacio marginal. Mas estas inspecciones también exhiben, al mostrar su lado corrupto, las grietas en el régimen. Así describe a los agentes de sanidad Gamboa, cuando aparecen en el burdel de doña Pepa:

Son los Agentes de Sanidad el último peldaño de la pringosa escala administrativa. Estriban sus atribuciones en vigilar que las sacerdotisas de la prostitución reglamentada municipalmente, cumplan con una porción de capítulos, dizque encaminados a salvaguardar la salud de los masculinos de la comuna. Y como a la vez disfrutaban de cierto carácter de policías, es de admirar, en lo general, el sinnúmero de arbitrariedades que ejecutan, los abusos y hasta las infamias que suelen cometer a sabiendas, arreando a la prevención con señoritas honestas, pero desvalidas y mal trajeadas que resultan inocentes del horrendo cargo de prostitutas y a quienes se despide con un ‘usted dispense’ que vale oro.

(197)

Al respecto podríamos destacar, por un lado, la función regularizadora de los agentes, cuya labor es imprescindible en la reglamentación de la prostitución para establecer claramente los límites entre lo que es moralmente aceptable y lo que no. Por otro lado, las arbitrariedades cometidas por los agentes parecen estar directamente relacionadas con una jerarquía que los posiciona cerca de los estratos más bajos de la sociedad. En esta misma escena, los agentes ejercen su poder al llevarse a Santa a la inspección general sin que nadie en el burdel pueda evitarlo, pues el doctor había olvidado apuntar en su libreta su condición de “sana,” incluso cuando “a la Gaditana hubo que sujetarla, porque en furia convertida, vomitaba sapos y culebras contra los impasibles ‘agentes’” (198). Santa es más tarde liberada gracias a la intervención del Jarameño.

En una escena que evoca a la anterior, en *Nadie me verá llorar* dos agentes de la Inspección de Sanidad llegan al burdel La Modernidad, donde trabaja Matilda, tras un altercado provocado por unos clientes estudiantes de medicina.¹¹ Los agentes, como en *Santa*, intentaron llevarse a una muchacha, pero en este caso, Matilda se opuso rotundamente, primero con “un discurso improvisado sobre la justicia, sus derechos laborales y la falta de compasión” (170), y luego con amenazas más directas a uno de los agentes que encañonaba a la muchacha: “Si lo haces —dijo Matilda ya envalentonada—, todas te matamos aquí y luego te levantamos un acta en el ministerio público por homicidio” (171). La protesta surtió efecto: “Las palabras de Matilda ayudaron a incrementar el temor que ya invadía a los policías. Era la primera vez que se enfrentaban a un prostíbulo en franca rebelión. Cuando finalmente optaron por irse, la muchacha desnuda se colgó del cuello de Matilda” (171). Esta acción, además de fijarle el apodo de la Diablesa a Matilda, le aseguró el amor de la muchacha desnuda, Ligia Morales “La Diamantina,” con quien después llevaría a cabo las parodias comentadas por otros críticos, incluida la de la

Santa. Conviene también destacar el papel de Santa y Matilda en ambas escenas. La falta de agencia de Santa contrasta directamente con la representación de Matilda como agente capaz de entrar en la negociación de poder haciendo uso de las mismas herramientas con las que el régimen trata de imponerse. Matilda intenta, en primera instancia, disuadir al agente de sanidad apelando a la justicia, al derecho laboral y a la compasión, sin éxito, mostrando cómo dichos conceptos carecen de carga simbólica para el régimen. Así, Matilda debe cambiar su plan de acción, llevándola a amenazar al agente con fabricar evidencias que las librarían de pagar por el crimen.

Matilda tiene la capacidad de afectar el ejercicio de poder al estar consciente de los mecanismos con que actúa, una posibilidad negada a Santa. Para ésta última es necesaria la intervención del Jarameño, cuya condición de masculinidad exacerbada como torero —en los ojos de uno de los agentes que lo reconoce— le permite negociar dentro de la red de poder. Para poder liberar a Santa del hospital a donde ha sido trasladada, Jarameño debe declarar que es “su ‘querida’ y que la retiraba de la prostitución” (208), siendo éste el sustento de la relación que habría de venir entre los dos. La reacción a este episodio en *Nadie me verá llorar* es contrastante. El enfrentamiento con los agentes de sanidad también da paso a la relación entre Matilda y Ligia, quienes esa misma noche durmieron juntas e incluso “hicieron el amor sobre las páginas del libro [*Santa*]” (172), en una clara afrenta a la sociedad heteronormativa patriarcal retratada por Gamboa.

El motivo del altercado entre los defensores de la salud pública y los trabajadores de ambos burdeles da más claves. Mientras en *Santa* se trata de una cuestión burocrática —por ejemplo, la distracción del médico al olvidar firmar la libreta de la protagonista —, en la novela

de Rivera Garza tenemos una cuestión económica, pues uno de los clientes se negó a pagar los servicios prestados: “Quiere que se la mame, que me le monte y que me ponga a gatas por el mismo precio” (176), declara indignada Ligia. La posición del narrador a este respecto es clara: “A finales de 1907, cuando Matilda hizo de la prostitución su oficio, sólo las muy atolondradas o francamente estúpidas, como Santa, acudían al registro y pasaban por la humillación del examen médico” (160). De esta manera se establece la preponderancia del aspecto económico sobre la salud pública, que además se denuncia como un atentado a la dignidad del individuo.

La cuestión monetaria la encontramos también presente en otras ocasiones. Como resultado de una economía patriarcal, tanto Santa como Matilda deben recurrir a la prostitución para sobrevivir. Sin embargo los caminos de una y otra son muy distintos. Santa llega a la casa de doña Pepa impulsada por la deshonra de que fue víctima. Matilda llega a la casa de citas de Madame Porfiria tras abandonar la casa de Marcos Burgos como protesta por la reacción de su tío a la matanza en Río Blanco, pues éste último “aplaudió las medidas drásticas empleadas por el presidente Díaz para proteger el futuro, las buenas costumbres, la soberanía de la nación” (154). Matilda trabajaría entonces como operaria en una cigarrera, de donde fue despedida injustamente, para luego llegar al burdel. Así, si bien ambas se enfrentan a un entorno que les impide ser parte del sistema económico, en la novela de Rivera Garza los hilos de este sistema se vuelven más palpables tanto para el lector como para los personajes.

Otro ejemplo de la capacidad de Matilda para usar el discurso hegemónico en su favor y, nuevamente, acceder a redes de negociación de poder, lo encontramos en el pasado que se inventa al llegar al burdel:

Mintiendo con destreza, relató su seducción a manos de un estudiante de leyes y, con los ojos humedecidos, contó en detalle su cruel abandono y la consabida expulsión de la casa paterna. Todas habían relatado la misma historia desde que Santa la hiciera famosa y todas habían comprobado su eficacia. A los hombres que les pagaban por sus servicios se les ablandaba el corazón y la cartera. La historia, además, los dejaba convencidos de que fornicar había sido en realidad una obra de caridad. (168)

En este caso, tomando como referencia la historia de Santa, Matilda se inserta en el discurso de la caridad, no en la posición de receptor pasivo aludida en la intervención del inspector durante inauguración de La Castañeda descrita en la sección anterior, sino como un agente que emplea dicha retórica como elemento de resistencia ante la marginalización a la que es sometida desde el poder.

La rebeldía de Matilda se hace nuevamente patente en otras ocasiones. Durante la época como operaria en la cigarrera, Matilda puso en práctica de manera paralela los conocimientos de medicina que aprendió al observar a su tío y al trabajar como enfermera en la casa de Columba Rivera, lo que le permitió participar en un sistema económico alterno: “[S]us pacientes le regalaban lajitas de jabón, bolsitas llenas de granos de café traídos de sus tierras en provincia, azúcar, hilaza de colores, extracto de rosas hecho en casa” (165). Asimismo, en el contexto histórico, este rol de Matilda la posicionaría dentro del grupo de prácticas ilícitas que el naciente gremio médico buscaba erradicar con el apoyo del gobierno de Díaz, desafiando por tanto directamente al régimen y a su discurso hegemónico positivista que veía como incompatible el

acceso al saber médico desde la marginalidad, de clase y de género, en la que se encuentra este personaje.

Al participar activamente en la práctica médica, Matilda entra también en conflicto con la visión naturalista de la relación médico-paciente. En la novela de Gamboa, como en la mayoría de las obras naturalistas, Santa es un sujeto pasivo al interactuar con la medicina: los médicos la examinan, la inspeccionan, la certifican, la hurgan “con aparatos de metal” (79), se burlan de ella, la diagnostican, la desahucian, la operan y, al final, muere en un quirófano. Por el contrario, la dualidad de Matilda como médico-paciente, rompe esta pasividad y erosiona el papel de la medicina como autoridad única e inalcanzable para ciertos sectores de la sociedad. Aún más, a lo largo de *Nadie me verá llorar* presenciamos la incapacidad de los médicos para diagnosticar acertadamente la condición de los pacientes, socavando su aparente infalibilidad.

El diagnóstico del mal que aqueja a Matilda y su posterior encierro confirman esta posición: “Dice que todo empezó una noche de julio cuando un grupo de soldados le atajó el paso en la calle. Iba saliendo de trabajar del Teatro Fábregas y, envuelta todavía en una nube de éter, se negó a hacerles favores sexuales. Los soldados la mandaron a la cárcel y ahí un médico le diagnosticó inestabilidad mental” (242). La reclusión de Matilda es entonces resultado de su enfrentamiento con el poder. Aquí el narrador parece sugerir que el mal de Matilda tiene más que ver con su carácter subversivo y menos con su condición mental.

Al mismo tiempo, existe una desconfianza generalizada en los médicos por parte de las clases más pobres: “Algunas veces, cuando la condición de los enfermos no tenía remedio, [Matilda] les sugería ir a los hospitales o consultar a un médico profesional, pero para ellos esos lugares eran más de perdición que de salud y los doctores tenían reputación de policías” (165).

Esta incapacidad y desconfianza no nada más choca con la narrativa naturalista en donde sobresale la autoridad del médico, también patentiza la función de la medicina y sus practicantes lícitos como parte del aparato para el ejercicio del poder.

Aquí resulta oportuno fijarse en la figura del médico en ambas novelas. En *Santa*, los médicos son presencias casi abstractas. Aparecen en la novela para diagnosticar, prescribir, formar juicios y confirmar la existencia de los males que la voz narrativa se ha encargado de introducir. Son personajes sin nombre propio, sin rostro definido. Sí en cambio podemos distinguir dos grandes grupos. Tenemos a los médicos de prostitutas de baja calidad moral, concentrados en el decadente Hospital Morelos —a donde envían a Santa tras el incidente con su libreta—, que parecen haber sido viciados por el contacto continuo con los estratos más bajos de la sociedad. En el lado opuesto tenemos a los médicos que atienden a Santa en el Hospital Béistegui hacia el final:

¡Vaya un aspecto riente el del hospital! Su fachada flamante y moderna; su proximidad con el templo de Regina, en cuya vetustez diríasele apoyado; los anchos de la tranquila plazuela en que esta edificado, lo que el sol retoza con las plantas de su primer patiecillo, y el aseo extrema que respira, despojándolo por completo de la desconsolada apariencia que distingue a los demás hospitales.

(352)

Este espacio, junto con los profesionales que en él operan, representa el ideal positivista del progreso y funciona como antítesis de los doctores de prostitutas y de figuras como Santa, Hipólito —el pianista ciego que se enamoró de ella desde su llegada a la casa de doña Pepa—, y

Jenaro —el ayudante de Hipólito—, quien quedó tan impresionado al visitar dicho hospital que llegó a imaginar que los tres habían muerto.

En cambio, los médicos en *Nadie me verá llorar* tienen nombre y apellido, adquieren cualidades que los humanizan y, por tanto, desmitifican. Tres en especial destacan. Marcos Burgos, el tío de Matilda, es un médico para quien la solución a los vicios de la sociedad es una educación recta, confiando en la higiene como vía de progreso. La historia de Marcos es la de un hombre que quiere dejar atrás su pasado, que se esfuerza por desaparecer su acento costeño e instalarse en la capital para formar parte de la fuerza necesaria para dirigir el progreso, una fuerza que debe ser, en su opinión, predominantemente masculina. También tenemos al doctor Eduardo Oligochea, el médico encargado de Matilda en el manicomio. Oligochea está convencido del valor del método científico del siglo XIX y es un poco receloso de los nuevos enfoques en su campo: “Entre los enfoques somáticos y sistematizadores del especialista alemán Emil Kraepelin y los tratamientos psicológicos derivados de los avances en la neurología y el incipiente psicoanálisis, Eduardo Oligochea se inclina por los primeros” (37). Enamorado de una mujer cuyas aspiraciones se interpusieron en la relación, Oligochea termina comprometido por conveniencia con alguien que no ama. Columba Rivera es, según se dice, la segunda mujer en volverse médico en el país. “Una mujer soltera y de cuarenta y tres años” (129), para quien Matilda llega a trabajar. Rivera trabaja en el Hospital Morelos, atendiendo a prostitutas. A diferencia de los médicos de prostitutas retratados por Gamboa, Rivera es presentada como una profesional dedicada, con una desconfianza profunda en los hombres pues los considera responsables de los males que aquejan a sus pacientes. Así, mientras que en *Santa* los médicos funcionan más como herramientas del narrador para estudiar a sus personajes y emitir juicios

sobre su inferioridad y necesidad de control, en *Nadie me verá llorar* éstos son una parte más del tejido narrativo, cuya voz se presenta al mismo nivel que la de sus pacientes.

Inclusive podríamos llevar la relación médico-paciente al universo narrativo y a la relación narrador-personaje. Según Margo Glantz:

El pudor con que Gamboa destaza el cuerpo de Santa para venderlo en el prostíbulo por donde desfila toda la ciudad concupiscente, acaba por convertirse en la esencia del libro y definir una mecánica del poder. Sólo cortándola en pedazos la carne de las reses puede ser vendida, aunque antes se la exhiba en grandes garfios que se ostentan por su belleza y sanidad. Cuando la carne se corta, el cuerpo se fragmenta y el de Santa deja de ser un cuerpo humano desde el momento mismo en que Santa la ha reducido a una negación, a un epíteto sugerido por puntos suspendidos a una frase que elude la “palabra nefanda” o a una fragmentación de descripción que destaza el discurso. Santa no es mujer, es un cuerpo destazado. (45)

Gamboa, como otros naturalistas, se aproxima al personaje de Santa desde una mirada con aspiraciones científicas que disecciona al sujeto de estudio. Rivera Garza, a su vez, se opone deliberadamente a tal aproximación. La contraposición entre el discurso médico parco de expedientes y actas, y las narrativas que parecen contradecir dicho discurso a lo largo de *Nadie me verá llorar* es prueba de ello. Los números de expediente que identifican a los pacientes de La Castañeda se contraponen a las historias de pacientes que, a diferencia de Santa, tienen apellidos, es decir, pese a todo, conservan parte de su identidad.

Desde el punto de vista del desarrollo de la acción, la historia de Santa planteada por Gamboa sigue una especie de espiral descendente, en sentido contrario a la construcción del progreso porfiriano, de la que resulta imposible salir pese a intentos repetidos por parte de la protagonista. Su deambular entre prostíbulos cada vez más decadentes, sus relaciones crecientemente abusivas, su abuso del alcohol y su incapacidad para contener sus bajos impulsos tienen sólo un desenlace posible. Así, la enfermedad de Santa es un síntoma físico de su calidad moral. Santa es víctima tanto de su entorno como de sus propios impulsos, y su decadencia se vuelve inevitable. Por el contrario, la historia de Matilda Burgos transcurre en diferentes espacios, *La Castañeda* y *La Modernidad* entre ellos, sin necesariamente plantear una jerarquización o sucesión, para así negar una concepción lineal o progresiva de la historia.

El final de ambas novelas confirma igualmente esta postura. Tanto Santa como Matilda han muerto: Santa como resultado de cáncer, Matilda por un derrame cerebral. El cuerpo de Santa queda al resguardo de Hipólito. Matilda muere en presencia de su primer amor, un activista contra el régimen porfiriano cuyo nombre evoca precisamente el de Santa: Cástulo. La última frase de ambas novelas es, en este sentido, iluminadora. *Santa* termina con una especie de súplica de Hipólito, quien ha visitado la tumba de Santa por meses después de haber sido enterrada, para lograr redención. Una súplica para alcanzar el perdón, no solamente para Santa, sino también para aquéllos que como ella, han seguido el camino de los vicios: “Ruega, Señora, por nosotros, los pecadores...” (362). El final de *Nadie me verá llorar* evoca al de *Santa*, pero en esta ocasión a través de una súplica de Matilda desde la tumba: “Déjenme descansar en paz” (249), es decir, no más ruegos, no más disecciones naturalistas ni un sujeto pasivo y dependiente.

Según se ha visto, en *Santa*, Federico Gamboa retrata la sociedad de finales del siglo XIX y principios del XX, basado en nociones de la estética naturalista, es decir, plasma un pesimismo basado en el determinismo, una sociedad dañada por el vicio y la decadencia moral que resultan, entre otras cosas, en prostitución. Gamboa le da un rol central a la medicina y a la ciencia como soluciones y explicaciones de los problemas que aquejan a la sociedad, y para ello debe meterse en el ambiente sórdido de las clases bajas. Como Michel Foucault describe en su obra *Nacimiento de la clínica*, el paradigma reinante en la época es el de los sabios, médicos e investigadores, cuya labor incansable desembocará en la extinción de la enfermedad, pero además, y quizá de manera más significativa, en donde el cuerpo y la persona del enfermo son dos entes separados.

En esta línea, Gamboa ha sido reconocido por algunos críticos por mostrar algunos aspectos que la sociedad porfiriana se negaba a reconocer como parte de su cotidianidad. Al respecto, opina José Emilio Pacheco sobre Federico Gamboa:

Hay que reconocerle al autor de *Santa*, porfiriano eminente y autor que trabajaba en medio de la atmósfera de respetabilidad victoriana con que quiso apuntalar su legitimación el porfiriato, el intento de devolver a la luz pública temas velados por la generalizada hipocresía y darle a la sexualidad en la literatura la misma importancia que tiene en lo cotidiano. (xix)

Y en efecto, la sexualidad de *Santa* juega un rol central en la novela, si bien en muchos casos para ser condenada. La novela de Rivera Garza revisita el porfiriato de la mano de *Santa* precisamente porque la narración de las experiencias cotidianas que Gamboa hace, deja grietas en la representación de la sociedad y el régimen porfirianos. Es a través de estas grietas que se

teje el universo narrativo de *Nadie me verá llorar*, cuestionando no sólo la realidad porfiriana, sino construcciones posteriores en el discurso de identidad nacional. Las palabras del dueño de La Modernidad para consolar a Matilda, al ser abandonada por Ligia, hablan a este respecto: “Siempre pasa lo mismo, si lo he de saber yo —las dos estaban echadas sobre el mismo sillón, abrazadas y observando el techo—, te digo que la verdadera dictadura es la de la pareja de hombre y mujer. Con el pretexto de los hijos acaban echándonos a un lado como si la infección fuera nuestra” (184). Rivera Garza cuestiona los cimientos del proyecto de nación, por ejemplo, al exhibir su carácter heteronormativo y así, conectar la dictadura de Díaz con el México posrevolucionario patriarcal. De manera similar, *Nadie me verá llorar* problematiza la noción del progreso porfiriano, que a finales del siglo XX resurgió con el auge del neoliberalismo, cuyo proyecto se consideraba incompatible con grupos enteros de la sociedad y, por tanto, los marginalizaba. Para ello, cuestiona la retórica de la enfermedad positivista valiéndose del diálogo con el naturalismo en general, y *Santa* en particular, lo que permite incorporar narrativas marginales en el discurso histórico nacional. Igualmente, en estas dos novelas podemos atestiguar la circulación de discursos elaborados desde poder en los que la enfermedad se construye como amenaza para el proyecto modernizador de la clase gobernante, discursos que son reelaborados y problematizados valiéndose de mecanismos utilizados por la retórica oficial misma.

DE ALCOHÓLICOS Y SUS MALES: *LA CAMADA* Y *EXPEDIENTE DEL ATENTADO*

Uno de los textos que desde el siglo XXI se acerca al universo porfiriano de finales del siglo XIX es *Expediente del atentado* (2007), de Álvaro Uribe. La novela de Uribe describe el

ataque fallido de Arnulfo Arroyo a Porfirio Díaz durante los festejos del aniversario de la Independencia en 1897, así como la serie de eventos anteriores y posteriores al suceso. En su momento, el atentado causó revuelo en los periódicos, al irse descubriendo pruebas que hacían menos plausible la hipótesis del atacante solitario, en favor de una conspiración de carácter político que llegó a involucrar al inspector general de policía. En el texto de Uribe, uno de los aspectos que destaca es el diálogo que se establece con el contexto cultural de finales del siglo XIX. *Expediente del atentado* está estructurada como el archivo del caso elaborado por el funcionario y escritor naturalista Federico Gamboa. La relación de la novela de Uribe con el naturalismo también se puede ver en el rol del escritor Federico Gamboa como personaje indispensable para la estructuración de la obra. En este sentido, cabe notar que Uribe ya había mostrado su interés por el autor con anterioridad. En 1999 publicó *Recordatorio de Federico Gamboa* (1999), un ensayo sobre la figura del escritor naturalista basado en diversas fuentes, entre ellas su propio diario. En las páginas de la novela se hilvanan extractos del diario de Gamboa con oficios judiciales, cartas, artículos periodísticos, informes, confesiones, declaraciones y una farsa en un acto, con el fin de reconstruir los hechos relacionados con el incidente. Sin embargo, Uribe no ha sido el único que ha llevado el atentado fallido contra el general a la ficción. En 1912, Salvador Quevedo y Zubieta, escritor, médico y político, publica *La camada*, una novela de corte naturalista en la que se narra también este acontecimiento.

Resultará provechoso acercarnos conjuntamente a las novelas de Uribe y de Quevedo y Zubieta para, más allá de notar la anécdota compartida, identificar algunos de los mecanismos utilizados por uno y otro en la crítica de discursos de poder como parte de la ficción histórica. A diferencia de *Nadie me verá llorar* y *Santa*, en *Expediente del atentado* no encontramos

referencias explícitas a la novela de Quevedo y Zubieta, por lo que mi intención es leer ambas obras como dos ejercicios de representación de un mismo acontecimiento que, viéndolos de manera conjunta, permiten dilucidar algunos aspectos específicos relacionados con la construcción de discursos históricos y de identidad nacional desde su posicionamiento con respecto a la retórica porfiriana de la enfermedad, una especie de lectura sinóptica.

Sobre la novela de Uribe, la crítica ha destacado la construcción del discurso histórico, su relación con el diario de Federico Gamboa y la inclusión de textos de carácter variado, entre otros. Para Horacio Molano Nucamendi, el dividir la novela en carpetas de un expediente, así como la inclusión de documentos de diversos tipos, lleva al lector a actuar como historiador, que va descubriendo pistas y atando cabos para que “sea él mismo quien descubra lo que realmente sucedió” (89). Aída Gambetta Chuk destaca, además de algunas cuestiones históricas, en la representación de Federico Gamboa en la novela como “político comprometido con el gobierno y con la cultura porfirianos, incluso hasta el punto de rehusar todo aquello que lo comprometiera políticamente y lo expusiera a perder la consideración de sus superiores” (90). Ambos críticos evaden un análisis detallado de Arnulfo Arroyo —retratado con frecuencia como alcohólico y desequilibrado mental— que puede ser fructífero, no sólo por personificar la imposibilidad de un ataque certero contra la figura del dictador, sino por las posibilidades críticas que sus distintas representaciones literarias sugieren.

La novela de Uribe está organizada en tres carpetas que llevan los nombres de los personajes más relevantes en el caso: 1) Arnulfo Arroyo, 2) Eduardo Velázquez, y 3) Villavicencio y los demás. Esta organización responde en parte al aspecto cronológico de los hechos y, en menor medida, a los distintos puntos de vista desde los cuales se narra la historia.

Las carpetas están compuesta por capítulos, cada uno dominado por un tipo de texto (cartas, páginas del diario de Gamboa, oficios, narración en tercera persona, artículos de periódico, etc.) que van armando el caso, por lo que la división en carpetas puede llegar a sentirse superflua.

La novela comienza *in medias res*, siguiendo las acciones de Arnulfo Arroyo el 16 de septiembre de 1897, día del atentado. En este sentido, el aniversario de la Independencia se puede leer como una heterotopia de discontinuidad temporal. De acuerdo con Foucault, las heterotopias “have the curious property of being in relation with all the other sites, but in such a way as to suspect, neutralize, or invert the set of relations that they happen to designate, mirror, or reflect” (“Of Other Spaces” 24), además, un espacio heterotópico “is capable of juxtaposing in a single real place several spaces, several sites that are in themselves incompatible” (25). Como se ha visto, la clase en el poder utilizaba esta fecha como escaparate del proyecto positivista para la modernización del país (con exposiciones, inauguraciones, conferencias, etc.), e inscribir a éste en la narrativa histórica como resultado progresivo del proceso de formación de la nación. Por lo tanto, el atentado contra el dictador en este día, cuando precisamente se dirigía a encabezar los festejos, cuestiona la función ceremonial performativa de la celebración, irónicamente, con un espectáculo en sí mismo. Esta función está presente en la novela de Uribe, que precisamente ubica al lector en medio del desfile conmemorativo inundado por “la algarabía de la muchedumbre comprimida en las banquetas, por los vítores de la gente asomada a las azoteas y a los balcones de sus casas” (12). Sin embargo, el narrador le niega al lector una descripción detallada del ataque, al sugerirla solamente: “De un salto se filtró entre los esmirriados cadetes que le daban la espalda en la valla y corrió tras el presidente de la República” (19). Esta omisión contrasta no sólo con la larga tensión creada antes de llegar a la

embestida por parte Arroyo, sino, como se verá más adelante, con el espacio que se dedica en la novela a eventos como el juicio de los conspiradores.

Cuando Quevedo y Zubieta publica *La camada*, habían pasado quince años desde el atentado, la dictadura había caído, Porfirio Díaz vivía exiliado en París y el país se encontraba en plena revolución. En este sentido, si bien no hay una gran distancia temporal con los hechos, los cambios vertiginosos que habían ocurrido necesariamente nos hacen cuestionar la motivación detrás de una novela como ésta. La sociedad porfiriana representada en *La camada*, como en *Santa*, está llena de contradicciones. Sin embargo, mientras en *Santa* encontramos numerosos juicios de carácter moral y religioso, en *La camada* la voz narrativa toma un punto de vista científico claramente influido por la formación médica del autor.¹² La novela tiene como personaje central a Flon, un practicante de medicina. Desde su perspectiva se nos narran diversos acontecimientos, siendo los de mayor relevancia aquellos relacionados con el atentado. A través de Flon conocemos a una variedad de personajes marginales que por una u otra razón llegan a la Sección Médica de una comisaría en la Ciudad de México, pero además nos proporciona detalles de la vida de representantes de la autoridad, policías y médicos entre ellos. En la secuencia previa al ataque al dictador se pueden notar ciertas semejanzas con el texto de Uribe. En ésta seguimos a un Arroyo alcoholizado por las calles de la Ciudad de México en espera de la comitiva presidencial rumbo a los festejos del aniversario de la Independencia. Como Uribe, el autor evita narrar el acontecimiento y en cambio reproduce la crónica de los hechos publicada el 17 de septiembre de 1897 en la primera plana de *El Imparcial*, un diario oficialista que en la novela aparece bajo el sobrenombre del “Justiciero.” Con esta estrategia, Quevedo y Zubieta no sólo resuelve la escena desde el punto de vista narrativo, sino que problematiza cuestiones de

representación de la Historia, al presentar la historia oficial, tal y como se construye desde el poder, para luego desde la voz del narrador hacer patente los procesos de transformación a que se ve sometida: “A través de los años, esa agresión, cuyos efectos se reducen a tirar un sombrero, aparece grotesca como la literatura informante. El barbarismo se propaga. Va de Arroyo, al comodoro, al cargador, al cronista. Seguirá propagándose” (370). El ataque del 16 de septiembre de 1897 se construye en estas dos novelas como parte de una heterotopía, la de los festejos del aniversario de la Independencia (que aparece también en *Santa y Nadie me verá llorar* cuando las protagonistas de ambas novelas se enfrentan, con distintos grados de entusiasmo, a la algarabía popular de esta fecha en años posteriores), en donde confluyen narrativas históricas y se genera una discontinuidad temporal que permite contestarlas.

Además de la representación del ataque mismo, otro eje para la lectura conjunta de ambas obras es a través de los personajes de Arnulfo Arroyo y Eduardo Velázquez. En *Expediente del atentado*, un narrador en tercera persona nos presenta a un sujeto embriagado, temeroso, envejecido prematuramente, con temor a los espejos, católico no practicante y de apariencia descuidada. A lo largo de la novela, la descripción del narrador se irá complementando con los puntos de vista de otros personajes, entre ellos el de Federico Gamboa —excompañero de la escuela de Arroyo—, Eduardo Velázquez —quien conoce a Gamboa y Arroyo también desde el colegio—, Cordelia Godoy —prometida de Velázquez pero enamorada de Gamboa— y la madre de Arroyo, entre otros. La perspectiva de la madre de Arroyo resulta de particular interés. Curiosamente, ella es uno de los pocos personajes que hace la conexión entre enfermedad mental y alcoholismo, que como hemos visto, era parte fundamental de la retórica porfiriana: “Porque si ustedes se fijan bien, eso es un borracho. Un enfermo. Un desvalido. Una persona que ya no

puede con su cuerpo como antes no pudo con su alma” (83). Esta percepción está también presente cuando narra las interacciones de la familia con Arroyo: “De preferencia, lo evitábamos. Y si no era posible, le dábamos por su lado. Como se hace con los locos. Como hay que hacer también con los borrachos” (82). De hecho ella misma tiene sus sospechas sobre los orígenes del comportamiento de su hijo: “Pronto le dieron trabajo en sus despachos y todavía más pronto se nos echó a perder. Fue como si lo hubiera contagiado la corrupción que, sin agraviar a los presentes, veía a diario en los tribunales y en las cárceles” (76). Al señalar al sistema judicial como elemento corruptor, la madre de Arroyo problematiza varios puntos de la retórica positivista de la clase gobernante y de la construcción naturalista del enfermo.

Según el testimonio de la madre, estamos ante un sujeto educado que ha sido corrompido por un sistema cuya misión, según el régimen, es precisamente la contraria. Además, si tomamos en cuenta que, de acuerdo con la novela, Velázquez, Gamboa y Arroyo recibieron una educación similar, el discurso de la falta de una educación recta como factor determinante queda en entredicho. No obstante, el que la interacción con sujetos marginales en tribunales y cárceles tenga un efecto corruptor no es ajeno a algunas obras de la narrativa naturalista; recordamos por ejemplo los médicos de prostitutas en *Santa*. Pese a estas coincidencias, la madre de Arroyo añade un detalle que complica el discurso naturalista sobre el alcohólico: “Yo no les bebo a ustedes ni una sola gota de licor. Ni siquiera el rompope me gusta” (77). Con esta información, junto con otros detalles sobre el resto de la familia, la madre de Arroyo niega el carácter hereditario de la proclividad para el vicio. De manera similar, por la madre de Arroyo nos enteramos que éste último era un ferviente admirador del dictador, inclusive cuando era niño “hizo una declamación preciosa sobre las hazañas del señor general don Porfirio Díaz en la lucha

contra los franceses” (74). Mas con los años y al volverse parte de la burocracia, Arroyo se decepciona del régimen, como él mismo declara en el texto:

Sus promesas de orden, paz y progreso para México se habían implantado en mi espíritu devoto con la irrefutabilidad de los mandamientos bíblicos. Fue un desengaño irreversible comprobar que la ordenación de la sociedad mexicana era castrense, que los pacificados yacían por millares en los cementerios y que sólo progresaban quienes siempre, a partir de la Conquista, habían estado cerca del poder. (48)

Este perfil viene a confirmar la imagen de Arroyo como activista político. Ausente totalmente en las representaciones de Arroyo en la prensa de la época, esta cualidad le permite a Uribe elaborar un discurso de resistencia, no sólo contra la dictadura porfiriana, sino contra la “ordenación de la sociedad mexicana” que encuentra ecos todavía fuertes a principios del siglo XXI. Un discurso que, sin embargo, resulta problemático si se considera la postura de la madre de Arroyo para quien la asociación entre el alcoholismo y la locura del atacante es clara; dicha postura, como se verá, está cercana a aquella propuesta por Quevedo y Zubieta en su novela. Lo cierto es que esta postura es descalificada en la diégesis por el lector mismo, al no ser respaldada ni por el narrador ni por ningún otro personaje.

Por otra parte, el narrador de *Expediente del atentado* le asigna a la figura de Arroyo un carácter profético y disidente. Cuando Arroyo es llevado a la inspección, se encuentra con su excompañero de pupitre en la escuela, ahora agente de la policía:

Sentado a medias para encarar a Antonio Milanés, Arnulfo Arroyo intentó decirle que Porfirio Díaz ameritaba con creces la muerte. Intentó decirle que México

debía aprender a vivir sin caudillos. Intentó decirle que tarde o temprano alguien más vendría a terminar lo que él había empezado. Pero la mordaza, aun aflojada, le impedía hablar con claridad. (63)

Esta representación de un Arroyo amordazado que es incapaz de articular de manera audible sus pensamientos se puede leer con facilidad como la imagen de grupos dentro de la sociedad oprimidos por el régimen. Además, en un acto profético de resistencia, Arroyo se declara en contra del caudillismo que habría de encontrar su clímax durante la Revolución y continuar a lo largo del siglo XX transformado en presidencialismo.

En *La camada*, Arnulfo Arroyo sufre de un alcoholismo patológico que lo lleva al borde de la locura, condición que Velázquez aprovecha para poner en marcha su plan. El retrato de Arroyo en el contexto de la locura no es fortuito. Como Cristina Rivera Garza describe muy bien en *La Castañeda: narrativas dolientes desde el Manicomio General*, una de las preocupaciones del régimen porfiriano fue la amenaza representada por sujetos en los márgenes: “[Los analistas porfirianos] realizaron esfuerzos sin precedentes para identificar y controlar a los miembros potencialmente peligrosos de la sociedad y así fue como señalaron con especial énfasis a los criminales, las prostitutas, los alcohólicos y los enfermos mentales” (*La Castañeda* 40). Así, el alcoholismo de Arroyo lo posiciona en el margen y en el mismo nivel discursivo de los enfermos mentales. La novela de Quevedo y Zubieta retrata a un Arroyo que es un visitante constante de la Sección Sanitaria, a donde es llevado por sus borracheras continuas. De manera incesante nos encontramos a un Arroyo embriagado cuyo comportamiento es determinado por su adicción al alcohol, que debe consumir a cualquier hora y en cualquier lugar. Incluso se nos narran escenas en donde policías, por compasión, le proveen alcohol mientras éste se encuentra detenido. A lo

largo de la novela, vemos a un personaje fácilmente manipulable y con inestabilidad mental debido a su adicción. De hecho, el inspector Eduardo Velázquez usa las debilidades causadas por este vicio para llevar a Arroyo a cometer el atentado. Esta enfermedad mental del atacante no es simplemente especulación periodística de quienes la reportan, sino que en la misma diégesis confirma la autoridad de la medicina en estos casos: “‘Arnulfo es un loco’ fué [sic] el apunte unánime de las carteritas [de los periodistas]. Pero el repórter del ‘Justiciero’ expresó sus escrúpulos proponiendo que esperasen hasta saber la opinión del Dr. Carriles, perito médico-legista, con patente oficial para decidir sobre achaques del alma, ‘casi un oráculo.’” (374). Como Uribe, Quevedo y Zubieta también le imprime al personaje de Arroyo ciertas características de inconformidad con el régimen con resultados completamente diferentes:

Arnulfo Arroyo detestaba a Porfirio Díaz. Era el odio instintivo del pueblo miserable que se queda debajo contemplando al que sube...El odio irracional de Arnulfo se explicaba. Era el resultado lógico de una situación en que se engrandecía sobremanera la acción individual de un hombre. Se le hacía aparecer como resumiendo en su persona toda la vida nacional, y en tal virtud, al par que fanatismo de admiración, debía inspirar también fanatismos de repulsión. (276)

El Arroyo de Quevedo y Zubieta es entonces parte de ese pueblo que ve pasar el progreso ante sus ojos sin ser partícipe, pues los vicios se lo previenen. El odio de Arroyo, como el del “pueblo miserable,” está motivado por la desproporcionada e irracional percepción de la figura de Díaz como símbolo de la nación.

La enfermedad y los espacios desde donde se articula el discurso de poder en ambas novelas se prestan a lecturas detalladas. Como describe García Barragán en su estudio *El naturalismo literario en México*, la novela de Quevedo y Zubieta:

Cuenta, entre sus múltiples episodios, el atentado histórico de Arnulfo Arroyo contra el presidente Porfirio Díaz, y el pretendido “linchamiento” del agresor, juntamente con el que parece ser hecho principal de la trama: la sospechosa muerte, aparentemente natural, de un ebrio. Con el héroe, estudiante de medicina pobre e infortunado, descubrimos y palpamos la miseria, la inmoralidad y las irregularidades de comisarías, hospitales, profesores y estudiantes de medicina, así como de funcionarios de todas las categorías. (57)

En efecto, en *La camada* descubrimos un mundo de miseria que confluye en el espacio central de la novela: la Sección Médica de una comisaría de la Ciudad de México, a donde llegan personajes marginales de la sociedad y conviven con agentes que ejecutan el poder porfiriano, médicos y policías entre ellos. Como resultado, la Sección Médica en la novela de Quevedo y Zubieta representa un espacio por antonomasia del poder disciplinario del que habla Michel Foucault: una heterotopia de desviación. Arnulfo Arroyo es un visitante frecuente de este lugar debido a su alcoholismo, lo que lo lleva a interactuar con Eduardo Velázquez, el inspector general de policía, una acción indispensable para la trama. En la Sección Médica encontramos casi cualquier personaje arquetípico de la narrativa naturalista, incluyendo alcoholicos, prostitutas, criminales, histéricas, etc. Quevedo y Zubieta pasa una buena parte del inicio de la novela describiendo a detalle, y al más puro estilo naturalista, este ambiente grotesco, lleno de podredumbre, vicios e inmoralidad. Como en *Santa*, aquí también encontramos el aparato de

autoridad porfiriana afectado por la corrupción, la mezquindad y la ambición. La policía, con el inspector general a la cabeza, es un cuerpo corrupto e ineficiente. Una parte importante de los médicos son ineptos, holgazanes o degenerados. En este sentido, Quevedo y Zubieta hace una crítica aguda del poder. Mas a lo largo de la novela se hace evidente que la crítica no va dirigida al dictador, sino a una sociedad consumida por el crimen, los vicios y la indecencia, tanto del pueblo como de la clase gobernante. Con todo, existen algunos personajes como el del practicante Pedro Flon o su jefe en la Sección Médica, el doctor Esteban Sergio, que a pesar de encontrarse en este medio conservan ciertas características de la visión naturalista del médico como representante del saber y la ciencia. Es decir, bajo la perspectiva del autor, la medicina conserva una posición privilegiada con respecto al resto del aparato de control porfiriano.

Uribe rescata este espacio transformándolo. En *Expediente del atentado*, la comisaría, los juzgados y la cárcel desplazan al espacio médico, dando pie a una reelaboración del discurso positivista que justificaba el ejercicio de poder con la ciencia médica. En *Expediente del atentado*, Uribe ha optado por eliminar casi por completo las referencias médicas. No hay referencia a ninguna Sección Médica; su lugar ha sido ocupado por la inspección de policía, tribunales y salas en donde Díaz se reúne con otros funcionarios. Tampoco existe la presencia de médicos en general, al menos ninguno con rostro o nombre propio. Los médicos que aparecen sólo son circunstanciales y con poca importancia. Aparece un doctor hacia el final de la novela para atender a Felipe González del Río, Secretario de Gobernación y responsable final de la seguridad interna del país, quien cae gravemente enfermo de neurastenia —un mal poco característico de la novela naturalista— el día del inicio del juicio contra los asesinos de Arroyo. Pese a los pronósticos nada alentadores, González del Río se recupera para ser luego destituido

por Díaz, una rehabilitación que nuevamente desafía la lógica naturalista. Por poner un ejemplo como contraste, hacia el final de *La camada*, el doctor Esteban Sergio también enferma gravemente, esta vez de “tifo frío,” y como ocurre normalmente en estos casos, termina muriendo.

Una de las diferencias más notorias entre las dos novelas tiene que ver con la muerte de Arnulfo Arroyo. Quevedo y Zubieta se niega a narrar el asesinato de Arroyo, y en su lugar presenta el reporte del diario *El Justiciero* —nombre que él usa para referirse al diario *El Imparcial*, uno de los subsidiados por el régimen de Díaz— tal y como apareció en su momento, eso sí, con comentarios suyos insertados en el texto tomado del periódico. En cambio sí decide dedicarle un espacio importante al suicidio de Velázquez en la cárcel, a donde llegó después de haber sido destituido. En la novela se relata un encuentro entre Pedro Flon, el practicante de medicina, y Velázquez, y se propone que el suicidio en realidad fue consecuencia de un delirio inducido por estricnina mal administrada por Flon. Quevedo y Zubieta concluye su novela con el entierro de Velázquez y con las palabras de uno de los personajes que declara: “Ya ni en la paz de los sepulcros creo,” frase que alude al fin de la paz porfiriana con el inicio de la Revolución.

Uribe, por su parte, decide llevar las acciones más allá de la muerte del ex inspector y narra el juicio de sus cómplices, dando más relevancia a la teoría de la conspiración que parece no interesarle demasiado a Quevedo y Zubieta. En la tercera carpeta de *Expediente del atentado*, toma lugar una farsa en un acto que resume el juicio a los cómplices de Velázquez por el asesinato de Arroyo. La siguiente es una intervención del abogado defensor de los inculcados dirigiéndose al agente del ministerio público, es decir, a la parte acusadora:

Arroyo merecía la muerte. ¿o va a negar usted, digno colega, que a los anarquistas, esos grandes criminales que no reconocen ley ni Dios, que son enemigos naturales de la sociedad, los tratan en las naciones cultas como perros rabiosos? ¿Y no ha visto que, cuando se quiere aplicarles la ley, salen muy pronto de los presidios sin castigo, triunfantes, a propagar sus teorías y sembrar el exterminio por todas partes? Es claro que se debe acabar con ellos a la brevedad posible y de manera que signifique un escarmiento, como lo está haciendo en la actualidad el Gobierno ruso. (215)

Este abogado, a diferencia del referido en los periódicos de la época, apela al anarquismo y la falta de efectividad del sistema judicial para perseguir a los enemigos de régimen como razones suficientes para justificar el asesinato de Arroyo. De hecho, en toda la farsa el abogado evita la asociación de Arroyo con el discurso de la locura y de su contagio. En cambio, Uribe rescata las referencias a la locura en la siguiente intervención del agente del ministerio público. En ella, el agente contesta el alegato del abogado defensor —por cierto, su maestro—, quien busca responsabilizar del asesinato de Arroyo únicamente al ex inspector Velázquez, ya muerto:

Otorgo sin cortapisas a mi estimado maestro la hipótesis de que el ex inspector Velázquez haya padecido vesania o, para que todos los presentes entiendan, haya enloquecido. Agrego aun que, si en verdad estaba loco, su locura le brindó un gran servicio a la patria, para escarmiento de otros lunáticos que quieran atentar contra la vida inestimable del primer magistrado de la nación. Sin embargo, la ejemplaridad del castigo que le infligió, o le hizo infligir, a Arnulfo Arroyo no exonera a Velázquez de haber cometido un delito mayúsculo. Todos los que

participaron en el crimen eran dueños de sus actos y sabían perfectamente lo que hacían. (213-214)

Al invertir el discurso de la locura, Uribe le da agencia política al personaje de Arroyo y de paso sugiere un ambiente de malestar social. Ya no se trata de un sujeto pasivo enloquecido por el alcohol, sino de un anarquista que se inscribe en un movimiento que traspasa fronteras, comparándolo con el anarquismo ruso de Bakunin, que más tarde habría de influir de manera decisiva a personajes clave en el derrocamiento del régimen de Díaz, y en la historia de México en general, como los hermanos Flores Magón.

En *La camada*, la tesis del atacante anarquista intenta ser usada por Velázquez al explicarle a Porfirio Díaz las posibles razones detrás del atentado: “Sólo cuando Velázquez empezó a encarecer la gravedad del ‘atentado’ de Arroyo, con alusiones a ‘un vasto complot del anarquismo’ para asesinarlo, Don Porfirio lo interrumpió” (418). Uribe, en cambio, resuelve esta entrevista de una manera distinta. En este caso, Velázquez:

expuso prolijamente que en vista de la posibilidad remotísima, pero por desgracia no abolida, de que los agentes del anarquismo internacional buscaran operar en México, así como de la aparición a últimas fechas de ciertas notas anónimas que alertaban sobre la seguridad personal del señor presidente de la República, no era aconsejable descartar ninguna hipótesis, aunque él por su parte estaba convencido de que el nefasto Arnulfo Arroyo, víctima obvia de trastornos mentales atribuibles al abuso del alcohol, había actuado por su propia cuenta, movido por una perversa frustración. (102)

Aquí cabe hacer notar que, en las dos novelas, el punto de vista de Velázquez está comprometido por su participación en el complot como autor intelectual, quitándole cualquier autoridad. Las tesis más plausibles según Velázquez —en *Quevedo* y *Zubieta* de un ataque anarquista y en *Uribe de la locura por alcohol*—, son rechazadas tanto por Díaz como por el lector, que en ambos casos posee información que las desmiente abiertamente.

Las discordancias entre la obra de Uribe y la estética naturalista son especialmente notables si tomamos en cuenta las declaraciones de Uribe mismo con respecto a sus motivaciones para escribir la novela:

Gamboa mencionaba el atentado en media página de su diario, de hecho solamente hay seis menciones de él en su diario, y de repente me di cuenta que el atentado era un gran tema por todos sus cabos sueltos: nadie sabe nada de Arnulfo Arroyo, luego se suicidó el capitán de policía Eduardo Velásquez y se creó una historia donde todo mundo desaparecía. Entonces entendí cuál era el problema narrativo a resolver: no era sólo el atentado, sino el hecho de que el escritor más importante de la época, Federico Gamboa, tuviera el tema y no lo aprovechara. Él no escribió sobre el atentado y descubrí que eso debía contar yo: la novela del escritor que no escribe la novela. (Morales)

De hecho hay referencias explícitas en *Expediente del atentado* a la noción de una novela que Gamboa planeó escribir pero que nunca tuvo oportunidad de hacer. En determinado momento, el personaje de Federico Gamboa reflexiona sobre las posibilidades narrativas del caso en el capítulo titulado “Las razones o la sinrazón,” que Uribe declara como la entrada del 17 de septiembre del *Diario* del escritor: “Quién quita y tenga yo entre manos el asunto de una novela-

reportaje, de una ficción basada en hechos comprobables, al estilo de mi admirado maestro Zola. Ya la crítica me ha tachado de ser, como él, un *pornógrafo*. ¿Seré capaz de convertirme ahora, también a su imagen y semejanza, en un *acusador*?” (98). Aunque partes del texto de este capítulo efectivamente provienen del *Diario*, esta reflexión no aparece en las memorias de Gamboa, sino que es una libertad creativa que Uribe se toma. De hecho, en la novela se incluyen diez entradas supuestamente provenientes del diario de Federico Gamboa, sin embargo, en el *Diario* sólo encontramos tres entradas que hacen referencia, en todos los casos mínima, al atentado y a los eventos posteriores relacionados con éste.¹³ De estas intervenciones podemos inferir que Uribe llegó a imaginar que Gamboa, de haber escrito esta novela, lo hubiera hecho ciñéndose a las propuestas narrativas de Zola. ¿Por qué entonces escribir una novela que explícitamente contradice la mayoría de los postulados naturalistas?

La propuesta en *Expediente del atentado* se encuentra entre ser una novela “sobre el escritor que no la escribe” y al mismo tiempo ser la novela “que el escritor no escribió.” Las palabras del personaje de Gamboa ayudan a esclarecer este punto. Cuando Gamboa se pregunta si será capaz de convertirse en un “acusador,” está refiriéndose directamente a Émile Zola, su rol en el caso Dreyfus y su famoso artículo “J’ Accuse...!,” una carta abierta al presidente francés aparecida en el diario *L’Aurore*. El artículo de Zola condenaba la actuación antisemita del gobierno al culpar injustamente de espionaje al capitán Alfred Dreyfus, y acusaba directamente a los implicados. Este hecho le valió el reconocimiento internacional y la furia del gobierno francés, que lo condenó a prisión. Además, su proceder sería inmortalizado como ejemplo de la capacidad de la clase intelectual para regular el poder del Estado. Como lo pone Mark K. Jensen:

Speaking out in the name of truth and justice despite all personal danger, the writer assumes the mantle which belonged, in ancient societies, to the prophet. By acting as he did in 1898, Zola enrolled himself with dramatic effectiveness in the great tradition of those who would act rightly though the heavens should fall. And it was as a writer that he did so. (6)

Uribe apela a esta tradición del intelectual comprometido con su tiempo y parece juzgar el silencio de Gamboa al contrastar su actuar en el caso del atentado a Díaz, con el de Zola en el caso Dreyfus. En la novela, las palabras de Gamboa aparecen en la entrada de su diario del 17 de septiembre de 1897, por lo que podría debatirse su anacronismo: el artículo de Zola aparece hasta el 13 de enero de 1898, aunque su participación en el caso Dreyfus empieza en el otoño anterior. No obstante esta referencia posiciona a Gamboa como el intelectual que pudo haber levantado la voz y no lo hizo, el que tenía una posición privilegiada con acceso a información velada para otros pero que decidió ocultarla en beneficio propio. Nuevamente en una cita ficticia del *Diario*: “Si he de ser honesto conmigo mismo, debo admitir que ambas decisiones son fruto de mi cobardía. Pude casarme por amor; prefiero un matrimonio decente. Pude poner mi pluma al servicio de la verdad; elijo el destino menos azaroso del escritor indecente” (245). La novela de Uribe cuestiona de manera principal, no la dictadura de Porfirio Díaz y la corrupción del régimen, sino la actuación de la clase intelectual, con Gamboa como figura icónica de la época. *Expediente del atentado* no es la novela que Gamboa pudo haber escrito, sino la que Uribe escribe en lugar de Gamboa, un aspecto que se refuerza negando la narrativa naturalista y el énfasis en la relación entre medicina y enfermedad que éste último seguramente le hubiera imprimido.

En una entrevista en 2010, Álvaro Uribe responde así a una pregunta sobre su interés en el porfiriato:

En el porfiriato la literatura de la época era buenísima y había una intensidad cultural envidiable. También, muchas cosas de la vida política y social la Revolución no las borró, más bien las adaptó y las despersonalizó, pero muchas de las cosas horrendas que le criticamos al PRI, Díaz las inventó. Muchas de las cosas que ahora nos quejamos, que si los periodistas se venden para favorecer a alguien políticamente, que si los jueces esperan comunicaciones de qué hacer, que si la policía es corrupta, sucede en mi novela y en México seguimos viviéndolo. Entonces me pareció fascinante esta época, tan rica culturalmente, pero al mismo tiempo defectuosa y premonitoria. (Morales)

Las similitudes que Uribe menciona entre el contexto del porfiriato y el de principios del siglo XXI son patentes en la novela. El atentado a Díaz se convierte en la llave que le permite al autor platearse la existencia de discursos históricos flexibles. Para reconstruir el incidente, Uribe se vale de fuentes que pueden o no ser confiables, así como de rumores surgidos de la memoria de “los que saben.” La historia se vuelve un tejido de conexiones frágiles, rotas o inexistentes.

Además, Uribe utiliza esta oportunidad para acercarse al ambiente cultural de la época y trazar similitudes con el suyo propio, cuestionando el papel del intelectual en la vida pública y su relación con el poder, un debate de vigencia actual. De manera notable, en el marco de los festejos del centenario y bicentenario, el gobierno federal decidió financiar la versión cinematográfica de la novela de Uribe. Así, la crítica de la clase intelectual porfiriana amordazada por su relación con el poder se torna, de manera irónica, todavía relevante. La

resistencia en *Expediente del atentado* se da por tres vías. Primero, al insertar contradiscursos de resistencia en el discurso histórico, como en el caso del desarrollo del personaje de Arnulfo Arroyo cuya caracterización niega la asociación entre alcoholismo y locura, sí presente, por ejemplo, en la novela de Salvador Quevedo y Zubieta. Segundo, al invertir el discurso de la enfermedad y sugerir que los afectados por padecimientos mentales en realidad están dentro de los representantes de la autoridad, en este caso el inspector de la policía. Y por último, el diálogo que establece con el mundo literario del porfiriato le permite articular una crítica de la complicidad entre la clase gobernante y la clase intelectual que se mantiene vigente hasta hoy en día.

En el México contemporáneo, el cambio de milenio trajo grandes cambios políticos. Después de mantener el poder por más de siete décadas, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) cede la presidencia de la República por primera vez desde el fin de la Revolución, en un cambio que desde una década atrás parecía inevitable más no irreversible, como se comprobaría en 2012, cuando el partido vuelve nuevamente a estar al frente del gobierno federal. El cambio alentó una crisis de identidad nacional al cuestionarse muchos de los aspectos que fundamentaban dicha construcción y que habían sido promovidos por los regímenes priistas posrevolucionarios. Varios intelectuales empiezan a prestar más atención a otros periodos de la historia de México, más allá de la fuerza apabullante de la Revolución, si acaso para entender un poco mejor el movimiento en su contexto histórico. El porfiriato entonces se abre a lecturas que, como las Cristina Rivera Garza y Álvaro Uribe, buscan problematizar la figura del dictador y del período como la antítesis de los valores revolucionarios. Cuando *Nadie me verá llorar* y

Expediente del atentado entablan un diálogo con la producción literaria de aquella época, en específico con las novelas *Santa* y *La camada*, ponen en contacto sus propios contextos con el régimen de Díaz, problematizando el mito de que la Revolución mexicana había surgido, ante todo, para acabar con la represión prevaleciente durante aquella época. Para ello se valen de las narrativas de sujetos en los márgenes —enfermos mentales, alcohólicos y prostitutas— que fueron señalados con insistencia por el discurso higienista del régimen como una amenaza. De acuerdo con Donna Haraway, “[t]he marked organic body has been a crucial locus of cultural and political contestation, crucial both to the language of the liberatory politics of identity and to systems of domination drawing on widely shared languages of nature as resource for the appropriations of culture” (12). Y en efecto, tanto el poder porfiriano como los autores de las obras estudiadas ven en los cuerpos marcados, los de los sujetos en el margen, un espacio de contestación.

En este contexto, las celebraciones y aniversarios son períodos que favorecen el surgimiento de reflexiones históricas de diversas índoles. Las novelas objeto de este análisis ven en las celebraciones del aniversario de la Independencia un momento trascendental para la producción de significados, en donde pasado, presente y futuro se yuxtaponen en el espacio temporal de los festejos. Al funcionar estas fechas como heterotopias de discontinuidad temporal, o heterocronías, exponen intersticios en los discursos de control sobre la vida elaborados desde el poder, permitiendo a la vez contestarlos.

Las novelas de Rivera Garza y de Uribe, en diálogo con las obras de Gamboa y Quevedo y Zubieta, se inscriben en la red de discursos del régimen porfiriano de la enfermedad y a la vez problematizan los procesos de construcción de discursos históricos y de identidad. No debemos

perder de vista el hecho de que estas novelas surgen en un periodo de profundos cambios políticos en el país, por lo que el rescate del porfiriato en plena crisis de identidad nacional tiene implicaciones que van más allá de un acto de exploración intelectual del pasado. Las lecturas de ambos coinciden en la preocupación por desarticular una visión hegemónica sobre la Historia y ofrecer una perspectiva alegórica con el tiempo en que escriben.

Notas

¹ Bénédicte Augustin Morel y Enrico Morselli, a quienes menciona el columnista en su artículo, fueron figuras influyentes en el campo de la psiquiatría desde mediados del siglo XIX y hasta principios del XX. Morel (1809-1873), médico francés, desarrolló su teoría de la degeneración en *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales de l'espèce humaine et des causes qui produisent ces variétés maladives* (1857). Morel propuso que la degeneración del estado físico y mental del individuo es tanto resultado de agentes en el medio, incluyendo por ejemplo el abuso del alcohol, como de factores hereditarios (Hauptert et al.). Enrico Morselli (1852-1929) fue un médico italiano influido por las ideas de Morel, como muchos en su época, además de un activo impulsor del positivismo en Italia. Una de sus obras más relevantes fue *Il suicidio* (1879), en donde explora las conexiones entre la psiquiatría y aspectos de carácter moral (Guarnieri).

² Además del artículo mencionado, Claudia Agostoni he publicado numerosos trabajos en los que estudia diversos aspectos de la medicina, la higiene y sus practicantes a finales del siglo XIX y la primera mitad del XX en México. Entre ellos: “El arte de curar: deberes y prácticas médicas porfirianas” (2001), “Las delicias de la limpieza: la higiene en la Ciudad de México” (2005) y *Monuments of Progress: Modernization and Public Health In Mexico City, 1876-1910* (2003).

³ Para un análisis más detallado del rol de Gabino Barreda como figura clave del positivismo mexicano, consultar la obra clásica de Leopoldo Zea *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*.

⁴ Numerosos estudiosos se han enfocado en la relación del pensamiento positivista con el régimen porfiriano. Entre los más recientes encontramos el estudio comparativo sobre la relación entre positivismo y nacionalismo en Francia y México de Jonathan Eastwood (2004). Por su parte, Irving W. Levinson (2013) ofrece una mirada retrospectiva a las razones por las cuales la doctrina comtiana en México se asoció históricamente con el régimen porfiriano. Sin embargo el trabajo de Leopoldo Zea mencionado en la nota anterior, junto el de William D. Raat (1975), son todavía los más citados en la materia.

⁵ El régimen de Porfirio Díaz inaugura lo que algunos estudiosos han llamado dictaduras de “orden y progreso,” una frase inspirada por el pensamiento positivista de Auguste Comte que a finales del siglo XIX y principios del XX funcionó como base ideológica de gobiernos autoritarios en diversos países de Latinoamérica y España.

⁶ Información proveniente del programa general de los festejos publicado en las ediciones del 1 y 2 de septiembre de 1910 de *El Imparcial*.

⁷ Una discusión más a fondo de la producción literaria durante el porfiriato se puede encontrar en *Historia de la literatura mexicana*, Tomos II y III, de Heriberto García Rivas; *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX* de Emmanuel Carballo; *Historia de la literatura mexicana* de Carlos González Peña, y *Una especial elegancia: narrativa mexicana del porfiriato* de John S. Brushwood, entre otros.

⁸ John Brushwood, como otros autores, opina que en México se adoptó un realismo-naturalismo, de manera similar a lo ocurrido en España, siguiendo las propuestas de Zola con ciertas reservas. Brushwood identifica cuatro discrepancias principales: 1) los límites de la realidad, establecidos por la experiencia visual, cuya restricción “le negaba al hombre un valor

espiritual,” algo incompatible con la visión de algunos autores (64); 2) el buen gusto, que muchos defendieron y “consideraron que lo que era ofensivo al pudor debía ser omitido” (65); 3) el desarrollo narrativo, discrepando en términos de ritmo e intensidad, y 4) el propósito didáctico, pues se esperaba que la novela “funcionara como algo más que una creación puramente artística” (66). No obstante, Brushwood reconoce excepciones en este tipo de generalizaciones.

⁹ Entre los ya clásicos encontramos, por ejemplo, el trabajo sobre el naturalismo hispanoamericano de Ara (1965). Centrados en el naturalismo argentino, en donde el movimiento encontró gran resonancia, encontramos a Blasi (1962) y Frugoni de Fritzsche (1966), y más recientemente a Gnutzmann (1998), Nouzeilles (2000), Cymerman (2007), concentrado en la figura de Eugenio Cambaceres, y Morales (1997), utilizando como punto de partida a Julián Martel. Sobre el naturalismo mexicano destaca el trabajo monográfico de García Barragán de 1979, luego reeditado en 1993. Por su parte, Guzmán (1972) se concentra en Puerto Rico y, de manera similar, Urbistondo (1960) en la narrativa de Chile. Trabajos más recientes incluyen el de Molina (2001), sobre el naturalismo cubano, así como otros que buscan ir más allá de los límites nacionales, como los de Gálvez (1990), Prendes Guardiola (2003) y Schlickers (2003) sobre naturalismo hispanoamericano; Castro (1993), quien buscó trazar conexiones entre el naturalismo de España, Argentina y Brasil, y Sedycias (1993), quien se centró en los escritores Stephen Crane, Aluísio Azevedo y Federico Gamboa. Además ha habido recopilaciones de artículos críticos como Gural-Migdal y Snipes-Hoyt (2006), y Spicer-Escalante y Anderson (2010), así como numerosos trabajos en publicaciones periódicas.

¹⁰ Entre ellos, Irwin (2005) y Rangel (2008) hacen un breve recuento de las menciones que se hacen de *Santa* y Gamboa en la novela; Hind (2006), ligeramente se refiere al paralelismo en las relaciones amorosas de Santa y Matilda; Venkatesh (2007, 2011) señala, aunque de manera limitada, la presencia paródica del texto de Gamboa y los cuestionamientos del modelo patriarcal propuesto en ésta.

¹¹ Algunos críticos como Robert McKee Irwin, han descrito al burdel La Modernidad, regentado por un travesti conocido como la Porfiria, como una representación paródica de la sociedad porfiriana.

¹² La poca información sobre la vida de Salvador Quevedo y Zubieta apunta a una relación cercana con el gobierno de Díaz. En 1880, Porfirio Díaz cedió la presidencia a Manuel González por un periodo de cuatro años. A pesar de la cercanía entre González y Díaz —Díaz formó parte del gabinete de González—, los celos de Díaz hicieron que emprendiera una campaña de desprestigio contra González, para evitar su permanencia en el poder, en la cual Salvador Quevedo y Zubieta tuvo un papel relevante.

De acuerdo con Heriberto García Rivas, Quevedo y Zubieta fue forzado a dejar el país tras haber fundado un semanario de oposición a la presidencia de González. Además, años más tarde publicó *Manuel González y su gobierno en México*, un ataque directo contra el mandatario que, según Jeanne C. Wallace, destruyó cualquier posibilidad de que González o sus seguidores permanecieran en el poder.

Quevedo y Zubieta residió París de 1885 a 1895 donde estudió medicina. En 1897, año del atentado, se encontraba en Santander como cónsul de México. En México colaboró con diarios como *El Universal*, hasta su muerte en 1935. Fue autor de numerosas obras que él mismo

propone como estudios de psicología social e histórica, entre ellas encontramos, además de *La camada*, las siguientes: *Porfirio Díaz* (1906), *El caudillo* (continuación de *Porfirio Díaz*, 1909), *Huerta* (1916), *México manicomio* (1927), *México marimacho* (1933), *Las ensabanadas* (1934) y *La ley de la sábana* (continuación de *Las ensabanadas*, 1935).

¹³ En *Expediente del atentado* aparecen las entradas del Diario de Gamboa de los días: 16 de septiembre (“Un desafecto”), 17 de septiembre (“Las razones o la sinrazón”), 18 de septiembre (“La moneda de la gratitud”), 25 de septiembre (“Tantas en tan poco tiempo”), 3 de octubre de septiembre (“Pura casualidad”), 20 de octubre de septiembre (“Los pies en la tierra”), 22 de noviembre de septiembre (“Los moralistas y los sabios”), 30 de noviembre de septiembre (“Por última vez”), 4 de diciembre de septiembre (“Las mismas palabras”), 8 de diciembre de septiembre (“Tiro de gracia”). De éstas, el *Diario* de Gamboa sólo incluye las correspondientes al 17 de septiembre y 8 de diciembre, con amplias diferencias; el resto son páginas que Uribe “inserta” como parte de la ficción. Las únicas menciones en el diario de Gamboa al caso se dan en las entradas del 17 y 24 de septiembre, y 22 de noviembre [erróneamente señalada como de octubre] de 1897.

Capítulo 2

Enfermedad y poder en los primeros años del franquismo

La muerte de Camilo José Cela, el 17 de enero de 2002, despertó un intenso debate en la sociedad española sobre la labor del intelectual en la posguerra. A las voces de congoja por la pérdida del “escritor más universal del siglo XX en España” (“Dolor por la muerte”), como lo definiría la entonces ministra de Cultura, se fueron añadiendo otras que condenaban su rol como intelectual durante los años que siguieron a la guerra civil y su actitud ante el régimen de Franco, que muchos han calificado de colaboracionista.¹ La figura de Cela no sólo encarna la disyuntiva a la que se enfrentaron los intelectuales españoles que se quedaron en el país tras el conflicto armado, sino también una serie de debates sobre las funciones ética, crítica e histórica de las obras literarias en el contexto de la guerra civil y el franquismo.

Dichos debates encontraron un campo fértil a finales del siglo XX y durante la primera década del siglo XXI, cuando “los movimientos sociales iniciados en España en los años 90 con el fin de poner en tela de juicio un asunto hasta entonces políticamente silenciado en la esfera pública, tuvieron como cénit el momento en el que casi una década más tarde se promulgó la Ley para la Recuperación de la Memoria Histórica” (Lauge Hansen 11). Este proceso de autorreflexión de la sociedad española promovió la aparición de un gran número de obras que tienen a la memoria histórica como tema central y que según Moreno-Nuño suman al menos 150 novelas tan sólo de 1996 a 2006 (77).

Entre las preocupaciones principales de estas obras está el rescatar del olvido algunas de las historias que se han quedado fuera de la historia oficial. Para ello exploran los mecanismos

que intervienen en la construcción de la historia, como discurso hegemónico, y de la memoria histórica, como el conjunto de historias marginadas por la primera que “es ante todo larga y plural” (García Cárcel 31). Este proceso permite visitar, responder y, en algunos casos, desafiar y subvertir discursos hegemónicos del pasado y del presente. Entre estos discursos destacan aquellos relacionados con el control del cuerpo individual y social. Según Michel Foucault, “[t]he disciplines of the body and the regulations of the population constituted the two poles around which the organization of power over life was deployed” (*History of Sexuality* 139); es decir, en el ejercicio del poder sobre la vida confluyen el poder disciplinario como control de los individuos y el poder regulatorio como control de la población.

El poder sobre la vida ha sido objeto de numerosos estudios que amplían, critican o rebaten la noción propuesta por Foucault, entre ellos los de Giorgio Agamben, Roberto Esposito y Antonio Negri. Estas propuestas son comúnmente elaboradas alrededor del concepto de biopolítica, un concepto por demás inestable pero que generalmente se concentra alrededor de las prácticas para ejercer el poder sobre la vida (y, por ende, sobre la muerte) desde el Estado, así como de los mecanismos para resistirlas. En el contexto de España, Francisco Vázquez García sugiere que, desde 1600 a la fecha, es posible observar seis formas de biopolítica, de las cuales la que él llama “biopolítica totalitaria” coincide con el franquismo, cuando “[s]e tiene un Estado máximamente disciplinario y regulador que apunta a una gestión ceñida de la vida” (16).² De manera similar, Eduardo Matos-Martín propone una lectura del régimen de Franco como Estado “tanatopolítico,” donde “la represión y la muerte se configuraron como elementos básicos del nuevo orden político cuya intencionalidad –doblegar y arrasar por completo a los vencidos y a la oposición– estaba intrínsecamente vinculada a la producción de la vida” (11). Como parte de su

estrategia retórica, el régimen puso en marcha un aparato discursivo que comparaba a la nación con un cuerpo enfermo que necesitaba ser curado, justificando sus “tareas de represión como si se tratara de una misión médica/científica” (11). De acuerdo con Matos-Martín, al mismo tiempo se llevó a cabo la articulación de mecanismos de resistencia en forma individual y colectiva, “a través de las cuales el sujeto español consiguió en muchos casos expresar la diferencia y constituirse de una forma discordante, no-normativa, opuesta a la identidad asignada por los aparatos del Estado” (199). Estos mecanismos, sin embargo, serían escasos en la primera etapa del franquismo “dominada por el silencio y el miedo pero con el trasfondo de la lucha guerrillera” (208).

En este capítulo propongo que si bien las opciones de resistencia fueron limitadas, a través de la literatura se abre una serie de posibilidades, más allá de las representaciones de la lucha guerrillera, que se valen del aparato discursivo del régimen mismo. Es decir, la representación de las prácticas de control sobre el cuerpo, individual y colectivo, no sólo hace explícita la red de discursos biopolíticos que hicieron viable dicho control, sino que permite desafiarlos en sus propios términos. Así, la representación de la enfermedad física, que el régimen veía como síntoma de la nación enferma, será un campo especialmente productivo. Como punto de partida nos enfocaremos en las representaciones de la tuberculosis, una enfermedad a la que el régimen le dedicó especial atención durante la década de 1940 dada su rápida expansión, su alta tasa de mortalidad, la inexistencia de tratamientos efectivos y, sobre todo, su carácter altamente infeccioso.

Sugiero igualmente que esta estrategia para enunciar discursos de resistencia no sólo la encontramos en la narrativa histórica contemporánea, sino que ya aparece en obras publicadas

durante la posguerra misma, cuando estos discursos se encontraban en plena producción, circulación y transformación. Mi intención es hacer un análisis de cómo cuatro novelas que tratan el tema de la tuberculosis establecen conexiones con la red de discursos biopolíticos del franquismo temprano, por lo que también resultará indispensable describir dicha red con detalle.

La primera parte de este capítulo está dedicada a señalar algunas características de la red de discursos de poder y de la retórica de la lucha antituberculosa que circularon en España desde finales de la guerra civil y hasta los primeros años de la década de 1950. Posteriormente me enfocaré en dos novelas de la posguerra que tratan el tema: *Pabellón de reposo* (1943) de Camilo José Cela y *El mar* (1958) de Blai Bonet. Por último, estudiaré dos novelas de la narrativa histórica contemporánea sobre la guerra civil y la posguerra, *El lápiz del carpintero* (1998) de Manuel Rivas y *Pan negro* (2003) de Emili Teixidor, en donde también encontramos representaciones de la tuberculosis durante el periodo de interés. Mi intención es acercarme a las novelas de la posguerra y a las narrativas históricas de finales del siglo XX y principios del XXI para establecer un diálogo entre pasado y presente que revele los diferentes mecanismos utilizados desde la literatura para impugnar y subvertir la red de discursos biopolíticos que prevalecieron en la primera etapa del régimen de Franco, algunos de los cuales fueron incorporados a la historiografía oficial.

LOS PRIMEROS AÑOS DEL FRANQUISMO: LA RETÓRICA DE LA LUCHA ANTITUBERCULOSA

El 20 de diciembre de 1936, pocos meses después del inicio de la guerra civil, en el bando franquista se crea el Patronato Nacional Antituberculoso³ que, en principio, habría de encargarse de combatir la propagación de la enfermedad en la zona sublevada. La formalización

del carácter nacional de esta organización llegaría, tras el final de la guerra, tres años después con la publicación de la Ley de Bases el 14 de agosto de 1939, en donde se definiría uno de los principios ideológicos de la política de salud franquista: “La España sana habrá de sacrificarse por la España enferma” (“Ley de Bases PNA” 4440). El discurso biopolítico de la nación como cuerpo dividido en dos, aquí manifestado, dominaría las políticas de salud pública e higiene de la primera etapa del régimen, desde 1939 hasta los primeros años de la década de los cincuenta.

Como se verá más adelante, durante esta época el régimen utilizó, en mayor o menor medida, dos estrategias retóricas principales para construir la narrativa de la tuberculosis. Hacia el final de la guerra y durante los primeros años, predominó un discurso de denigración y represión ligado de manera constante al bando republicano y a cuestiones con las que se le identificaba, como escasez, falta de higiene, moralidad corrompida e incapacidad para gobernar.

Una vez que la retórica de la reconstrucción nacional se empezó a implantar, el discurso de represión empezó a convivir, sobre todo a partir de 1942 con la llegada de Blas Pérez González al Ministerio de la Gobernación, con otro fundamentalmente de carácter estadístico en el que los afectados por la enfermedad fueron sometidos a un proceso de representación metonímica que los transformó en “camas.” Así, desde el gobierno, se hablaría del número de camas necesarias, número de camas existentes en cierto periodo o región, o número de camas construidas o por construir (en referencia a los sanatorios e instituciones hospitalarias en donde éstas se ubicarían), y pocas veces las estadísticas oficiales hablarían de enfermos o víctimas mortales de la enfermedad. Estas dos estrategias complementarias coexistirían durante toda la década de los cuarenta, caracterizando la primera etapa del franquismo y dejando huella en producciones culturales que se acercarían a dicha etapa en diversos momentos de la historia.

Tras el fin de la guerra, el aparato ideológico del régimen propagó una narrativa de reconstrucción nacional acelerada con la misión de corregir los supuestos desatinos republicanos. El día siguiente en que se da por terminada la guerra, el órgano de difusión propagandística de la Falange, *Arriba*, reporta que los centros hospitalarios en Madrid “han sido encontrados en el más lamentable estado de suciedad y miseria, siendo el problema más urgente a resolver en todos ellos la falta de víveres, de los que se ha hecho abundante suministro” (*Arriba*, 2 de abril de 1939, 2). El problema de la escasez en zonas republicanas sería una constante en la retórica franquista, contraponiéndose con la abundancia traída por el nuevo régimen.

De manera similar se reportaba la apertura de centros hospitalarios apenas un par de semanas después del último parte de guerra firmado por Franco, por ejemplo, el Sanatorio Infantil de San Rafael, cuya inauguración:

significa la posibilidad de hospitalizar a 200 niños pretuberculosos, arrancados a las garras del marxismo gracias al Caudillo y a su organización militar.

Constituye además el exponente de capacidad de trabajo del Patronato Nacional Antituberculoso a desarrollar en los momentos actuales, pues con la puesta en marcha de este centro de asistencia infantil pueden beneficiarse tantas vidas en peligro como existían durante la dominación “roja,” que puede denominarse como la más inhumana que se ha realizado en contra de la protección de la infancia.

(*Arriba*, 22 de abril de 1939, 2)

El que se haya inaugurado un hospital para la prevención de la tuberculosis infantil a tan sólo unos días de terminada la guerra no resulta de ninguna manera sorprendente, pues este hecho es una muestra de algunas cuestiones que aparecerían una y otra vez durante estos años, entre las

que destacan: la figura de la infancia como víctima de la República,⁴ la reclusión como medida preventiva y la capacidad de trabajo del aparato gubernamental y su habilidad para trasladar su destreza organizacional del campo de batalla al de la vida civil.

La idea de que la lucha no había terminado y ahora sería llevada a la vida cotidiana se defendió cada vez con mayor insistencia. En Madrid, como en otras ciudades, se organizaron operaciones de limpieza que serían reportadas bajo titulares como “Se hará una gran campaña para desinfectar Madrid de la miseria que dejó el marxismo,” para lo cual “es necesaria la ayuda de todo el vecindario para que en dos meses sea extirpada la mugre que dejaron los ‘rojos,’” una operación que además no aceptaría detractores, como advierte el entonces alcalde de la ciudad Alberto Alcocer: “Naturalmente que si para el cumplimiento de este decidido propósito nuestro fuese necesario la energía, hemos de aplicar las sanciones sin miramiento alguno y en un plazo de dos meses ha de quedar Madrid por dentro y por fuera, en sus calles y en sus casas, limpio como corresponde a una ciudad civilizada limpia ya, por el esfuerzo de los soldados del Caudillo” (*Arriba*, 23 de mayo de 1939, 7).

La operación de desinfección de la zona roja, planteada en términos discursivos militares, se expandió con rapidez desde la higiene hacia otras áreas relacionadas con la salud pública con el incremento, cada vez más preocupante, de enfermedades infecciosas como la tuberculosis. La retórica epidemiológica con tintes bélicos, como describe Susan Sontag, además de definir al agente causante de la tuberculosis como el enemigo a vencer, deshumanizó a los individuos enfermos y a aquellos bajo sospecha de portar el agente infeccioso. No resulta raro entonces encontrar crónicas como la siguiente, durante la inauguración del sanatorio antituberculoso en San Sebastián: “El director del mismo, doctor Bravo Olalla, pronunció unas

palabras en las que comparó la lucha contra la tuberculosis con la de la Cruzada liberadora, exponiendo su seguridad de que aquella contará también con un gran capitán que lleve a feliz término la batalla” (*ABC*, 19 de mayo de 1942, 11). Siguiendo esta lógica, el bando perdedor de la guerra civil fue inevitablemente asociado con diversos factores relacionados con la propagación de la enfermedad.

En las palabras de Bartolomé Benítez Franco, médico de la época y autor de la obra *El problema social de la tuberculosis*, es importante:

recordar las notables diferencias que existieron entre la zona nacional y la zona roja; el régimen de hambre a que estuvo sometida la segunda, especialmente en los últimos meses, determinó que la población civil llegase a un estado tan lamentable de desnutrición que una gran parte de las camas hospitalarias hubieron de ser destinadas a enfermos por avitaminosis en todas sus formas; muchos viejos morían por diarreas producidas por esta causa; los casos de pelagra eran frequentísimos; a las consultas de Oftalmología acudían gran número de individuos que poco a poco iban perdiendo vista, y aún más doloroso era el cuadro de los niños con estigmas de carencia muy pronunciados; se les encontraba tristes, famélicos, detenidos en su desarrollo, con síntomas de tuberculosis incipiente y sosteniéndose gracias al hígado de bacalao que, alguna vez, se repartía en pequeña proporción y como manjar exquisito. (24)

La descripción que hace Benítez Franco en 1940 de la situación en la zona republicana antes del final de la guerra incluye varios elementos comunes en la retórica franquista de los primeros años. Por un lado, se caracteriza a la zona republicana como un territorio de carestía

generalizada, con un régimen incapaz de satisfacer las necesidades más básicas de la población civil que sufre un estado de abandono, en especial los grupos más vulnerables como niños y ancianos. También, en un nivel más metafórico, se alude a la ceguera de la población en las zonas bajo control republicano, así como el atraso (pelagra) y desarrollo truncado, que contrastarían, con mayor insistencia en años por venir, con la perspectiva de desarrollo ofrecida por el régimen, un régimen que paradójicamente se vería acosado en la década de 1940 por el fantasma de la escasez él mismo y que comúnmente justificaría la situación “recurriendo a exagerar los daños provocados por la guerra –‘los destrozos de los rojos’–” (Del Cura y Huertas 73).

A finales de 1944 se publica la Ley de Bases de Sanidad Nacional, un texto que oficialmente daría amplias facultades a las autoridades, antes ejercidas de manera extraoficial, para enfrentar emergencias sanitarias. Esta ley, impulsada desde el Ministerio de la Gobernación, reflejó en gran medida la visión de sanidad respaldada por los círculos en el poder, incluyendo el sector médico dominante. En el discurso del director general de Sanidad durante la presentación de la ley ante las Cortes Españolas, se da cuenta de las enmiendas presentadas por 21 procuradores, refiriéndose con detalle a los cambios a cada base en respuesta a las enmiendas sugeridas (*Ley de Bases SN 3-15*). En esa misma ocasión, el ministro de la Gobernación hace también una enumeración de algunos de los involucrados en el proceso:

[S]e celebró en Madrid una asamblea, a la cual acudieron representantes los más selectos de los organismos más interesados. Invité a los Jefes Provinciales de Sanidad, a todos los Decanos de las Facultades de Medicina, al Rector de la Universidad de Valencia, en calidad de Rector médico único de España, a la

representación de las Facultades de Farmacia y Veterinaria, al Fiscal de la Vivienda, a la Academia de Medicina de Madrid; e invité, en fin, a la representación del Ayuntamiento madrileño y a la Diputación provincial (*Ley de Bases SN 23*)

Ambas intervenciones se pueden leer sin duda como un intento para evitar que se viera a la nueva ley como una imposición desde la cúpula y darle legitimidad a través de un proceso que se asemejara a un ejercicio legislativo, labor encomendada de por sí a las Cortes Españolas instituidas en el franquismo. Sin embargo, la abundancia en los detalles y el tiempo destinado a referirse a los cambios sugeridos hablan también de las disputas, negociaciones y complejas relaciones de poder en el sector sanitario, aun cuando se trataba de médicos afines al programa gubernamental.

Lo cierto es que al final, según describe el director de Sanidad, muchas de las modificaciones propuestas tenían más que ver con la distribución de cotas de poder (por ejemplo, qué instituciones se harían cargo de ciertos procedimientos o albergarían los organismos recién creados), y menos con la propuesta discursiva de fondo. En su intervención, el ministro de la Gobernación Blas Pérez González justifica de la siguiente manera las nuevas regulaciones:

Cuando, para las finalidades de la pena, a quien ha robado se le aísla [sic] con objeto de que no siga siendo un peligro contra la propiedad de los demás y no se estima que esto sea un ultraje a la dignidad humana, ¿con qué derecho se puede decir que nosotros ultrajamos esta dignidad aislando a quien de gérmenes con indicios vehementes es portador o constituye un foco para transmitir enfermedades a los demás? ¿Es que, acaso, al derecho de propiedad le vamos a

conceder mayor importancia que al de la salud y de la vida? ¿No son estos derechos subjetivos de la máxima prioridad en orden a la importancia que todos debemos reconocer a la personalidad humana? Todas estas disposiciones, en lugar de desconocer la personalidad humana y los derechos subjetivos, vienen a ser la mejor tutela, porque tal es el que a cada hombre se le respete en tanto en cuanto no pueda producir, con su estado o con su conducta, perjuicios para los intereses legítimos de los demás. (*Ley de Bases SN 28*)

La ley de Sanidad Nacional viene a institucionalizar el régimen de control biopolítico franquista, poniendo en el mismo plano, desde el punto de vista retórico, el control judicial con el control sanitario, como señala un editorial al respecto: “En la evolución histórica de la organización y de las actividades sanitarias del Estado español, la fecha del 22 de noviembre de 1944 [día en que se aprobó la ley] ha de quedar señalada para siempre” (*Arriba*, 26 de noviembre de 1944, 1). Se trataría de la culminación de la represión emprendida desde el final de la guerra, ya defendida por el ministro cuando tomó posesión de su cargo el 4 de septiembre de 1942: “Lo advierto a tiempo, para que nadie se llame a engaño: toda provocación que en forma directa o indirecta pretenda atacar a nuestro Movimiento Nacional, será prevenida, y en su caso reprimida con la mayor energía; tal es la consigna que desde este momento reciben las autoridades y fuerzas a mis órdenes” (*Arriba*, 5 de septiembre de 1942, 1). En otras palabras, se normaliza el estado de excepción, recurriendo a la perspectiva de Giorgio Agamben, y por ende las medidas excepcionales resultantes de este periodo de crisis política que permiten “the physical elimination not only of political adversaries but of entire categories of citizens who for some reason cannot be integrated into the political system” (*State* 2). Cabe hacer notar que la retórica

que defiende al Estado como un ente regulador del carácter y conducta de sus gobernados, justificándose en el beneficio colectivo, representaría la puesta en práctica de las ya famosas declaraciones de Pilar Franco rescatadas por Jo Labanyi: “Ortega y Gasset diagnosticó a España como invertebrada; mi hermano trató de arreglarla con un corsé ortopédico” (36).

Contribuyen a la propagación del discurso de control biopolítico también los que se presentan como testimonios de los pacientes mismos. En la conclusión de una crónica sobre su experiencia con el sistema sanitario español antes del inicio de la guerra, publicada en 1939, Juan Prudencio de Larraguibel opina:

Antes, el Estado no hacía nada, o casi nada...Afortunadamente, esto va cambiando de un modo radical y el Patronato Nacional contra la Tuberculosis, dando al pavoroso problema la importancia que merece, se ha preocupado de él y lo está resolviendo tan favorablemente, que el número de camas se ha duplicado por veinte. Si esto ha hecho durante la guerra, con las enormes dificultades, sobre todo de índole económica, que ello supone, cabe abrir nuestras almas a la esperanza y confiar en que aquel retraso, no sólo habrá desaparecido, sino que pronto figuraremos a la cabeza de las naciones más adelantadas, en cuanto a la defensa contra la Tuberculosis se refiere. (II)

Nuevamente se defiende el actuar del gobierno que, además de funcionar de manera efectiva pese a los obstáculos enfrentados, se plantea como indicación del futuro prometedor que le espera al país y de paso se contrasta con la pasividad del régimen anterior. Además podemos ya atestiguar la presencia del uso de estadísticas, y en especial de la figura de las “camas,” para sustentar dichos argumentos. Sin embargo, durante estos años los casos de tuberculosis alcanzan

cifras alarmantes, superiores a los números reportados bajo la República. Si bien las críticas derivadas de la expansión de la tuberculosis durante la década de los cuarenta, entre otras enfermedades,⁵ raramente fueron articuladas de manera directa, podemos intuir el descontento entre ciertos sectores del país.

Los círculos médicos, como otros sectores durante la posguerra, estaban divididos, pero sin duda hubo un grupo importante que colaboró con el régimen y alentó el uso del discurso médico para implantar la visión de España propuesta desde las clases gobernantes. Pues como describe Esposito, “when the body of citizens became the real as well as metaphoric place where the exercise of power was concentrated, the issue of public health...clearly became the pivot around which the entire economic administrative, and political affairs of the state revolved” (*Immunitas* 137). Además de los médicos más afines al programa ideológico del régimen, hubo quienes evitaron hacer eco de la construcción oficial de la enfermedad que se iría gestando en los primeros años y, veladamente en la mayoría de los casos, lanzaron críticas desde el interior del sistema sanitario. Por ejemplo, el médico Silvano Izquierdo Laguna, director de un dispensario antituberculoso en Bilbao, concluye de la siguiente manera una monografía de 1942 sobre la historia de la tuberculosis:

El fin ideal de la lucha antituberculosa, la desaparición de la enfermedad como plaga social, es un sueño lejano y por hoy inaccesible, pero tiene la lucha antituberculosa, sobre todo en nuestro país, un fin próximo más modesto pero muy bello también, el que la tuberculosis deje de suponer la tragedia que hoy representa para el pobre...Pero esta no es misión del médico, nosotros nada podemos hacer para conseguirlo, esta es misión que incumbe a los hombres

rectores de los pueblos, pues hoy por hoy el mejor remedio profiláctico contra la tuberculosis, desde el punto de vista social, es lograr en cada pueblo un nivel medio de vida elevado. (103)

Es decir, la tuberculosis afecta con mayor dureza a las clases más desfavorecidas y por tanto las medidas de prevención más eficaces estarán directamente relacionadas con la capacidad del gobierno para mejorar la situación económica de los más pobres. Dado que este tipo de proposiciones posicionan retóricamente la causa de la enfermedad en el lado del régimen, éste último no sólo ignoró estos argumentos, sino que buscó redireccionarlos hacia agentes fuera del aparato gubernamental. García Luquero, inspector del Seguro de Enfermedad,⁶ enumera con detalle algunas de estas críticas en un texto de 1950, refiriéndose al caso de Barcelona y con la intención de refutarlas:

Si eliminamos el período de guerra, atípico en estadística, y hacemos el cálculo de la tendencia fraccionada desde 1940 como se dibuja en el diagrama, la línea actual es ascendente, contrastando con el régimen de fuerte declinación que el proceso tuberculoso tenía antes de la guerra...Algunos pensarán que este problema [el tratamiento de la tuberculosis] no esté hoy bien encauzado en la ciudad [de Barcelona]; tal vez antes de la guerra, piensen otros, las cosas se harían de forma distinta; acaso la lucha tendría entonces mejores medios...indicarán algunos que las dificultades iniciales de alimentación, los racionamientos, el alza enorme de los precios por las dificultades de las divisas, el hacinamiento en la ciudad por la enorme inmigración, a pesar del fuerte empuje de la construcción urbana de estos años; la limitación del número de dispensarios, la intensidad del trabajo para

conseguir ingresos extraordinarios en la masa obrera, etc., fueran motivos de ascenso de la mortalidad después de la guerra, que denuncia la tendencia fraccionada en dichos años. Sin embargo, todo es error de estimación sanitaria.

(15)

Le sigue a la intervención anterior una larga exposición con la que el inspector intenta, de una manera poco convincente, desacreditar la validez de cada uno de los puntos a los que se refiere, minimizando la influencia de factores de tipo económico y acentuando los ritmos intrínsecos de la enfermedad. Aunque para la fecha de publicación de este libro, el discurso de represión estaba siendo dejado atrás y notamos la presencia del discurso de salud pública que lo sustituiría basado en estadísticas, esta intervención nos permite traer a la luz varias de las críticas a las que se enfrentó el régimen durante la década de los cuarenta, entre ellas la escasez alimentaria, la falta de viviendas adecuadas, el deterioro en la situación económica de la clase trabajadora y la saturación en el sistema de salud, incapaz de contener la emergencia sanitaria.

El régimen aprovecha estos llamamientos para emprender, por una parte, una expansión importante en el número de dispensarios y sanatorios, pero al mismo tiempo empieza a expandir su control por otros medios justificando su actuar en medidas de prevención. En este sentido, la higiene cobra un papel relevante y autoriza, en gran medida, el actuar preventivo del gobierno para controlar posibles epidemias y, en general, propiciar un ambiente acorde con las propuestas de higiene social defendidas desde la cúpula, pues “el tuberculoso no sólo es desdichado para sí, sino peligroso para la sociedad que le es en torno” (*ABC*, 21 de diciembre de 1944, 22).⁷ Como describe el médico Antonio Vallejo de Simón, miembro de la Real Academia de Medicina, en un

discurso sobre medicina e higiene sociales y como parte de sus recomendaciones para fomentar la higiene social:

Precisa, quizá más aún [que cambios físicos], moralizar el ambiente. Un ambiente paganizado, material, sensualizado, necesariamente habrá de contribuir a que las causas determinantes antes indicadas ejerzan más intensamente su acción y provoque más eficazmente verdadera enfermedad social. Es necesario [sic] una continua vigilancia de espectáculos, lecturas, prensa, revistas, radio, costumbres, etc. Hay que extirpar doctrinas demagógicas, conceptos materialistas, principios liberales y socialistas; hay, en cambio, que implantar la sana y recta doctrina empezando por la escuela, continuando en los institutos, universidades, cátedras, academias y ateneos; hay que impedir el libertinaje en la enseñanza y propaganda, hasta no ha mucho consentido en nombre de una libertad inadmisibile y con el que se atentaba a los fundamentos básicos de la estructura social y del Estado. (21)

Esta intervención pone de manifiesto algunos elementos del conservadurismo de la dictadura franquista, resultado de su cercanía con la iglesia católica, y del aparato de vigilancia establecido para supervisar el seguimiento de la doctrina oficial, en la que “se tendió a juzgar el pasado político de los afectados [por la censura] en función de sus comportamientos y sus hábitos religiosos” (Ferrary 114). En su análisis del lenguaje utilizado desde el poder durante el primer franquismo, Matilde Eiroa San Francisco destaca la integración de términos y conceptos provenientes del catolicismo con fines represivos. De acuerdo con ella, “se asimilaron actitudes propias de la cultura religiosa como la sumisión, la resignación y el concepto de culpa,” con el

fin de “imponer a la sociedad el racionamiento, la cultura oficial o el castigo..., bajo los argumentos de que la providencia así lo había previsto y nada podía hacerse para evitarlo” (133).

Al ser parte de la esfera de inmoralidad definida desde el catolicismo, las prácticas sexuales más allá de aquellas con fines reproductivos dentro del matrimonio fueron vistas como conductas reprobables, asociadas al libertinaje republicano y, previsiblemente, pronto se trazaron conexiones entre éstas y la enfermedad. Un buen ejemplo del discurso que asociaba la libertad sexual con la tuberculosis lo encontramos en un documento de divulgación de 1950 titulado *La lucha antituberculosa nacional*, en donde se menciona la relación entre el desarrollo de la tuberculosis y la sexualidad adolescente:

Tiene mucho interés en los jovencitos de ambos sexos vigilar y encauzar debidamente los nacientes impulsos sexuales. Dejándolos desarrollarse al azar de las circunstancias, cabe la posibilidad de que se adquieran hábitos que debilitan el organismo y cuya práctica repetida se suele encontrar en los antecedentes de la mayoría de adolescentes tuberculosos. (*La lucha* 50)

Esta afirmación relaciona directamente la actividad sexual como causa del desarrollo del padecimiento, sugiriendo que la desviación del sistema de valores normativos podría traer como consecuencia la enfermedad, y además, estigmatizando a los ya enfermos, en este caso adolescentes, por su deficiencia moral. En la España franquista la relación entre sexualidad y tuberculosis fue planteada desde la primera mitad de la década de los cuarenta en términos bastante explícitos. Algunos médicos buscaron establecer cuadros patológicos que justificaran la represión sexual, como describe Alfredo Freudenthal Portas, un médico cercano al régimen y director del dispensario antituberculoso de Huesca, en un tratado de 1944:

El placer sexual origina un gran desgaste del organismo, predisponiendo así a éste como terreno propicio para el desarrollo de la enfermedad tuberculosa, bien como primera manifestación o, como he comprobado en varias ocasiones en mis enfermos, originando un empeoramiento de sus lesiones, traducido por el mismo enfermo, al presentarse una hemoptisis, después de realizado el acto sexual. (46)

Es decir, según esta postura, el placer sexual aumenta la probabilidad de que los practicantes desarrollen la tuberculosis o, en caso de ya tenerla, hagan más graves sus efectos, estableciendo una relación de causa-efecto entre las prácticas sexuales y la enfermedad. Paradójicamente, según el mismo médico, la condición tuberculosa del enfermo lo hace proclive a la excitación sexual, yendo en contra de los beneficios que la abstinencia pudiera representar. Esto lo expone de la siguiente manera:

Podemos, pues, considerar científicamente en los tuberculosos, como ha señalado Beraut, un erotismo psíquico por un lado, y excitabilidad sexual por otro...La excitabilidad sexual, a veces es intensa, presentándose de diversas maneras, y hay que evitarla, a fin de que no llegue a degenerar en verdaderas obsesiones sexuales, con crisis de ansiedad que llegan a hacerse insoportables. (47)

Los enfermos se verán atrapados en una espiral sin salida al ser consumidos por el deseo sexual exacerbado resultante de sufrir una condición, la tuberculosis, que a su vez es agravada por sus propios síntomas; se trata de un círculo vicioso difícil de romper. Desde esta perspectiva, la corrupción moral asociada con la tuberculosis no se podía desterrar fácilmente, incluso bajo el amparo de figuras redentoras oficiales, por lo que no faltaron llamamientos para impedir legalmente el matrimonio de los enfermos como parte de la cruzada antituberculosa, frenando así

la propagación del mal a generaciones futuras: “La eugenesia es una fiel aliada de la profilaxis antituberculosa, como de toda lucha contra las infecciones que minan las buenas generaciones, teniendo contenida en sí el licor vital para el porvenir de la raza humana” (Freudenthal Portas 53). Esta función protectora del Estado es caracterizada por Roberto Esposito como un sistema inmune artificial cuya función es resguardar al cuerpo vivo, la sociedad, de la amenaza que representa una forma de vida letal. De acuerdo con Esposito, el paradigma creado por la inmunidad tiene dos vertientes: “one affirmative and productive and the other negative and lethal” (*Bios* 46). Así, este paradigma da pie al surgimiento de regímenes tanatopolíticos que ven en la higiene racial “the immunitary therapy that aims at preventing or extirpating the pathological agents that jeopardize the biological quality of future generations” (*Bios* 128). Esta preocupación fue plasmada de manera visible en la España de Franco con preventorios infantiles cuyo objetivo era evitar el contagio de menores en riesgo, por lo general debido a la presencia de la enfermedad en su hogar.

Hacia la segunda mitad de los años cuarenta, la lucha contra la tuberculosis franquista se centró, bajo la acción del Patronato Nacional Antituberculoso, en la construcción a lo largo del país de dispensarios y, sobre todo, grandes y modernos sanatorios. En teoría, los sanatorios eran muestras del avance científico español en el tratamiento de la enfermedad según los parámetros del resto de mundo occidental. Además de la red de sanatorios para tuberculosos, se construye una red paralela de preventorios y colonias infantiles a donde eran llevados niños que, a juicio de los médicos encargados, estuvieran en riesgo de desarrollar la enfermedad. En dichas instituciones, el Estado se aseguraba de que los niños recibieran lo necesario para ser fortalecidos

física y moralmente. Como se describe en un documento de divulgación de 1950 en el que se resumen varios aspectos de la campaña antituberculosa franquista:

La vida en estos preventorios es sana, sencilla y de gran libertad. Al levantarse los niños, y después de rezar sus oraciones, se les reconoce diariamente por el médico encargado de este servicio, auxiliado por las enfermeras. El resto del día se distribuye en recreos, comida y reposo. Se les da desayuno, almuerzo, merienda y cena sana y abundante. Reposo de una hora después de las comidas principales en sus camas, vigilados por las guardadoras. Durante los paseos y al aire libre se les da conferencias sencillas de cultura general. (*La lucha* 18)

Este documento de carácter propagandístico, intenta resaltar la importancia de la educación y cuidados suministrados por el Estado, presentando un modelo de los comportamientos esperados en la sociedad en general, mientras que al mismo tiempo presenta un cuadro que invisibiliza la escasez sufrida por la sociedad española durante la década de los años cuarenta.

La atención a la infancia estaría en el centro de las prioridades retóricas del régimen franquista desde los primeros años, como atestigua el siguiente comentario editorial en el diario *ABC*:

Es preciso crear una emoción en torno a estas dos grandes tareas de orden sanitario que el Caudillo enunció: los tuberculosos y los niños enfermos. Todo sacrificio nos parecerá parvo para esa gran obra nacional, humana, que, como un altísimo mandato que hemos de servir con espíritu religioso, nos señala el Jefe del Estado. La España nacida de la guerra y la Revolución nacional-sindicalista se dispone a cumplir la consigna de salvar a los niños y ayudar a los enfermos

consumidos por la peste blanca. Va a hacerlo con rigidez de disciplina, con amor cristiano, con alegría de humana solidaridad. (*ABC*, 21 de enero de 1940, 1)

Desde el punto de vista retórico, los enfermos de tuberculosis adultos, por un lado, y la niñez enferma o no, por otro, se encuentran en polos opuestos. Mientras los enfermos adultos son asociados con la corrupción moral republicana, los niños simbolizan el futuro prometedor tras la Cruzada.⁸ En ambos casos la atención de estos grupos estará justificada en el deber cristiano de la cúpula, ya sea por considerarlos pecadores sin salvación o ciudadanos en ciernes a los que todavía es posible extirparles el mal. Unos y otros serían recluidos en instituciones destinadas a ejercer control sobre sus cuerpos y, una vez dentro, pasarían a formar parte de las estadísticas sanitarias (y “sanitizantes”) oficiales.

Desde la promulgación de la Ley de Bases de la Sanidad Nacional se preveía el papel de la retórica antituberculosa basada en cifras, como lo atestigua el siguiente editorial:

Sobre la labor general de sanidad el Ministro ha esgrimido cifras en algunos aspectos abrumadoras: antes de comenzar la guerra, el número de camas en los sanatorios antituberculosos era de 2.450, y el actual asciende a 21.500...Más que el dato en sí nos importa el sentido, la dirección y la lejanía que apunta, porque deja ver la amplitud y la decisión con la que nuestro Estado acomete el viejo, profundo y agudo problema de las necesidades sanitarias de España. (*Arriba*, 26 de noviembre de 1944, 1)

Y en efecto, como bien describe este editorialista, las cifras, los datos en sí, se vuelven irrelevantes y descontextualizan la situación de enfermos en sanatorios y fuera de ellos. Se evita poner atención en el aumento en el número de casos. La acción del Estado se reduce a aumentar

el número de camas disponibles. Y al evitar hablar de enfermos, pacientes y víctimas mortales, y referirse a ellos como camas, se genera una desconexión entre el signo y su referente, implementando una operación de saneamiento lingüístico. Este proceso de objetivización esteriliza la imagen del enfermo, lo desprovee de su cualidad humana y minimiza la experiencia de los afectados. Las camas, a diferencia de los enfermos, no experimentan fiebres nocturnas ni hemoptisis, no resienten los efectos de una mala alimentación, no requieren atenciones continuas ni sufren muertes dolorosas e ineludibles. Además, esta estrategia discursiva les imprime a los ocupantes de dichas camas una cualidad de prescindibles, pues ante la muerte (o en algunos casos recuperación) del enfermo, la cama queda a disposición de la institución médica para ser asignada a un nuevo paciente sin rostro ni nombre, un número más en los reportes del sistema hospitalario.

De esta manera, se vuelve común la presencia de artículos en los diarios del país reportando la apertura de nuevos centros hospitalarios en general, y sanatorios y dispensarios antituberculosos en particular. Notas como la que aparece en el diario *ABC* el 18 de noviembre de 1945 aparecerían a menudo, en este caso reportando la inauguración del sanatorio de Caubet, en Mallorca, en donde tiempo después Blai Bonet sería internado y sería el espacio central de la novela *El mar*:

En septiembre de 1942, cuando se hizo cargo del ministerio [de la Gobernación, Blas Pérez González], disponíamos sólo de 3.000 camas, y hoy, gracias a la protección del Caudillo y a la colaboración de los elementos sanitarios, que con tanto acierto dirige el doctor Palanca, disponemos de cerca de 20.000...Es preocupación del Caudillo y de su gobierno llegar a conseguir 35.000 camas, con

lo que, además de quedar satisfechas estas necesidades, nos pondremos a la cabeza de todas las naciones que en tal sentido han laborado. (*ABC*, 18 de octubre de 1945, 14).

En este artículo se hace alusión, primeramente, al papel de la tuberculosis como una preocupación importante del régimen, así como al contraste entre la situación antes y después de poner en marcha la estrategia sanitaria gubernamental. Se recurre, como se empezaba a hacer con normalidad, a las estadísticas que indicaban el incremento sustancial en la capacidad de atención hospitalaria y que fueron utilizadas para reforzar la imagen triunfalista de un país que buscaba cerrar la brecha de desarrollo que lo separaba de Europa central, aprovechando la coyuntura provocada por la guerra que afectaba a la región. Informado por las ideas de Foucault y en el marco del nazismo en Alemania, Nikolas Rose plantea que en su función de vigilancia y control, la medicina se apegó a dos ejes principales, el de la estadística, “which mapped out the population as a territory to be known,” y el de la administración, “which sought to invent the mechanisms for regulating events in widely disperse and heterogenous locales, forms of conduct and types of difficulty” (55). Estos dos ejes fueron también claves en la política sanitaria contra la tuberculosis del franquismo temprano, por un lado a través de la vigilancia estadística de la enfermedad, por otro con la renovación arquitectónica de la esfera pública.

Si bien en los primeros años de la posguerra el discurso de pobreza y escasez en la zona republicana predominaría al hablar de la tuberculosis en relación con los republicanos, este tipo de referencias se harían más escasas con el pasar de los años. Ante la continua expansión de la enfermedad, pese a los esfuerzos del régimen, se iría implantando otro tipo de retórica que justificaría la incapacidad de la lucha antituberculosa por contener la enfermedad en la

enfermedad misma. En este sentido se inscriben las afirmaciones hacia 1947 del médico José Alberto Palanca, director general de Sanidad: “Puede afirmarse que la tuberculosis, en su marcha por el mundo, se ha limitado a acompañar a las civilizaciones. Mientras más grande fué [sic] el grado de una civilización, mayores estragos hizo sobre ella la tuberculosis” (Palanca et al. 358). Este tipo de discurso que convierte a la tuberculosis en un mal endémico de las regiones con mayor desarrollo sería cada vez más común, destacando con frecuencia las comparaciones con las tasas de morbilidad y mortalidad de otros países de Europa occidental, devastada por su propia guerra, en estadísticas oficiales y textos de carácter pedagógico.

Además, en la década de los cincuenta, el discurso oficial de confrontación y lucha se vería gradualmente sustituido por un discurso de conciliación nacional. En una intervención de 1950 ante las Cortes Españolas, Blas Pérez González, ministro de la Gobernación, habla del cambio de estrategia:

Hasta hace poco no se exigía al público más que pagar y obedecer, verbigracia: las obras de saneamiento no requerían más que convencer de su necesidad a los que mandaban, después dinero y luego una policía de conservación. Los usuarios necesitaban conocer exclusivamente lo que no debían hacer; lo que debía hacerse era simplemente un cometido de los técnicos. Se trataba, en suma, de la reglamentación del “se prohíbe” [sic]. Esta época de profusas inspecciones sanitarias, de aislamientos y cuarentena, y aun de vacunación con la fuerza pública, está definitivamente acabada. (25)

Si en la práctica la política de represión seguiría en pie, la retórica cambia, como dan fe las declaraciones del ministro, dejando atrás las referencias de confrontación explícitas. La

enfermedad es incorporada en el discurso oficial como una realidad social inevitable, pero bajo control gracias a los sanatorios, preventorios y hospitales construidos. El carácter de emergencia de la epidemia de los primeros años, que motivaba expresiones de tipo militar y alusiones a la guerra, fue paulatinamente dando paso a una concepción estadista de la salud pública. Los enfermos son invisibilizados tras las cifras y transformados en objetos inocuos, en “camas” estériles incapaces de esparcir la tuberculosis o de mostrar los síntomas particularmente agresivos de esta condición. Fueron disminuyendo, al menos en el discurso oficial, las referencias a la relación causal entre la República y la tuberculosis, que hablaba de focos de infección rojos y prácticas inmorales que favorecían el contagio. Este cambio coincide, y hasta cierto punto resulta inevitable, con la implementación generalizada de la isoniacida a principios de la década de 1950, un tratamiento que convertiría a la tuberculosis en una enfermedad curable para la mayoría. No obstante, para entonces esta red de discursos ya había dejado una huella indeleble en la memoria colectiva de la sociedad española de la posguerra, huella que se puede rastrear en producciones culturales de la época, como las obras de Camilo José Cela y, un poco más tarde, de Blai Bonet, así como en las de aquellos autores que revisitan este período a finales del siglo XX y principios del siglo XXI, como Manuel Rivas y Emili Teixidor.

DE ESTADÍSTICAS Y SANATORIOS: *PABELLÓN DE REPOSO* DE CAMILO JOSÉ CELA

Cuando en 1943 apareció *Pabellón de reposo*, la segunda novela de Camilo José Cela, el régimen no vio ningún inconveniente para su publicación. De hecho, como relata José María R. Tejerina, la novela vio la luz “por primera vez, en veinticuatro entregas, en el Semanario *El Español*, números 20-43, entre el 13 de marzo y el 21 de agosto de 1943” (19), siendo *El*

Español una publicación dependiente de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, el organismo franquista encargado de supervisar los medios de comunicación. A finales del mismo año, la novela es presentada de manera oficial ante dicho organismo para su primera edición como parte de un solo volumen. En la solicitud se encuentra la siguiente nota de la mano de Cela:

Querido amigo y camarada Beneyto,⁹
 Ayer dejaron en tu registro mi novela “Pabellón de reposo,” expediente no. 7803.
 Para facilitar tu labor te diré que lo que ha sido sometido a tu censura se ha
 publicado íntegramente en “El Español.” Un saludo de tu [ilegible] Cela. (*Informe de censura. Pabellón*)

La familiaridad con la que Cela se dirige al encargado de la censura deja entrever, por una parte, el favor de que gozaba el autor con las autoridades en aquellos años; por otra, la seguridad de que el texto no representaba ninguna amenaza en términos discursivos para el régimen.¹⁰ Y en efecto, admitida para su evaluación el 24 de noviembre, fue autorizada su publicación tan sólo seis días después con la siguiente evaluación del censor: “Novela de unos enfermos, con crudas expresiones al estilo del autor, pero mucho más suavizadas que en su obra anterior, por un sentimiento de melancolía, en ocasiones de neta calidad poética que está infundido en toda la obra” (*Informe de censura. Pabellón*). El “sentimiento de melancolía” y la “calidad poética” a los que se refiere el censor encontraron eco en la visión de los críticos sobre la obra en años subsiguientes. Aquí cabe hacer notar que, si bien existe una cantidad incontable de estudios sobre Cela y sus obras, muy pocos se han detenido a estudiar con atención *Pabellón de reposo*, una novela que explora con detalle un tema recurrente en toda su obra: la tuberculosis.¹¹

La novela está dividida en dos partes, cada una con siete capítulos, complementadas por un capítulo intermedio y un epílogo. A partir de la segunda edición, preceden al texto un par de notas del autor en donde presenta algunas de las motivaciones para escribirla. La novela se desarrolla en un sanatorio para tuberculosos, los capítulos le llegan al lector desde la perspectiva de pacientes del sanatorio, cuyos nombres no conocemos y sólo son identificados por un número que corresponde al cuarto en donde están internados. Además de las menciones del número de cuarto asociado, las numerosas voces narrativas son identificadas a través del uso de recursos específicos tales como cartas, diarios, digresiones, flujos de conciencia y monólogos interiores, técnicas ya utilizadas por Cela en *La familia de Pascual Duarte* (1942), su primera novela.

Quienes han hablado de la novela, incluyendo a Cela mismo (“Experiencia” 131-135), generalmente la describen como resultado de la experiencia personal del autor durante sus estancias en sanatorios para tuberculosos (en dos ocasiones, 1931 y 1942) y la deuda que tiene con *La montaña mágica* de Thomas Mann. Paul Ilie fue uno de los primeros críticos que estudió con detenimiento la segunda novela de Cela. Ilie considera que la novela es “un experimento formal,” cuya “estructura *post facto* presenta ciertas consideraciones existenciales sustentadas por lo que dicen los personajes” (111). Así, de acuerdo con el crítico, el carácter existencialista se da como resultado de los recursos estéticos utilizados por Cela, y no al revés, entre los que sobresalen: la acción casi ausente que privilegia la simultaneidad por sobre la secuencia de hechos, el tiempo cronológico como preocupación central de los personajes y a la vez poco perceptible para el lector, y la simetría que convive con juegos de antítesis. La visión de Ilie de que la novela es ante todo un “experimento formal” con ambiciones poéticas está influenciada por el punto de vista del autor mismo, que en las dos notas introductorias a la obra la presenta

como un texto concebido a partir de preocupaciones estéticas (9, 11) y cercano a la poesía en prosa (12). Como Ilie, críticos posteriores han seguido el camino trazado por Cela en mayor o menor medida. D. W. McPheeters, por ejemplo, ve la novela como un “anti-Pascual,” más específicamente al notar que “there is an impression of concreteness which contrast sharply with *La familia de Pascual Duarte*,” destacando además la simetría y el simbolismo presentes en la obra. John W. Kronik subraya las tensiones existentes en la obra, tanto en la estructura simétrica y la presentación de los espacios, como en la construcción de los personajes. Para Kronik la clave de la novela está en el equilibrio que permite dichas tensiones, ya sea al yuxtaponer imágenes de dentro y fuera del sanatorio, o a través de personajes “cuasi-muertos que viven en una cuasi-cárcel” (107).

En un breve artículo, Eugenio de Nora propone que la importancia de *Pabellón de reposo* se debe a que es “germen” de dos de los elementos que caracterizarían la producción posterior del autor: “la novela de protagonista múltiple” y el lirismo como “modo de expresión más adecuado a la exploración de conciencias alteradas, patológicas, que nos llevan al límite de lo humano” (56). A su vez, y centrándose en el carácter lírico de la novela, María Isabel López Martínez sugiere puntos de contacto entre *Pabellón de reposo* y la obra poética de Juan Ramón Jiménez, principalmente en su trato de temas como la muerte y la soledad, así como influencias del romanticismo, por ejemplo, con la naturaleza que refleja estados de ánimo de los personajes. Más recientemente, Lucile C. Charlebois se fija nuevamente en los recursos estilísticos utilizados por el autor y a través de una lectura cuidadosa destaca el rol de los narradores múltiples, los fundamentos metaficcionales y el uso de textos como cartas y diarios para tratar los temas centrales de la obra: el sufrimiento humano, la muerte y la soledad.

Si bien es cierto que no se puede negar el rol fundamental que las preocupaciones estilísticas de Cela tienen en la novela, resulta productivo alejarse un poco de las indicaciones del autor y, como sugiere Roland Barthes, considerar la obra como producto de las circunstancias históricas en las que fue producida. En este caso, es posible hacer una lectura biopolítica de la novela si la consideramos en el contexto de la naciente estrategia retórica franquista en la lucha antituberculosa que en los años cuarenta y cincuenta sometió a pacientes tuberculosos a una transformación metonímica y los convirtió en camas de sanatorios.

La obsesión del régimen con el número de camas, leyéndose dentro del marco teórico establecido por Michel Foucault, se inscribe en prácticas de ejercicio de poder regulatorio cuyo objetivo es el control del cuerpo social por medio de, entre otros, censos y estadísticas de salud pública. Esta política oficial encuentra eco en la novela de Cela en los personajes a los que se les ha arrebatado la identidad. Al referirse a los personajes por un número, la novela se inscribe en el marco discursivo oficial de las estadísticas que borran la identidad individual de los sujetos y los somete al mismo tiempo a un proceso de objetivización. Si bien “los individuos que entran en el sanatorio se convierten en casos, prisioneros, cifras” (Kronik 110) en el universo narrativo, este mecanismo de representación no puede considerarse ajeno a las prácticas discursivas en el contexto histórico de la novela. Más allá de la experimentación estilística, el acto de nombrar a los pacientes con un número es un acto de ejercicio de poder, un poder que arrebató la identidad de los enfermos, como uno de los narradores de la novela describe: “Los tuberculosos han dejado de ser abogados, de ser ingenieros, comerciantes, pintores, novios, insatisfechos amantes; han dejado en un sitio ya remoto la carga pesadísima de sus jamás iguales caracteres” (118). De esta manera, al entrar en el sanatorio los personajes se someten a un proceso de homogenización que

los fuerza a dejar atrás rasgos de su individualidad. Entre proceso es notorio al fijarnos que, por ejemplo, las cartas de los pacientes a veces están firmadas con iniciales (C., N., B.) que se presentan como los residuos de un nombre remoto, de una identidad olvidada, en un inútil esfuerzo por aferrarse a su individualidad.

El capítulo IV de la primera parte empieza con un lamento de la paciente 40:

Lo único que me preocupa, que me preocupa intensamente, abrumadoramente, es ir viendo mis pañuelos, mis combinaciones, mis blusas, mis medias, todas marcadas en rojo: “40,” “40,” “40,” sin que hayan dejado escapar una sola. Es una obsesión que me persigue, que no me deja descansar, que se me aparece incluso entre sueño y sueño cuando al despertarme a media noche, desvelada, enciendo la luz para distraerme y me tropiezo con el rojo “40.” (61)

Si hacemos una lectura biopolítica de este fragmento, la obsesión que persigue a la 40 simboliza el acoso ininterrumpido y casi abstracto del aparato de control oficial. Las marcas en rojo hacen alusión al carácter violento con el que se busca borrar la identidad de la paciente y sustituirla por una cifra que además es intercambiable: “Según me dicen, antes, hace tan sólo unos días, ese ‘40’ iba marcado sobre ropa de hombre” (62). El que el despojamiento de la identidad se haga a través de la ropa resulta significativo en tanto que la única forma aparente para escapar es a través de la desnudez, la vuelta a un estado natural, o al recurrir a un estado onírico, escapatorias que no obstante resultan temporales y por tanto ilusorias, pues estos enfermos han sido reducidos a la vida física, la “nuda vida” descrita por Agamben, un estado despolitizado sin derechos judiciales o estatus oficial.

Sin embargo, como nota Charlebois, a lo largo de la novela estos personajes sin nombre, estas cifras sin rostro “are transformed into feeling human beings whose intense self-consciousness converts the monotony of daily existence into invaluable moments in time” (22). Es decir, al dotar a los números de historias, de romances imposibles, de sufrimiento y de desesperanza, se subvierte el discurso estadístico de la salud pública y de este modo se hace un intento por devolverles la identidad perdida, si acaso sólo para enfrentarse a la muerte inminente. Y es en este sentido que se revela la imposibilidad de dicha acción, pues una vez que los pacientes han sido convertidos en un número, los intentos por revertir el proceso serán inútiles y la única salida posible será la carretilla verde del jardinero en el que se transportan los ataúdes de quienes han sido vencidos por la enfermedad.

Las estadísticas de salud pública como evidencia del ejercicio de poder regulatorio se presentan de manera aún más explícita en el capítulo intermedio entre las dos partes. Este capítulo inicia con la intervención de un médico del sanatorio ante un consejo de directivos. El médico presenta el siguiente balance de enfermos bajo el cuidado del sanatorio:

Resumiendo, tengo el honor de presentar a ustedes el siguiente cuadro estadístico:

Enfermos ingresados en el último ejercicio	66
Enfermos que continúan su curación en nuestro Centro y que proceden de ejercicios anteriores . .	<u>54</u>
Total	120

cabida, como ustedes saben, del Sanatorio.

Bajas durante el último ejercicio	66
---	----

Especificadas en la forma siguiente:

Por defunción	52
Por curación total	5
Por curación parcial	9

(Pabellón 113)

La exposición del médico pone en evidencia, por una parte, la caracterización de los enfermos como pieza de un balance con carácter mercantil, en donde las “bajas” son sustituidas por nuevos enfermos hasta alcanzar el cupo del sanatorio. El objetivizar a los enfermos conlleva su inminente reemplazo, aparentemente sin problemas, y por tanto, la pérdida de su identidad individual. Así, a pesar de que el número de “bajas” ocurridas durante el mes es elevado, más de la mitad de la capacidad de atención del sanatorio, los espacios vacíos son llenados nuevamente. Las camas permanecen y deben ser ocupadas por nuevos inquilinos cuando todavía no se enfrían por completo. Esta operación de sustitución pone en evidencia la perversión del discurso de salud pública basado en cifras, pues como el 40 al que ha sustituido la 40, la cama de esta última será también ocupada por alguien más, para quien las añejas marcas rojas en sábanas y ropas serán evidencia de su propia eventualidad. Por otra parte, podemos atestiguar la cruda realidad de dichas instituciones que la mayoría abandonaba “por defunción.” Es decir, ser internado en el sanatorio era una especie de condena a muerte de la que sólo se libraban algunos, más por azar que por la efectividad de tratamientos médicos. En este sentido, el sanatorio para tuberculosos de Cella funciona de manera retórica como los campos de concentración a los que se refiere Giorgio Agamben, como institución cuyo objetivo es el exterminio de sus internos que como grupo ha sido desprovisto de su carácter humano, señalados como amenaza a la sociedad entendida como cuerpo biológico que “has to be constantly purified” (*Homo sacer* 180), y en donde el *homo*

sacer, el hombre proscrito despojado de cualquier derecho como ciudadano, el enfermo, puede ser eliminado con impunidad, más nunca sacrificado. Asimismo, vale la pena notar que al reportar las “bajas” por defunción, la novela se posiciona contra el discurso estadístico franquista, que evitaba dar a conocer estas cifras de manera abierta y, como hemos visto, se limitaba en un principio a propagar un discurso de marginalización basado en el rechazo y más tarde se sustentó en la invisibilidad que dan los números.

Un poco después de la anterior intervención, el mismo médico plantea a los directivos una de las preocupaciones más apremiantes dentro del sanatorio:

Hemos observado que crece el número de desequilibrios nerviosos entre nuestros clientes. Las causas las ignoramos. Hemos observado también que casi todos aquellos clientes en quienes hemos visto esos trastornos se dedican a escribir con toda pasión sus diarios o sus memorias. Pienso que quizá haya llegado el caso de aconsejarles que abandonen la literatura. (114)

El que los diarios y la literatura se vean como una amenaza para el buen funcionamiento del sanatorio puede leerse como la amenaza que la conservación de la memoria representa para una institución represiva. Sin embargo, pese a sus recomendaciones, los diarios a los que se refiere el médico conforman los capítulos de la novela misma, mostrando la paradoja entre el ejercicio de poder y la resistencia a la que se enfrenta desde la palabra escrita como testimonio de la cotidianidad del cuerpo enfermo. Esta paradoja la podemos ver desde otra luz en la primera intervención del paciente 52:

Me gustaría ser escritor, componer un bello libro, como esos a que son tan aficionados los extranjeros para poder decir: “¡Cuidad vuestra salud! ¡Atended a

vuestra sana conservación, base de la felicidad de las venideras generaciones! ¡La Patria os exige ese pequeño esfuerzo! ¡La Humanidad os lo premiará!"; pero, desgraciadamente, no poseo ese precioso don de la palabra escrita; es bello, realmente, pero... (32)

Como se puede ver, hay una contradicción inherente entre declarar que no se posee el "don de la palabra escrita" a través de la palabra misma, entre el paciente que dice no poder escribir un bello libro y que es al mismo tiempo el autor del texto que tenemos ante nosotros. Esta paradoja se puede resolver si partimos de que el planteamiento del 52 se refiere a la imposibilidad de escribir desde el margen: el 52 no puede ser escritor porque, como hemos visto, dentro del sanatorio no se puede adquirir ni esta ni ninguna otra identidad. El suyo es un trabajo sin reconocimiento, sus memorias no le pertenecen sino forman parte de un lamento colectivo. En este sentido, el texto que el lector tiene ante sí dista del que el 52 quiso haber escrito, no se trata de uno que haga una defensa de la salud como deber patriótico, al contrario, es un texto que pone en evidencia un aparato discursivo que declara a la enfermedad como enemiga del régimen y condena a los cuerpos enfermos a una muerte lenta en el anonimato de cuartos numerados que bien podrían ser celdas. En este sanatorio "cuasi-cárcel," como lo define Kronik, el delito de los internos fue precisamente no haber cumplido con el deber patriótico de cuidar su salud y, en su dejadez, haber sucumbido a la enfermedad, haberse dejado llevar a territorio hostil y poner su cuerpo al servicio del enemigo. Si el interno se niega a regenerarse, a la curación, el castigo para el delito es la pena de muerte y, sin derecho a apelación, los internos-enfermos recurren a la palabra escrita como último recurso. Entonces no es casual que se intente alejarlos de la literatura, pues si la resistencia física es casi imposible, no así la resistencia en el campo

discursivo. A este respecto resulta pertinente mencionar la postura de un médico cercano al régimen durante la primera mitad de los años cuarenta:

No se le da la debida importancia al contagio por medio de los libros; sabemos que el bacilo Koch resiste la desecación. Pues bien, en las páginas de un libro leído por un tuberculoso, allí, junto a las letras, quedan innumerables gérmenes, y luego al ser usado dicho libro por una persona sana, con la fea costumbre, muy arraigada, de dar vuelta a las hojas mojando la yema del dedo, el contagio es fácil y sencillo. (Freudenthal Portas 36)

El miedo al contagio por los libros se puede leer sin demasiado esfuerzo como síntoma de un régimen que se siente amenazado en el campo discursivo, una característica de los regímenes dictatoriales alrededor del mundo y simbolizada, en el caso del franquismo, por la censura. A pesar de que, como hemos visto, la censura oficial no tuvo ningún inconveniente con la novela, en esta última encontramos notas intercaladas del autor en las que el narrador-autor se refiere a cartas que supuestamente recibió pidiéndole que no publicara la novela. López Martínez ve en estas notas una estrategia “con aire cervantino en cuanto al procedimiento” (183) para establecer un “narrador-transcriptor” que apoya la subjetividad lírica de la obra. Por su parte, Lucile C. Charlebois ve en estas notas un mecanismo de fragmentación que complementa el uso de otros textos como cartas y diarios. En este caso, es igualmente posible hacer una lectura que no omita el contexto de la época en la que la novela fue escrita y publicada.

En la primera de las notas, según se reporta, un tisiólogo amigo del autor le ruega a este último que suspenda la publicación de su novela (presumiblemente las entregas semanales en *El Español*). El narrador describe los motivos del médico de la siguiente manera: “Me habla de los

frecuentes desequilibrios nerviosos de los enfermos del pecho, de sus hondas crisis morales; alude a la susceptibilidad enfermiza de los residentes en los Sanatorios, a sus monomanías” (94). Nuevamente aparece el tema de la literatura como amenaza para el funcionamiento adecuado del sanatorio. Mas en esta ocasión también tenemos el punto de vista del autor-narrador. Tras una consideración minuciosa, el autor-narrador decide seguir con la novela, defendiéndola con el siguiente argumento: “Que ningún enfermo, después de leída esta breve confesión de mi duda, se crea el ombligo del mundo. Que nadie piense que su desgracia es, realmente, ejemplar. Que no se identifique nadie con estos pocos afortunados tipos de mi ficción” (96), y luego añade: “Todo es artificio y traza –decía Don Quijote– de los malignos magos que me persiguen” (96). Aludir al carácter ficticio de la novela de manera preventiva le permite a Cela anticiparse a sus posibles críticos, pero sobre todo, influenciar las aproximaciones futuras para el estudio de la obra, como efectivamente ha sucedido. Curiosamente, las palabras de Don Quijote a las que alude el autor-narrador forman parte de la reacción del hidalgo cuando Sancho le hace ver que el Caballero de los Espejos y su escudero son en realidad Sansón Carrasco y Tomé Cecial. Así, el autor-narrador ironiza con los límites entre realidad y ficción y la conexión entre su novela y la experiencia del lector.

La segunda nota es de un antiguo compañero de colegio afectado por la enfermedad que le reprocha al autor-narrador su obstinación por seguir escribiendo y el ignorar el daño que puede causar en sus lectores. Esta vez se contestan los reproches del remitente en los siguientes términos:

pienso que mi novela, lejos de producir un efecto deprimente, pudiera –de saberse leer con agudeza– hacer vibrar las cuerdas optimistas del lector, ya que los tipos

presentados –los tuberculosos lo saben mejor que nadie– son, a más de entes ficticios, representantes de una manera de ser de hombre-tuberculoso o mujer-tuberculosa, de la que, como primera medida en quienes busquen la curación, habrá que escapar como del fuego. (194)

En la nota anterior, se sugiere el carácter casi didáctico de la obra, como si, siguiendo con las imágenes cervantinas, se planteara como novela ejemplar. Nuevamente el autor-narrador parece querer anticiparse a los ataques que pudiera generar el texto para neutralizarlos de manera preventiva. Otros han comentado esta nota, incluyendo D. W. McPheeters, quien menciona al respecto: “Critics unfavorable to Cela have noted his tendency to become involved in noisy polemics; here one suspects him of inventing a controversy that does not exist. Yet, as a part of the structure of the work, its inclusion is quite justified since it injects a note of reality from the outside world to contrast with the rarefied atmosphere of the hospital (59). Y en efecto, la nota de realidad inyectada hace evidente el carácter político de la obra, encerrando la gran paradoja de la misma, más si la consideramos dentro del marco conceptual de la inmunidad propuesto por Esposito, en donde “disease is seen as strengthening or even creating the diseased organism’s self-defense through opposition” (*Immunitas* 124). Entonces, ¿de qué “maneras de ser” deben escapar los lectores que busquen curación? ¿De dejarse arrebatar la identidad individual, como ocurre con los personajes, o del intento de preservar la memoria a través de cartas y diarios? ¿Debe el lector enfermo aceptar el discurso hegemónico de la enfermedad para alcanzar la curación o debe rebelarse enérgicamente ante la condena a muerte que se le ha impuesto? ¿Tiene la obra un carácter inmunológico en aquellos lectores que ven en la representación del otro, del enfermo, una vía para reafirmar su propia identidad?

A pesar del poco énfasis en las conexiones de *Pabellón de reposo* con su contexto histórico y la tendencia desde la crítica de calificarla de “existencial,” la novela de Cela contiene elementos que permiten una lectura desde una perspectiva biopolítica. En este sentido, la obsesión con el número de camas en los círculos oficiales, como representación metonímica de los enfermos, es quizá el elemento que permite realizar esta aproximación con mayor claridad. Las historias de *Pabellón de reposo* no son meros ejercicios estilísticos, sino verdaderos testimonios de las vidas sometidas al control estatal en los primeros años tras el fin de la guerra, incluso pese al punto de vista del autor. En este contexto, el sanatorio para tuberculosos se convierte en el espacio de disputa, donde las estructuras de poder regulatorio y disciplinario franquistas convergen y se implantan como un manto que cubre todos los aspectos en la vida cotidiana de los enfermos. La novela de Cela esboza un panorama desolador en donde los pacientes están atrapados en la red discursiva del régimen sin posibilidad de escapar.

DE SANATORIOS, RELIGIÓN Y SEXUALIDAD: *EL MAR* DE BLAI BONET

Cuando en el año 2000 se estrenó el largometraje *El mar* de Agustí Villaronga, a muchos críticos les llamó la atención el papel relevante que tienen la violencia, la sexualidad y la religión en el filme, así como lo que esto significa en el contexto del franquismo temprano. Dean Allbritton, por ejemplo, nota que “by displacing ideas of masculinity as robust health and wellness, the film explores the sexualization of the sickly male body and the construction of memory as gendered products of society” (58). Y en efecto, las imágenes explícitas de violencia están ceñidas por un aire de erotismo que se impone sobre cada espacio y personaje. No obstante, ya desde la novela homónima de Blai Bonet, en la que se basa el filme, encontramos un universo

narrativo sexuado en tensión con un fanatismo religioso en el que se entretajan representaciones de lo enfermo, “in other words, the impact of the Civil War and the confluence of sexuality, illness, and gender become critical sticking points for both Bonet and Villaronga” (Allbritton 59).

La novela *El mar* fue publicada por primera vez en 1958 tras ganar el premio Joanot Martorell (desde 1960 conocido como *Premi Sant Jordi de novel·la*), uno de los más prestigiosos para obras escritas en catalán. Se ha dicho que el manuscrito original de la novela fue escrito entre 1947 y 1948, mientras el autor se encontraba internado en el sanatorio para tuberculosos de Caubet, en Mallorca. Mas como describe Xavier Pla, la novela vio una serie de cambios desde su origen hasta su publicación, siendo uno de los más notables su tamaño, yendo de 800 páginas en aquél primer manuscrito a 250 páginas en la primera edición (“Blai” 254-261). A pesar del prestigio del que goza dentro de la literatura en catalán, la novela no ha despertado demasiado interés entre el público o la crítica en castellano. De hecho se publicó en este idioma por primera vez hasta 1999 en una edición de Plaza & Janés, sin reediciones o reimpressiones subsecuentes.

En *El mar* se narran las historias de un grupo de enfermos internados en un sanatorio para tuberculosos en Mallorca hacia 1942, valiéndose de constantes analepsis que nos llevan a la infancia de los personajes durante los años de la guerra civil. La novela de Bonet comparte con *Pabellón de reposo* varios aspectos de forma y fondo, incluyendo temas, ambientes y temporalidad. No de manera accidental, cabe aclarar. Camilo José Cela fue mentor de Blai Bonet y *Pabellón de reposo* una de las principales influencias en la versión final de *El mar*. De hecho Xavier Pla rescata una carta de Bonet a Cela en donde el primero muestra su admiración por la obra del segundo:

En ese *Pabellón* suyo, bastante diferente del Sanatorio donde yo estuve, que era más bullicioso, hay siempre ese gesto de ver las cosas con los ojos entornados y brillantados. El recuerdo que yo me llevé de Caubet (el Sanatorio de Mallorca, magnífico) es ese constante afán amoroso de los chicos que estaban ahí. Igual que en *Pabellón*... Por eso me ha gustado tanto su libro: porque es un espejo de una fidelidad casi obsesionante. (“Blai” 261)

El gusto de Bonet por la obra de Cela se verá reflejado en *El mar*, estableciendo, por lo general de manera implícita, un diálogo entre las dos. Las acciones principales giran alrededor de dos enfermos de tuberculosis: Manuel Tur, un joven obsesionado con la religión, y Andreu Ramallo, quien se presenta como un muchacho altamente sexuado que constantemente provoca meditaciones obscenas en Tur. Como en la novela de Cela, en *El mar* también encontramos la técnica de narradores múltiples. En este caso son cuatro, entre los que se dividen los 32 capítulos de la obra, siendo Tur y Ramallo los dos principales.¹² La crítica ha hablado de la estructura como una forma de fragmentación que “rompe el contínuum textual y da categoría a cada uno de los capítulos como unidad básica de significado” (Pla, “Memoria” 32), una fragmentación que, como hemos visto, es una parte importante del planteamiento narrativo de *Pabellón de reposo*. Al igual que en esta última, se ha resaltado el carácter existencialista de *El mar*. Xavier Pla, quien escribió un epílogo crítico en la edición de 2011 de la novela en catalán, opina que:

Blai Bonet supo integrar lo mejor de las corrientes filosóficas existencialistas para escribir una novela atrevida y rompedora que no tiene ninguna intención de convertirse en una crónica histórica de la Mallorca de la posguerra sino que es básicamente una reflexión existencial sobre la condición humana a partir de las

vivencias radicales y subjetivas de un grupo de adolescentes internos en un sanatorio de tuberculosos. (“Memoria” 29)

Si bien la postura de Pla es acertada, no podemos ignorar que la obra, aun sin pretenderlo, se inscribe en la red de discursos culturales y políticos de la posguerra, y por tanto puede funcionar como llave para adentrarnos en dicha red.

En *El mar* volvemos a encontrar cuartos numerados en donde residen los pacientes del sanatorio, pero a diferencia de *Pabellón de reposo*, aquí la identidad de los personajes no es reemplazada por un número, sino que se utilizan varias estrategias narrativas para resistir esta suplantación: primero, se hace mención constantemente del nombre, apellido y profesión de los enfermos; segundo, se evita la asociación unívoca entre el número de cuarto y los pacientes, ya sea por la movilidad entre cuartos, o al describir cuartos que albergan a múltiples enfermos; tercero, hay un rechazo explícito de la retórica de la identidad numérica en voz de los personajes, y por último, a través de símbolos que reafirman la identidad individual, por ejemplo, iniciales en la ropa de los enfermos en lugar de números.

A lo largo de la novela, y de manera repetida, los personajes se nos presentan con nombre y apellido, complementados en muchas ocasiones por información sobre su origen, relaciones familiares, sentimentales y profesionales. Así, los enfermos no dejan atrás su identidad al entrar al sanatorio sino que forma parte integral del retrato que se hace de cada uno de ellos. La memoria es diferencia, diversidad e identidad. Además, a menudo se nos proporciona información específica sobre tratamientos y síntomas específicos. Por ejemplo, desde la voz de Andreu Ramallo:

Yo miraba la hilera de *chaises-longues*, todas ocupadas. De derecha a izquierda: Jesús Laborda, ex legionario en Xauen, operado de toracoplastia; Jordi Planas, pobre, hijo de viuda, con una pneumo en el costado derecho; Josep Tous, diecinueve años, hijo de un campesino de Ibiza, pneumo bilateral, gravísimo; George Schmit, irlandés, sesenta años, lesión fibrosa, divorciado, gran consumidor de ajos crudos. Rocía la habitación con insecticida tres veces al día; Julià Gómez, de cuarenta años, calvo, de Mahón. A las seis de la mañana, tres veces al mes, el 9, el 19 y el 29, tiene una cita con una criada delgada y rubia que trabaja en el pabellón de mujeres. (229)

La lista en este pasaje sigue, manteniendo la estrategia narrativa enumerativa que va aumentando la cantidad de información sobre los personajes conforme van apareciendo. Vale la pena notar que este tipo de enumeración de información es característica de los expedientes médicos (y penales). Así, a lo largo de la obra se utilizan las formas del discurso médico para resistir el proceso de homogenización de los pacientes, quienes no sólo conservan su identidad pasada, sino que siguen formándola dentro del sanatorio con síntomas y tratamientos específicos que los diferencian de los demás, a pesar de estar afectados por la misma enfermedad. Este hecho problematiza el discurso estadístico de la enfermedad que necesariamente requiere de la generalización y de rasgos en común, pues resulta imposible mantener estadísticas de individuos desiguales. La estrategia se extiende a los personajes-narradores, dos de ellos pacientes del sanatorio: Ramallo y Tur (los otros dos incluyen a Sor Francisca Luna, una monja que atiende a los enfermos, y Gabriel Caldentey, el sacerdote del sanatorio). De hecho cada capítulo lleva por título el nombre completo del narrador-personaje, un acto de repetición que además de facilitar el

seguimiento de las diferentes historias, funciona casi como un cincel que graba los nombres en la memoria del lector.

Los personajes de *El mar* no sólo deambulan por las habitaciones y pasillos del sanatorio, sino que están en constante compañía de otros, ya sea en salas o habitaciones comunes. Además, dado que son movidos de una habitación a otra, normalmente como consecuencia de un cambio en su estado de salud, la relación biunívoca entre habitaciones y pacientes que existe en *Pabellón de reposo* aquí es imposible. Esta situación tiene como consecuencia, por ejemplo, que la ropa de los pacientes lleve sus iniciales y no un número de cuarto, mas no bordadas con hilo rojo, pues éste es reservado para otras circunstancias, como el espectro que visita a Tur aclara: “Tú naciste a la vida, y siempre que diga vida quiero decir solidaridad, Tur, el primer año de la guerra civil. Tu familia era de derechas y, en el otoño del año 36, te afiliaron a la escuadra de balillas de tu pueblo. Llevabas un pantalón corto de pana negra, la camisa oscura de balilla con los emblemas bordados en hilo rojo” (Bonet 239). Las “escuadras de balillas” eran uno de los brazos del régimen franquista entre los más jóvenes, organizaciones que luego darían origen al Frente de Juventudes de la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS), el partido único del franquismo. Así, el hilo rojo representa, nuevamente y de manera explícita, el aparato de poder en acción.

El capítulo 14 de la novela, en voz de Andreu Ramallo, empieza de la siguiente manera:

El 22 es un número como cualquier otro. En la puerta de mi habitación hay un 22 de madera negra. El 22 está encima de mí como la cal está sobre las paredes, es como el mosaico rojo sobre la galería. El 22 está encima de mí como la expresión «hijo de Dios» está encima de un asesino. Pero el 22 no está tan hondo encima de

mí como el ansia animal que tengo de subir la escalera empinada y oscura de don Eugeni Morell, si el director me da permiso para ir a mi pueblo, después de la revisión mensual. El 22 no tiembla tanto, ni hace un ruido tan cascado como la campanilla del piso de don Eugeni Morell, soltero, insomne y corruptor, como el agua que pudre la madera. (125)

Si comparamos esta intervención de Ramallo con aquella de la paciente 40 en la novela de Cela observamos similitudes y contrastes importantes. Como la 40, Ramallo se ve perseguido por el número 22, cubriéndolo en una especie de manto omnisciente. No obstante, a diferencia de la 40, Ramallo encuentra una forma de escapar a través del crimen que planea contra Eugeni Morell. La transgresión entonces se presenta como un mecanismo de resistencia, como vía para superar la vida impositiva del sanatorio, pues como Ramallo mismo declara, “[e]n los lugares en donde existe un reglamento, salir de la rutina, aunque suponga una molestia, siempre se considera una superioridad” (226). Y es que ser condenado por un delito nada añade a la condena que ya se purga: “Yo por nada querría morir en una cama. Es como morir después de un juicio. Como morir fusilado” (192). Es decir, la enfermedad es ya una transgresión suficiente para ser condenado a muerte y por tanto cualquier otro delito tendrá efecto nulo a este respecto, aunque no así en cuanto a sus posibilidades discursivas al plantearse como la contraparte de la homogenización: la ruptura de la rutina disciplinaria. La otra opción para no ser sometido al poder disciplinario es con la transgresión desde dentro del sistema, como explica Manuel Ceva, amigo de Ramallo: “Yo ya tengo ganas de ir al campamento. No por nada. Para ser malo. En el pueblo, cuando uno es malo, se pone triste, porque las cosas malas que hace se las tiene que tragar solo” (189). El que la maldad encuentre cobijo y prospere dentro de las estructuras de

poder del régimen no resulta ninguna sorpresa. Sí en cambio puede verse como novedad la existencia de una maldad primigenia que usa el aparato oficial para manifestarse. En este sentido, *El mar* es una novela que retrata una sociedad que ha perdido la capacidad para distinguir entre el bien y el mal, una sociedad corrompida por la moral tergiversada del discurso hegemónico. Y es quizá a través de la representación de la religión y su relación con el franquismo que mejor se puede captar esta premisa.

La relación entre la iglesia y el régimen es una constante en la novela, en donde encontramos la figura del párroco dando discursos “desde el balcón del ayuntamiento, de pie entre el alcalde y el teniente de la Guardia Civil...después del tedéum en la parroquia en acción de gracias porque las tropas nacionales habían entrado en Lérida o en Teruel” (240). En este ambiente, los cuatro personajes-narradores se plantean casi como tipos dentro del discurso religioso, aunque estos mismos tipos se subvierten dentro de la misma novela. Gabriel Caldentey, uno de los personajes-narradores, es el sacerdote asignado al sanatorio, mas no por un afán filantrópico, sino movido por una extraña fascinación con la inmoralidad que, bajo su perspectiva, prolifera en este espacio. Él mismo declara su fastidio con la vida de las parroquias: “La gente de las parroquias rurales es reiterativa, pegajosa como los cuervos y las moscas” (43). No así los enfermos en el sanatorio, en donde:

se peca refinadamente, se peca y se comenta el pecado, como en la alta sociedad.

En este sanatorio se peca con osadía, no furtivamente como en las parroquias rurales. Los internos de este sanatorio proceden de familias modestas. El confort, el lujo del edificio, la modernidad de los instrumentos, el servicio uniformado, les

proporciona una desconocida sensación de superioridad. Pecan con la frivolidad, con la naturalidad de los hombres decadentes. (44)

En esta intervención del sacerdote notamos partes del discurso del poder que defendía los sanatorios como instituciones modernas con los últimos avances en el tratamiento de la enfermedad. Al mismo tiempo, según el religioso, las comodidades encontradas en este lugar fomentan comportamientos que van en contra de las enseñanzas de la iglesia y, como se ha visto, de los valores religiosos defendidos desde la cúpula. El que el sacerdote justifique el sentimiento de superioridad que observa en los enfermos en un discurso de clase, en el “confort” recientemente experimentado, alude a su incapacidad de notar que, como hemos visto, dicho sentimiento surge de la transgresión misma que la enfermedad y el espacio del sanatorio posibilitan.

Por otra parte, la apreciación de Caldentey será eco, entre otras cuestiones, del erotismo y constantes alusiones sexuales encontrados a lo largo de la obra. Los enfermos se desnudan de manera frecuente y en grupo, comportamiento que levanta protestas por parte de los trabajadores del sanatorio. Además abundan las insinuaciones y las narraciones de encuentros sexuales.

Si hay un aspecto que comparten los personajes es la pérdida de la inocencia a temprana edad. Los personajes de la novela no han podido vivir su niñez porque son forzados en el mundo adulto de diferentes maneras, entre ellas el despertar temprano a la sexualidad, como uno de los pacientes cuenta: “La primera vez que fui un hombre, tenía doce años. Fui corriendo al carrito de los helados. Para comprar un helado. De dos pesetas. Para celebrarlo” (17). El contraste entre la inocencia de la niñez y el mundo sórdido de los adultos es una oposición que se repite en varias ocasiones, ya sea a través de amistades infantiles selladas al torturar a un gato, niños que

asesinan o que son víctimas de pederastas. La inocencia se pierde de manera acelerada en esta sociedad azotada por la guerra. O como describe Manuel Tur al ver las lágrimas de uno de sus amigos de nueve años cuyo padre ha sido asesinado por el bando sublevado: “Fue entonces cuando descubrí que un niño que llora parece un hombre” (29).

Andreu Ramallo y Manuel Tur encarnan dos caminos, en apariencia opuestos, a los que lleva la inocencia perdida. Por un lado, Ramallo expresa contantemente su sexualidad ya sea masturbándose, estimulando los deseos de otros al andar desnudo, al contar sus experiencias con prostitutas o él mismo prostituirse. Por otro lado tenemos a Tur, quien en su niñez experimenta una serie de muertes violentas que lo llevan a buscar refugio en la religión y reprime constantemente cualquier expresión de su sexualidad, viendo esta represión como la vía para alcanzar la inocencia añorada. Tur lucha constantemente contra sus impulsos y contra la obsesión homoerótica que siente por Ramallo. Mas la atracción de Tur encuentra su contrapartida en la curiosidad que éste despierta en Ramallo, quien intenta por diferentes medios quebrantar la castidad de Tur, al grado de convencer a una de las trabajadoras del sanatorio para que intente tener relaciones sexuales con él. Esta acción desata la furia y el deseo de venganza de Tur, concluyendo inevitablemente en la muerte de ambos.

Como en el caso de los dos personajes principales, las expresiones de la sexualidad que se presentan en *El mar* tienen por lo general un carácter patológico, como si fueran afectadas por la tuberculosis. En este sentido, dichas representaciones parecen respaldar la idea, propagada como parte de la red de discursos del régimen, de que la tuberculosis afecta el carácter moral de los enfermos, despertando impulsos malsanos que se deben suprimir. Mas una lectura bajo una luz foucaultiana revelaría que las expresiones sexuales en los márgenes ponen en evidencia el

aparato de control del poder que busca regular y normalizar su accionar sobre la vida cotidiana de los individuos. Es decir, la marginalidad sexual sólo es tal si se establece de manera explícita la normalidad. A este respecto, la condición de enfermo dentro del sanatorio define dicha normalidad por contraposición pero a la vez permite transgredirla. Volviendo a la propuesta teórica de Esposito, además de la variante negativa, el sistema inmunológico también permite una positiva: “rather than acting as a barrier for selecting and excluding elements from the outside world, it acts as a sounding board for the presence of the world inside the self,” de hecho “[i]ts boundaries do not lock it up inside a closed world; on the contrary, they create its margin, a delicate and problematic one to be sure, but still permeable in its relationship with that which, while still located outside it, from the beginning traverses and alters it” (*Immunitas* 169). Así como la criminalidad y la manifestación del mal, las expresiones sexuales no normativas representan una ruptura de la rutina, un desafío al poder disciplinario, que convierten al sanatorio en un espacio en disputa.

Manuel Tur es visitado en dos ocasiones por una aparición que se presenta como el que en el “Jardín” habló “con aquellos dos adolescentes diciendo: si coméis de este fruto sabréis lo que sabe Él” (141), y cuyo aspecto físico evoca al de su padre. Esta figura desestabiliza el sistema de valores de Tur con evocaciones del edén, del árbol del conocimiento del bien y el mal y del pecado original, declarando: “En el Jardín no tenté a aquellos dos adolescentes, conseguí de Dios que manifestase su amor” (45). La influencia de este espectro será determinante en las acciones de Tur, quien ve en el asesinato de Ramallo y su propio suicidio actos predestinados. Es decir, a pesar de las grietas en el discurso hegemónico, los personajes se enfrentan a la imposibilidad de establecerse en una posición de resistencia efectiva fuera del aparato discursivo

del poder, pues pese a sus intentos, los personajes sucumben ante la omnipresencia de éste. Esta situación queda bien resumida por el padre Caldentey frente al cadáver de Tur: “Era un poseso que no te pidió que lo curases (ni él ni sus padres), porque jamás supo que existía la salud” (267).

Hacia el final de la novela, después de que Tur ha asesinado a Ramallo y prepara su propia muerte, el espectro le hace una última visita, recapitulando: “Después de esto [la guerra civil], tú, y otros, os pusisteis enfermos; fue como si entonces empezara la guerra para vosotros...Era la guerra que llegó después de la paz, esta guerra que penetra en la tierra, crea cuevas oscuras y excita la lujuria. Como el mar” (241). Éste precisamente es el mar que habitan los personajes de la novela de Bonet, el de la guerra en la paz aparente, el de la confluencia histórica de violencia, sexualidad, religión y enfermedad.

El tema de la tuberculosis aparece nuevamente en producciones literarias que, años después de la caída del régimen, vuelven a la primera década de la posguerra para explorar la red de significados que tuvieron su origen en dicha época. Dos de ellas serán objetivo de análisis en las siguientes secciones: *El lápiz del carpintero*, de Manuel Rivas, y *Pan negro*, de Emili Teixidor. Estas dos obras se valen de los discursos hegemónicos y contrahegemónicos de la enfermedad para cuestionar la construcción de la narrativa histórica, desestabilizando de paso conceptos relacionados con la sexualidad, la violencia y el mal.

DE PRESOS, TUBERCULOSOS Y MATRIMONIOS CONSUMADOS: *EL LÁPIZ DEL CARPINTERO* DE MANUEL

RIVAS

Numerosos críticos han estudiado el fenómeno de la novela sobre la guerra civil y el franquismo surgido a finales del siglo XX y principios del XXI. Hans Lauge Hansen resalta la

influencia de discursos históricos y periodísticos en la novela histórica de la época, en la cual predominan cuatro rasgos principales: la docuficción como hibridez de géneros y discursos varios; la metaficción historiográfica, cuyas características han sido desarrolladas por Linda Hutcheon en *A Poetics of Postmodernism*; el multiperspectivismo, es decir, un afán por representar la complejidad en las relaciones de poder de la época, y lo que Lauge llama la “deconstrucción del patrón narrativo de las dos Españas” (94). Para Emilio Ramón García, la novela histórica española contemporánea surge como respuesta a la historiografía franquista, de carácter mítico, en donde abundaban esencialismos y heroísmos defendidos como la verdad única. En sus palabras:

La armonía de la narrativa histórica se ve ahora disuelta por el coro de voces que imposibilita una unidad de sentido. Allí donde los historiadores franquistas presentaban sus premisas por medio de oposiciones binarias, del yo (el cristiano, el noble, el héroe) y el “otro” (el judío, el Islam, el secularismo, el masón), ahora se presentan como un conflicto múltiple de ideas donde lo oficial, lo oficioso, lo plausible, lo posible y lo imposible se dan cita. (95)

Y en efecto, la novela histórica española contemporánea se ve influida por el pensamiento posmoderno que desacraliza la historia y, al considerarla el producto de prácticas discursivas hegemónicas, se aproxima a ella con desconfianza y valiéndose de técnicas que permiten explorar el pasado desde numerosas perspectivas. Así, los escritores de este género encuentran en la guerra civil y el franquismo una fuente abundante de historias sin contar y voces silenciadas por las grandes narrativas defendidas desde el régimen.

Una de estas narrativas que buscan rescatar historias que se quedaron fuera de la historiografía oficial es *El lápiz del carpintero* (1998) de Manuel Rivas, una novela que ha despertado un enorme interés entre la crítica. De esta obra se han resaltado principalmente los mecanismos utilizados en ella para la construcción de la memoria y la(s) identidad(es) nacional(es). Por ejemplo, según Ana Bundgård, “el objetivo de Rivas es recuperar la memoria de la guerra y de la represión franquista, subrayando a la vez los signos distintivos de la identidad cultural gallega” (116). En una lectura problemática, Anne L. Walsh sugiere que la novela busca una especie de reconciliación con el pasado al mostrar que los debates políticos “are just moments in time while memories, truth and beauty, created by humanity’s search for betterment, endure as part of a continuum, and may be possessed by any individual, regardless of their political affiliations” (233). Por su parte William J. Nichols propone que “[e]n *El lápiz del carpintero*, la memoria individual sobrevive al conectar el pasado con el presente por medio de la tradición oral, la cual reconstruye narrativas personales y ofrece una estrategia de resistencia al abrir un espacio al margen de la historiografía oficial para las voces individuales suprimidas” (157). Según Nichols, esta resistencia se da a partir del contraste entre la tradición oral y la escritura como medios para rescatar la memoria. En esta sección propongo que, además, dicha resistencia la encontramos en el texto de Rivas a través de representaciones del poder biopolítico durante la guerra civil y el franquismo temprano, específicamente aquellas que se adentran en la red de discursos sobre la tuberculosis.

El lápiz del carpintero tiene como eje la relación amorosa entre Daniel Da Barca, un joven médico republicano, y Marisa Mallo, hija de una familia conservadora, durante la guerra civil y los primeros años de la posguerra. Se ha dicho que Rivas se inspiró para la novela en la

figura de Francisco Comesaña Rendo, un gallego antifranquista que, a pesar de no haber podido concluir la carrera de medicina debido al inicio de la guerra, participó activamente en la resistencia de diferentes maneras, incluyendo el auxilio médico a los rebeldes (Simón Lorda 166).

La novela le llega al lector a través de un narrador heterodiegético que hace uso, como ha señalado Álamo Felices, de constantes dislocaciones temporales que incluyen analepsis, prolepsis y acronías (84-94). Dos son las fuentes principales de la historia: el primer capítulo con la entrevista del periodista Carlos Sousa a un Da Barca en la vejez, y diecinueve capítulos más con el relato que Herbal, un guardia del ejército nacional, le cuenta a Maria da Visitação, una inmigrante africana que trabaja en un prostíbulo local. El carácter disímil de estos últimos dos personajes ha recibido bastante atención de la crítica. Jordan Tronsgard, verbigracia, ve en ambos la mirada del “Otro”:

In contrast to the first chapter’s “mainstream” pair of Da Barca and the journalist, a heroic Republican and a respected professional, Herbal and Maria constitute a marginalized duo. Herbal too is an “outsider” in contemporary Spanish society as his previous political affiliations with the Franco regime are at odds with the new political hegemony of a liberal democracy. (“Memory” 506)

El carácter periférico tanto de Maria como de Herbal, de acuerdo con Tronsgard, tiene un efecto importante en el proceso de recuperación de la memoria. En sus palabras, “*El lápiz* not only deals with the contemporary transmission of memory, it also creates a space for such dialogue on the periphery, thus granting memory an inclusive quality” (“Memory” 507). Sin embargo, al concentrarnos en las representaciones de la enfermedad en general, y de la tuberculosis en

particular, podemos problematizar esta propuesta, pues como veremos, aunque se busca constantemente la resistencia en el espacio creado en la periferia, éste no siempre resulta inclusivo.

Para este análisis, un buen punto de partida es la relación entre el doctor Da Barca y las instituciones desde donde se ejerce el poder. El doctor Da Barca, al ser contrario al régimen, es encarcelado en un primer momento en una prisión de Santiago y luego trasladado a otra en Coruña, en donde se une a un grupo de insurrectos ahí recluidos. A lo largo de la novela, la autoridad de las instituciones franquistas se ve constantemente socavada. Una de las estrategias utilizadas para menoscabar las estructuras de poder es la caracterización de éstas como inoperantes. Por ejemplo, al describir el autogobierno que los presos habían instaurado en la cárcel de Coruña:

Con aquella administración paralela, los presos habían ido mejorando en lo posible la vida en la cárcel. Empezaron por su cuenta medidas de higiene y reparto alimentario... Tras las rejas, había un gobierno en la sombra, nunca mejor dicho, un parlamento asambleario y unos jueces de paz. Y también una escuela de humanidades, un estanco de tabaco, un fondo común que hacía de mutua y un hospital. El hospital de los presos era el doctor Da Barca. (72)

Es decir, el espacio de la prisión les permite a los presos superponer estructuras de gobierno propias sobre las del régimen. Al respecto, Jessica A. Folkart ve en la prisión de Coruña “a site that contrasts the lawful with the transgressive, the powerful with the powerless,” leyendo este espacio como una “heterotopia” foucaultiana, es decir, “a locale that reflects officially sanctioned sites in society and yet simultaneously subverts and challenges the validity of their power” (302).

Y en efecto, cuando los republicanos se hacen cargo de las responsabilidades que le corresponden al Estado, se pone en evidencia la inoperatividad de este último. En este sentido, el que la higiene, el reparto alimentario y el hospital sean parte de estas responsabilidades suplantadas resulta iluminador, pues todas ellas son estructuras en las que el franquismo de la época puso especial énfasis dentro de su aparato discursivo, como hemos visto, defendiendo su labor al respecto y asociando la carencia en dichos rubros con el bando republicano. Es decir, Rivas se vale del discurso oficial para subvertirlo.

No obstante, la novela no se limita a darle la autoridad de toda una institución a Da Barca, la del hospital, sino que además se caricaturiza al personaje que funciona como su contraparte. Soláns, el médico encargado de la enfermería y por tanto al servicio del régimen, se presenta como un adicto a la morfina cuyo conocimiento es, en el mejor de los casos, deficiente. Da Barca entonces se ve forzado a tomar el control de la situación: “En la enfermería había algún personal más...pero era él quien llevaba el peso de todo. Incluso el médico oficial, el doctor Soláns, cuando venía de visita, atendía sus instrucciones como si fuese un auxiliar accidental” (72). Y no sólo eso, sino que se resalta el carácter ficticio del poder externo dentro de la prisión, como si se tratara de un acto de performance, evidenciado con la visita de la inspección médica militar a la enfermería: “El doctor Soláns estaba nervioso, como si se sintiese vigilado. Y el doctor Da Barca se colocó en un segundo plano, pidiéndole consejo, dándole la iniciativa” (73). De esta manera se acentúa la ilegitimidad de un poder sustentado en la violencia e incapaz de hacer frente a los retos básicos que tiene un gobierno con sus gobernados, como proveer servicios de salud. La presencia de este gobierno alterno será una constante en la cárcel de Coruña, un gobierno que sin embargo nada puede hacer para detener las ejecuciones ordenadas

desde afuera. Volviendo a la figura de los campos de concentración, Agamben propone que estos sitios conforman “a zone of indistinction between outside and inside, exception and rule, licit and illicit, in which the very concepts of subjective rights and juridical protection no longer made any sense” (*Homo Sacer* 170). Efectivamente, la indiscernibilidad entre el exterior y el interior, la vida y la ley, ponen en evidencia el estado de crisis del sistema político que crea dichos espacios.

El doctor Da Barca sería más tarde trasladado a un sanatorio para presos tuberculosos en Valencia. En la estación, antes de que el doctor aborde el tren que lo llevará al otro lado del país, un vendedor de periódico escucha cómo los guardias se refieren a los enfermos por números, la única ocasión en la novela en que esto sucede: “Un guardia los fue contando [a los prisioneros enfermos] diciendo en voz alta sus respectivos números. El niño pensó que de llamarse por un número le gustaría ser el 10, que era el que le correspondía a Chacho, su futbolista preferido” (123). Esta relación entre los enfermos, los números y el fútbol cobra mayor relevancia cuando ya en Porta Coeli, el sanatorio en la sierra de Valencia a donde serán conducidos, Da Barca es detenido por orquestar la resistencia desde ahí, a través de cartas en las que hacía uso del fútbol como clave y se identificaba él mismo como el jugador mencionado por el vendedor de periódico: “la policía llevaba tiempo detrás del tal Chacho sin imaginar que cantaba desde la jaula. Era una leyenda entre la resistencia. Las combinaciones de jugadores que sugería en sus cartas, los comentarios de tácticas futbolísticas, eran en realidad informaciones cifradas para la organización clandestina” (152). Los números que identificaban a los pacientes en *Pabellón de reposo*, y en menor medida en *El mar*, desaparecen casi por completo y sólo son rescatados como parte de la estrategia de resistencia clandestina. Más aún, al subvertir el discurso de los

guardias y darle un carácter lúdico primero y de rebeldía más tarde, la novela emprende nuevamente una labor de inversión del discurso oficial.

En un punto del recorrido de Coruña a Valencia, el tren con los prisioneros enfermos es desviado hacia el norte, en donde permanece varado por algún tiempo pues la red ferroviaria de la zona se encuentra saturada con trenes que lleva refuerzos a la costa debido a la Segunda Guerra Mundial. Durante esta travesía es cuando el lector tiene el acercamiento más directo a los estragos de la tuberculosis. Este tren es visto por Mercedes Tasende como un ejemplo de los símbolos apocalípticos presentes en la novela, pues “[l]os ocupantes, que van hambrientos, enfermos, tiritando de frío y ahogándose en su propia sangre al toser, parecen más bien víctimas de alguna de las plagas descritas por San Juan que presos políticos” (“Apocalipsis” 302). Tasende sugiere que la presencia de estos símbolos, incluyendo una lectura de Da Barca como el profeta Daniel, “desmantela todo el entramado mítico creado por los forjadores del franquismo” (“Apocalipsis” 309), pues “hay que destruir los viejos mitos creados por el franquismo para crear otros nuevos” (“Mitificación” 217). Y en efecto, la mitificación de Da Barca funciona como contrapeso de los mitos oficiales, entre ellos el de una España enferma (la republicana) que la otra mitad (la nacional) busca curar. De tal suerte, el tren bien se podría interpretar como una metonimia del país, un país que bajo la dirección de los nacionales ha perdido el rumbo y cuya clase gobernante no muestra interés por el deterioro en las condiciones de la población a pesar de la evidencias, incluyendo los muertos por tuberculosis que se van acumulando. En este escenario, la intervención de Da Barca resulta inevitable. Así, cuando uno de los prisioneros enfermos empeora mientras el tren se encuentra detenido en un paraje aislado, el doctor Da Barca decide enfrentarse a sus captores para poder actuar y evitar la muerte del enfermo. En una sala de

operaciones improvisada en la estación más cercana, Da Barca realiza una intervención en donde adquiere cualidades sobre humanas, “parece que con los ojos radiografía el pecho, que la linterna de la mirada guía el curso perforador de la aguja” (140), y que le salvaría la vida al enfermo, al menos hasta llegar a Valencia. Lucy D. Harney considera que “Da Barca’s approach to medicine, which is at once poetic and holistic, embues the scientific discourse of the novel with an antiquarian quality that, with the passage of time, takes on its own mythic character” (40). Es decir, la habilidad médica del doctor reafirma sus cualidades míticas al contrastar el lenguaje de tecnologías médicas todavía consideradas innovadoras en la época, como la radiografía, con una operación improvisada sin más instrumentos que una aguja. Además de reafirmar la autoridad casi providencial de la figura de Da Barca, este episodio fortalece la imagen de un régimen inoperante que lleva a España hacia un invierno de extravío y muerte.

Tras el periplo por el norte, el tren llega finalmente a su destino y Da Barca se incorpora a un sanatorio para presos tuberculosos en la sierra de Valencia. El espacio para el tratamiento de tuberculosos representado en la novela contrasta con los espacios de *Pabellón de reposo* y *El mar*. En este lugar destaca la casi ausencia de representantes de la autoridad franquista, salvo Herbal, que ha seguido en todo momento a Da Barca, las monjas encargadas y las ocasionales inspecciones. De hecho, el doctor Daniel da Barca es quien provee los servicios médicos del lugar ante la ausencia de personal médico más allá de monjas enfermeras, una función que le abre las puertas para poder dirigir desde ahí la resistencia.

A la falta de médicos se le añade la casi invisibilidad de los enfermos y de la enfermedad. Los enfermos aquí son entes sin nombre ni número. Mientras los prisioneros en las cárceles previas tienen vidas y son participantes activos de la resistencia, los enfermos en el sanatorio no

tienen nombre, son pasivos hasta el grado de no tener voz propia. Es Da Barca quien, por ejemplo, debe escribir las cartas de amor de los pacientes. Paradójicamente, no hay una presencia visible de los síntomas de la tuberculosis en el sanatorio, como si no existiera. Incluso Herbal, quien sospecha su condición tuberculosa, más tarde será eximido por Da Barca al diagnosticar: “[l]o tuyo no es tuberculosis. Es del corazón” (165). La última vez que el lector vio sangre, escuchó una tos o presencié una intervención fue durante el viaje en tren. Los enfermos no empeoran, mejoran ni mueren. La estabilidad emocional del doctor, afectada en la prisión por las constantes ejecuciones, aquí se ve intacta. Esta imagen del sanatorio penitenciario resulta todavía más paradójica si se le compara con el referente real. De acuerdo con diversos historiadores, Porta Coeli, o Portaceli, aparte de sanatorio penitenciario antituberculoso funcionó como un campo de concentración y se estima albergó a cerca de 4400 presos republicanos, muchos de los cuales fueron ejecutados y una cantidad importante murió por complicaciones de la tuberculosis promovidas por la mala alimentación (Montaner, Gabarda Cebellán 220). A esto se le añaden los abusos constantes a los que los internos eran sometidos:¹³

De los diferentes testimonios que hemos recabado, fue Portaceli el lugar donde peor trato recibieron los prisioneros. Sería muy duro relatar todo lo que en Portaceli tuvieron que pasar los diferentes detenidos, sólo contaré un detalle que nos dará la idea de la dimensión de estos sufrimientos. La comida que los familiares con mucho esfuerzo enviaban era quemada la mayor parte de las veces en una ceremonia que consistía en sacar a los prisioneros al patio, hacerlos cantar el “Cara al Sol” con el brazo en alto, y presenciar cómo todo lo que habían

recibido de los familiares era bañado con gasolina y se le prendía fuego. (Ballester Artigues 72, trad. OAP)

La omisión deliberada de este tipo de detalles (sí presentes al retratar las prisiones en Galicia), así como la representación casi idílica del sanatorio bajo la dirección de Da Barca reafirma su rol como dirigente eficaz, pero al mismo tiempo excluye e invisibiliza a los enfermos, suplantando la hegemonía franquista por otra con características similares. De este modo, los enfermos de tuberculosis no sólo se enfrentan a la marginalización desde el poder, sino que la novela misma los margina, reproduciendo el discurso oficial.

Tras su estancia en Valencia, el doctor Da Barca es trasladado de regreso a Galicia para purgar el resto de su condena en la isla de San Simón. El viaje de regreso, también en tren, se desarrolla sin mayores incidentes hasta que cerca de su destino final, Marisa Mallo aparece en una de las estaciones. Mallo y Da Barca se casaron por poderes cuando el doctor se encontraba en Porta Coeli. Para José Gabilondo, el matrimonio de Da Barca sirve para reafirmar su posición como ideal masculino en la formación de la identidad gallega. Según Gabilondo, “Da Barca is the only man who is married and embodies a progressive, enlightened modernity” (88), viendo en Da Barca, Herbal y el reportero Sousa un “triángulo homosocial masculino” en donde Da Barca es idealizado y mitificado como figura paternal por los otros dos. Así el lector puede ver en la novela un reflejo ideal de la identidad gallega, “which relies on a literate masculine bourgeois modernity—as opposed to an oral subaltern rural feminine one” (89). Mas la mitificación de Da Barca como ideal masculino estaría incompleta si sólo se tratara de la firma de un documento a distancia. Por ello, para consumar su matrimonio, el doctor convence a sus captores de dejarlo pasar la noche de bodas con su esposa en un hotel de Vigo. De acuerdo con

Folkart, el hotel para la luna de miel en donde Da Barca y Mello se encuentran, funciona como una “heterotopia de crisis,” pues según Michel Foucault: “The young woman’s deflowering could take place ‘nowhere’ and, at the moment of its occurrence the train or honeymoon hotel was indeed the place of this nowhere, this heterotopia without geographical markers” (“Other spaces” 24). En esta línea, Jordan Tronsgard ve en Da Barca la culminación del proceso nostálgico que idealiza a la República como contrapunto de los abusos nacionalistas y la noche en el hotel será parte de la caracterización del bando republicano como el arquetipo masculino nacional: “The eventual consummation of his marriage while still in captivity brings to light the doctor’s virility...In contrast to common Nationalist propaganda that depicts Republicans as effeminate and weak” (“Ironic” 233).

Si nos enfocamos en la red de discursos biopolíticos del franquismo temprano, recordaremos que la enfermedad y los impulsos sexuales exaltados fueron asociados con frecuencia. A esto hay que añadir las recomendaciones de celibato entre los enfermos y la desincentivación del matrimonio cuando uno de los contrayentes portaba la enfermedad. Ambas nociones son desafiadas en la novela. Por una parte, a través de un matrimonio por poderes realizado mientras Da Barca se encuentra interno en un sanatorio antituberculoso, aun cuando él mismo no haya sido afectado por la enfermedad. Por otra, a través del ímpetu sexual de la pareja que según uno de los guardias tuvo relaciones sexuales por lo menos tres veces durante la noche. Este encuentro contrasta con la insinuación de una vida de insatisfacción sexual del sargento que escolta al doctor, quien al consultar a este último sobre la excitabilidad sexual intensa de los hombres, exclama incrédulo: “¡No irá ahora a decirme que es una enfermedad!,” a lo que Da Barca le responde: “Es un síntoma. Eso ocurre a menudo en los países donde se hace

poco. Imitó al sargento en el gesto de fregar, frufurú, las manos. Ya me entiende” (156). De esta manera se subvierte el discurso que relaciona la actividad sexual con la enfermedad, redefiniéndose los parámetros de dicha asociación. En este caso, la excitación sexual excesiva se transforma en una manifestación de la poca actividad sexual promovida desde el poder, desarticulando en cierta medida la retórica franquista. No obstante, el discurso patriarcal queda intacto, pues el mito del Caudillo es sustituido por uno análogo que posiciona a Da Barca en el centro.

Por último, Jordan Tronsgard encuentra en la novela lo que él llama nostalgia irónica, es decir: “The irony present in *El Lápiz* does not seek to erase any of the novel’s utopic dimensions, but it does call to attention the nature of nostalgic construction. That is, the reflective nostalgia¹⁴ of Rivas’ [sic] text seeks a connection with a previous anti-Francoist entity, the Second Republic, while at the same time calling into question a blind, univocal approach to the past” (“Ironic” 240). Para establecer esta conexión con el régimen republicano, desde una perspectiva biopolítica, Rivas se vale de diversas estrategias discursivas, entre ellas la caracterización del régimen como inoperante y el reemplazo de las estructuras del gobierno nacional por estructuras paralelas controladas por el bando perdedor, como ocurre en la cárcel de Coruña y el sanatorio penitenciario de Valencia. Esta estrategia sin embargo conlleva la sustitución del aparato hegemónico por otro con características similares, lo que problematiza la lectura de la novela como un mecanismo efectivo de resistencia simbólica. En conclusión, si por un lado los diferentes espacios (prisión, tren, sanatorio y motel) se presentan como oportunidades para responder a la red de discursos biopolíticos franquista, por otro la novela marginaliza ciertas

voces, notoriamente la de los enfermos en Porta Coeli, quienes deberán esperar otra oportunidad para sacar sus historias del olvido.

DE LA NIÑEZ, EL DESPERTAR SEXUAL Y LA TUBERCULOSIS: *PA NEGRE* DE EMILI TEIXIDOR

En 2010, Agustí Villaronga estrena *Pan negro (Pa negre)*, un filme que acumularía una cantidad importante de premios en el país, entre ellos nueve Goyas, y el reconocimiento de la crítica en general. Volviendo a temas ya tratados en *El mar (2000)*, *Pan negro* se sitúa nuevamente en los primeros años de la posguerra para explorar cuestiones relacionadas con los efectos de la guerra en la infancia, la maldad, la enfermedad, la religión y la sexualidad, entre otros. Sobre el filme se ha dicho que Villaronga “rechaza conceder a los republicanos una victoria moral que compense la derrota que padecieron en los terrenos bélico e histórico” con personajes que “[h]ace ya tiempo que renunciaron a los valores defendidos en ‘la última gran causa’ a fin de sobrevivir en un medio en el que sólo triunfa aquél que consiga adaptarse mejor” (Andrés del Pozo 9). Estas características tienen su origen en la novela homónima en la que se basa el filme. También en lengua catalana, en este caso no se trata de una novela de la posguerra como la de Bonet, sino que forma parte de la novela histórica contemporánea sobre la guerra civil y la posguerra: *Pan negro (Pa negre, 2003)* de Emili Teixidor. Nacido en Roda de Ter, Cataluña, Teixidor es principalmente conocido por sus obras de literatura infantil y juvenil, en donde están presentes algunos de los rasgos estilísticos y temáticos de *Pan negro*, entre ellos: personajes “generalmente adolescentes que están acompañados de amigos,” una acción que “transcurre básicamente en Cataluña y Francia,” un desenlace en donde “el protagonista logra alcanzar un mayor grado de madurez y está listo para afrontar una nueva etapa de su vida,” y

temas recurrentes que incluyen “el amor de la adolescencia, la muerte, la violencia, las mujeres, la historia, las diferencias entre la ciudad y el campo,” entre otros (Nieto Marín 80). Algunos críticos, como Thomas Deveny resaltan la coincidencia entre las experiencias del autor y las del personaje principal: “Seguramente el protagonista Andreu tiene muchos elementos autobiográficos para Teixidor, que nació en 1933. El autor es parte de la generación que quiere contar de la época de la posguerra” (412). El éxito del filme conllevó un aumento en las ventas de la novela (Massot), no así en la crítica sobre ésta que todavía es escasa.

A través de un narrador intradieético protagonista, la novela nos presenta la historia de Andrés (Andreu), un niño que vive con tíos, primos y abuelos paternos en La Tora, una masía¹⁵ en una zona rural y boscosa de Cataluña, durante la primera mitad de la década de 1940. Jaume Aulet describe este narrador como un “adulto que mira a los hechos como cosa ya pasada, pero que al mismo tiempo no puede adoptar un punto de vista del todo distanciado porque lo que pretende es ofrecer la visión del mundo trágico de la posguerra desde la óptica de un niño” (106, trad. OAP).

El padre de Andrés se encuentra encarcelado por haber expresado sus ideales republicanos durante la guerra y su madre trabaja en un pueblo cercano en una fábrica, dedicando el poco tiempo libre que le queda a buscar la exoneración de su marido. En la masía, Andrés pasa la mayor parte del tiempo en compañía de sus primos Quirico chico (Quirze jove), hijo de la pareja que lleva las riendas de la casa, y Nuria (Núria), a quien los otros dos llaman comúnmente la Lloramicos (la Ploramiques), y cuyos padres también están ausentes por haber estado del lado republicano. Junto a ellos, Andrés va descubriendo el mundo de vencedores y

perdedores de los adultos, lleno de injusticias, secretos y diferencias de clase, al tiempo que experimenta su despertar sexual.

La masía se encuentra junto al convento de San Camilo de Lelis, lugar de atención médica a enfermos tuberculosos. Desde el inicio la tuberculosis se plantea como un ente ajeno pero omnipresente, al que los personajes de la novela no tienen acceso sino por rumores y, en el caso de los tres niños, desde lo alto de las ramas de un ciruelo que les permiten observar un prado dentro del convento en donde los enfermos toman el sol completamente desnudos. No obstante, la enfermedad no es contenida por los muros del convento y parece contagiar el lenguaje y los pensamientos de los habitantes de la zona, un contagio que se hace explícito a través de constantes referencias y manifestaciones en el plano discursivo de los personajes, en especial de Quirico chico y Andrés. De esta manera, los pelos de la yegua son inútiles pues “están podridos como los tísicos del convento” (58), cuando alguien se siente indispuerto “[a] lo mejor se ha vuelto tísica, la tía, y cualquier día echa sangre por la boca al toser, como los fideos de aquí al lado” (193) o el paisaje citadino barcelonés en donde “[l]os árboles eran raquíuticos, me parecieron enfermos, tísicos” (154). Dicha omnipresencia discusiva toma carácter político explícito en la voz de la abuela, para quien el padre Tafalla, jefe de los camilos del convento, “es un poco distinto porque él manosea la carne asquerosa de los enfermos y se infecta con la peste de su aliento y por eso no tiene la cabeza tan fría como los que sólo llevan en ella la gusanera de Dios o de la patria” (219). Desde la perspectiva de la abuela, el contacto con los enfermos evita que Tafalla, amigo de la casa, caiga en la guerra ideológica que ha llevado a la familia al estado de separación en el que vive. La enfermedad establece una conexión con la miseria humana y, por tanto, aquellos en contacto directo destacarán de entre el resto, de los que “[a]quí mismo,

entre nosotros, en el pueblo, se mataban unos a otros por las ideas, los grandes ideales, decían... ¿de qué les sirvieron los ideales con que se llenaron la cabeza?” (221). La mirada pesimista, aquí presentada por la abuela, es característica de la novela en general. Si en *El lápiz del carpintero* la guerra y la posguerra eran periodos de resistencia republicana contra el régimen opresor, en *Pan negro* la realidad es una de vencedores y vencidos, clases diferenciadas económica y socialmente, en donde los segundos han terminado por aceptar las circunstancias como *statu quo*. En esta realidad lúgubre dejada por la guerra que “lo pudre todo” (352), la adultez se plantea como la entrada a un mundo de desencanto. El paso de la infancia a la adolescencia y luego a la adultez está definido por la aceptación de las reglas de este nuevo orden social. Los hijos de los perdedores perciben esta nueva realidad como inevitable y han “aprendido de la generación de los vencidos que ellos sólo eran los peones en aquel juego vital y contemplaban con respeto el mundo de más arriba, superior, formado por los amos, las autoridades, la Iglesia, el ejército, las leyes” (313). En este contexto, la única resistencia posible se dará en la infancia.

A diferencia de *El lápiz del carpintero*, en la novela de Teixidor el establecimiento de un gobierno paralelo como resistencia se presenta como una imposibilidad en el mundo de los adultos, no así entre los más jóvenes, una paradoja evidente en la frustración expresada por Andrés:

¿por qué no aceptaban los vencidos su papel de esclavos de por vida y se acomodaban en silencio al imperio de los amos mientras construían a escondidas su reino de sombras, su justicia vengadora y su orden secreto? ¿Eran incapaces los adultos de hacer lo mismo que hacíamos los pequeños en la escuela y construir como nosotros una sociedad paralela y muda a espaldas del poder? (132)

Los reproches de Andrés tienen su origen en el resentimiento hacia un padre encarcelado, que lo ha dejado, como a tantos otros hijos de padres ausentes, en una situación de refugiados en su propia tierra a merced de las habladurías e insultos locales: “Todo el mundo lo dice, que vivís en esa casa llena de desgraciados, y nadie sabe dónde tenéis el padre y la madre, que eran unos rojos” (54). Esta condición de orfandad los coloca en una posición marginal junto a otros grupos que, como ellos, no encuentran cabida en el nuevo orden: “Os tienen en la masía por compasión, os han recogido como si fuerais perros, no tenéis a nadie, como los pordioseros o los gitanos, dais más pena que los tísicos del convento de los Camilos” (54). Como se verá más adelante, el desamparo de los hijos de la guerra en la novela sirve para contestar la red de discursos franquistas que veía en la infancia una etapa crucial para fomentar los valores del régimen.

Por ahora volvamos a la situación enfrentada por Luis (Lluís), el padre de Andrés, en la cárcel de Vic. Es posible leer la trayectoria vital de Luis como antítesis de la de Daniel Da Barca. Ambos son bien parecidos, con personalidades atrayentes y fueron encarcelados por su militancia republicana, sin embargo hay una diferencia clave: al contrario del doctor que es parte de la burguesía gallega, Luis pertenece a la clase trabajadora. Esta diferencia marcará el destino del catalán. Si Da Barca conservó la salud aun pasando una larga temporada junto a los tuberculosos del sanatorio valenciano, en prisión el padre de Andrés se desmorona física y emocionalmente, tan como vaticina su esposa Florencia (Florència): “él se pondrá enfermo si no puede salir pronto de aquel infierno” (131). Como Marisa Mallo, Florencia busca la intervención de personajes con poder para conseguir la libertad de su amante. Para ello, Florencia echa mano de la compasión que pudiera despertar el desamparo de Andrés en los posibles benefactores, un

comportamiento reprochable en los ojos del joven y que resulta además inútil, reforzando las diferencias de clase y la imposibilidad de escapar de ellas.

La fragilidad en la salud de Luis contrasta con la imagen de fortaleza de Florencia, como la describe Andrés:

Mi madre no estaba nunca enferma. A mí me daba la impresión de que era indestructible, un tipo de mujer que desafiaba las leyes de la naturaleza y que no padecía el mismo frío ni el mismo sueño, ni sentía la misma fatiga ni la misma hambre que nosotros. No la había oído nunca quejarse ni de un dolor de muelas.
(120)

La enfermedad en este caso sirve para redefinir los roles de género, una preocupación constante en la obra y que no sólo aparece en el contraste entre Felicia y Luis. Al inicio de la novela nos encontramos ante un medio rural dominado por los hombres y “su grosería, su suciedad, sus zuecos, su retraimiento, su adustez” y mujeres cuyo mundo “giraba siempre en torno de los hombres: sus comidas, sus meriendas, su ropa, sus zurcidos, sus mudas, su humor, sus cambios, sus órdenes” (32). Este ambiente rural masculino pronto entra en conflicto con otro urbano e industrial, en donde predominan mujeres independientes trabajando en las fábricas textiles en aumento. No obstante, ambos se ven sometidos a la explotación y el abuso por parte de la clase en el poder. En este sentido, nos alejamos de la mitificación patriarcal de *El lápiz del carpintero* para enfrentarnos a un pasado más complejo, uno en donde las diferencias de clase y género son exhibidas sin tapujos y, sin abandonar una perspectiva pesimista, plantea un momento de crisis, cambios y adaptación.

Al final, pueden más los obstáculos que la fortaleza de Florencia, quien cae por primera vez en cama tras el fallecimiento de Luis. Mientras Da Barca venció la muerte inminente en al menos dos ocasiones, Luis muere en la cárcel como resultado de una enfermedad que desconocemos, un mal que Andrés supone es el “mismo del que tuvieron que operarlo a toda prisa un par de años antes, cáncer de estómago” (293). El diagnóstico resulta irrelevante pues la enfermedad en la novela se percibe como un ente continuo: “Aunque me han dicho que muchos de ellos no son tísicos...Pero tienen enfermedades parecidas, cáncer o debilidad en los huesos, enfermedades vergonzosas y contagiosas” (196), y por lo general emana del vicio, del mal, “un mal físico, signo palpable del mal espiritual, invisible, una especie de manifestación repugnante del pecado” (28). Pese a esta noción prevalente, no hay un consenso entre los personajes sobre lo que implica este vicio. Si la enfermedad de Luis surge como consecuencia de su obstinación ideológica y posterior encarcelamiento, para Quirico chico la enfermedad es reflejo de los excesos y comportamientos de la clase privilegiada.

Los tuberculosos del convento, según Quirico chico, no son cualquier tipo de enfermos sino que “[t]odos son de buenas familias de Barcelona o de Vic que pagan su pensión a los frailes para descansar y tomar el aire” (195). También es Quirico chico quien da voz a los discursos que se propagaron tras el fin de la guerra que, como se ha visto, asociaban la tuberculosis con la sexualidad exacerbada: “Me han dicho que los tuberculosos están siempre cachondos, que la misma enfermedad les causa esa fiebre de excitación que no les deja tranquilos. No están nunca serenos y sosegados,” para luego seguir, “[y] como que tienen que desfogarse más a menudo, por eso tienen más vicio que nosotros, también” (195). Los vicios a los que Quirico chico se refiere incluyen “pasar las horas sacudiéndosela, dándole al manubrio”

(196), pero también las prácticas homosexuales pues “[h]ay hombres que se ponen del revés y hacen el papel de hembras” (195).

Esta posición se contesta desde la figura de Andrés, quien en algún momento vio “a los enfermos con ojos de repugnancia” (194) y más tarde va cambiando de parecer, cuando los enfermos despiertan en él una fascinación alimentada por los argumento de su primo: “Yo todavía tenía los ojos quemados por la blancura de las ropas y la luminosidad morbosa de los cuerpos de los enfermos, envueltos ahora por el aura de perversidad y malicia que las palabras de Quirico chico les habían conferido” (196). Dicho atractivo se transforma en una obsesión homoerótica que Andrés va desarrollando por un joven tuberculoso. A diferencia de *El mar*, en donde la fijación de Manuel con Andreu pierde la batalla contra la religiosidad del primero, aquí la atracción que experimenta Andrés es más bien de carácter platónico, sin cuestionarse en términos morales o religiosos y más bien utilizándolos para su consagración: “se me presentaba en la cabeza la imagen del adolescente tísico, con su palidez y postración, tumbado en el prado, como un ángel de la iglesia con las alas convertidas en lienzo blanco” (287).

En este punto vale recordar las implicaciones identitarias de la ropa y la desnudez en *Pabellón de reposo* y *El mar*, en la primera como recordatorio de la suplantación del nombre de los pacientes por un número y en la segunda como expresiones de control y rebeldía. En *Pan negro* a través de la ropa también se imponen ciertas características de identidad, por ejemplo, las ropas teñidas de negro que debe llevar Andrés en señal de luto y que él ve “como una especie de uniforme oficial de los apestados por la desgracia, como si de repente hubiera ingresado en la triste cofradía de los parientes de los muertos” (292). Por su parte, la desnudez es apertura,

claridad, una bocanada de aire fresco en un ambiente lleno de conversaciones detrás de puertas cerradas, rumores encubiertos y murmullos en la mitad de la noche.

La imagen del adolescente tuberculoso desnudo vendrá a la mente de Andrés en situaciones que de alguna manera hacen patente las incoherencias y contradicciones del mundo de los adultos, por ejemplo, después de un encuentro erótico con Nuria durante el cual ella le confiesa haber tenido relaciones sexuales con el maestro local, o la noche tras el entierro de su padre. A través de la figura del tuberculoso se establece una asociación paradójica con la madurez. Por un lado, es evidencia del despertar sexual del protagonista y al mismo tiempo refugio de un mundo cuya lógica le es ajena. Por otro, la condición enferma del adolescente pone en evidencia las injusticias de su entorno: “el recuerdo del adolescente tísico y escuchimizado no tenía nada que ver con la muerte, que yo ya tenía casi asumida, sino con algún lado oscuro de la vida, con alguna injusticia más hiriente que la muerte y que yo aún desconocía y por eso la visión del aquel cuerpo enfermo y luminoso me inquietaba y me fascinaba tanto” (288). Es este lado oscuro de la vida es el que explora la novela de Teixidor, “la percepción del mal que no puede definirse, sino que es un complemento necesario de una sociedad trastocada por la violencia y la perversión moral” (Doria 48).

La fascinación de Andrés se puede explicar en parte por el contraste entre su realidad turbulenta y la pasividad de la vida del chico tuberculoso siempre reposando bajo un olmo, una vida de muerte lenta pero idealizada a la que sólo tienen acceso los pudientes, una clase a la que él no pertenece. Al final de la novela, y tras la muerte de su padre, Andrés es acogido por los señores Manubens, los amos de la masía en donde vive su familia, quienes se harán cargo de su educación. Los señores Manubens forman parte de la clase de los vencedores, de aquellos que

están más allá de las injusticias de la posguerra, que acuden puntuales a misa y habitan un chalet espacioso en donde el pan negro de los campesinos y obreros es sustituido por “bombones, pastelitos y carquiñoles duros” (423). Este contraste busca poner en evidencia la “doble realidad” de la posguerra cuando, de acuerdo con Del Cura y Huertas, “[e]l hambre, la miseria y enfermedad no afectaron a todos por igual ya que quienes tuvieron recursos o influencias pudieron conseguir cualquier tipo de producto” (76), resaltando de nuevo las diferencias económicas abismales entre las clases favorecidas por el nuevo régimen y el resto de la población.

La preocupación de los Manubens por el futuro de Andrés también se puede inscribir en la retórica franquista que veía en la niñez un símbolo del nuevo orden, donde niños huérfanos vuelven a España desde otros países una vez alcanzada la paz y otros tantos pasan temporadas en preventorios infantiles idílicos con comida abundante. Pero quizá la conexión más clara sea con los llamados “niños perdidos del franquismo” (Vinyes et al., Rodríguez Arias), separados de manera forzosa de hogares republicanos para ser colocados bajo la custodia de familias afines ideológicamente al régimen. Mas la subversión de este discurso no tarda en llegar.

Andrés ve las ventajas de esta nueva vida con recelo y se enfrenta a una paradoja: la muerte de su padre, producto de la represión desde el poder, le ha abierto la puerta de una vida que de otra manera sería inaccesible para él. Como Anna Pi i Murugó observa, Andrés “ve cómo su posición social y económica puede cambiar con la ayuda de aquellos que mantuvieron opiniones y actitudes opuestas a su padre y también a sus ideales. Pero que, en cambio, ven en él a un sujeto maleable que no ha sido contaminado por ideas republicanas” (70). Y en efecto, Andrés no tiene ninguna afinidad con las ideas de su padre, pero eso no significa que la violencia

e injusticias experimentadas no hayan afectado su carácter. La novela concluye con Andrés asumiendo su rol dentro de esta nueva realidad: “comprendí, fascinado por mi propia transformación, con una mezcla de vanidad y de miedo, que empezaba a convertirme en un monstruo. En el monstruo que habían planificado que fuera. En un monstruo capaz de reunir en un solo cuerpo, en una sola vida, dos naturalezas distintas, dos experiencias contrarias” (430). Esta transformación de Andrés se puede leer dentro del análisis de Antonio Negri sobre la formación del monstruo en la sociedad occidental en el marco de la lucha de clases, de acuerdo con Negri “[w]hen, subjected to exploitation, every worker recognizes himself abstractly as commodity, but also concretely sees himself as a monstrous member of a class of poor, then he understands that he must resist and, if he can, rebel...The more he will develop this kind of self-consciousness, the more monstrous he will become” (197). Bajo esta luz, la monstruosidad de Andrés reafirma su subjetividad y su auto-reconocimiento y, de acuerdo con Negri, posibilita la resistencia, “resistencia monstruosa,” que se opone a construcciones eugenésicas elaboradas desde el poder. Y es esta la posguerra retratada en *Pan negro*, una intrahistoria de violencia más cercana al universo narrativo sórdido de *El mar* que a la mitificación de la República de *El lápiz del carpintero*, habitada por pequeños monstruos producto de la guerra.

En su libro *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Paloma Aguilar Fernández encuentra que “el énfasis reciente en cuestiones como los campos de concentración, las condiciones penitenciarias, los tribunales dedicados a la represión política e ideológica, las fosas no exhumadas, los niños perdidos, o los fusilamientos de la posguerra,” en otras palabras, expresiones del poder biopolítico, se debe a “que estos aspectos vitales de nuestra historia han

tardado demasiado tiempo en incorporarse a los libros de texto y, aún hoy en día, son insuficientemente conocidos por el conjunto de la ciudadanía española” (93). Y en efecto, las narrativas sobre la guerra civil y la posguerra se han posicionado como herramientas para cuestionar la construcción del discurso historiográfico hegemónico. Además, estas obras han permitido revisitar cuestiones como el ejercicio del poder sobre la vida (y la muerte) a través de representaciones como las mencionadas por Aguilar Fernández. Las cuatro novelas analizadas en este capítulo se sumergen en la red de discursos sobre el control de la vida, expresados en conexión a la tuberculosis, que circularon durante el franquismo temprano. Además abren vías para releer, cuestionar y subvertir algunos de estos discursos.

En *Pabellón de reposo*, una obra cuyo carácter crítico social ha sido ampliamente ignorado a favor de lecturas más existencialistas, Cela establece un diálogo con discursos oficiales de salud pública basados en estadísticas, que despojan a los enfermos de su identidad. La novela de Cela propone la escritura misma como resistencia, a través de la cual se plasma la cotidianidad del cuerpo enfermo y se ponen en evidencia los mecanismos de invisibilización a los que son sometidos los enfermos, para devolverles su subjetividad. Por su parte en *El mar*, Blai Bonet plantea posibilidades de resistencia a través de la transgresión, criminal y sexual, que sin embargo se ven limitadas por la omnipresencia del aparato discursivo oficial. Más recientemente, Manuel Rivas retoma la cuestión en su novela *El lápiz del carpintero*. Aquí sobresale la propuesta de estructuras de gobierno alternas que ponen en evidencia la inoperancia del Estado, mas la elaboración de un discurso de resistencia efectivo, en términos biopolíticos, se ve problematizada por el énfasis dado a la sustitución de los mitos franquistas por mitos republicanos, marginalizando las historias de los enfermos. Según Emili Teixidor, lo que hace

leer a la gente es “[e]sa búsqueda de un posible encuentro entre nuestras zonas oscuras y las zonas sombrías de un texto” (“Literatura” 11), una búsqueda que encontrará terreno fértil en su novela *Pan negro*. En ella se nos plantea la resistencia a través de discursos relacionados con la infancia, que abren la puerta para discutir cuestiones de clase, género y sexualidad. Como hemos visto, en las cuatro novelas sobresalen espacios de ejercicio de poder disciplinario foucaultiano, notoriamente cárceles y sanatorios, que a la vez se presentan como espacios de disputa desde donde se plantean las grietas en el aparato discursivo del franquismo temprano y se manifiestan preocupaciones relacionadas con el ejercicio del poder sobre la vida que trascienden este régimen y momento histórico.

Notas

¹ La colaboración del Cela con el régimen de la posguerra ha sido detallada, entre muchos otros, en los trabajos *Disidencia y subversión; la lucha del régimen franquista por su supervivencia* (1960-1975) de Pere Ysàs, y *Desmontando a Cela* de Tomás García Yebra.

² La periodización aproximada a la que se refiere Vázquez García consiste en las siguientes etapas: biopolítica absolutista (1600-1820), biopolítica liberal clásica (1820-1870), biopolítica interventora (1870-1939), biopolítica totalitaria (1940-1975), biopolítica social (1975-1985) y biopolítica liberal avanzada o neoliberal (1985 en adelante).

³ Antes del Patronato Nacional Antituberculoso, la asistencia de pacientes afectados por la tuberculosis así como la realización de labores preventivas estuvieron a cargo de la Asociación Antituberculosa Española y juntas provinciales y locales desde 1903 y hasta 1924, año en el que Miguel Primo de Rivera crea el Real Patronato de la Lucha Antituberculosa. El PNA tiene sus orígenes en dicho patronato, que desaparece bajo la Segunda República y es sustituido por el Comité Nacional Ejecutivo de la lucha antituberculosa (Báguena Cervellera 71-81, Palao).

⁴ Uno de los episodios que resonarían con más fuerza en la retórica oficial durante los primeros años del franquismo fue la campaña para traer de vuelta a los niños exiliados por la guerra. Numerosas notas periodísticas narraban la reunificación de familiares con los niños y niñas devueltos gracias a la intervención del gobierno, o si se trataba de huérfanos, el compromiso del régimen de velar por su sano desarrollo, con titulares como: “Los niños madrileños vuelven: unos vienen de Galicia [bajo control del bando sublevado] robustos, hermosos, alegres y con trajes nuevos y limpios. Otros del sur de Francia [exilio republicano] depauperados, greñudos, sucios, tristes y con vestidos raídos” (*Arriba*, 10 de junio de 1939, 4).

⁵ Además de la tuberculosis, los primeros años de la posguerra vieron un incremento en el número de casos de paludismo (malaria), tifus exantemático, reumatismo y cáncer, declarándose luchas oficiales en forma de campañas también contra estas afecciones. Sin embargo, el carácter contagioso de la tuberculosis respaldó una retórica sanitaria que con frecuencia resultó en la marginalización de aquellos señalados como posibles portadores.

⁶ El Seguro de Enfermedad se estableció en 1942 como un seguro de asistencia social de carácter obligatorio (Matilla Gómez “Asistencia”) que además organizaba la prestación de asistencia médica e indemnizaciones en aseguradoras que contrataban a médicos reclutados para tal fin. Este seguro ha sido visto por diversos autores como una expresión de la retórica franquista de paternalismo y como instrumento de legitimación (García Padilla 401-402, Pons Pons 233).

⁷ La concepción de la época de las diferencias entre medicina, higiene y sanidad son resumidas de la siguiente manera por dos médicos renombrados: “Podemos, por tanto, definir la Medicina como la ciencia y arte de curar, y la Higiene como la que, según Fornis, «tiene por objeto prevenir la enfermedad y por fin conservar la salud y regenerar la especie»” (Vallejo de Simón 6), así mismo “cuando hablamos de Higiene, queremos expresar un cuerpo de doctrina o el conjunto de unas reglas teóricas, mientras que dejamos para la palabra Sanidad la aplicación práctica de estas teorías...Siguiendo esta orientación podríamos afirmar que la Higiene es una ciencia pura, derivada de la Medicina, mientras que Sanidad tiene más de arte que de ciencia” (Palanca y Martínez Fortún 6).

⁸ La Cruzada era un término utilizado con frecuencia para referirse a la guerra civil, poniendo de manifiesto la íntima relación del Estado con la Iglesia.

⁹ Juan Beneyto, jefe de la sección de censura de libros y delegado nacional de propaganda.

¹⁰ Esta posición contrasta, por ejemplo, con el rechazo que enfrentaría el autor tres años después cuando pediría el visto bueno para la publicación de *La colmena*. En 1946, el censor de la edición de Zodiaco considera que la novela ataca al dogma o la moral, tiene “escaso” valor literario y recomienda evitar su edición, describiéndola de la siguiente manera:

Breves cuadros de la vida madrileña actual hechos a base de conversaciones entre los distintos personajes, a quienes une una breve ligazón, pero sin que exista en esta mal llamada novela un argumento serio.

Se sacan a relucir los defectos y vicios actuales, especialmente los de tipo sexual.

El estilo, muy realista, a base de conversaciones chabacanas y salpicado de frases groseras, no tiene mérito literario alguno.

La obra es francamente inmoral y a veces resulta pornográfica y en ocasiones irreverente. Véanse las pag. 31, 38, 39, 50, 51, 53, 54, 63, 66, 67, 69, 76, 77, 83 a 88, etc. etc. (*Informe de censura. La colmena*).

¹¹ Para una descripción detallada de las representaciones de dicha enfermedad en la obra de Cela ver el artículo de Santiago Prieto “La tuberculosis en la obra de Cela.”

¹² Según Xavier Pla, el manuscrito original constaba de 45 capítulos narrados por ocho voces distintas (“Blai” 242).

¹³ Una cobertura detallada de la condición de los internos en los campos de concentración franquistas, entre los que se incluye el de Porta Coeli, se pueden consultar los trabajos de Javier

Rodrigo, que incluyen *Cautivos: campos de concentración en la España franquista, 1936-1947* y *Los campos de concentración franquistas: entre la historia y la memoria*.

¹⁴ Nostalgia reflexiva (“*reflective nostalgia*”) es un término que Tronsgard toma de Svetlana Boym, quien en *The Future of Nostalgia* habla de nostalgia restaurativa (“*restorative nostalgia*”) y nostalgia reflexiva como mecanismos para evocar el pasado. Mientras que la primera busca el regreso a la estasis original, la segunda valora el presente y ve al pasado como un instante fotográfico perfecto. Esta última abre posibilidades críticas, si bien no sobre el pasado mismo, sí sobre la relación entre presente y pasado.

¹⁵ Las masías son construcciones aisladas comunes en el área rural de Cataluña y de otras zonas de la península ibérica. Generalmente desde ahí se dirigen operaciones agrícolas o ganaderas de tipo familiar.

Capítulo 3

El VIH/sida en el Periodo Especial en Cuba

Uno de los grandes logros del régimen de Fidel Castro en Cuba fue el establecimiento de un sistema de salud robusto que rivalizaría con los de naciones más ricas. Su éxito, principalmente como resultado de la implementación de una extensa red de atención primaria y de avances en investigación biotecnológica, se volvería parte integral de la retórica que glorificaba los beneficios traídos por la Revolución. Elizabeth Kath describe esta situación de la siguiente manera en la introducción de su libro *Social Relations and the Cuban Health Miracle*:

[Cuba] has achieved exceptionally positive health indicators that are comparable with those of wealthy industrialized countries. Moreover, these outcomes have been sustained and some improved, despite the severe external crises the country has faced including the collapse of the Soviet Union in the early 1990s and an ongoing U.S. embargo...Cuba's post-1959 health achievements have won almost unanimous international praise. Glowing accounts of the country's health record have regularly appeared in academic literature from a range of disciplines, in reports from international agencies and in the Cuban and world media. (1)

Estos reportes han sido utilizados con frecuencia por el gobierno de la isla para defender su imagen en el exterior y propagar algunos de los rasgos fundamentales de su base ideológica. De hecho, estudiosos como Simon Reid-Henry han visto en este éxito una forma de resistencia contra los modelos de cultura y práctica científicas en el occidente, enfatizando el rol discursivo de los avances médicos y biotecnológicos en el ámbito internacional.

Dada la importancia del sistema de salud en la retórica oficial, no resulta sorprendente que cuando el VIH/sida apareció en la isla en la década de 1980, el régimen no dudó en tomar medidas extremas para controlar la propagación de la enfermedad y el posible colapso del sistema. Estas medidas incluyeron el controversial confinamiento obligatorio de pacientes seropositivos. Para ello, el gobierno estableció sanatorios en donde trataría a los enfermos con una estrategia de cuarentena. Aunque durante los primeros años de la pandemia modelos similares fueron considerados en otras partes del mundo, incluyendo los Estados Unidos, la reclusión obligatoria de pacientes con VIH/sida se convirtió en una de las cuestiones más delicadas que el régimen haya enfrentado en relación con la atención médica. De acuerdo con Tim Anderson:

The quarantine period that was enforced as a standard procedure for HIV/AIDS treatment in Cuba between 1986 and 1989 is probably the most controversial practice associated with Cuban health care. As it relates to human rights, the issue here is the personal freedom of movement, a cost borne by every person subject to any quarantine regime; such a denial of freedom may also have discriminatory implications. (95)

Las correspondencias entre el confinamiento y otros asuntos de derechos humanos que persiguen al gobierno castrista no tardaron en aparecer. En algunos casos se han establecido conexiones, desde el punto de vista retórico, entre la obligatoriedad de dicho confinamiento con la participación de grupos minoritarios en las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAPs) en los años sesenta. En otras ocasiones la medida ha sido descrita como la progresión natural de la persecución de minorías sexuales en los setenta. El mismo Anderson describe que

frecuentemente han sido medios de comunicación y trabajos académicos basados en los Estados Unidos los que han ayudado a difundir muchas de estas críticas. En esta encrucijada de discursos de poder que enfrenta a la retórica castrista con la retórica desde el exilio, fortalecida por el apoyo estadounidense, empiezan a aparecer las representaciones de la enfermedad en producciones culturales cubanas dentro y fuera de la isla a principios de la década de 1990.

A pesar de que los primeros casos de sida aparecen en la segunda mitad de la década de 1980, su presencia en la ficción tardaría en hacerse sentir y nunca de forma numerosa. Entre las representaciones del VIH/sida en producciones culturales cubanas que aparecieron en la década de 1990 los críticos han concentrado su atención en dos obras principalmente: *Antes que anochezca* (1992) de Reinaldo Arenas —que Julian Schnabel llevó al cine en el año 2000— y *Pájaros de la playa* (1993) de Severo Sarduy. Sobre estas obras se han hecho numerosas lecturas dentro del campo de los estudios de la sexualidad, la enfermedad y el exilio como discursos políticos.

Otras obras como la novela de Zoé Valdés *Cólera de ángeles* (1996) o *Las bestias* (2006) de Ronaldo Menéndez han tratado también el tema, abordando la transmisión del virus a través de relaciones sexuales de carácter heterosexual, la vía de contagio predominante en Cuba en los primeros años de la pandemia. Notoriamente, desde el sanatorio “Los Cocos,” una de las instituciones más emblemáticas para el tratamiento del VIH/sida en la isla, salieron las colecciones de cuentos *Toda esa gente solitaria: 18 cuentos cubanos sobre el sida* (1997), escrita por internos y colaboradores de un taller literario que se reunía en sus instalaciones, y *No debes escapar la ira* (2001) de Miguel Ángel Fraga, paciente del centro, miembro del taller mencionado y también autor de *En un rincón cerca del cielo: entrevistas y testimonios sobre el*

SIDA en Cuba (2008). El tema también aparece en la novela corta juvenil de Luis Cabrera Delgado *¿Dónde está la princesa?* (2000), donde la protagonista emprende una búsqueda de su madre muerta por la enfermedad.

En este capítulo me enfocaré en los mecanismos utilizados en la narrativa cubana desde la segunda mitad de la década de 1990 para hablar del VIH/sida y que, al hacerlo, entablan una discusión sobre el régimen mismo. Para ello será importante primero estudiar algunos aspectos de la retórica del VIH/sida utilizada por el poder desde la llegada de la enfermedad a Cuba y hasta mediados de la década de 1990, así como de los discursos elaborados desde el exterior durante la misma época. A continuación me concentraré en las representaciones de la enfermedad que se hacen desde el sanatorio “Los Cocos” en las colecciones de cuentos *Toda esa gente solitaria: 18 cuentos cubanos sobre el sida* y *No dejes escapar la ira*, esta última de Miguel Ángel Fraga. Posteriormente me detendré a analizar la representación del que quizá sea uno de los casos con más resonancia en los medios de comunicación del exterior: la autoinoculación del virus como expresión de protesta ante el régimen, encontrada en *Cólera de ángeles* de Zoé Valdés. Al final me fijaré en la novela *Las bestias* de Ronaldo Menéndez, en donde la descomposición, literal y metafórica, de la sociedad coincide con la amenaza del sida. Las representaciones en todas estas obras entran en un debate con implicaciones políticas inevitables al hacer eco de discursos que circularon en Cuba en las décadas de los ochenta y noventa, replicándolos, contestándolos y, en algunos casos, subvirtiéndolos.

LA LLEGADA DEL VIRUS A LA ISLA: CRISIS, CUARENTENA Y ROQUEROS

Cuando el virus fue detectado en la isla durante los primeros años de la década de 1980, todo el aparato de salud cubano se movilizó para contener la expansión de la enfermedad. Así, a partir de 1983 esta movilización incluyó, por ejemplo, la prohibición estricta en la importación de productos sanguíneos, la destrucción de 20 000 contenedores con sangre potencialmente infectada y la construcción de laboratorios para diagnóstico, así como el desarrollo de pruebas para la identificación del virus y su aplicación sistemática en grupos de alto riesgo (Lantero Abreu et al. 385-387), una práctica que para 1991 se había generalizado y casi la totalidad de la población de la isla había sido examinada (Leiner 117).

A pesar de la severidad de las acciones tomadas y la cantidad importante de recursos destinados para el control de la enfermedad, en la primera mitad de la década de 1980 el silencio caracterizó la posición del régimen, con escasas referencias a la enfermedad y sólo como un mal asociado a los Estados Unidos y su corrupción moral. De acuerdo con Shawn Smallman, el sida “served as a symbol for weaknesses of U.S. society and was seen to represent the social breakdown, lack of family unity, frequent drug use, and poor moral values of the American people” (38), por lo que se convirtió en un mecanismo retórico poderoso para el régimen cubano. Así, cuando en 1984 Estados Unidos y Cuba firman un acuerdo para la repatriación progresiva de inmigrantes cubanos a la isla,¹ Fidel Castro delinearía algunos aspectos relacionados con el proceso de readmisión:

First of all, as they return, we will place them in quarantine because there are diseases in the United States that do not exist here, such as AIDS... We will use all of our country's medical experience. First of all, we will place them in

quarantine and give them a strict medical checkup to see if there is a single case of disease. In this way, we can proceed to take the proper therapeutic measures, including isolation against AIDS, that is, sanitary measures. (“Castro Discusses Immigration Agreement”)

Esta estrategia de cuarentena ya delineada en la primera mitad de la década, sería puesta en marcha de manera sistemática a partir de 1986 con el establecimiento de una red de sanatorios para el tratamiento de los pacientes, instituciones que mantenían, al menos hasta 1989, una política de aislamiento estricta. En estos años de cuarentena forzosa el aparato retórico del régimen cubano plantearía la enfermedad principalmente en sentido abstracto.

Las imágenes del sida en la segunda mitad de la década de los ochenta giraron alrededor de diversos temas, siempre relacionando la enfermedad con los Estados Unidos y con el capitalismo occidental. Estos temas incluyeron, entre otros, la descomposición social asociada con la presencia internacional estadounidense: “Seúl es una ciudad de prostíbulos, de juego, de drogas, de soldados yanquis corrompidos y transmisores del SIDA” (“Discurso pronunciado en el acto de masas”), o el sida como metáfora del endeudamiento latinoamericano: “Un día se nos ocurrió calcular cuánto tiempo necesitaría un hombre solo para contar la deuda externa de América Latina, a razón de un dólar por segundo, y el cálculo arrojó más de 12 000 años...Pues bien, la deuda externa del Tercer Mundo es el SIDA de la economía mundial” (“Discurso pronunciado en la VIII Conferencia”). Tampoco faltaron las comparaciones con los medios de información exteriores: “porque ustedes saben que la inmensa mayoría de lo que se escribe en los periódicos del hemisferio, lo que se divulga por la televisión y por la radio son programas enlatados, son artículos confeccionados en las agencias cablegráficas de las grandes potencias

imperialistas y neocolonialistas...¡Y eso es peor que el SIDA, peor que cualquier epidemia!” (“Discurso pronunciado en la clausura de la VIII Conferencia”). También por estos años empiezan a surgir las primeras críticas de la cuarentena como parte de la estrategia cubana para el tratamiento de los enfermos de sida y portadores del VIH, por lo que ya en 1987 encontramos las primeras respuestas a dichas críticas desde el poder. En palabras de Fidel Castro:

Cuando se masifica el número de portadores [como en Estados Unidos y Europa], no se pueden tomar las medidas que hemos tomado nosotros, porque algunos no teniendo nada que hacer y qué decir han criticado medidas nuestras, medidas de aislamiento que hemos tomado, necesarias e imprescindibles, que tienden a la protección no solo de la población sana, sino de las personas enfermas; porque el SIDA se sabe que entre los portadores se convierte en enfermedad en determinado momento de baja de las defensas, mala alimentación, etcétera, y en tanto se descubre un medicamento eficaz que cure radicalmente la enfermedad, la atención médica preventiva es el arma fundamental para preservar una vida de alguien contagiado por el virus del SIDA. (“Discurso pronunciado en el acto de inauguración”)

Los detalles delineados por Castro en esta intervención serían el eje retórico en la defensa de la estrategia cubana en años por venir. Por un lado, se hablaba del aislamiento como mecanismo para proteger a los propios enfermos de sí mismos, es decir, la autoproclamación del régimen como sistema inmunológico de la sociedad, recurriendo a términos de Roberto Esposito (*Bíos*). Por otro, se presentaban dichas instituciones como espacios llenos de comodidades en donde los enfermos recibían los tratamientos médicos más avanzados y tenían a su alcance comida en

abundancia, una propuesta nada despreciable si se compara con la carestía enfrentada por el resto de la población después de la caída de la Unión Soviética. Esta estrategia defensiva conviviría con una postura ofensiva que señalaba a los Estados Unidos como principal propagador del virus y mostraba la expansión como consecuencia de la crisis moral de ciertos grupos e individuos.

Hacia finales de la década, el origen estadounidense de la enfermedad se manifiesta cada vez con mayor frecuencia, por ejemplo, al culpar a este país de llevar la enfermedad a la región latinoamericana. En un discurso de 1988, Fidel Castro describiría de la siguiente manera sus impresiones sobre la enfermedad:

El SIDA, ¿quién lo divulgó por el mundo? ¿Por qué ahora están los países latinoamericanos invadidos de SIDA, en mayor o menor grado? Fueron ellos, fueron los imperialistas los que diseminaron el SIDA por América Latina y por el mundo...Solo que en Estados Unidos, que es el más infectado de todos por tanta droga y tantos vicios que hay en ese país, tienen sofisticados equipos para analizar la sangre, para tomar medidas, para buscar medicamentos —si no a todos, por lo menos a mucha gente—, todo lo que no tiene ningún país latinoamericano: ni las tecnologías, ni los equipos sofisticados, ni los reactivos para hacer una prueba.

(“Discurso pronunciado en la clausura del III Encuentro”)

Para la retórica del gobierno cubano, el origen norteamericano del sida resultaba crucial, pues confirmaba la degradación social asociada a esta condición y la necesidad de un gobierno antimperialista que tuviera las capacidades médica y tecnológica para combatirla. Por ello no es sorprendente que durante una conferencia de prensa en Caracas en 1989, Castro respondiera así a la pregunta de un reportero que planteaba la posibilidad de que el virus hubiera llegado a la isla

directamente desde África: “when we investigated the first few cases of AIDS in our country, we found that they had originated from the West. They had nothing to do with the soldiers returning from Angola. A small number of them were, in fact, contaminated with it...However, it is not a problem” (“News Conference”). Esta negativa inicial a reconocer lo que estudios epidemiológicos posteriores apoyarían, no sólo respondió a la necesidad del régimen por establecer el carácter externo de la amenaza, sino también de incorporar la enfermedad al aparato retórico que defendía al Estado como ente protector ante el imperialismo estadounidense, volviendo nuevamente a la imagen de un sistema inmune artificial para la sociedad cubana.

Para que este sistema inmune pudiera funcionar adecuadamente era necesario que se identificaran las amenazas biológicas para el cuerpo social. Así, a finales de la década de 1980 se señalaba a los casos de riesgo: “those who have more dealings with foreigners, those who have been abroad” (“News Conference”). Los extranjeros, principalmente de origen occidental, serían marcados como agentes transmisores y aparecerían en el discurso oficial a través de tropos que incluían comúnmente la sinécdoque cuerpo-sangre. Esto lo podemos observar, por ejemplo, en un discurso de Castro de 1991 en el que habla de una posible invasión estadounidense a la isla y la resistencia a la que se enfrentaría:

Además habría un regadío enorme, que no lo han mencionado, de nuestra sangre; pero también de la de ellos que, realmente, no hace ninguna falta para nuestra agricultura, puede estar demasiado contaminada y llena de SIDA, puede ser que les transmitan el SIDA hasta a los tomates. No necesitamos sangre yanqui en nuestros campos, mejor es que trabajemos con el azotobacter, el rizobio, la micorriza y todos esos microorganismos que están desarrollando nuestros

científicos para garantizar la fertilidad de la tierra, y que por otras vías fertilicemos nuestro suelo. (“Discurso pronunciado en la clausura del II Congreso”)

La confluencia de los discursos nacionalista y tecnológico se puede leer en el contexto del carácter infeccioso de la violencia descrito por Girard y rescatado por Esposito: “When violence is unloosed, however, blood appears everywhere—on the ground, underfoot forming great pools. Its very fluidity gives form to the contagious nature of violence” (*Immunitas* 37). Además, la metonimia que relaciona la sangre contaminada con el imperialismo estadounidense también se puede leer, dentro del discurso patriarcal de la nación, como la negación desde el poder a que la sangre (semen) extranjera fertilice la tierra (mujer-madre) cubana, una función que bajo la perspectiva del poder sería exclusiva del Estado.

La imagen de la sangre estadounidense contaminada también funcionó como herramienta del régimen para defender su posición en el mercado internacional de productos biológicos, con efectos económicos favorables justo antes del comienzo del Periodo Especial,² como lo expresa Castro en la siguiente intervención de enero de 1990:

I was saying that our blood is healthy. The cost of plasma skyrocketed recently and monopolistic organizations were selling it at \$80 or \$90. We sold it at a lower price to a Latin American country. Our price was higher than the usual price, but lower than the current price. These people tripled the price of plasma. Our price doubled the traditional price. Thus, the monopolies had to immediately reduce their price and bring it closer to our price. Yet, who is going to have confidence in

American blood? One ought to be crazy to do that because one of those viruses could be transmitted through it. (Castro Ruz, “Castro’s Science Day”)

De esta manera, mientras que en el interior de la isla la metáfora de la sangre contaminada apoyaba el discurso nacionalista, en el exterior significaba una ventaja para las exportaciones cubanas y le permitía al país participar en la política de precios del mercado internacional. Este no era un asunto menor, pues por esta época aparecían artículos en medios de comunicación exteriores que hablaban de una escasez de sangre. Por ejemplo, en septiembre de 1989, bajo el titular “Europe Supplying Blood for the U.S.,” *The New York Times* reportaba la creciente tendencia estadounidense de importar sangre europea para satisfacer las necesidades de su población ante la insuficiencia doméstica (Altman).

El inicio de la década de 1990 se vio marcado por el aumento de las críticas al aislamiento al que eran sometidos los enfermos de sida y portadores del VIH en la isla, exacerbadas por noticias que describían a jóvenes contrayendo el virus de manera voluntaria. De acuerdo con Smallman, “[b]eginning in 1989 people as young as fifteen began to deliberately inject themselves with HIV-positive blood,” siendo la mayoría de estos jóvenes parte de “[a] small subculture of rock music fans (called *roqueros* or *frikas*)” (50). Estos casos atrajeron la atención internacional hacia mediados de la década, cuando aparecieron reportes de esta situación en *The New York Times Magazine* y *Newsweek*, luego recogidos por otros medios, así como en el documental *Socialism or Death* de Bengt Norborg.

Como también Smallman describe, el gobierno cubano nunca vio en este movimiento una amenaza seria (50). Desde el régimen se minimizaba el fenómeno al atribuirlo a la despreocupación e irresponsabilidad de un grupo de jóvenes que, cegados por la confianza que

tenían en la capacidad médica del Estado protector, no eran capaces de evaluar las consecuencias de sus actos. Jorge Pérez Ávila, director del sanatorio “Los Cocos” detallaría de la siguiente manera algunas de las características de estos jóvenes: “eran hijos de padres divorciados, con hogares disfuncionales, donde la figura paterna, en la mayoría de los casos, estaba ausente” — una ausencia que el Estado sentiría la responsabilidad de llenar—, asimismo, “lo compartían todo...incluso las parejas sexuales” y “[e]ra común su adicción a las bebidas alcohólicas y tenían el hábito de tomar barbitúricos, psicotrópicos, y otros medicamentos” (116). Esta asociación entre rock, orfandad, libertinaje y drogas persistiría en el discurso oficial hasta la actualidad, desde donde se desdeña cualquier posibilidad crítica emanada de este grupo con una actitud paternalista, al considerar dichos comportamientos resultado de modas extranjeras e inmadurez.

Ya en 1991, también Fidel Castro parece referirse a este asunto de manera indirecta, evitando discutir el aspecto de rebelión que los medios del extranjero destacarían con insistencia años más tarde:

The fact that the drug problem is virtually nonexistent helps us a lot. The incidence we have in that area is insignificant. This helps us. I also observe the way in which sometimes there is a lack of concern among our young people. I believe there is overconfidence in our country. They have so much confidence in the health system, in medicine, and the successes of medicine that they believe any problem—of one kind or another—will be solved for them. (“Castro Addresses”)

Estas alusiones tienen mayor relevancia al ponerlas en contacto con producciones culturales que retomaron el caso años más tarde, como *Cólera de ángeles* de Zoé Valdés, en donde los

afectados en ocasiones se muestran desilusionados por la incapacidad del aparato estatal por encontrar una cura.

Además de criticar la irresponsabilidad de estos jóvenes y elogiar el sistema de salud, Castro aprovecha la intervención anterior para negar la existencia de un problema de drogadicción entre la población cubana, y por tanto rechazar esta vía de contagio. Como se ha visto, el régimen también rehusaba aceptar cualquier posibilidad de contagio a través de transfusiones, pues de esto dependía en gran medida su posición en el mercado de productos biológicos en el exterior. Así, desde el punto de vista retórico, la única vía plausible para la transmisión del virus en la isla era a través del contacto sexual.

Con el inicio del Periodo Especial en 1991, la política de cuarentena se iría relajando debido a las limitaciones económicas enfrentadas, el aumento en el número de casos y la preocupación del régimen por su imagen en el extranjero (Smallman 46-49). No obstante, la defensa de esta práctica no cesó, planteándose como pilar en el éxito de la estrategia cubana para enfrentar la pandemia, como lo describiría el mismo Castro en 1993:

Con medidas muy particulares y aplicables en nuestro país, puesto que empezamos a luchar contra el SIDA cuando era un número muy reducido de casos el que teníamos, quizás nosotros seamos el país del mundo en que menos haya avanzado la epidemia del SIDA, el país del mundo en que menos haya avanzado...en esto hemos tenido que acudir a algunos métodos tradicionales — cierta forma de cuarentena— combinados con una atención especial; no es una cuarentena total, ni mucho menos, es una relativa cuarentena, un sistema que vamos perfeccionando y, a pesar de eso, crece el SIDA aun en nuestro país; a

pesar de eso crece, pero al menos hemos podido mantenerlo en niveles razonablemente bajos. (“Discurso pronunciado en el acto de inauguración de la planta”)

Desde el gobierno se empezaría a hablar de una cuarentena flexible, en donde los pacientes “responsables” tenían total libertad para abandonar los sanatorios. La transición desde un modelo de aislamiento completo a uno de progresiva reinserción social de los pacientes se llevó a cabo en etapas. En un primer momento se les permitió a los pacientes abandonar el sanatorio bajo ciertas circunstancias, por ejemplo los fines de semana, acompañados por un representante del gobierno que vigilaría que su comportamiento fuera recto. En los sanatorios se formaron comités de profesionales que evaluaban la conducta de los pacientes y podían decidir si era necesario seguir supervisando sus salidas o si podía retirarse dicha supervisión al ser clasificado como “moralmente responsable.”

Hacia la segunda mitad de la década de los noventa, las referencias a los Estados Unidos como origen y propagador del virus se suavizan, aunque con ciertos matices. En 1995, cuando en Estados Unidos se debatía la implementación de lo que un año más tarde se convertiría en la Ley Helms-Burton que reforzaría el embargo,³ Fidel Castro se refería a la resistencia enfrentada por dicha ley dentro del mismo país:

Hay que confiar en el pueblo norteamericano, a pesar de todo el veneno que le han inculcado, porque también a medida que le inculcan veneno, lo van inmunizando; el organismo humano se inmuniza de las bacterias, de las toxinas, de los virus. Dicen que lo difícil del virus del SIDA es que muta frecuentemente, y no hay duda de que se están produciendo mutaciones en la mentalidad del

pueblo norteamericano y muchos productos venenosos y nocivos ya no resultan tan venenosos y tan nocivos allí dentro de la sociedad norteamericana que está observando todas estas cosas. (“Discurso pronunciado en la clausura del V Congreso”)

Esta moderación en el discurso que asociaba la enfermedad con los Estados Unidos en particular, y el capitalismo en general, se vio acompañada por una confianza excesiva en los avances del aparato de salud cubano para el tratamiento, la prevención y la curación del sida. En este contexto el desarrollo de una vacuna contra el sida se volvería una prioridad para el gobierno. A finales de 1996 y principios de 1997, el optimismo del Estado cubano alcanza uno de sus puntos más altos, cuando Castro anuncia que una vacuna cubana contra el sida se encuentra en la fase de pruebas en seres humanos, es decir, muy cerca de estar disponible para la población en general. En este breve periodo, no obstante, el régimen cae víctima de su propia retórica. Pocos años antes, Castro se había mostrado cauteloso al hablar de una posible cura, haciendo énfasis en las estrategias de prevención y tratamiento seguidas por su gobierno, e inclusive juzgando la ingenuidad de quienes suponían la proximidad de una solución permanente. Estas reservas se quedaron de lado por un breve periodo de tiempo y dieron paso a declaraciones que alababan el carácter heroico de los científicos trabajando en la vacuna, quienes participaron de manera activa en todos los aspectos de la investigación:

Ahora, ¿de dónde salieron los voluntarios para nuestra vacuna contra el SIDA?

De los científicos salieron los voluntarios; 24 jóvenes, muchos de ellos con trabajos destacados, son los que hoy están vacunados, digamos, y son los que van a mostrar los primeros resultados. Uno de los índices muy importantes es cuánto

se elevan los antígenos del virus. Ese es un acto de un gran heroísmo y de un heroísmo silencioso, pero hay muchos más que se han ofrecido. Eso es lo que significa la Revolución. (Castro Ruz, “Discurso pronunciado en la clausura del XI Foro”)

La construcción de la figura de los científicos como parte de los mitos modernos de la Revolución los pone, en el campo discursivo, en contraste directo con la imagen de los roqueros. Mientras la autoinoculación de los últimos será tachada de irresponsabilidad juvenil, la de los primeros contribuirá a formar su imagen como mártires: “Vayan al mundo capitalista, a las grandes transnacionales a buscar gente de esa calidad. Algunos lo hacen, siempre hay algunas excepciones... Pero nosotros no, somos nosotros mismos los que voluntariamente participamos en aras de la ciencia” (Castro Ruz, “Discurso pronunciado en el acto por el XXXV aniversario”). Igualmente, mientras que los pacientes encerrados en los sanatorios son marginados del discurso histórico, estos investigadores entran a formar parte del panteón de héroes de la Revolución, al menos de manera temporal.

Poco menos de un año después del entusiasmo generado por el anuncio de la fase de pruebas en humanos de la vacuna, el optimismo del régimen se modera ante los resultados poco alentadores. Las referencias a los científicos desaparecen tras alusiones menos concretas que hablaban de la complejidad del proceso y se inicia una transición hacia cuestiones terapéuticas:

El SIDA, se ha luchado tremendamente contra esa enfermedad, se ha mantenido entre los niveles más bajos del mundo, pero hay gente que se confía y no hay forma de que adopten medidas preventivas para impedir que se disemine. Oyen hablar de que surgen nuevos medicamentos. Sí, los nuevos medicamentos ahora

se está demostrando que duran 12 meses, 15 meses, mejoran, pero tienen un tiempo limitado, no está resuelto el problema. Se trabaja en vacunas, nosotros trabajamos, lleva tiempo hacer una vacuna que sea eficiente. Vemos incremento.

(Castro Ruz, “Informe central”)

Hacia finales de la década, la retórica del sida se concentra principalmente en cuestionar la disponibilidad de los medicamentos para controlar el avance de la enfermedad. Nuevamente surgen los reclamos a los países más desarrollados, esta vez por el costo exagerado de los tratamientos, inaccesibles para la población en países en vías de desarrollo: “Y ustedes saben bien que el tratamiento este de los nuevos medicamentos vale 15 000 dólares anuales. Un simple cálculo de los que tienen SIDA hoy día, con esos costos, significa 450 000 millones de dólares anuales para atender todos los casos, cuya mayoría se encuentra en el Tercer Mundo” (Castro Ruz, “Discurso pronunciado en la clausura del VI Seminario”). Estas críticas al costo prohibitivo de las medicinas, enmarcadas en el contexto del fin paulatino del Periodo Especial y la lenta recuperación económica, aparecerían en discursos de Castro en varios contextos y ligadas a cuestiones como el contraste entre productores y consumidores de conocimiento farmacológico: “Sí, desarrollaron los medicamentos allá en Europa o en Estados Unidos, pero, ¿quién en América Latina, quién en Africa [sic], quién en Asia tiene dinero para adquirir esos medicamentos?” (“Discurso pronunciado en la clausura del VI Seminario”); el carácter atenuante y no curativo de los tratamientos: “Ningún enfermo pobre puede pagar los 10 000 dólares por persona al año que cuestan los actuales tratamientos, que aunque prolongan la vida, no curan la enfermedad” (“Discurso pronunciado en la sesión conmemorativa”), y la responsabilidad ética de compañías y países con acceso a los medicamentos: “¿Y no se lleva a los tribunales a los

culpables de esa tragedia, a los que hacen esas cosas, a los que privan de la vida a esas decenas de millones de personas, porque no pueden aplicar ese medicamento que ya existe por los precios que están fuera de su alcance? (“Discurso pronunciado en la clausura de la Cumbre”).

Con los avances en los fármacos para tratar la enfermedad en los países desarrollados, en donde ser portador del VIH dejó de ser una condena a muerte para volverse una condición crónica, a nivel discursivo la atención del régimen se concentró en la crisis del sida enfrentada por los países africanos, posicionándolo al nivel de otros males que amenazan al continente: “Que la población de Africa [sic] deje de existir por el SIDA, la malaria, la tuberculosis, la lepra y decenas de viejas y nuevas enfermedades, no es cuestión que importe a las transnacionales ni a las ciegas leyes del mercado” (Castro Ruz, “Discurso pronunciado en la primera sesión”). Pese a ocasionales referencias abstractas a la enfermedad, el contraste entre estas dos realidades, la de un mal crónico en el Occidente y una epidemia mortal en algunos países en desarrollo, sería el lugar común que ocuparía el VIH/sida en la retórica oficial con la llegada del nuevo siglo.

En retrospectiva, el aislamiento de los pacientes en sanatorios se volvería el aspecto más controversial de la estrategia cubana de lucha contra el sida, sobre todo por las implicaciones relacionadas con la violación de derechos humanos, una cuestión que ha perseguido al régimen hasta ahora.

DEL SIDA DESDE EL SANATORIO “LOS COCOS”: LOS NOVÍSIMOS Y LA CUARENTENA

A finales de 1997 se publica en Madrid la colección de cuentos *Toda esa gente solitaria: 18 cuentos cubanos sobre el SIDA*, editada por Lourdes Zayón Jomolca y José Ramón Fajardo Atanes. De acuerdo con los editores de la compilación, el libro encuentra su origen en la

producción del grupo de pacientes que formaban el taller literario “La Montaña Mágica” en el sanatorio de Santiago de Las Vegas “Los Cocos,” el espacio insignia del sistema de salud cubano para el tratamiento del sida. En la antología, además de los internos, participan “personas interesadas en abordar el tema del VIH y sus implicaciones íntimas y colectivas a través de los diferentes géneros literarios” (Zayón Jomolca y Fajardo Atanes 16). Algunas de estas personas interesadas incluyen autores como Ricardo Arrieta, José Miguel Sánchez Gómez “Yoss” y Ronaldo Menéndez de la llamada generación de los “novísimos,” un término popularizado por Salvador Redonet al hablar del grupo de escritores cubanos nacidos entre 1959 y 1972 que ven en el cuento un medio de expresión natural para la renovación de la producción literaria cubana (Redonet 20).⁴ Según Carlos Uxó, esta generación de escritores encontró en la marginalidad un campo fértil para sus textos, cuyos “protagonistas (roqueros friquis, jineteras, punks, drogadictos o alcohólicos) son ahora sobre todo antihéroes” (190), y que responden a “la línea marcada por el posmodernismo literario” (191).

Por su parte, Rubio Cuevas señala que la renovación desde el margen con la que se ha identificado a este grupo de escritores responde más bien a “una clara maniobra editorial de magnificar su carácter marginal” (550), utilizando como ejemplo la colección de cuentos que nos atañe:

En diciembre de 1997 aparece la primera edición española compuesta únicamente por novísimos y lo hace bajo una ruidosa presentación: su subtítulo es *Cuentos cubanos sobre el SIDA*. La contraportada, además, sitúa a los autores como miembros de un taller literario creado en un sanatorio de enfermos de SIDA. Tendríamos que leer el prólogo para comprobar cómo esto sólo puede

aplicarse a cinco de los dieciocho narradores incluidos. Poco importa, el efecto está ya logrado. (549)

Más allá de la estrategia de ventas utilizada por la editorial, lo cierto es que el texto responde a preocupaciones estilísticas y temáticas identificadas con los novísimos por los críticos. El resultado es un conjunto de historias que en un volumen —si bien en ocasiones descuidado— intentan acercarse al tema del sida desde una perspectiva cercana a la experiencia de los enfermos, como sujetos marginales, en la primera mitad de la década de 1990.

Para Oscar Fernández, ya desde el nombre del taller literario, tomado de la obra de Thomas Mann, se puede notar un esfuerzo por trazar conexiones trasatlánticas que sustenten la narrativa de la enfermedad promovida por el poder:

Naming the Cuban writing workshop after Mann's novel highlights two integral parts in Cuba's containment of disease: the state needs to create a metaphoric space to speak about disease as a form of fiction or as inhabiting an other-worldly space separate from the health of the nation; furthermore, the state also needs to legitimize the spatial isolation of diseased patients. (109)

De hecho, Fernández sugiere que desde el Estado se intenta difundir la idea de que el asilamiento lleva a la cura, como en la novela de Mann (110). En este sentido, como el mismo Fernández propone, la función del prólogo de la colección se vuelve fundamental para la construcción de dicha narrativa, pues “it inhabits a liminal space between fiction on AIDS and HIV clinical treatments” (114).

Además de introducir las obras incluidas en el libro, una buena parte del prólogo está destinada a describir la situación del VIH/sida en Cuba, incluyendo las medidas tomadas por el

gobierno para su control, en general bajo una perspectiva positiva. Por ejemplo, respecto al sanatorio “Los Cocos,” se afirma que “[e]ntre sus más obvias ventajas, contó, y cuenta, con una atención altamente especializada, el suministro de los medicamentos más novedosos a nivel mundial y unas condiciones de existencia (alimentación incluida) netamente muy superiores a la media de un país abocado (justo durante la década en curso) a la peor de sus crisis económicas” (13). Y aunque se hace una discusión breve de la problemática asociada a la estrategia del régimen para el tratamiento de la enfermedad, en específico de la internación obligatoria de los portadores del virus, el tono de aprobación impera, reproduciendo el discurso oficial y predisponiendo al lector a una lectura política, tanto de las obras incluidas como del proceso de selección.

Hacia el final del prólogo, los editores hacen una serie de “advertencias y salvedades,” entre las que se menciona la falta de autoras en el libro: “Se extraña también ¡y de que [sic] forma! la presencia de mujeres en la muestra. No tenemos respuesta para una ausencia tan notoria, máxime cuando su papel es decisivo —muchas veces— en la vida y las tramás [sic] de éstos y otros infinitos relatos” (23). Esta declaración preventiva sobre el “papel decisivo” de las mujeres encuentra mayor relevancia al explorar las representaciones de figuras femeninas en cada una de las historias, en las que aparecen con connotaciones negativas de manera repetitiva.

Once de los dieciocho cuentos tienen como tema central una relación heterosexual, de alguna manera reflejando la realidad de la enfermedad en la isla, en donde la vía de contagio predominante en los primeros años fue ésta. Sin embargo, salvo algunas excepciones, la mujer es generalmente presentada, en menor o mayor grado, como la causa de la enfermedad y motivo de las aflicciones de sus parejas, reproduciendo el arquetipo de *femme fatale* con niveles de

misoginia variables. Los tópicos representados incluyen: la seductora anónima sin escrúpulos (“Ejercicio de la imaginación”), la amante que contagia a su pareja sentimental deliberadamente (“November Rain”), la joven cuya belleza resulta irresistible aun a sabiendas de su condición como portadora del virus (“Masa de coco,” “En el límite,” “Apoptosis,” “Recuerdos obligatorios del olvido”), la compañera ingrata que se prostituye con los turistas (“Huitzel y Quetzal”), y la mujer africana exótica y peligrosa (“Anticipación de la nada”); siendo todos estos casos una variación del tema del hombre atrapado en la telaraña femenina de deseo, ya sea de manera voluntaria o involuntaria, que pone de manifiesto la influencia del discurso heteronormativo patriarcal.

La caracterización de la mujer seropositiva como depositaria de una hermosura irrefrenable es quizá el tema más recurrente. Desde descripciones burdas: “Tania tiene el SIDA a pesar de lo bella que es” (33); hasta un poco más elaboradas: “Mierda. Que [sic] mala suerte. Por fin encuentro una niña que aparte de que es lindísima, parece que yo también le gusto y resulta que Dios me pega una puñalada por la espalda” (158), de modo que lo femenino como amenaza mortal será un tema recurrente en la colección.

A pesar de los avances en cuanto a igualdad de género traídos por la Revolución (Pagés), diversos críticos han señalado el carácter eminentemente patriarcal del régimen castrista. Tras reseñar el rol fundamental de las mujeres en la agenda de transformación posrevolucionaria del régimen, Karina Lissette Céspedes nota cómo el surgimiento de la Federación de Mujeres Cubanas eliminó la posibilidad de voces feministas disidentes, fomentando un cambio de paradigma retórico sobre el papel de lo femenino en la nueva realidad que, sin embargo, dejó intacto el sistema patriarcal.⁵ En sus palabras:

If before the revolution Cuban women entered the national and international gaze as proprietors of pleasure and predestined for exploitation then with the revolution revolutionary womanhood emerged as symbols of (morality and militancy) [sic] and it was this “new woman” that the FMC’s was designed to create...In creating the ideal of the revolutionary woman images of women as both warriors and maternal figures became popular associations. The image of the Cuban female warrior was one that replaced the Cuban female whore. The ideal of a “new man,” and a “new revolutionary womanhood,” would become translated into a demand for heteronormative propriety. (83)

Bajo esta luz, la representación de la mujer seropositiva como amenaza del hombre sano, apela al sistema de valores implantados en la isla tras el movimiento armado, en donde el “hombre nuevo” es nuevamente acechado por el fantasma de la prostituta que el régimen había buscado soterrar. El sida en los personajes femeninos se vuelve una prueba incuestionable de su falta de compromiso con la Revolución, simbolizando la vuelta a un estado de subyugación imperialista. En consecuencia, el cuerpo de la mujer se construye como propiedad de la nación, y por tanto, se encuentra a su disposición.

La influencia del discurso patriarcal característico del castrismo es también ineludible en las historias que incluyen representaciones de identidades sexuales no normativas. De acuerdo con Dieter Ingenschay, en la antología se nota la presencia de discursos de homofobia internalizada que no logran trascender la retórica oficial: “Es interesante ver hasta qué punto la inamovible base ideológica pro-revolucionaria lleva a demonizar junto con la enfermedad la propia forma del deseo, tal como la vivió anteriormente el *mainstream* cubano,” de manera que

el sida aparece como “una limitación que no puede superar los principios de una sociedad homofóbica, ni en el deseo vivido ni en el discurso literario” (“Sida” 44). Ingenschay encuentra especialmente problemático el cuento de Yoss “En la diversidad,” en el cual se narra el reencuentro de Leonardo con Leyda, una antigua novia del primero. Leonardo es portador del virus y, tras haber pasado una temporada en un sanatorio, busca a Leyda para reestablecer su relación. A través de analepsis intercaladas en el diálogo entre estos dos, el lector sigue las andanzas de un Leonardo que se declara bisexual, desde su primer encuentro sexual con un hombre hasta las relaciones que establece con otros pacientes del sanatorio. A lo largo del cuento, Leonardo sufre un proceso de transformación que lo lleva a aceptar su identidad sexual y su condición como seropositivo.

Según Ingenschay, “[i]t is evident that here a *loca*’s self-congratulatory staging of self, as in Sarduy and Arenas, has been abandoned in favor of a discourse struggling for a pitifully small amount of social tolerance” (“Hemispheric” 148). En efecto, la afirmación de la bisexualidad del protagonista en ocasiones parece estar sustentada más en la negación de la homosexualidad que en la transgresión de la heteronormatividad: “Nunca quise ser maricón, no me consideraba maricón. Me gustaban, me gustan las mujeres” (133). La crítica de Ingenschay está enmarcada, por una parte, en el recelo que históricamente se le ha tenido a la bisexualidad al considerársele un estado contingente no evolucionado (MacDowall 13), y a las estrategias de completa supresión que enfrenta la bisexualidad por parte de la dicotomía heterosexual/homosexual dominante (Yoshino). Por otro, en las expectativas creadas por las obras de Sarduy y Arenas, que se han vuelto referentes incuestionables sobre el tema en la literatura cubana.

Al contrario de Ingenschay, Patricia Valladares Ruiz observa en “En la diversidad” ciertas posibilidades discursivas de resistencia. Según ella, el texto “plantea una reescritura de los estereotipos asociados a la homosexualidad,” y “al inscribir y cuestionar estos estereotipos, fractura las nociones oficiales y socialmente propagadas acerca de la sexualidad masculina” (186). Si bien es cierto que la representación de identidades sexuales no normativas en el cuento de Yoss intenta cuestionar estereotipos, dicho cuestionamiento se ve anulado por el tono pedagógico que impera en el texto y la imposibilidad de elaborarlo fuera de la retórica oficial:

Soy bisexual. Creo que, para muchos, es peor que ser maricón, porque los maricones están en su ghetto, separados, y los hombres-hombres pueden mirarlos y sentirse superiores, burlarse de su afeminamiento y su parodia sutil de la mujer. Pero los que son como yo, somos otra cosa: somos competidores y, a la vez, depredadores, y ejemplos peligrosos, tal vez atractivos, demostraciones de que el límite no es tan claro, ni tan infranqueable. (142)

Más allá de la aspiración a una “lastimosamente mínima tolerancia social” vista por Ingenschay, la bisexualidad del protagonista se podría leer en el contexto de llamamientos como el de Sunfrog, para quien la bisexualidad representa una coyuntura que podría cerrar la brecha entre feminismo y teoría queer con el fin de resistir el patriarcado: “The formulation of ‘queer’ as a sexual and political modus operandi offers us the opportunity to celebrate a holistic approach to sexual revolution, a polymorphous convergence of gender conception and choice of sexual partners” (320). No obstante, en el cuento de Yoss, esta oportunidad parece frustrada, pues la búsqueda del personaje principal al final se vuelve un ejercicio de autoafirmación que cae víctima de la retórica que pretende desarticular, al ser incapaz de evadir sus propias

concepciones patriarcales. Esta representación, sin embargo, no es ajena al momento histórico de su producción cuando, de acuerdo con Sierra Madero, “dentro del ambiente homoerótico de los noventa empezó a tomar mucha fuerza el modelo del macho, como ideal de la imagen homosexual, en detrimento de la imagen y prestigio de las llamadas ‘locas’” (246). No obstante, la transformación que sufre Leonardo al ser portador del VIH resulta por momentos inconcebible en el contexto histórico e incluso se convierte en una defensa acrítica del enfoque para el tratamiento de la enfermedad utilizado por el gobierno.

A lo largo del cuento el lector se encontrará con una serie de afirmaciones que erosionan el carácter subversivo de texto, entre ellas: “He decidido dejar el sanatorio y acogerme al tratamiento ambulatorio. Creo que no tendré problemas en recuperar mi antiguo trabajo” (144); “No me ven como un monstruo, sino como un ente atractivo, un tipo maldito, con misterio, y yo aprovecho ese misterio. Con preservativo, por supuesto” (144); “Es curioso, pero no le guardo rencor al que me infectó...creo que sería demasiado fuerte darle las gracias por algo que, si no aparece la vacuna, me llevará al hoyo en unos cuantos años” (145); o “El SIDA cambió mi vida...para mejor” (144). Aunado a la inverosimilitud de esta construcción optimista de la realidad enfrentada por los portadores del VIH y enfermos de sida a principios de los noventa, encontramos el descuido constante del narrador que no distingue entre unos y otros, tal como lo hizo el régimen cubano al implementar la cuarentena. De acuerdo con Susan Sontag, “[t]he obvious consequence of believing that all those who ‘harbor’ the virus will eventually come down with the illness is that those who test positive for it are regarded as people-with-AIDS, who just don’t have it...yet. It is only a matter of time, like any death sentence” (120). Esta práctica no sólo muestra una falta de sensibilidad sobre el tema y fomenta la desinformación y

prejuicios que ansía eliminar, sobre todo si consideramos que por los detalles proporcionados el protagonista es únicamente portador, sino que desde el punto de vista retórico afirma la inevitabilidad de la enfermedad y por lo tanto, sin necesariamente buscarlo, desarticula el discurso oficial que defendía la capacidad médica del Estado para controlar el avance del sida. Es decir, no distinguir entre portadores de VIH y enfermos de sida implica que los portadores terminarán desarrollando la enfermedad pese los esfuerzos del gobierno, evidenciando las limitaciones de un sistema de salud defendido como infalible.

Cuando Leonardo describe su llegada al sanatorio, la experiencia hace eco de las críticas sobre la manera en que dichos internamientos eran conducidos: “Yo esperaba paracaidistas y tanques escoltándome, médicos con escafandras de protección química y todo ese ambiente americano de ciencia-ficción, pero fue sencillo” (131). Esta descripción alimenta la narrativa oficial que buscaba de manera activa romper la asociación entre la cuarentena y cualquier práctica de represión.⁶

Un tema que aparece en esta colección, y que reaparecerá en otras obras analizadas en este capítulo, es el del resonado caso de un grupo de jóvenes que a finales de la década de 1980 contrajo de manera voluntaria el VIH. En el cuento “La moneda, la bóveda, yo sólo trato de alcanzar,” Ronaldo Menéndez narra cómo un grupo de jóvenes, que tienen en común el gusto por el rock y la cocaína, se reúne para inyectarse sangre con el virus. Un narrador que oscila entre omnisciente y protagonista nos va llevando desde la escena inicial cuando Fermín espera ansioso una llamada de La Rosa, la encargada de encontrar al seropositivo dispuesto a proporcionarles sangre infectada, hasta el momento en que los miembros del grupo de Fermín y La Rosa se inyectan la sangre de manera poco ceremoniosa. El cuento omite detalles sobre las motivaciones

de estos jóvenes, poniendo énfasis en cuestiones como las dudas de último momento, la presión ejercida entre compañeros y la amenaza omnipresente e innombrable de un régimen que podría interponerse en sus planes: “Esta gente se las sabe todas y a lo mejor nos joden” (80). La caracterización del grupo de Fermín será recurrente en diversas producciones culturales que rescatan este fenómeno, sobresaliendo en general la relación discursiva entre el rock, las drogas y el contagio voluntario.

En su estudio sobre la base musical de movimientos de resistencia cultural en la isla, Tanya L. Saunders señala que el rock con frecuencia ha sido marginalizado de la escena musical cubana, afirmando que “[i]t was, and continues to be, associated with gays and drugs” (159). Este rechazo se encuentra sustentado en el carácter performativo de la escena roquera, dado que “[p]eople were largely put off by the long hair, make-up, and queer dress associated with U.S. American and European metal, mod, art rock, and punk scenes” (159), pero además por la percepción de que carece de “identidad cubana” y es visto como un producto de imposición extranjera: “Because much of Cuba’s rock originated in Spain, the UK, and the U.S., rock became associated with imperialism” (159). En este escenario, la representación de fanáticos del rock inyectándose el virus tiene implicaciones ideológicas claras. Ante la ausencia en el texto de Menéndez de argumentos explícitos que justifiquen el actuar de los jóvenes, al lector no le queda sino leer dichas acciones como parte del comportamiento errático de los llamados roqueros o friquis. Al mismo tiempo, cuando este mismo lector es testigo de una escena enmarcada por la música de Robert Plant, se reafirma la noción de que se trata de una conducta ajena a la identidad cubana que más bien refleja una decadencia de valores venida del exterior. De manera adicional, la transmisión por vía intravenosa reafirma el carácter extranjero de dicha infección, dado que el

gobierno ha minimizado el contagio por esta vía y siempre ha enfatizado, por ejemplo, que el uso de drogas en la isla es mínimo. Este punto de vista, como veremos más adelante, será en ocasiones confirmado, y en otras disputado, en cuentos y novelas que tratan este fenómeno.

Quizá el cuento en esta colección que aborda de una manera más crítica el tratamiento de la enfermedad sea “¡Ay Virgilio!,” de Miguel Ángel Fraga, en donde nuevamente el tema del VIH/sida será central. En éste se narra la experiencia de un joven que vuelve desde Alemania a la isla, en donde enfrenta un diagnóstico que lo señala como portador del virus, es internado en un sanatorio y posteriormente reintegrado a la vida social con la implementación de la política de flexibilización de la cuarentena, siguiendo un proceso similar al enfrentado por el protagonista de “En la diversidad.” Aquí, la voz narrativa oscila entre la primera, segunda y tercera personas, con textos expositivos intercalados que proporcionan información sobre los alacranes, su hábitat, prácticas alimenticias y características generales. Estos textos, como se verá más adelante, sirven para poner a los enfermos y a los alacranes en un plano discursivo similar.

En el cuento entran en diálogo los diferentes discursos sobre el sida que circulaban en la época, tanto los oficiales como las críticas. Como en el cuento de Yoss, también se describe el ingreso al sanatorio del personaje principal, inclusive con un lenguaje similar: “Creyó que lo recogería una brigada especial con armas largas, sirenas y patrullas. Nada ocurrió. El auto relativamente discreto lo introdujo en el nuevo ambiente” (182). Nuevamente se elude de forma explícita narrar el ingreso al sanatorio como un acto de represión.

Sin embargo, en el texto de Fraga se puede apreciar hasta cierto punto la tensión entre discursos oficiales y críticos. Por ejemplo, los doctores en el sanatorio expresan un punto de vista alineado con la retórica oficial:

Aquí lo tienes todo; en caso de gravedad, podremos auxiliarte. En otros países, cuántas personas como tú ruegan por una asistencia de otro tipo. Estamos en Cuba. Los especialistas viajan al extranjero, realizan su propaganda, muestran las estadísticas, comparan las víctimas, compran sus pacotillas. Indiscutiblemente aquí se está mejor. Aislado, pero seguro. (185)

El énfasis de los doctores en las estadísticas de salud cubanas en el plano internacional, se alinea con lo que Pierre Sean Brotherton ha llamado “fetichismo estadístico,” es decir, “a heightened focus on ideological models and measures of health, in place of more nuanced accounts of the complex interrelationships among the individual practices of health care professionals and ordinary people, health policies, and state power” (341). Así, de acuerdo con Brotherton, el uso de estadísticas para defender el éxito del modelo cubano de atención sanitaria invisibiliza las interacciones entre pacientes, médicos y representantes del Estado que dan lugar a dichos logros en el campo de las cifras. Esta estrategia discursiva resulta fundamental dado que el régimen “used measures of the health of individuals as a metaphor for the health of the body politic, effectively linking the efficacy of socialism and its governmental apparatus to the health conditions of the population” (348). Las estadísticas entonces no solo reflejan el estado de salud de la población sino del sistema político de la isla.

El personaje principal de “¡Ay Virgilio!” es consciente de los efectos del “fetichismo estadístico” descrito por Brotherton y de hecho se rebela ante éste. Tras la intervención del médico anteriormente mencionada, el personaje principal responde: “Hay quien dice que es un hormiguero, pero alrededor sólo veo alacranes. Dénme [sic] la opción de morir debajo de un puente” (186). La narrativa del sanatorio como hormiguero, que el narrador rechaza, tiene

diversas implicaciones. Por un lado se plantea la noción homogenizante de superponer el bienestar común al individual, y por tanto, hace eco del discurso estadístico de la salud. Por otro, el hormiguero representa la posibilidad de ir y venir a voluntad, siempre con un fin productivo que resulte en beneficio de la comuna. Ambas se niegan al establecer la comparación con los alacranes y exigir control sobre su propia muerte. Es especialmente significativa esta comparación dado que la figura del alacrán se maneja a lo largo del cuento en textos paralelos que, a través de exposiciones con tono objetivo, buscan establecer una relación de la figura del alacrán con los portadores de VIH y enfermos de sida.

En uno de los textos intercalados se describe cómo atrapar y luego conservar alacranes fuera de su ambiente natural: “Deben capturarse con pinzas asiéndolos por la cola para no causarles daño. Pueden criarse en casas o laboratorios con un método sencillo y seguro, contenidos en frascos medianos o en una pecera utilizada como terrario” (186). Este retrato no sólo pone en evidencia el aislamiento al que eran sometidos los pacientes durante la cuarentena y las “medidas de precaución” necesarias durante su internación forzada, sino que además abre la puerta para una lectura de los pacientes como objetos de estudio. En este sentido, aunque de manera indirecta, se destaca el rol fundamental del enfermo dentro de la construcción discursiva de avance médico y biotecnológico como mecanismo para sustentar al régimen, subrayando la doble función de los internos en el sanatorio: como parte de estadísticas que sustentan las medidas tomadas por el gobierno y a la vez como objeto de pruebas de laboratorio.

Esta concepción contrasta, por ejemplo, con la descripción hecha por Fidel Castro de los médicos mártires que formaron parte del grupo de voluntarios para probar una vacuna contra el sida. Así, desde la perspectiva de Giorgio Agamben, el cuerpo de los médicos se vuelve una

expresión del poder soberano mientras que el de aquellos que portan el virus, incluso si no han desarrollado la enfermedad, representa el cuerpo vaciado de derechos legales y civiles: el *homo sacer*. En consecuencia, la función ritual que cumplen los médicos se vuelve imposible en el caso de aquellos señalados como enfermos, pues “[t]he very body of *homo sacer* is, in its capacity to be killed but not sacrificed, a living pledge to his subjection to a power of death” (*Homo Sacer* 99). Este poder sobre la muerte en el caso cubano resulta paradigmático, pues si bien los enfermos son prescindibles, cada muerte socava las estadísticas que sustentan la fortaleza del sistema de salud en la isla y, por tanto, del régimen mismo. Desde esta perspectiva, la muerte por sida se vuelve un acto de rebeldía en el seno del aparato retórico estatal.

Por otra parte, al rebatir la laboriosidad asociada a la figura de las hormigas y su aparente indefensión, se proponen alternativas en la figura de los alacranes, destacando por ejemplo su capacidad de adaptación y supervivencia. Esta caracterización está íntimamente relacionada con el contexto histórico del Periodo Especial y la escasez enfrentada por la población. No resulta sorprendente entonces que la estancia del personaje principal en el sanatorio se plantee como una cuestión que responde más a necesidades económicas que de salud: “La madre prefiere que permanezca allá. La crisis. Solidaridad, solidaridad. Un par de zapatos para cien personas” (187). Además del estado de carencia al que hace alusión este argumento, sale a la luz el proceso de infantilización al que son sometidos los internos del sanatorio. Al verse repetidamente confrontado con decisiones sobre su vida tomadas desde afuera, el protagonista va perdiendo agencia y es sometido a una transformación obligada: “Ahora eres un niño. No es un sueño, sencillamente vuelves a la infancia” (183). De acuerdo con Mirta Suquet Martínez:

El seropositivo es entonces condenado a una dependencia absoluta al régimen sanatorial, que acuña su identidad como niño “no confiable,” para reafirmar la suya como Padre autoritario. Esto implica, como hemos advertido, la representación de aquél por parte del poder como sujeto inútil, improductivo, aun cuando la propia condición de seropositividad no supone evidentemente una incapacidad. (249)

La infantilización de los enfermos viene a problematizar todavía más su posición dentro del aparato discursivo oficial. Según Suquet Martínez: “A la vez que se infantiliza a este individuo, privándolo de conciencia y acción, se le sustrae del devenir de la nación. El seropositivo es entonces un sujeto ahistórico; centrado en su cuerpo y su futura corrupción” (249). Al ser consciente de que está siendo sometido a este proceso, el protagonista de “¡Ay Virgilio!” emprende una labor de autorreconocimiento que, hasta cierto punto, le permite resistir dicha imposición, una labor que le deja más preguntas que respuestas. En contraste con el cuento de Yoss, la vuelta del personaje a su comunidad tras la estancia en el sanatorio está llena de incógnitas. Aquí no se habla de un regreso sin problemas, sino de dudas legítimas que permiten una lectura más abierta: “¿cómo vuelvo a insertarme en el mundo?, ¿explicar la mala racha?, ¿de qué manera puedo volver a ser el mismo? No me pregunten el final de la historia” (189). Esta meditación da fe de la incertidumbre enfrentada por aquellos que a principios de los noventa aprendieron a vivir con el virus.

Siguiendo la exploración de las relaciones interpersonales de pacientes, amigos, familiares y médicos presente en “¡Ay Virgilio!,” Miguel Ángel Fraga publica en 2001 *No dejes escapar la ira*, una colección de 17 cuentos que tienen al VIH/sida como tema central. En esta

colección, Fraga aborda diferentes aspectos relacionados con la experiencia de la enfermedad en Cuba, desde el contagio, diagnóstico, tratamiento y reclusión de los enfermos en sanatorios, hasta la posterior flexibilización de la cuarentena y en algunos casos, la muerte de los afectados. A través de estas historias, el lector es testigo de la serie de paradojas y contradicciones a las que se enfrentan aquellos que entran en contacto con el virus. A diferencia de *Toda esa gente solitaria*, aquí se examina un espectro más amplio de relaciones, más allá de la perspectiva de la joven pareja heterosexual dominada por la visión patriarcal. Así pues, entre otras cuestiones, nos topamos con las reflexiones de una madre sobre su hijo enfermo (“La paloma y el totí no vuelan juntos”), consideraciones sobre la transmisión vertical del virus (“Si la suerte me roza la cara”), individuos que se infectan de manera voluntaria (“Mi violencia es vivir,” “El otro Miguel”) y noviazgos entre pacientes del sanatorio (“Por una tristeza menor”).

En este volumen también se exploran algunas de las relaciones que se establecen entre representantes del régimen y aquellos afectados por el VIH, por ejemplo, aquella entre una psicóloga y un paciente (“En cualquier esquina”). Pero quizá las relaciones más relevantes para este trabajo son las que se formaron entre los internos del sanatorio y los acompañantes oficiales (“En alguna pared está escrito tu nombre”), y en general la interacción entre los pacientes y los comités que evaluaban su comportamiento durante el proceso de flexibilización del confinamiento obligatorio en la primera mitad de la década de 1990 (“No dejes escapar la ira”).

Cuando el Estado decidió relajar la cuarentena, implementó una estrategia de evaluación de los enfermos con el fin de determinar si eran aptos para su reinserción en la sociedad. Dicha evaluación era llevada a cabo por comités dentro de los sanatorios compuestos por médicos, psicólogos y trabajadores sociales, entre otros, quienes evaluaban la conducta de los internos e

intentaban predecir la probabilidad de que el interno realizara actos que pudieran poner en riesgo a la comunidad. En la práctica, dichas evaluaciones se convirtieron en juicios de la calidad moral de los evaluados. Fallar estas pruebas implicaba continuar en aislamiento o, si el paciente tenía autorizado salir del sanatorio, tener que ser escoltado por un acompañante.

En el cuento “No dejes escapar la ira,” el protagonista espera ansioso la decisión de un comité que considera su caso por tercera vez. Los evaluadores deben determinar si el paciente ha ajustado su comportamiento de manera satisfactoria, para ya no necesitar un acompañante, en una reunión a puerta cerrada a la que el lector tiene acceso. En la discusión de los integrantes del comité se mencionan las razones de las negaciones repetidas:

En la primera evaluación lo planchamos por inadaptado al régimen sanatorial; en aquellos primeros momentos de su ingreso mantuvo una aptitud demasiado rebelde; luego lo consideramos promiscuo por la facilidad con que cambiaba de parejas. Es bisexual, está claro. Ahora el chico ha mejorado ostensiblemente, ya no es agresivo, mantiene buena disciplina. (87)

La confluencia de rebeldía y bisexualidad, como impedimento para adaptarse al régimen sanatorial, es testimonio del rol del discurso médico en el señalamiento y desaprobación de sexualidades calificadas de “perversas,” como parte del aparato de ejercicio de poder descrito por Foucault.

Uno de los puntos de mayor disputa durante la evaluación está relacionado con la sexualidad del protagonista. Así lo exponen los miembros del comité evaluador: “Estuvo con un hombre, ahora con una mujer. Quién sabe si esté falseando la realidad para confundirnos. Pero lo que importa es que tiene una pareja estable. Sí, y los tres comparten el mismo cuarto. ¡Vaya

estabilidad! Entre los tres podrían tener sexo en grupo, como nadie los ve” (87). La amenaza que representa la sospecha de actividades sexuales no normativas se ve racionalizada como “la responsabilidad de unos pocos de proteger a la población entera” (88), por lo que al final deciden negar la solicitud del paciente.

Haciendo una lectura de la bisexualidad influenciada por planteamientos foucaultianos, April S. Callis nota que “the medicalization of ‘homosexual acts’ forbids the creation of a bisexual person, because all individuals who were sexually active with others of the same sex were labeled as homosexual” (225). Bajo esta perspectiva, la negativa del comité no es resultado de la condición bisexual del personaje, sino de su homosexualidad en potencia. Emilio Bejel ha propuesto que el sistema heteronormativo castrista se construye a sí mismo en oposición a lo homosexual, en sus palabras: “Modern ‘homosexual identity,’ owing to its rejection from most definitions of Cubaness, becomes necessary in delineating the limits of that discourse [of Cuban nationalism]” (xv). Esta dicotomía entre la cubanidad heterosexual (masculina) y la no cubanidad homosexual (masculina) impide la creación de una identidad bisexual, o de cualquier otra que se salga de este planteamiento bipolar, con consecuencias tangibles en la vida de los internos, quienes serán categorizados, y tratados, como homosexuales.

Ian Lumsden describe algunos de los agravios que sufrían los pacientes señalados como homosexuales:

Gay internees, for instance, were subject to discriminatory policies within the Havana sanatorium. They initially lived in segregated quarters and were subject to greater restrictions than other residents with respect to the external passes that allowed them to make brief visits outside the sanatorium. They had to wait longer

for such passes and were subject to greater supervision by the nursing staff, who chaperoned them to ensure that they had no opportunity to infect others. (164)

El protagonista de “No dejes escapar la ira” se enfrenta a esta realidad, pero a la vez la desestabiliza, por una parte, al resistir el encasillamiento binario heterosexual/homosexual, por otra, al poner en evidencia los temores de un sistema que se siente amenazado por una identidad que supera el aparato discursivo. A diferencia del tratamiento de la bisexualidad en el cuento “En la diversidad” de Yoss, aquí atestiguamos la implementación de medidas de represión preventivas desde el poder que patentizan, al mismo tiempo, su fragilidad.

En el contexto de la flexibilización de la cuarentena, una de las figuras más paradigmáticas es la del acompañante oficial, es decir, el representante del Estado que escoltaba a los pacientes durante sus salidas del sanatorio con el fin de evitar la propagación del virus. El interés en esta figura se ha incrementado recientemente con el anuncio de *El acompañante*, un largometraje del cineasta cubano Pavel Giroud basado en estos personajes. En *No dejes escapar la ira*, los acompañantes aparecen en varias ocasiones, destacando su rol protagonista en “En alguna pared está escrito tu nombre.” En este cuento, un narrador testigo describe la relación amorosa entre un acompañante y una interna. Además, a lo largo del texto se dan algunos detalles sobre la labor de estos vigilantes.

Según el narrador, hay acompañantes “que son temidos por los mismos pacientes porque son unos policías” (94). Este temor no es de extrañar, pues estos trabajadores del Estado representaban la omnipresencia del régimen y su intromisión en los aspectos más íntimos en la vida de los internos. Al funcionar como guardianes celosos, estaban encargados de llevar el estado de cuarentena desde el sanatorio hasta las calles por lo que, en términos prácticos, el

espacio físico del sanatorio da pie a un espacio simbólico que se construye alrededor de los internos. Un espacio que, desde el punto de vista retórico, sirve para desarticular las críticas provenientes desde el exterior de la isla con respecto a la política sanatorial cubana. Sin embargo, para los pacientes se trata de una extensión de las estructuras de poder del régimen. Un espacio disciplinario en el que, al menos en teoría, el paciente es observado de manera ininterrumpida por un sujeto observador que es la personificación misma de la red de poder capilar descrita por Foucault, es decir, “the point where power reaches into the very grain of individuals, touches their bodies and inserts itself into their actions and attitudes, their discourses, learning processes and everyday lives” (*Power/Knowledge* 39). En este sentido, este espacio simbólico está delimitado por el campo visual del guardián que se convierte en los ojos del régimen. No obstante, a diferencia del panóptico foucaultiano, aquí el paciente sabe en todo momento cuándo está siendo observado y de hecho interactúa con su custodio.

La naturaleza del trabajo de los acompañantes pone a estos personajes en una situación de absoluto control y baja supervisión que los hace vulnerables. De acuerdo con el narrador, mientras algunos de ellos actúan como policías, muchos otros son corrompidos por los pacientes: “a los acompañantes no le [sic] faltan regalos, ni buena comida; todos los muchachos tratan de ganarse el favor de ellos, su confianza, para que los dejen solos en la calle, qué irresponsabilidad. Luego se encuentran en el lugar acordado antes de llegar al punto de recogida de los pacientes y felices todos” (93). Esta descripción pone en evidencia la fragilidad del sistema de vigilancia, a la vez sugiriendo mecanismos para resistir el aparato discursivo oficial por medio de estas fracturas.

Fuera del sanatorio el acompañante juega el doble rol de supervisor y ciudadano, pues como se afirma, “[d]urante ese tiempo también los acompañantes aprovechan para resolver sus problemas, hombre, es que problemas tenemos todos” (94). Desde este punto de vista, el acompañante es posicionado en un plano similar al del paciente, a diferencia de los siempre inasequibles médicos, pues ambos son afectados directamente por las circunstancias que les rodean. En una entrevista con Fraga, recogida en el texto *En un rincón cerca del cielo: Entrevista y testimonios sobre el sida en Cuba*,⁷ uno de estos acompañantes declara: “Muchas veces me llevaron esposado con los pacientes para la Estación Policial. A veces no me dejaban ni hablar, no podía identificarme como trabajador del Sanatorio. Estas salidas con los roqueros me reportaban muchos dolores de cabeza y maltratos” (290). La cercanía entre pacientes y acompañantes tiene como consecuencia directa diluir los límites entre supervisor y supervisado, con la posibilidad real de ser ambos blanco de la represión ejercida por otros brazos del poder, como en el caso de los pacientes roqueros aludido anteriormente. Asimismo, sitúa a estos trabajadores en un escalón inferior al del resto de los trabajadores del sanatorio:

El acompañante es el trabajador de la institución más relegado: él no puede participar en la mayoría de las actividades culturales y recreativas del Sanatorio porque siempre tiene que estar en la calle acompañando a algún paciente...cuando hay problemas con los pacientes, determinadas situaciones, a veces nuestra palabra tampoco cuenta porque nos tienen desconfianza, creen que todos estamos haciendo negocios o somos sobornados por los pacientes. (Fraga, *En un rincón* 290)

La suspicacia que despierta esta figura ante los ojos de las autoridades del sanatorio tiene su origen en la estrecha relación que se establece entre unos y otros: “A la mayoría de los pacientes del Sanatorio uno les va tomando cariño porque comparte con ellos todo un día, en diferentes salidas, y descubres cosas que ni los médicos, ni los psicólogos conocen” (Fraga, *En un rincón* 296). El testimonio de este acompañante, indudablemente informa el cuento de Fraga, en donde se ven reflejadas algunas de estas contradicciones, por ejemplo, al hablar de la formación de lazos fraternales. De acuerdo con el narrador de “En alguna pared está escrito tu nombre,” “los trabajadores y pacientes conviven de manera muy directa, se vuelven parte de la familia” (96). Esta cercanía en ocasiones afecta la red de valores de los acompañantes mismos, como describe el protagonista: “tanto uno va llenándose de vivencias extrapersonales que al final terminamos olvidando los tabúes” (96), en referencia a trabajar como acompañante de aquellos pacientes que el narrador identifica como “amanerados que parecen mujercitas” (95). Este cambio es especialmente significativo pues ilustra la posibilidad de los pacientes de entrar en la red de negociación de poder y obtener beneficios tangibles, si no de la cúpula, al menos de los agentes del poder capilar. No obstante, la representación de los acompañantes en los textos de Fraga también se podría leer como un espaldarazo a la política de aislamiento como el único mecanismo verdaderamente efectivo para evitar la propagación del virus, añadiendo un nuevo giro al carácter paradójico de estos personajes.

Al final, la relación entre la paciente, de nombre Raquel, y el acompañante es descubierta por las autoridades del hospital, por lo que éste pierde su trabajo. El narrador por su parte no duda en señalar culpables: “Él me jura que fue ella quien lo sedujo, es conocido que el embrujo de las mujeres no tiene límite” (97). Así, si bien en el cuento se pone en evidencia la fragilidad

del sistema de supervisión de los enfermos y, por ello, la presencia de grietas en el aparato de ejercicio del poder, en este texto se repite el tópico de la mujer enferma que corrompe al hombre sano (el acompañante), perpetuando el discurso patriarcal y problematizando una lectura como crítica de la retórica oficial.

Un tema que ya aparecía en *Toda esa gente solitaria* y que reaparece en esta colección de Miguel Ángel Fraga es el del caso de los jóvenes que contrajeron de manera voluntaria el VIH. En “Mi violencia es vivir,” la protagonista es inyectada con el virus como un recurso para escapar de una vida dominada por “la mala suerte que le nació pegada a las costillas” (31). La historia de la protagonista está marcada por el descuido y abandono de los padres, los abusos de los compañeros de la escuela y la negligencia de los maestros. Desde temprana edad la protagonista se enfrenta a un mundo hostil que le rechaza y le orilla a la prostitución y al “vicio de unas madrugadas frente al rock y los empastillamientos con las drogas compradas en las farmacias” (33). Al asociar la adicción a las drogas de la protagonista con el rock, se recogen algunos de los prejuicios sobre este género musical presentes en la isla, prejuicios que se proyectan a los portadores del VIH que han contraído el virus inyectándose de manera intencional.

Si, de acuerdo con Saunders, “Rock music is considered loud, uncritical, non-Cuban, drug ridden, and of lower culture” (178), sus seguidores adquieren por asociación dichas características y, por lo tanto, serán estigmatizados. Aquí cabría detenerse a comentar la noción, señalada por algunos estudiosos, de que el rock cubano de los noventa evita reflexionar sobre los problemas más inmediatos de su entorno. Como describe Laura García Freyre: “El rock, generalmente considerado como una expresión de resistencia, en Cuba es mucho más

conservador que otros géneros musicales, pues no ha sido generador de un discurso crítico de su sociedad, ni del medio en que se desarrolla” (110). La percepción generalizada de que el rock en la isla era un movimiento acrítico, al menos a finales de los ochenta y principios de los noventa, invalidó cualquier consideración desde el régimen para verlo como amenaza, por lo que se etiquetó a los contagios deliberados entre roqueros de simples arranques juveniles. Este discurso encuentra eco tanto en el cuento de Fraga como en el de Menéndez anteriormente discutido. Ambos autores evitan problematizar esta idea y prefieren concentrarse en conflictos internos de los personajes, en ocasiones banalizados.

En “Mi violencia es vivir,” el personaje principal se inyecta el VIH ante la promesa de “[n]o tener que preocuparse por el alimento, comer hasta llenarse la panza, y cuando enferme, el medicamento, sin tener que pagar un centavo, fácil, así como quiso en su niñez que le llevaran el desayuno a la cama” (35). Esta lógica busca resaltar la vagancia e ingenuidad de la protagonista. En otras palabras, ante una vida llena de desafíos, este personaje ha optado por la salida más cómoda y menos responsable. En este cuento hallamos resonancias del testimonio de María Isabel Ramírez, recogido en el capítulo “La locura que yo hice” de *En un rincón cerca del cielo*. María Isabel es descrita como una mujer que “[n]unca tuvo necesidad de trabajar” (272), “siempre andaba empastillada” (274) y que se había inoculado el virus sin un motivo definido, aunque con la esperanza de “que se acabe de inventar la medicina aunque no sea para mí” (275). Las declaraciones de María Isabel se dan en el contexto de una entrevista que Fraga le realizó en 1996.

A lo largo del encuentro, se percibe la obstinación del entrevistador con la sexualidad de la entrevistada. Con una pregunta inicial: “¿Y tus relaciones sexuales?,” que ante el silencio de la

entrevistada se duplica hasta obtener una respuesta: “Repito la pregunta y me responde que sus relaciones sexuales eran normales, nunca dependió de ellas para vivir; en realidad el sexo no le es imprescindible” (273). No conforme con esta réplica, Fraga retoma la cuestión un poco después: “¿Y cómo andan tus apetitos sexuales?,” a lo que María Isabel confirma: “Ya te dije que soy una persona que no necesita de eso para vivir” (276). La vida sexual de María Isabel, como la de la protagonista de “Mi violencia es vivir,” se vuelve un asunto de relevancia que va más allá de la esfera privada: es una cuestión de interés social. Lo que Fraga intenta determinar, como seguramente médicos y psicólogos intentaron previamente, es si María Isabel representa un peligro para el “hombre nuevo” cubano.

Al hacer una lectura feminista de la obra Foucault, Johanna Oksala apunta:

The sexual body is always discursive in the sense that it is an object of scientific discourses and disciplinary technologies. Nevertheless, the sexual body as experiential is capable of multiplying, distorting, and overflowing its discursive definitions, classifications, and coordinates. In Foucault’s thought a constitutive outside to the discursive order thus exists, even though there can be no outside to the apparatus or cultural network of practices as a whole. (112)

Tomando como punto de partida esta lectura, al negar la promiscuidad que Fraga asume de antemano, María Isabel rechaza los límites de la construcción de su propio cuerpo a la que es sometida por haberse inyectado el VIH intencionalmente, una opción que se le niega a la protagonista de “Mi violencia es vivir.” En este sentido, en la representación del cuerpo sexual, Fraga opta por dejar de lado el carácter subversivo de un sujeto que se podría posicionar fuera del orden discursivo del régimen, si bien no del aparato discursivo en general, como es el caso de

María Isabel. En su lugar decide retratar en “Mi violencia es vivir” a una mujer para quien “[e]l cuerpo se presta fácil al intercambio, al uso de unos hombres que ella utiliza también para su consumo” (33). Esta oportunidad perdida para desarticular el discurso del poder nos devuelve, inadvertidamente, a *Toda esa gente solitaria*. Hacia el final de la entrevista nos enteramos que María Isabel es también escritora y miembro del taller “La Montaña Mágica”: “Desde que conoció la existencia de nuestro taller literario se ha entusiasmado muchísimo y escribe textos muy interesantes sobre vivencias personales” (276). Así es como nos enteramos que la voz de María Isabel fue también silenciada en la antología *Toda esa gente solitaria*, en donde la exclusión total de autoras se resiente con fuerza.

La lectura de *Toda esa gente solitaria* y *No dejes escapar la ira*, como productos del contexto histórico de los primeros años del VIH/sida en Cuba, resulta todavía más provechosa si ponemos en contacto dichos textos con dos novelas en donde las críticas al régimen y la situación en la isla tienen un papel fundamental, como es el caso de las novelas de Zoé Valdés *Cólera de ángeles* y de Ronaldo Menéndez *Las bestias*. Como se verá más adelante, en estas dos obras encontraremos representaciones a veces similares y otras totalmente divergentes de los temas abordados en las dos colecciones de cuentos ya comentadas.

DEL CONTAGIO COMO PROTESTA: *CÓLERA DE ÁNGELES* DE ZOÉ VALDÉS

Zoé Valdés ha recibido una atención notable de la crítica, especialmente por su novela *La nada cotidiana* (1995). Esta obra no sólo le traería reconocimiento internacional a la autora, sino que además provocaría cambios significativos en su vida. De acuerdo con Ruiz-Meléndez, Valdés se ve forzada a exiliarse en Francia, tras participar en un congreso en París, debido a la

irritación que provocó en el régimen la publicación inminente de *La nada cotidiana*, una obra que había sido ya censurada en la isla y que ahora sería publicada en el exterior (19). Es en este exilio que Valdés permanece hasta el día de hoy.

Otras obras que también han despertado interés entre los estudiosos incluyen *Te di la vida entera* (1996), *Café Nostalgia* (1997), *Querido primer novio* (1999) y *Lobas de mar* (2003).

Tanto la figura de Zoé Valdés como su producción literaria han sido blanco de elogios y descalificaciones. Como describe Esther Whitfield, se ha celebrado la autenticidad de una obra comparada con la de Reinaldo Arenas, pero también no ha faltado quien acuse a la autora de sacar ventaja de la tragedia del pueblo cubano (249), en referencia al éxito comercial de novelas que tienen como tema recurrente la problemática del Periodo Especial. Lo cierto es que Zoé Valdés goza de una relación cercana con el mercado editorial, sobre todo europeo, que le ha permitido tener acceso a tribunas importantes desde donde ha arremetido contra el régimen castrista en numerosas ocasiones.

Con respecto a las características de la obra de Valdés, Nanne Timmer destaca cinco aspectos, anteriormente elaborados por Madeline Cámara en relación con *La nada cotidiana*, que resumen muy bien algunas de las preocupaciones de su obra en general:

- 1) “the antiheroic main character,”
- 2) “the autobiographical discourse that reaffirms the identity of the female subject,”
- 3) “the critical restructuring of the social relation of the female subject with the Cuban nation,”
- 4) “the use of the erotic and the eschatological as a challenge to the traditional feminine literary image,”
- and 5) “the development of a new kind of solidarity between the main character and other marginal characters.” (197)

Estos elementos narrativos también los encontraremos en *Cólera de ángeles*, una novela que apareció en 1996 en el volumen titulado *La colère: La rage des anges*, como parte de la serie “Péchés capitaux” de la casa editorial francesa Les éditions Textuel. La colección incluye también *La gourmandise: Discours de Robinson sur la morue* (1995) de Manuel Vázquez Montalbán, *La paresse: Oblomova* (1996) de Jerome Charyn, y *La luxure: Fragments d’un autoportrait en luxurieux* (1999) de Michel Polac. La serie es descrita por la misma editorial como el “[e]ncuentro entre la pintura y la literatura para una inmersión sensual y placentera en el mundo del pecado” (“Péchés capitaux,” trad. OAP), pues en cada tomo los textos conviven con reproducciones de pinturas que van del siglo XV hasta el XX.

La novela de Valdés apareció acompañada de imágenes seleccionadas y comentadas por Sylvie Douce de La Salle y el volumen fue publicado simultáneamente en español por la Editorial Lumen como *La ira: Cólera de ángeles*, aunque tanto la escritora como otras fuentes se refieren al texto independiente de Valdés sólo como *Cólera de ángeles*. En esta novela una narradora protagonista nos relata la historia de Raquel que, como la autora, nació en el año de la caída de Batista y se encuentra estudiando en París en 1987 con una beca. Ahí, Raquel se enamora de otro cubano con quien se casa a su regreso a la isla. Pronto el matrimonio se vuelve una alegoría de la situación cubana rumbo a los años del Periodo Especial, al sufrir un progresivo deterioro que termina con la muerte del marido en un accidente aéreo y la declaración de este último como héroe de la Revolución.

La joven viuda, embarazada poco antes de morir su esposo, comienza un andar restaurador durante el cual se topa con Patricia y Benjamín, una joven pareja descrita por Raquel durante su primer encuentro como “extremadamente flacos y ajados” (87), añadiendo que

“exhibían una belleza paliducha que les sentaba bien, en contraste con las pieles tostadas que estamos acostumbrados a esperar de los habitantes del trópico...Algo de mágico, de alucinación del más allá, de atrayente, tenían esos muchachos que impedía articular sílaba alguna” (87). El lector averiguará más tarde que no sólo la pareja es portadora del VIH, como lo sugiere su tono de piel, sino que además contrajeron el virus de manera voluntaria. La noción de una presencia mágica que resiste cualquier caracterización con palabras puede ser leída como la incapacidad del lenguaje de nombrar lo innombrable, es decir, no disponer de elementos discursivos que puedan articular la enfermedad de la pareja fuera de la retórica oficial. Además, el contraste entre la belleza paliducha de los jóvenes y las pieles tostadas comunes en el resto de la población alude a la alteridad de dichos personajes que, sin embargo, no representa una amenaza sino una fuente de atracción. Como se ha visto, la atracción generada por los portadores del virus ya había sido señalada en el cuento de Yoss “En la diversidad,” en donde las apreciaciones del protagonista se ven opacadas por su propia presunción. En *Cólera de ángeles* dicha atracción se construye como oposición a la marginación oficial de los afectados por el VIH, al llevar el punto de vista de una autovaloración a la apreciación de un narrador testigo que adicionalmente le suprime el tono sexual.

Igualmente, las características físicas de la pareja resaltan el aspecto visual de una realidad que se puede ver mas no nombrar, una que ha sobrepasado el lenguaje, dominada por la desconexión entre el referente y el signo. Así, la enfermedad de la pareja también se puede leer como la frustración de una sociedad asediada por las privaciones de principios de los años noventa, una situación que está a la vista de todos pero de la que no se puede hablar. De acuerdo con la narradora esta incapacidad de “contar historias reales y coherentes” afecta a la mayor

parte de la población: “El tema de conversación de los cubanos es totalmente hilarante, unos no hacen más que hablar de comidas que no pueden comer, otros de viajes a países lejanos donde supuestamente harán fortuna, o de enemigos y guerras inexistentes” (86). Esta negación a comentar lo que ocurre en su entorno ficcionaliza la realidad: lo real no es lo que se ve, sino lo que se enuncia.

Raquel empero intuye que la pareja será una excepción, siendo ésta la razón principal por la que se acerca a ellos. Las expectativas de Raquel no son defraudadas y pronto los enamorados le cuentan las historias de cómo contrajeron el virus. En palabras de Benjamín:

Primero fui yo, me inyecté el sida. Pertenecía a un grupo de rockeros...La policía no nos dejaba vivir, nos prohibían cantar, nos cortaron el pelo, nos metían presos setenta y dos horas, nos soltaban, nos volvían a coger. El grupo entero se inoculó el virus...Estábamos hartos de la sociedad, de vivir...Ahora, los pocos que quedamos pensamos diferente. Fuimos, si tú quieres, irresponsables, pero cuando ocurrió aquello teníamos la esperanza de que la vacuna apareciera y de que nos curaríamos. ¡Como aquí se jactan diciendo que somos una potencia médica, pues confiamos en los experimentos de esa potencia! (92)

La descripción hecha por Benjamín exhibe la relación paradójica entre el personaje y el régimen de Castro. Por una parte, Benjamín y su grupo son víctimas de las prácticas represivas del poder disciplinario, usando términos de Michel Foucault, que los empujó a ver la autoinoculación del VIH como una escapatoria. Por otra parte, muestra la confianza perdida en el sistema sanitario cubano para que encontrara una cura. A primera vista estos dos argumentos parecen contradictorios. Un lector podría caracterizar las acciones de Benjamín como el comportamiento

negligente de un adolescente que es incapaz de ver las consecuencias de sus actos, esperando que el gobierno pueda arreglar sus problemas más tarde. Otro lector podría ver un narrador que, en su afán por criticar al régimen, no nota la ineffectividad de estas críticas, ya que no se puede proponer que una enfermedad terminal sea la única resistencia posible ante el régimen, y después denunciar a dicho régimen por ser incapaz de curar dicha enfermedad. Aunque estas lecturas son válidas, la contradicción señalada también se puede leer como la incapacidad de Benjamín por elaborar un argumento que se imponga al aparato discursivo oficial, mostrando así a un personaje y una sociedad atrapados en la red retórica del régimen, y por lo tanto, no pueden articular un discurso de resistencia congruente. Nuevamente el lenguaje ha perdido su valor.

La situación de Patricia es un poco distinta. Como ella cuenta: “Nos empatamos, sabía que estaba enfermo. La primera vez que nos acostamos, él se puso el preservativo, se lo quité, quería darle una prueba de amor. No me interesa vivir sin casa, sin trabajo, sin...sin...vida” (93). La crítica al régimen en este caso tienen algunas de las características paradójicas ya mencionadas previamente. Patricia decide no usar condón como prueba de amor por Benjamín, una decisión que pone en evidencia su ingenuidad. Luego explica que la vida sin casa o sin trabajo no es vida. La oposición entre emociones y materialidad de nuevo parece disminuir la efectividad de la crítica. ¿Fue una prueba de amor o el último recurso en una vida sin valía? Sin embargo, Patricia, como Benjamín, no puede verbalizar una justificación coherente fuera del aparato discursivo del poder. Sus razones son las razones de una vida diaria llena de contradicciones, de decisiones emocionales en donde la racionalidad no encuentra lugar.

Michael Hardt y Antonio Negri encuentran que la biopolítica, vista desde la perspectiva foucaultiana, se puede interpretar “as the creation of new subjectivities that are present at once as

resistance and de-subjectification” (239), para ello proponen la noción de “evento biopolítico,” que “comes from the outside insofar as it ruptures the continuity of history and the existing order, but it should be understood not only negatively, as rupture, but also as innovation, which emerges, so to speak, from the inside” (240). Bajo esta propuesta, el contagio voluntario del VIH de Benjamín y Patricia, en el contexto de la Cuba de los noventa, se puede leer como un evento biopolítico por su capacidad para producir subjetividades y a la vez desestabilizar el orden existente. En este sentido, se invierte la asociación del virus con la muerte, aunque de forma temporal, y se le imprimen propiedades de fuerza productiva que, como se verá más adelante, impulsa mecanismos de resistencia.

Si bien en ambos casos la representación del contagio intencional repite algunos de los tópicos que se le han asociado, a saber, el contagio entre jóvenes roqueros y entre parejas como prueba de amor, se omiten ciertas asociaciones, notablemente con las drogas. Asimismo, en un periodo histórico dominado por la escasez, la novela evita cualquier referencia al tratamiento de los pacientes y a las ventajas a las que tendrían acceso Benjamín y Patricia, como seropositivos, en términos de alimentación y vivienda. También evita mencionar la discriminación enfrentada por portadores de VIH y enfermos de sida en la sociedad cubana de los noventa, un fenómeno que ha sido documentado por diversos estudiosos (Hamilton 45, Leiner 130). El énfasis se pone en la ingenuidad de los personajes y el profundo desencanto con la Revolución, un tema recurrente en la obra de Zoé Valdés (González-Abellás).

La relación entre la pareja y Raquel se estrecha por la convivencia continua, una cercanía que no pasa desapercibida para las autoridades. Así, cuando Raquel es capturada por la policía tras participar en una protesta espontánea, uno de los agentes le advierte: “Primera y última

advertencia: si sigues manchando la memoria de tu esposo, irás presa, con barriga y todo. ¡Basta de aguantar tus andanzas con facinerosos, sidosos y enemigos del proyecto revolucionario!”

(100). La contraposición entre el esposo muerto martirizado por el aparato estatal y el grupo de enemigos, entre los que se encuentran seropositivos, le sirve a Zoé Valdés para construir un discurso de resistencia que no sólo identifica a los afectados por el virus como sujetos subversivos, sino que además busca desarticular los mitos creados por la Revolución.

La muerte de Benjamín como consecuencia del sida desencadena el regreso de Patricia a su pueblo natal y la rebeldía activa de Raquel, quien finalmente decide intentar abandonar la isla en un bote. No obstante, su intento se ve medianamente frustrado, al ser interceptada por un barco estadounidense que la lleva a la Base Naval de Guantánamo. Ahí, Raquel da a luz a un par de gemelos a quienes nombra Benjamín y Patricia en honor a sus amigos. Este ritual de “reencarnación” de los enfermos pone de manifiesto el rechazo del carácter prescindible de los afectados por el VIH/sida. En otras palabras, a través del acto de reproducir el nombre de la pareja en los recién nacidos, Raquel reinscribe a la pareja en el devenir histórico y sugiere una vía de resistencia. La novela termina con madre e hijos viviendo en un campamento en la base estadounidense mientras esperan la solución de su situación migratoria, como si se tratara de un una especie de purgatorio.

La situación de crisis y carestía que enfrenta Raquel en *Cólera de ángeles*, y que la impulsan a dejar la isla, adquieren un tono escatológico bastante explícito en *Las bestias*, novela en la cual se niega la posibilidad del exilio y nuevamente el VIH/sida aparece como una amenaza, esta vez de manera mucho más evidente.

DE EXTERMINIO Y SANGRE CONTAMINADA: *LAS BESTIAS* DE RONALDO MENÉNDEZ

Rolando Menéndez empieza su carrera literaria como cuentista, siendo parte de la generación de los novísimos. De acuerdo con Elena Adell, Menéndez fue miembro fundador de El Establo, un grupo de jóvenes escritores, músicos y artistas que defendieron lo que se conocería como la “poética del escándalo,” expresión artística fundamentada en el performance a través de la cual buscaban “seducir y, al mismo tiempo, perturbar” (“Representaciones” 48). La vertiente literaria de esta propuesta estética, según Adell, “queda reflejada en lo que se ha llamado literatura *friqui*, que representa aspectos marginales de la juventud cubana, precisamente de las subculturas de los *friquis* y *rockeros*” (“Representaciones” 48), un género al que pertenece el cuento de Menéndez “La moneda, la bóveda, yo sólo trato de alcanzar,” ya discutido con anterioridad.

Los personajes en el margen son recurrentes en la obra de Ronaldo Menéndez, como en la de otros autores de la misma generación, y por lo general se sitúan en un espacio que, sin nombrarlo, puede ser reconocido por el lector de manera inconfundible como Cuba, y sobre todo La Habana. Reconocido por sus colecciones de cuentos, entre las que destacan *El derecho al pataleo de los ahorcados* (1997) y *De modo que esto es la muerte* (2002), Ronaldo Menéndez publica su primera novela, *La piel de Inesa*, en 1999. A ésta le siguieron *Las bestias* (2006) y *Río Quibú* (2008), anunciadas como parte de una trilogía en progreso. Respondiendo a su preocupación por el margen, el VIH/sida es un tema que se ha repetido en la producción literaria de Menéndez, incluyendo el ya mencionado “La moneda, la bóveda, yo sólo trato de alcanzar,” el cuento “Una ciudad, un pájaro, una guagua...” contenido en *El derecho al pataleo de los ahorcados*, así como la novela *Las bestias*.

La segunda novela de Menéndez comienza cuando Claudio Cañizares, un solitario profesor de filosofía del arte descubre por casualidad que un par de individuos lo quieren matar. La desoladora perspectiva de una muerte próxima empuja al profesor a buscar ayuda y consejo en un traficante de armas, mientras intenta averiguar el motivo detrás del futuro crimen. En un golpe de suerte, el profesor evade un par de atentados, asesinando a uno de sus perseguidores y capturando al otro. Tras torturar a su prisionero, éste último confiesa que los agentes forman parte de “una Sociedad Secreta encargada de eliminar a individuos contagiados del virus [de la inmunodeficiencia humana]” (167), un grupo que tiene como blanco al profesor desde su encuentro sexual con una prostituta seropositiva.

La novela está dividida en tres partes: la primera y más extensa es contada por un narrador testigo que se define a sí mismo como “Gordo-escritor-traficante de armas y otros objetos” (53); la segunda proviene del diario de Claudio Cañizares, y la tercera es un fragmento de la tesis doctoral de este último. A lo largo del texto hay un constante juego con el tiempo interno con el uso de analepsis y prolepsis que producen una sensación de vértigo en el lector. En cuanto al manejo de la intertextualidad en la obra, Rita De Maeseneer sugiere que Menéndez “acude a la autofagia literaria, o sea a un acto escritural canibalístico” (227), al señalar los préstamos explícitos que el autor hace de obras previas suyas, principalmente del cuento “Cerdos y hombres.” En su opinión, tanto el cuento como la novela “ponen en el centro de la atención la frontera borrosa entre ser humano y ser animal” (228), para lo cual la imagen del cerdo resulta clave.

Los habitantes de la ciudad en la que ocurren las acciones, entre ellos el profesor, se han dado a la tarea de criar cerdos en sus casas, como un recurso para enfrentar la escasez. Esta

medida fomenta un estado de descomposición general en donde abundan las referencias escatológicas. En la opinión de Laura Redruello, “Menéndez presents a city in the process of dehumanization where there is no living, only survival; a degraded life, lacking perspective and supposed ethics, moved not by sentiments but by needs of the flesh” (241). Este ambiente de putrefacción resulta particularmente sugestivo si tomamos en cuenta que es éste el trasfondo de la operación de limpieza emprendida por los agentes de la Sociedad Secreta. El antagonismo de estas dos representaciones patentiza una de las principales estrategias discursivas utilizadas en la novela: el oxímoron como subversión. Así, el perseguido se convierte en el perseguidor, la víctima en el verdugo.

Una de las pocas pistas que tiene Cañizares para descifrar su destino aparece en las primeras páginas de la novela: “La sangre, le temen a la sangre, han dicho: no quieren mancharse con mi sangre” (12), repite el profesor después de escuchar, debido a un cruce de llamadas telefónicas, la conversación en donde se anuncia su sentencia. La sangre como amenaza es un tema constante en representaciones literarias del VIH/sida por su valor simbólico. Desde el poder se mencionaba a la sangre contaminada como sinécdoque del cuerpo extranjero, principalmente imperialista, cuya presencia implicaba la infección de todo con lo que entraba en contacto. En consecuencia, la infección del profesor, aunque en este momento desconocida por él mismo, reafirma su posición de alteridad. Al mismo tiempo, el profesor inicia un proceso de integración con su entorno, del que se había mantenido aislado hasta el momento. La ironía es ineludible: sin saberlo, los vecinos del profesor empiezan a tratarlo con mayor familiaridad a medida que la enfermedad avanza y las fiebres asociadas con ésta se vuelven más frecuentes.

Antes de emprender el acecho de Cañizares, la pareja de integrantes de la Sociedad Secreta, Bill y Jack, deben eliminar al “agente infeccioso” antes de que siga propagando el virus, en este caso la prostituta conocida como la Rubia del *bacarat*, quien contagió al profesor. En la interacción de la pareja con la Rubia salen a relucir apreciaciones machistas de los asesinos que reproducen el discurso patriarcal: “Si no supiéramos que tienes sida hubiéramos caído como lo hizo ese infeliz que ahora tenemos que liquidar” (166). Sin embargo la novela empuja estos límites a conductas sexuales no normativas, por ejemplo, al sugerir una atracción homoerótica entre los dos victimarios y la posibilidad frustrada de un encuentro sexual entre los tres: “Qué pena, hubiera sido memorable hacer un trío con Jack y esta hembra. Lástima que esté jodida” (164). De no ser por la atracción que siente Bill por Jack, estas declaraciones serían bastante similares a las que encontramos en los cuentos menos logrados en *Toda esa gente solitaria*. Es decir, como parte del “acto escritural canibalístico,” el autor toma tópicos y los modifica para mostrar su contradicción.

Cuando está siendo asesinada, uno de los victimarios de la Rubia del *bacarat* le revela la razón de su muerte: “No es nada personal, dice Jack, es tu sangre. Estás más contaminada que una rata de laboratorio” (166). Aquí nuevamente se hace referencia a la peligrosidad de la sangre, mas en esta ocasión se presenta la noción de los enfermos como objeto de pruebas a la vez que se reafirma la condición prescindible de la Rubia por medio de su animalización. Esta estrategia será perseguida a lo largo de la novela con todos los personajes, quienes convergen en su animalidad. No obstante, también persisten, y en ocasiones se amplifican, algunos rasgos propios del ser humano, por lo general perniciosos, entre los que sobresalen el racismo y la tortura. Por ejemplo, cuando Cañizares captura a su victimario, lo somete a un proceso de

degradación diaria, al hacerlo vivir en el baño junto a un cerdo en engorda y hacer luchar a estos dos por la misma comida, mientras le lanza epítetos racistas.

En su influyente artículo “Necropolitics,” Achille Mbembe reconoce la posibilidad de que una variante biopolítica, o el poder sobre la vida, evolucione en lo que él ha llamado necropolítica. Informado por las ideas de Foucault y Agamben, Mbembe propone que, en esta situación, “power (and not necessarily state power) continuously refers and appeals to exception, emergency, and a fictionalized notion of the enemy” (16), legitimizando el uso de la violencia y el derecho de matar. Desde este punto de vista, en *Las bestias* encontramos retratado un Estado necropolítico que permite el accionar de grupos como el de la Sociedad Secreta Abakuá. Paradójicamente, este mismo sistema abre la posibilidad de que Cañizares asesine a uno de sus perseguidores, y torture y descuartice al otro, para luego dárselo de alimento al cerdo que está criando en su baño, todo en completa impunidad, al menos en lo que al aparato de control respecta.

Al realizar una lectura de Georges Bataille, Achille Mbembe propone que una forma de reafirmar el poder soberano en un Estado necropolítico se da al ignorar las prohibiciones:

Since the natural domain of prohibitions includes death, among others (e.g., sexuality, filth, excrement), sovereignty requires “the strength to violate the prohibition against killing, although it’s true this will be under the conditions that customs define.” And contrary to subordination that is always rooted in necessity and the alleged need to avoid death, sovereignty definitely calls for the risk of death. (16)

Bajo esta perspectiva, Claudio Cañizares resiste la subordinación a la que es sometido, exhibiendo la paradoja de un sistema que permanece impávido ante la crueldad del profesor. No obstante, Cañizares debe enfrentar un nuevo adversario: “Pero ahora no se trataba de un enemigo al cual podría enfrentarme con un arma automática, sino de un retrovirus hipócrita, moralista, implacable. Lo sentí avanzando por mi sangre, como si la sola conciencia del hecho me fuera transformando: de modo que esto es la muerte” (167). Es decir, el virus adquiere un carácter redentor en una sociedad que ha perdido la capacidad para distinguir entre el bien y el mal.

En la confesión que Bill le hace a su captor, el primero declara antes de ser destajado: “Tenemos una red de informantes en hospitales, bancos de sangre y hasta en la finca Los Cocos. Ni siquiera estamos seguros si actuamos a espaldas del Estado o se hacen los de la vista gorda. Por el bien de todos” (167). Al esfumar la línea que separa este escuadrón de la muerte y el aparato de gobierno, la novela desestabiliza las estructuras de poder y, en términos prácticos, institucionaliza las acciones de este grupo. Elena Adell opina que “*Las bestias* se convierte en un minucioso estudio sobre los mecanismos de poder para subyugar, para justificarse y para reafirmarse basándose en la creación y perpetuación de lo ficticio” (“Hacia” 100). En otras palabras, el poder se borra a sí mismo al buscar convertir la realidad en ficción de manera constante. Así, cuando el agredido se vuelve torturador se muestran las incoherencias del sistema y su estado de crisis.

Como se ha visto, las obras analizadas comparten temas y símbolos como la epidemia de VIH/sida, la autoinoculación del virus, el rock, la medicina y el sistema de salud cubanos, así como los sanatorios en donde la enfermedad era tratada, en específico “Los Cocos.” Estas obras responden y, en algunos casos subvierten, algunos de los discursos hegemónicos sobre la

enfermedad en circulación en los ochenta y noventa. Las respuestas literarias a los discursos de poder sobre el VIH/sida en Cuba que encontramos en los dos volúmenes de cuentos discutidos resultan en ciertas ocasiones problemáticas y, en otras, un tanto ambiguas. Como se ha discutido, un número importante de las historias en *Toda esa gente solitaria* giran alrededor del cuerpo femenino como amenaza para el “hombre nuevo” cubano, una representación enraizada en el discurso posrevolucionario oficial. Al tratar el tema de identidades sexuales no normativas, destaca el rol de la figura del bisexual masculino. Sin embargo, dada la tendencia histórica de invisibilizar la bisexualidad en la dicotomía heterosexual/homosexual, diversos críticos no han reconocido el verdadero potencial crítico de esta figura en la colección. Lo cierto es que a veces los propios autores, como en el caso de José Miguel Sánchez Gómez “Yoss” y su cuento “En la diversidad,” caen víctimas de la retórica oficial y dificultan una lectura subversiva.

Ya en *Toda esa gente solitaria* encontramos referencias al caso de jóvenes que se inyectaron el virus deliberadamente a finales de los ochenta, un suceso que causó revuelo en la prensa internacional de la época y que reaparecerá en el cuento de Fraga “Mi violencia es vivir” y en la novela *Cólera de ángeles* de Zoé Valdés. En este caso, el cuento “La moneda, la bóveda, yo sólo trato de alcanzar” de Ronaldo Menéndez destaca la asociación entre el rock, las drogas y el contagio voluntario como agentes externos, una visión alineada con la retórica oficial. Por su parte, el texto de Miguel Ángel Fraga “¡Ay Virgilio!,” que cierra tanto esta colección como la del propio autor *No dejes escapar la ira*, problematiza algunos de los discursos difundidos por el régimen castrista, entre ellos los referentes al énfasis en las estadísticas de salud y la reclusión forzada durante los primeros años del sida en la isla.

Oscar Fernández opina sobre *Toda esa gente solitaria* que “[i]f the stories themselves begin to generate accounts of people with AIDS as victims of their own pleasures, the prologue and the short stories in the compendium serve to legitimize in fiction the ‘scientific reasons’ for isolating those with AIDS” (130). Y en efecto, a pesar de esfuerzos individuales por explorar el tema del VIH/sida en Cuba de manera crítica, el prólogo y la labor de selección de los editores contribuyen a despertar cierto escepticismo en el lector. En este sentido, *No dejes escapar la ira* de Miguel Ángel Fraga ofrece una experiencia de lectura menos tendenciosa, o al menos con una agenda política que no resulta tan evidente.

En *No dejes escapar la ira*, resultan de particular interés los cuentos que describen las interacciones de los pacientes con el aparato de poder, interacciones que permiten vislumbrar fracturas en este último y, por tanto, posibilidades de resistencia. En el cuento “No dejes escapar la ira” resurge el tema de la bisexualidad masculina como elemento subversivo en el sistema sanatorial, mientras que en “En alguna pared está escrito tu nombre” nos encontramos con la figura del acompañante como personaje paradójico por los lazos que se crean entre los pacientes y este representante del Estado. Sin embargo, como en muchos de los cuentos de *Toda esa gente solitaria*, en esta colección también encontramos historias que se alinean con la retórica oficial sin problematizarla. Tal es el caso de “Mi violencia es vivir,” en donde se repite el tópico que asocia el rock, las drogas y el contagio deliberado con el arrebato juvenil, esta vez enmarcado por apreciaciones en donde subyace el discurso patriarcal. No obstante, al reconocer la necesidad de múltiples perspectivas para acercarse a la experiencia del VIH/sida, tanto la colección de Fraga como *Toda esa gente solitaria* se posicionan contra una narrativa hegemónica que busque homogeneizar la experiencia de todos a quienes ha afectado el virus.

En *Cólera de ángeles*, Zoé Valdés presenta el tema del contagio voluntario del VIH como parte de una crítica más general del sistema político y de las condiciones de vida en la Cuba del Periodo Especial. Aquí se retoma el discurso del virus como un agente venido desde afuera para resignificarlo. En la novela de Valdés la presencia del virus se asocia con una fascinación por los infectados, quienes destacan por su capacidad para hablar de los problemas que los afectan sin tapujos, en contraposición con el resto de la población. Además se subvierte la retórica de la autoinoculación al imprimirle elementos de protesta, impugnar la formación de mitos revolucionarios y evidenciar la dificultad para elaborar discursos de resistencia congruentes dentro del mismo aparato de poder.

Por su parte, en su segunda novela, Ronaldo Menéndez recurre a la imagen del VIH/sida para explorar los límites borrosos entre la humanidad y la animalidad, mediante una estrategia que es sobre todo antagónica. En *Las bestias* encontramos una sociedad en estado de degradación con referencias constantes a la bestialidad de los personajes, al mismo tiempo que magnifican algunas de las conductas más infames del ser humano, entre ellas el racismo y la tortura. Asimismo, se sugiere la existencia de un Estado necropolítico que perpetúa el estado de excepción y, con éste, el uso de la violencia. Un contexto en el que el VIH/sida tiene la doble función de amenaza y redención.

Todas estas producciones literarias se insertan en la red de discursos sobre la enfermedad puesta en circulación desde el poder. En el caso del castrismo en Cuba, las construcciones de la medicina, la salud y la enfermedad forman uno de los pilares sobre los que descansa el régimen mismo, por lo que cualquier referencia a dichos temas en la isla se convierte necesariamente en una cuestión política. Como hemos visto, los autores estudiados, en mayor o menor medida, ven

en las representaciones del VIH/sida una oportunidad para entablar una discusión sobre cuestiones que van más allá de la enfermedad en sí, poniendo sobre la mesa asuntos como los roles de género, las sexualidades no normativas, los derechos individuales y las posibilidades de enunciación desde el margen. En este sentido, la perspectiva de la biopolítica ha resultado útil para llevar todos estos discursos al plano de las relaciones de poder sobre la vida y, por ende, sobre la muerte, un plano inescapable en el autoritarismo.

Notas

¹ El acuerdo, firmado cinco semanas después de la reelección de Ronald Reagan, establecía la repatriación de 2 746 “marielitos” a una tasa de 100 personas por mes (De la Cova 384).

² El llamado Periodo Especial inicia en 1991 con la caída de la Unión Soviética, durante el cual la situación económica de la isla entró en una profunda crisis. En este periodo el régimen de Castro impulsa diversas reformas para hacer frente a la situación, entre las que se incluyeron la promoción de Cuba como destino turístico internacional y el incremento en la dependencia de remesas de cubanos en el extranjero (Eckstein).

³ La Ley Helms-Burton, firmada por el presidente estadounidense Bill Clinton en 1996, reforzaba el embargo en contra de Cuba en efecto por tres décadas, con el fin de ejercer mayor presión económica sobre el gobierno de Castro. Entre las medidas más criticadas estaba la posibilidad de demandar a ciudadanos y empresas extranjeras con presencia en los Estados Unidos por tener relaciones comerciales con el régimen de la isla, una medida que muchos juzgaron como una violación al derecho internacional (Roy 2).

⁴ Ricardo Arrieta y Ronaldo Menéndez aparecen en la antología de Redonet *Los últimos serán los primeros*, colección inaugural de autores “novísimos.” Además estos dos autores publican a cuatro manos la colección de cuentos *Alguien se va lamiendo todo* (1997).

⁵ La Federación de Mujeres Cubanas (FMC) surgió en 1960 y agrupó a todas las organizaciones femeninas bajo protección del Estado con el fin de lograr mayor igualdad de género en la sociedad cubana.

⁶ De hecho, el proceso de internación se volverá un punto de debate en los diferentes textos que abordarán el tema. Por un lado, textos como el de Yoss representarán el ingreso voluntario como un acontecimiento libre de burocracia y violencia estatal, por otro, en obras como la cinta *Azúcar amarga* el ingreso al sanatorio se dará de manera forzada y tendrá tintes de secuestro.

⁷ Un volumen con entrevistas que el mismo Fraga realizó y que fue publicado en 2008.

Consideraciones finales

En su ya clásico *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, Juan José Linz propone una tipificación de regímenes no democráticos alrededor del mundo, identificando algunas características compartidas y matizando casos específicos. Dentro de la tipología de Linz, los tres regímenes objeto de este estudio se encuentran en clasificaciones bastante disímiles aunque comparten el culto por la personalidad del dictador. Por ejemplo, el régimen de Porfirio Díaz es descrito como “on the boundaries between sultanistic and the military-bureaucratic authoritarian regime” (156), sustentado en alianzas del gobierno central con estructuras de poder a nivel local que se podían clasificar como sistemas de caciquismo y coronelismo. En la España de Franco, Linz observa un primer periodo “pre-totalitario fascista,” seguido por un sistema en donde se mezclan elementos de autoritarismo militar-burocrático, autoritarismo de partido único (192) y, más tarde, estatismo orgánico (215). En cuanto a Cuba, Linz señala las distintas fases por las que ha transitado la Revolución cubana, desde sus inicios como “a provisional government that some hoped would lead to democracy, to the consolidation of a dictatorship that in the 1970s could fit perfectly into the totalitarian type, to a process of transition to post-totalitarianism by decay, societal conquest, and partial and reluctant liberalization” (10). A pesar de estas diferencias, en momentos históricos definidos, estos tres regímenes desarrollaron aparatos retóricos de control en donde la enfermedad tomó un lugar preponderante.

A finales del siglo XIX, la medicina se consolidaba en México como la expresión por antonomasia del saber científico y, por lo tanto, símbolo del progreso nacional enarbolado por los llamados intelectuales “científicos.” Desde este grupo, altamente influyente en la

administración porfirista y movido por las ideas del positivismo, se impulsó una conexión directa entre la medicina y la práctica judicial, proyectando la enfermedad del campo individual al social. Bajo esta perspectiva, la clase en el poder se encargó de identificar a aquellos individuos que representaban una amenaza para la sociedad como organismo: generalmente sujetos en los márgenes que ponían en peligro el sistema de “orden y progreso,” incluyendo a prostitutas, alcohólicos y enfermos mentales. Dicha clase gobernante se declaró como la única capaz de combatir estas amenazas. Para ello, la medicina se incorporó en el aparato de control oficial y numerosos principios higienistas pronto se vieron reflejados en leyes y códigos civiles, penales y sanitarios. Además, se emprendió la construcción de grandes y modernas instituciones para la reclusión de dichas amenazas, como el Manicomio General La Castañeda.

Desde la literatura, el rol trascendental de la medicina durante el porfiriato fue contestado en su momento por la narrativa naturalista. Si bien el naturalismo en México no tuvo el mismo impacto que en otros países, por ejemplo Argentina, sí formó parte del proyecto literario de uno de los narradores mexicanos más populares de principios del siglo XX: Federico Gamboa; aunque también otros autores, como Salvador Quevedo y Zubieta, rescataron las propuestas de este movimiento literario. En su novela *Santa*, Gamboa pone en evidencia la corrupción de diversos mecanismos de control porfiriano relacionados con la enfermedad en donde se hacen patentes los abusos del poder, como las inspecciones sanitarias a prostíbulos o los hospitales a los que comúnmente eran llevadas las prostitutas. Asimismo, como es común en obras influidas por el naturalismo, los médicos que no están en constante interacción con los grupos marginales poseen un saber mitificado e inalcanzable, perteneciendo a un círculo ajeno a la esfera cultural del resto de la población. Por su parte, la novela de Quevedo y Zubieta, *La camada*, tiene como

espacio central la Sección Médica de una comisaría en la Ciudad de México, una heterotopia foucaultiana, desde donde se gesta el atentado fallido contra Porfirio Díaz. El agresor, Arnulfo Arroyo, sufre de un alcoholismo patológico que lo lleva constantemente a ser internado en este lugar. Ahí, y como resultado de delirios inducidos por el alcohol, es convencido de llevar a cabo la agresión al dictador. En ambas novelas, la corrupción del sistema porfiriano es una constante, pero también lo es la esperanza depositada en ciertos sectores de la comunidad médica.

Las novelas de Gamboa y Quevedo y Zubieta funcionan como referentes narrativos en las obras sobre el porfiriato *Nadie me verá llorar*, de Cristina Rivera Garza, y *Expediente del atentado*, de Álvaro Uribe, respectivamente. Entablando un diálogo intertextual con *Santa* a través de referencias explícitas y temas compartidos, *Nadie me verá llorar* retoma aspectos como el de las inspecciones sanitarias para sugerir posibilidades de resistencia física y retórica, con personajes que se enfrentan al aparato oficial con éxito. Además, la novela busca activamente desmitificar el rol de los médicos en particular, y la medicina en general, ya sea presentando a galenos incompetentes y adictos, o a través de la representación paradójica de una protagonista que es prostituta, interna de un hospital para enfermos mentales y, en determinado momento de su vida, una popular practicante ilícita de la medicina. En *Expediente del atentado* se retoma nuevamente el tema del ataque fallido a Díaz en el aniversario de la Independencia de México, planteando la fecha como una heterocronía foucaultiana, haciendo énfasis en la conspiración detrás del atentado y reconstruyendo la figura del agresor. A diferencia de *La camada*, aquí se niega la embriaguez de Arroyo como elemento corruptor y se presenta en cambio como un individuo con agencia política. Conjuntamente, el autor hace un esfuerzo importante por minimizar la relevancia de la medicina en este periodo histórico, negándole el rol central del que

goza en *La camada* y convirtiéndola en una cuestión circunstancial, aun cuando se sugiere que el texto es la novela que Federico Gamboa planeó escribir pero nunca lo hizo. La revisión del porfiriato y de la producción literaria de aquella época que tanto Rivera Garza como Uribe emprenden en estas dos obras tiene implicaciones que van más allá de la memorización histórica. Ambas novelas no solamente reevalúan el legado político, histórico y cultural de un régimen que motivó la Revolución de 1910, sino que indagan en el acontecimiento más determinante en la formación de la identidad nacional mexicana contemporánea. Al establecer un diálogo con la producción literaria de aquella época, y trazar conexiones entre este periodo histórico y sus propios contextos, estas dos novelas problematizan uno de los principales mitos creados por el sistema presidencialista: que el movimiento armado había puesto fin a las prácticas represivas del porfiriato.

Como en el México de Porfirio Díaz, cuando Francisco Franco llega al poder en España tras la guerra civil, los discursos médico y judicial confluyeron en una serie de leyes que relacionaron principios de higiene y salud pública con las bases ideológicas del régimen. En la práctica, dichas leyes institucionalizaron medidas de represión amparándose en la propagación de enfermedades infecciosas como la tuberculosis. En un primer momento, desde el poder se defendió una postura de confrontación que asociaba al bando perdedor con la enfermedad, destacando su falta de higiene, moralidad corrompida e incapacidad para gobernar. Hacia mediados de la década de los cuarenta, esta retórica empezó a ser gradualmente sustituida por otra de carácter estadístico que transformó metonímicamente a los afectados por la tuberculosis en “camas.” Ya no se hablaría de número de enfermos o muertos como resultado de la tuberculosis, sino de camas necesarias, disponibles y por construir, en una operación de

saneamiento lingüístico que tuvo como figuras centrales la metonimia —la cama como representación del enfermo— y la sinécdoque —la cama en reemplazo de las instituciones de asistencia—. Estas estrategias discursivas quedan retratadas, y en algunos casos problematizadas, en diversas obras literarias que tratan el tema de la tuberculosis durante la primera etapa del franquismo.

Publicada por primera vez en 1943, la novela de Camilo José Cela *Pabellón de reposo* se desarrolla en un sanatorio antituberculoso en donde los pacientes han sido despojados de su identidad y ahora son identificados por el número de cuarto que ocupan. Si bien esta objetivización reproduce una de las estrategias discursivas del régimen, al mismo tiempo pone en evidencia la perversión de dicha táctica, al patentizar el sufrimiento de los internos. La novela *El mar*, del escritor mallorquín Blai Bonet, tiene en común con la obra de Cela temas, espacios y temporalidad. Con el sanatorio para tuberculosis también en un rol principal, Bonet explora cuestiones relacionadas con la sexualidad, la religión, la violencia y el mal desde la perspectiva de los afectados por la tuberculosis, posturas a menudo en conflicto con la red de discursos del poder sobre dicha enfermedad. A diferencia de *Pabellón de reposo*, en *El mar* los personajes se resisten a perder su identidad cuando son internados e inclusive la siguen formando dentro de la institución. En este caso, el autor plantea la posibilidad de resistencia a través de la trasgresión de la rutina impuesta por la reclusión, llevada incluso a extremos criminales.

Más recientemente, Manuel Rivas y Emili Teixidor vuelven al periodo de la posguerra temprana con novelas que encuentran en las representaciones de la medicina y la tuberculosis una vía para deconstruir la historiografía franquista. En *El lápiz del carpintero*, la figura del doctor Da Barca se concibe como una alternativa a los mitos oficiales a través de la mitificación

del personaje mismo. En cuanto al sanatorio para tuberculosos, si bien se silencia la voz y experiencia de los enfermos, éste se expone como un espacio que posibilita la resistencia en términos bastante explícitos, pues desde aquí Da Barca dirige por un tiempo una célula rebelde. La novela de aprendizaje de Emili Teixidor *Pan negro*, como las otras tres ya mencionadas, vuelve a retomar el espacio del sanatorio, esta vez para plantear dos realidades contrastantes: la de Andrés y su familia, afectada por la represión y carestía de la posguerra temprana, y la de los tuberculosos al cuidado de los monjes, representados como miembros de familias pudientes. Como en *El mar*, en esta obra de Teixidor la enfermedad convive con temas como el despertar sexual, la religión, la violencia y el mal, aunque en este caso las diferencias de género y, sobre todo, de clase adquieren mayor relevancia. De hecho ha sido posible leer los cambios experimentados por Andrés desde la propuesta de Antonio Negri sobre la formación del monstruo en la sociedad occidental como efecto de la lucha de clases y rechazo a construcciones eugenésicas.

El sanatorio también funciona como eje del aparato retórico del poder, y espacio de disputa en obras literarias, tras la llegada del VIH/sida a Cuba en los años ochenta. Como durante el porfiriato y el franquismo, la enfermedad para el régimen de Castro representó un peligro que era necesario enfrentar de manera decisiva. Y como en México y España, se implementaron medidas de control social para enfrentar dicha amenaza. En un primer momento, desde la cúpula se asoció al virus con el imperialismo norteamericano, para lo cual la sinécdoque —la sangre enferma por el cuerpo extranjero— y la metonimia —la sangre contaminada como la corrupción estadounidense— resultaron figuras útiles. El carácter foráneo de la enfermedad a su vez dio pie a una narrativa que descalificaba las posibles críticas desde adentro, como en el caso de los

jóvenes que a principios de los noventa se inyectaron el virus de manera intencional, y que el régimen minimizó en todo momento, al tachar sus gustos —por el rock y las drogas—, apariencia y comportamiento como socialmente disfuncionales, irresponsables y extranjerizantes. El paternalismo gubernamental encontró su punto máximo en el aislamiento obligatorio al que fueron sometidos los portadores del VIH, enfermos de sida o no, una norma que a pesar de haberse relajado con prontitud tendría un gran impacto en las representaciones de la enfermedad en producciones culturales sobre el tema.

Desde la isla, las colecciones de cuentos *Toda esa gente solitaria: 18 cuentos cubanos sobre el SIDA*, en donde predominan los textos de escritores de la generación de los novísimos, y *No dejes escapar la ira*, de Miguel Ángel Fraga, exploran diversos aspectos de la problemática enfrentada por pacientes, familiares y trabajadores de la salud. Aunque algunos de los relatos no logran superar tópicos enraizados en el sistema heteronormativo patriarcal emanado de la Revolución, en otros se logra entrever opciones de resistencia que incluyen la representación de identidades sexuales no normativas, el rock y las drogas, así como la relación que se establece entre los acompañantes y los pacientes una vez que la cuarentena forzosa se empieza a flexibilizar. En los dos volúmenes está presente la preocupación por retratar la experiencia de aquellos afectados por el virus desde diferentes puntos de vista, reconociendo en la multiplicidad de historias un mecanismo para desafiar la construcción de una narrativa hegemónica sobre esta enfermedad.

Desde fuera de Cuba, Zoé Valdés y Ronaldo Menéndez también emprenden una labor crítica que incorpora al VIH/sida. En *Cólera de ángeles*, el contagio intencional del virus se describe como una vía para escapar de la represión y las carencias del Periodo Especial. A través

de la historia de una pareja seropositiva, se defiende el carácter subversivo de la enfermedad como fuerza productora de subjetividades, recurriendo a términos de Hardt y Negri, en un sistema sustentado en la mitificación de su propia capacidad médica y el “fetichismo estadístico.” Con un enfoque más radical que recurre a lo escatológico, Ronaldo Menéndez utiliza la antítesis y el oxímoron para evidenciar las contradicciones de un espacio y un tiempo sin nombrar, pero en los que se reconoce a La Habana del Periodo Especial. El VIH en este caso sirve para denunciar la legitimización del uso de la violencia y el derecho de matar dentro de un Estado que se podría calificar de necropolítico, de acuerdo con el marco teórico propuesto por Achille Mbembe. En ambos casos, se deja atrás la narrativa del enfermo cuya vida gira alrededor del sanatorio, predominante en las colecciones de cuentos discutidas con anterioridad.

Uno de los temas más frecuentes en las obras literarias analizadas es el de los espacios físicos y temporales como un lugar de enunciación que posibilita la resistencia. En este sentido, los espacios desafían discursos hegemónicos al presentarlos de maneras inesperadas y destacar su diferencia intrínseca, por lo que funcionan como heterotopias foucaultianas. Estas heterotopias van desde las que Foucault calificó como de crisis (el hotel para la luna de miel en *El lápiz del carpintero*) y de discontinuidad temporal o heterocronías (el aniversario de la Independencia de México en *La camada* y *Expediente del atentado*), hasta las más abundantes heterotopias de desviación que incluyen: los hospitales y el burdel en *Santa*; el manicomio y la casa de prostitutas en *Nadie me verá llorar*; la Sección Sanitaria dentro de la comisaría en *La camada*; el sanatorio para tuberculosos en *Pabellón de reposo*, *El mar*, *El lápiz del carpintero* y *Pan negro*, y el sanatorio para afectados por el VIH/sida en *Toda esa gente solitaria* y *No dejes escapar la ira*. Estos espacios se convierten en espacios de disputa, desde donde se reproducen,

contestan y subvierten discursos hegemónicos, y se abre la posibilidad de poner en circulación discursos alternativos.

La inestabilidad asociada con la identidad del enfermo es también un tema recurrente. En este sentido, los conceptos de *homo sacer* y estado de excepción de Giorgio Agamben han sido útiles para el análisis de sujetos en constante lucha por preservar su identidad. En algunas de las obras anteriores, y como consecuencia de su padecimiento, los enfermos han perdido su valor como ciudadano político (*bíos*) y han sido reducidos a sus cuerpos (*Santa, La camada, Pabellón de reposo*). Sin embargo, en otras ocasiones, la conciencia de esta presión objetivizante desde el poder permite que a través de la enfermedad, o su negación, se oponga cierta resistencia (*Nadie me verá llorar, Expediente del atentado, El mar, No dejes escapar la ira, Cólera de ángeles, Las bestias*). Lo cierto es que, en mayor o menor grado, la figura del enfermo pone en evidencia el aparato retórico del poder y, en ocasiones, permite articular contradiscursos que cuestionan y subvierten las construcciones de la enfermedad elaboradas por el autoritarismo.

Haciendo una lectura biopolítica del siglo pasado, como parte de una discusión más general sobre la relación entre filosofía e historia y el rol de regímenes totalitaristas como el nazi, Roberto Esposito afirma que:

the twentieth century, and indeed the entire course of modernity, is determined or decided not by the superficial and contradictory antithesis between totalitarianism and democracy but instead by the much deeper antithesis (because it has to do with the preservation of life) between history and nature, between the historicization of nature and the naturalization of history. (*Terms* 107)

Es bajo esta perspectiva que la relación entre autoritarismo y enfermedad, así como sus representaciones literarias, cobran mayor relevancia, pues no se trata de anécdotas, aunque dolorosas, circunscritas a un pasado y regímenes ya extintos, sino de demostraciones de la relación indivisible entre historia y *bíos* (vida humana como categoría política), con resonancias ineludibles en el presente. Cuando autores como Cristina Rivera Garza y Álvaro Uribe retoman el porfiriato, y Manuel Rivas y Emili Teixidor vuelven a la posguerra, sus obras ofrecen una visión contemporánea de debates sobre el ejercicio del poder sobre la vida que se resisten a perder vigencia. En el caso cubano, los autores se encuentran en un momento histórico cuando el aparato retórico del régimen se halla en plena acción, un punto crítico para la gestación y transformación de los discursos historiográficos y de identidad asociados. Así, el análisis desde la biopolítica nos ha permitido descifrar mecanismos discursivos, hegemónicos y contrahegemónicos, que pueden llegar a trascender tanto padecimientos específicos, como fronteras geográficas y temporales.

Bibliografía

- Adell, Elena. "Hacia una estética de lo violento en *Las bestias* de Ronaldo Menéndez y en *La sombra del caminante* de Ena Lucía Portela." *Cuban Intersections of Literary and Urban Spaces*. Ed. Carlos Riobó. Albany, NY: SUNY Press, 97-111. Impreso.
- . "Representaciones del intelectual en la literatura de los novísimos escritores cubanos: Ronaldo Menéndez, Ricardo Arrieta y la agrupación El Establo." *Chasqui* 39.1 (2010): 45-63. Impreso.
- Agamben, Giorgio. *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*. Trad. Daniel Heller-Roazen. Stanford: Stanford University Press, 1998. Impreso.
- . *State of Exception*. Trad. Kevin Attell. Chicago: University of Chicago Press, 2005. Impreso.
- Agostoni, Claudia. "El arte de curar: deberes y prácticas médicas porfirianas." *Modernidad, tradición y alteridad: la ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*. Eds. Claudia Agostoni y Guerra E. Speckman. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001. Impreso.
- . "Las delicias de la limpieza: La higiene en la Ciudad de México." *Historia de la vida cotidiana en México, IV. Bienes y vivencias: El siglo XIX*. Ed. Anne Staples. México, D.F.: El Colegio de México, 2005. Impreso.
- . "Médicos científicos y médicos ilícitos en la Ciudad de México durante el porfiriato." *Estudios de historia moderna y contemporánea de México* 19 (2000): 13-31. Impreso.
- . *Monuments of Progress: Modernization and Public Health In Mexico City, 1876-1910*. Calgary: University of Calgary Press, 2003. Impreso.

- Aguilar Fernández, Paloma. *Políticas de la memoria y memorias de la política*. Madrid: Alianza Editorial, 2008. Impreso.
- Aínsa, Fernando. “La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana.” *Cuadernos Americanos* 28 (1991): 13-31. Impreso.
- Álamo Felices, Francisco. *El tiempo en la novela. Las categorías temporales en El lápiz del carpintero de Manuel Rivas*. Almería: Universidad de Almería, Servicio de Publicaciones, 2002. Impreso.
- Allbritton, Dean. *Live Cultures: Illness, Mortality, and Masculinity in Contemporary Spanish Film*. Diss. Stony Brook University, 2011. Ann Arbor: UMI, 2012. Impreso.
- . “On Infirm Ground: Masculinity and Memory in *El mar*.” *Post Script: Essays in Film and the Humanities* 31.3 (2012): 58-70. Impreso.
- Altman, Lawrence K. “Europe Supplying Blood for the U.S.” *The New York Times*. 5 Sep. 1989. Web. 3 Ene. 2014.
- Anderson, Tim. “HIV/AIDS in Cuba: A Rights-Based Analysis.” *Health and Human Rights* 11.1 (2009): 93-104. Impreso.
- Andres del Pozo, Natalia. “*Pa negre*: Lobos con piel de cordero o la expulsión de una Arcadia soñada.” *Hispanet Journal* 5 (2012): 1-32. Digital.
- Ara, Guillermo. *La novela naturalista hispanoamericana*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1965. Impreso.
- Aulet, Jaume. “Ressenyes: Emili Teixidor, *Pa negre*; Jaume Cabré, *Les veus del Pamano*; Carme Riera, *La meitat de l'ànima*.” *Els Marges* 74 (2004): 105-110. Impreso.
- Azúcar amarga*. Dir. León Ichaso, 1996. Filme.

- Ballester Artigues, Teresa. "La repressió de la Guerra Civil i la postguerra a Dénia." *Aguaits* 6 (1991): 63-88. Impreso.
- Báguena Cervellera, María José. *La tuberculosis y su historia*. Barcelona: Fundación Uriach 1838, 1992. Impreso.
- Barthes, Roland. "The Death of the Author." *Image-Music-Text*. Trad. Stephen Heath. New York: Hill and Wang, 1977. 142-148. Impreso.
- Bautista-Botello, Mara E. "Escritura como re-visión: Imágenes y memoria en *Nadie me verá llorar*." *Revista de literatura mexicana contemporánea* 12.30 (2006): xxi-xxv. Impreso.
- Bejel, Emilio. *Gay Cuban Nation*. Chicago: University of Chicago Press, 2001. Impreso.
- Benítez Franco, Bartolomé. *El problema social de la tuberculosis*. Madrid: Gráficas Afrodisio Aguado, 1940. Impreso.
- Benjamin, Thomas y Marcial Ocasio-Meléndez. "Organizing the Memory of Modern Mexico: Porfirian Historiography in Perspective, 1880s-1980s." *Hispanic American Historical Review* 64.2 (1984): 323-364. Impreso.
- Blasi, Alberto Oscar. *Los fundadores: Cambaceres, Martel, Sicardi*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1962. Impreso.
- Boleto al paraíso*. Dir. Gerardo Chijona, 2010. Filme.
- Bonet, Blai. *El mar*. Trad. Eduardo Jordá. Barcelona: Plaza & Janés, 1999. Impreso.
- Boym, Svetlana. *The Future of Nostalgia*. New York: Basic Books, 2001. Impreso.
- Brotherton, Pierre Sean. "Macroeconomic Change and the Biopolitics of Health in Cuba's Special Period." *Journal of Latin American Anthropology* 10.2 (2005): 339-369. Impreso.

- Brushwood, John S. *Una especial elegancia: Narrativa mexicana del porfiriato*. México, D.F.: Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura/UNAM, 1998. Impreso.
- Bundgård, Ana. "Registros de la imaginación utópica en la ficción memorialista española actual: *El lápiz del carpintero, Soldados de Salamina y Anatomía de un instante*." *La memoria novelada*. Eds. Hans Lauge Hansen y Juan Carlos Cruz Suárez. Bern: Peter Lang, 2012. Impreso.
- Callis, April S. "Playing with Butler and Foucault: Bisexuality and Queer Theory." *Journal of Bisexuality* 9.3-4 (2009): 213-233. Impreso.
- Cámara, Madeline. *La letra rebelde: Estudios de escritoras cubanas*. Miami: Ediciones Universal, 2002. Impreso.
- Carballo, Emmanuel. *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1991. Impreso.
- Castro, Percio B. *De la península hacia Latinoamérica: El naturalismo social en Emilia Pardo Bazán, Eugenio Cambaceres y Alusio de Azevedo*. New York: Peter Lang, 1993. Impreso.
- Castro Ricalde, Maricruz. "Nadie me verá llorar de Cristina Rivera Garza: Cuestionando el proyecto de nación." *Revista de literatura mexicana contemporánea* 11.26 (2005): vi-xii. Impreso.
- Castro Ruz, Fidel. "Castro Addresses Close of Health Conference." *Castro Speech Data Base*. Latin American Network Information Center, 20 Mar. 1991. Web. 1 Ene. 2014.
- . "Castro Discusses Immigration Agreement with U.S." *Castro Speech Data Base*. Latin American Network Information Center, 18 Dic. 1984. Web. 31 Dic. 2013.

- . "Castro's Science Day Ceremony Speech." *Castro Speech Data Base*. Latin American Network Information Center, 22 Ene. 1990. Web. 1 Ene. 2014.
- . "Discurso pronunciado en el acto de inauguración de la planta de vacunas del Instituto 'Carlos J. Finlay.'" *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 3 Dic. 1993. Web. 2 Ene. 2014.
- . "Discurso pronunciado en el acto de inauguración del Centro de Inmunoensayo." *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 7 Sep. 1987. Web. 31 Dic. 2013.
- . "Discurso pronunciado en el acto de masas celebrado en el palacio de los deportes de la ciudad de Pyongyang, República Popular Democrática de Corea." *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 11 Mar. 1986. Web. 31 Dic. 2013.
- . "Discurso pronunciado en el acto por el XXXV aniversario de la campaña de alfabetización." *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 22 Dic. 1996. Web. 2 Ene. 2014.
- . "Discurso pronunciado en la VIII Conferencia Cumbre del Movimiento de Países No Alineados." *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 2 Sep. 1986. Web. 31 Dic. 2013.
- . "Discurso pronunciado en la clausura de la VIII Conferencia de la Asociación Americana de Juristas." *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 17 Sep. 1987. Web. 31 Dic. 2013.

- . “Discurso pronunciado en la clausura de la Cumbre de Ministros de Salud del Movimiento de Países No Alineados.” *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 26 Jun. 1998. Web. 3 Ene. 2014.
- . “Discurso pronunciado en la clausura del II Congreso del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, la Ciencia y el Deporte.” *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 22 Dic. 1991. Web. 1 Ene. 2014.
- . “Discurso pronunciado en la clausura del III Encuentro Continental de Mujeres.” *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 7 Oct. 1988. Web. 1 Ene. 2014.
- . “Discurso pronunciado en la clausura del V Congreso de la Federación Estudiantil Universitaria.” *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 25 Mar. 1995. Web. 2 Ene. 2014.
- . “Discurso pronunciado en la clausura del VI Seminario Internacional de Atención Primaria.” *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 28 Nov. 1997. Web. 3 Ene. 2014.
- . “Discurso pronunciado en la clausura del XI Foro de Ciencia y Técnica.” *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 21 Dic. 1996. Web. 2 Ene. 2014.
- . “Discurso pronunciado en la primera sesión de trabajo de la XII Cumbre del Movimiento de Países No Alineados.” *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 2 Sep. 1998. Web. 3 Ene. 2014.

- . "Discurso pronunciado en la sesión conmemorativa del 50 aniversario de la Organización Mundial de la Salud (OMS)." *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 14 May. 1998. Web. 3 Ene. 2014.
- . "Informe central al V Congreso del Partido Comunista de Cuba." *Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*. Cuba.cu, 8 Oct. 1997. Web. 2 Ene. 2014.
- . "News Conference in Caracas, Venezuela" *Castro Speech Data Base*. Latin American Network Information Center, 8 Feb. 1989. Web. 1 Ene. 2014.
- Cela, Camilo José. "La experiencia personal en *Pabellón de reposo*." *Papeles de Son Armadans* 24 (1962): 131-135. Impreso.
- . *Pabellón de reposo*. Barcelona: Austral, 2011. Impreso.
- Céspedes, Karina Lissette. *¡Ay Mama Inés!: A Decolonial Feminist Critique of Cuban Nationalism, Tourism, and Sex Work*. Diss. University of California, Berkeley, 2007. Ann Arbor: UMI, 2008. Impreso.
- Charlebois, Lucile C. *Understanding Camilo José Cela*. Columbia, S.C.: University of South Carolina Press, 1998. Impreso.
- Código penal para el Distrito Federal y territorio de la Baja-California sobre delitos del fuero común y para toda la República sobre delitos contra la Federación*. México: Imprenta del Progreso, 1873. Impreso.
- Covaleda Ortega, Justo. "Asistencia pública y beneficencia." *Tratado de higiene y sanidad*. Ed. Valentín Matilla. Valencia: Saber, 1952. 785-795. Impreso.
- Cymerman, Claude. *La obra política y literaria de Eugenio Cambaceres (1843-1889): del progresismo al conservadurismo*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2007. Impreso.

De la Cova, Antonio Rafael. "U.S.-Cuba Relations During the Reagan Administration."

President Reagan and the World. Eds. Eric J. Schmertz, Natalie Datlof y Alexej Ugrinsky. Westport, CT: Greenwood Press, 1997. 381-391. Impreso.

De Maeseneer, Rita. *Devorando a lo cubano: Una aproximación gastrocrítica a textos*

relacionados con el siglo XIX y el Período Especial. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2012. Impreso.

"Decreto por el que se declara al año 2010 como Año del Bicentenario del inicio del movimiento

de Independencia Nacional y del Centenario del inicio de la Revolución Mexicana y se crea la Comisión Organizadora de dicha Conmemoración." *Diario Oficial de la Federación*. 16 Jun 2006. Impreso.

Del Cura, María Isabel y Rafael Huertas. *Alimentación y enfermedad en tiempos de hambre:*

España, 1937-1947. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007. Impreso.

Deveny, Thomas. "Pa negre (*Pan negro*): Bilgunsroman [Bildungsroman]/bildungsfilm de

memoria histórica." *Nueva Literatura Hispánica* 16 (2012): 397-416. Impreso.

Díez Cobo, Rosa María. "La reescritura de la historia en la narrativa mexicana contemporánea."

Tendencias de la narrativa mexicana actual. Ed. José Carlos González Boixo. Madrid: Iberoamericana, 2009. 31-87. Impreso.

Doria, Sergi. "El corazón del bosque." *Revista de libros de la Fundación Caja Madrid* 97

(2005): 48. Impreso.

Eastwood, Jonathan. "Positivism and Nationalism in 19th Century France and Mexico." *Journal*

of Historical Sociology 17.4 (2004): 331-347. Impreso.

- Eckstein, Susan. "Dollarization and Its Discontents in the Post-Soviet Era." *A Contemporary Cuba Reader: Reinventing the Revolution*. Eds. Philip Brenner, et al. Lanham, MD: Rowman & Littlefield Publishers, 2008. 179-192. Impreso.
- Eiroa San Francisco, Matilde. "Las fuentes doctrinales: pensamiento y lenguaje de la represión sistémica (1936-1948)." *Franco: la represión como sistema*. Ed. Julio Aróstegui. Barcelona: Flor del Viento Ediciones, 2012. 107-160. Impreso.
- Esposito, Roberto. *Bíos: Biopolitics and Philosophy*. Trad. Timothy Campbell. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2008. Impreso.
- . *Immunitas: The Protection and Negation of Life*. Trad. Zakiya Hanafi. Cambridge: Polity Press, 2011. Impreso.
- . *Terms of the Political: Community, Immunity, Biopolitics*. Trad. Rhiannon Noel Welch. New York: Fordham University Press, 2013. Impreso.
- Estrada, Oswaldo. "De putas y locas...o de la historia y ficción en la obra transgénica de Cristina Rivera Garza." *Monographic Review/Revista Monográfica* 26 (2010): 149-164. Impreso.
- Fernández, Oscar. *Proliferation of Disease in Iberoamerican Fiction*. Diss. Pennsylvania State University, 2003. Ann Arbor: UMI, 2004. Impreso.
- Ferrary, Alvaro. *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, 1993. Impreso.
- Folkart, Jessica A. "On Pencils, Places, and the Pursuit of Desire: Manuel Rivas's *El lápiz del carpintero*." *Revista de Estudios Hispánicos* 40.2 (2006): 297-315. Impreso.

Foucault, Michel. *The Birth of Biopolitics: Lectures At the Collège De France, 1978-79*. Trad.

Graham Burchell. Ed. Michel Senellart. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2008.

Impreso.

---. *The Birth of the Clinic: an Archaeology of Medical Perception*. New York: Vintage Books, 1994. Impreso.

---. *Madness and Civilization: A History of Insanity In the Age of Reason*. Trad. Richard Howard. New York: Pantheon Books, 1965. Impreso.

---. "Of Other Spaces." Trad. Jay Miskowiec. *Diacritics* 16.1 (1986): 22-27. Impreso.

---. *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*. Ed. Colin Gordon. New York: Pantheon Books, 1980. Impreso.

---. *The Care of the Self, Volume 3 of The History of Sexuality*. Trad. Robert Hurley. New York: Vintage Books, 1988. Impreso.

---. *The History of Sexuality, Volume 1: An Introduction*. Trad. Robert Hurley. New York: Vintage Books, 1990. Impreso.

---. *The Use of Pleasure, Volume 2 of The History of Sexuality*. Trad. Robert Hurley. New York: Vintage Books, 1990. Impreso.

Fraga, Miguel Angel. *En un rincón cerca del cielo: entrevistas y testimonios sobre el SIDA en Cuba*. Valencia, España: Aduana Vieja, 2008. Impreso.

---. *No dejes escapar la ira*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas, 2001. Impreso.

Freudenthal Portas, Alfredo. *Enseñanzas sociales en la tuberculosis pulmonar*. Zaragoza: Ibarra, 1944. Impreso.

- Frugoni de Fritzsche, Teresa. *El naturalismo en Buenos Aires*. Buenos Aires: Instituto de Literatura Argentina "Ricardo Rojas," 1966. Impreso.
- Gabarda Cebellán, Vicent. *Els afusellaments al País Valencià (1938-1956)*. Valencia: Universitat de València, 2007. Impreso.
- Gabilondo, Joseba. "Masculine Masochism as Dominant Fiction in Galician Narrative: An Analysis of Manuel Rivas's Texts." *Galicia 21 C* (2011): 78-103. Impreso.
- Gálvez, Marina. *La novela hispanoamericana (hasta 1940)*. Madrid: Taurus, 1990. Impreso.
- Gambetta Chuk, Aída Nadi. "Novela y atentado: El *Expediente del atentado* (2007), de Álvaro Uribe." *Revista de Literatura, História e Memória* 6.8 (2010): 85-95. Impreso.
- Gamboa, Federico. *Mi diario: Mucho de mi vida y algo de la de otros*. Ed. Memorias mexicanas. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995. Impreso.
- . *Santa*. Ed. Javier Ordiz. Madrid: Cátedra. 2002. Impreso.
- García Barragán, María Guadalupe. *El naturalismo literario en México: Reseña y notas bibliográficas*. 2a ed. Ciudad de México: UNAM, 1993. Impreso.
- García Cárcel, Ricardo. *La herencia del pasado: las memorias históricas de España*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2011. Impreso.
- García Freyre, Laura. "Porno Para Ricardo, rock y anarquía para una sociedad en transición." *Cultura y letras cubanas en el siglo XXI*. Ed. Araceli Tinajero. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2010. 95-115. Impreso.
- García Luquero, C. *La tuberculosis como problema social sanitario*. Barcelona: Casa Provincial de Caridad, 1950. Impreso.

- García Padilla, Margarita. "Historia de la acción social: Seguridad Social y asistencia (1939-1975)." *Historia de la acción social pública en España. Beneficencia y previsión*. Madrid: Centro de Publicaciones Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1990. 397-447. Impreso.
- García Rivas, Heriberto. *Historia de la literatura mexicana*. México: Textos Universitarios, 1973. Impreso.
- García Yebra, Tomás. *Desmontando a Cela*. Madrid: Ediciones Libertarias, 2002. Impreso.
- Glantz, Margo. "Santa y la carne." *La lengua en la mano*. México: La Red de Jonás, 1983. 42-52. Impreso.
- Gnutzmann, Rita. *La novela naturalista en Argentina (1880-1900)*. Amsterdam-Atlanta: Rodopi, 1998. Impreso.
- González, Peña C. *Historia de la literatura mexicana: desde los orígenes hasta nuestros días*. México: Editorial Porrúa, 1963. Impreso.
- González Ascencio, Gerardo. "Positivismo y organicismo en México a finales del siglo XIX." *Alegatos* 76 (2010): 693-724. Impreso.
- González-Abellás, Miguel Angel. "'Aquella isla': Introducción al universo narrativo de Zoé Valdés." *Hispania* 83.1 (2000): 42-50. Impreso.
- Greenblatt, Stephen. *Learning to Curse: Essays In Early Modern Culture*. New York: Routledge, 2007. Impreso.
- Guarnieri, Patrizia. "Enrico Morselli (1852-1929)." *Anthology of Italian Psychiatric Texts*. Eds. Mario Maj y Filippo M. Ferro. New York: Wiley, 2002. 177-180. E-book.

- Gural-Midgal, Anna y Carolyn Snipes-Hoyt. *Zola et le texte naturaliste en Europe et aux Amériques: Généricité, intertextualité et influences*. New York: Edwin Mellen P, 2006. Impreso.
- Guzmán, Julia María. *Realismo y naturalismo en Puerto Rico*. San Juan: Instituto de Literatura Puertorriqueña, 1972. Impreso.
- Hamilton, Carrie. *Sexual Revolutions in Cuba: Passion, Politics, and Memory*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2012. Impreso.
- Haraway, Donna. "The Biopolitics of Postmodern Bodies: Determinations of Self in Immune System Discourse." *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies* 1.1 (1989): 3-43. Impreso.
- Hardt, Michael y Antonio Negri. "Biopolitics as event." *Biopolitics: A Reader*. Eds. Timothy Campbell y Adam Sitze. Durham, NC: Duke University Press, 2013. 237-244. Impreso.
- Harney, Lucy D. "Nostalgia, Myth, and Science in Rivas's *El lápiz del carpintero*." *Spanishness in the Spanish Novel and Cinema of the 20th-21st Century*. Ed. Cristina Sánchez-Conejero. Newcastle: Cambridge Scholars Publishing, 2007. Impreso.
- Hauptert, Joëlle, Yves De Smet, y Jean-Marie Spautz. "La théorie de la dégénérescence de Bénédict-Augustin Morel (1809-1873): inspireurs et thuriféraires." *L'Information Psychiatrique* 80 (2004): 43-9. Impreso.
- Hind, Emily. "Hablando históricamente: La ciencia de la locura en *Feliz Nuevo Siglo Doktor Freud* de Sabina Berman y *Nadie me verá llorar* de Cristina Rivera Garza." *Literatura Mexicana* 17:2 (2006): 147-67. Impreso.

- Hurtado, Guillermo. "The Anti-Positivist Movement in Mexico." *A Companion to Latin American Philosophy*. Eds. Susana Nuccetelli, Ofelia Schutte y Otávio Bueno. Malden, MA: Wiley-Blackwell, 2010. Impreso.
- Hutcheon, Linda. *Irony's Edge: The Theory and Politics of Irony*. New York: Routledge, 1994. Impreso.
- . *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction*. New York: Routledge, 1988. Impreso.
- Ilie, Paul. *La novelística de Camilo José Cela*. Madrid: Gredos, 1963. Impreso.
- Informe de censura*. La colmena, *Camilo José Cela*. Vicesecretaría de Educación Popular. Delegación Nacional de Propaganda. Sección de censura de publicaciones. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares. 18 Ene. 1946. Impreso.
- Informe de censura*. Pabellón de reposo, *Camilo José Cela*. Vicesecretaría de Educación Popular. Delegación Nacional de Propaganda. Sección de censura de publicaciones. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares. 24 Nov. 1943. Impreso.
- Ingenschay, Dieter. "Hemispheric Looks at Literary AIDS Discourses in Latin America." *Iberoamericana* 20 (2005): 141-156. Impreso.
- . "Sida y ciudadanía." *Cruce de lenguas: Sexualidades, diversidad y ciudadanía*. Ed. Kathya Araujo. Santiago: LOM Ediciones, 2007. 31-52. Impreso.
- Irwin, Robert McKee. "La modernidad es un prostíbulo: *Nadie me verá llorar* de Cristina Rivera Garza." *Territorio de escrituras: narrativa mexicana del fin del milenio*. Ed. Nora Pasternac. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2005. 71-82. Impreso.
- Izquierdo Laguna, Silvano. *Historia de la tuberculosis*. Bilbao: Imp. Edit. Moderna, 1943. Impreso.

- Jameson, Fredric. *The Political Unconscious: Narrative As a Socially Symbolic Act*. Ithaca: Cornell University Press, 1981. Impreso.
- . *Postmodernism, Or, The Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham: Duke University Press, 1991. Impreso.
- Jensen, Mark K. "Introduction." *Emile Zola's J'Accuse*. Trad. Mark K. Jensen. Soquel, CA: Bay Side P, 1992. Impreso.
- Jiménez Lucena, Isabel. "El tifus exantemático de la posguerra española (1939-1943). El uso de una enfermedad colectiva en la legitimación del 'Nuevo Estado.'" *DYNAMIS Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam* 14 (1994): 185-198. Impreso.
- Kanost, Laura. "Pasillos sin luz: Reading the Asylum in *Nadie me verá llorar* by Cristina Rivera Garza." *Hispanic Review* 76.3 (2008): 299-316. Impreso.
- Kath, Elizabeth. *Social Relations and the Cuban Health Miracle*. New Brunswick: Transaction Publishers, 2010. Impreso.
- Kronik, John W. "Pabellón de reposo: la inquietud narrativa de Camilo José Cela." *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, II*. Eds. A. David Kossoff, José Amor y Vázquez, Ruth H. Kossoff y Geoffrey W. Ribbans. Madrid: Istmo, 1986. 105-111. Impreso.
- La lucha antituberculosa nacional*. Madrid: V. Bayarri, 1950. Impreso.
- Labanyi, Jo. *Myth and History In the Contemporary Spanish Novel*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989. Impreso.

- Lantero Abreu, Maria Isela, et al. "Cuba." *The HIV Pandemic: Local and Global Implications*. Eds. Eduard J. Beck, et al. Oxford: Oxford University Press, 2006. 379-392. Impreso.
- Larraguibel, Juan Prudencio de. *La tuberculosis se cura: sensacional historia de un tuberculoso curado*. Cádiz: Est. Cerón, 1939.
- Lauge Hansen, Hans, y Juan Carlos Cruz Suárez. *La memoria novelada: hibridación de géneros y metaficción en la novela española sobre la guerra civil y el franquismo (2000-2010)*. Berna: Peter Lang, 2012. Impreso.
- Lavista, Rafael. "Relaciones entre la medicina y la jurisprudencia." *Anuario de legislación y jurisprudencia, Sección de estudios de derecho* 12 (1895): 242-252. Impreso.
- Leiner, Marvin. *Sexual Politics in Cuba: Machismo, Homosexuality, and AIDS*. Boulder, CO: Westview Press, 1994. Impreso.
- Levinson, Irving. "Positively Disastrous: The Comtian Legacy in Mexico." *Latin American Positivism: New Historical and Philosophical Essays*. Eds. Gregory D. Gilson e Irving W. Levinson. Plymouth: Lexington Books, 2013. Impreso.
- Ley de Bases de Sanidad Nacional: Precedida de los discursos pronunciados ante el Pleno de las Cortes Españolas, el día 22 de noviembre de 1944, por los Excmos. Sres. Ministro de la Gobernación, D. Blas Pérez González, y Director General de Sanidad, D. José A. Palanca y Martínez-Fortún*. Madrid: Dirección General de Sanidad, 1944. Impreso.
- "Ley de Bases del Patronato Nacional Antituberculoso." *Boletín Oficial del Estado* 226 (1939) 4439-4445. Impreso.
- Linz, Juan José. *Totalitarian and Authoritarian Regimes*. Boulder: Lynne Rienner Publishers, 2000. Impreso.

- López Martínez, María Isabel. "La prosa en *Pabellón de reposo* de Cela." *Anuario de estudios filológicos* 15 (1992): 181-192. Impreso.
- Lumsden, Ian. *Machos, Maricones, and Gays: Cuba and Homosexuality*. Philadelphia: Temple University Press, 1996. Impreso.
- MacDowall. "Historicising Contemporary Bisexuality." *Journal of Bisexuality* 9 (2009): 3-15. Impreso.
- Mann, Thomas. *The Magic Mountain: a Novel*. Trad. John E. Woods. New York: A. Knopf, 1995. Impreso.
- Massot, Josep. "La novela en la que se basa 'Pa Negre' vende 20.000 ejemplares tras el estreno del filme." *La Vanguardia*, 15 feb. 2011. Web. 11 dic. 2013.
- Matilla Gómez, Valentín. "Asistencia pública." *Tratado de higiene y sanidad*. Ed. Valentín Matilla. Valencia: Saber, 1952. 1097-1104. Impreso.
- . "Legislación y organización sanitarias." *Tratado de higiene y sanidad*. Ed. Valentín Matilla. Valencia: Saber, 1952. 1087-1096. Impreso.
- Matos-Martín, Eduardo. *Thinking Biopolitics: Reflections on Franco's Dictatorship through Contemporary Fiction*. Diss. University of Michigan, 2010. Ann Arbor: UMI, 2010. Impreso.
- Mbembe, Achille. "Necropolitics." *Public Culture* 15.1 (2003): 11-40. Impreso.
- McPheeters, D. W. *Camilo José Cela*. New York: Twayne Publishers, 1969. Impreso.
- Menéndez, Ronaldo. *Las bestias*. Madrid: Punto de Lectura, 2010. Impreso.
- Menton, Seymour. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. 1a. ed. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1993. Impreso.

- Molano Nucamendi, Horacio. "Descubriendo el *Expediente del atentado*. La novela histórica según Álvaro Uribe." *Decires, Revista del Centro de Enseñanza para Extranjeros* 14.17 (2012): 71-90. Impreso.
- Molina, Sintia. *El naturalismo en la novela cubana*. Lanham, MD: University Press of America, 2001. Impreso.
- Montaner, Rafel. "Los historiadores reclaman que se estudien las fosas de Paterna y Portaceli." *Levante-El Mercantil Valenciano*, 4 sep. 2008. Web. 5 dic. 2013.
- Morales, Carlos Javier. *Julián Martel y la novela naturalista argentina*. Logroño: Universidad de La Rioja, 1997. Impreso.
- Morales, Carlos Ramón. "Expediente de un rodaje. Entrevista con Álvaro Uribe en el set de *El atentado* de Jorge Fons." *Distintas Latitudes, revista digital de reflexión latinoamericana*, 2 Oct. 2010. Web. 20 Feb. 2013.
- Moreno-Nuño, Carmen. *Las huellas de la guerra civil: mito y trauma en la narrativa de la España democrática*. Madrid: Ediciones Libertarias, 2006. Impreso.
- Negri, Antonio. "The Political Monster: Power and Naked Life." *In Praise of the Common*. Eds. Cesare Casarino y Antonio Negri. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2008. 193-218. Impreso.
- Nichols, William J. "La narración oral, la escritura y los «les lieux de memoire» en *El lápiz del carpintero* de Manuel Rivas." *Lugares de memoria de la guerra civil y el franquismo. Representaciones literarias y visuales*. Ed. Ulrich Winter. Madrid: Iberoamericana, 2006. 155-176. Digital.

- Nieto Marín, Juan. "Emili Teixidor: la seducción de las palabras." *Lazarillo: Revista de la Asociación de Amigos del Libro Infantil y Juvenil* 16 (2006): 78-82. Impreso.
- Nora, Eugenio de. "Sobre Pabellón de reposo." *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas* 518-519 (1990): 55-56. Impreso.
- Nouzeilles, María Gabriela. *Ficciones somáticas: naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo, 2000. Impreso.
- Oksala, Johanna. "Anarchic Bodies: Foucault and the Feminist Question of Experience." *Hypatia* 19.4 (2004): 99-121. Impreso.
- Pacheco, José Emilio. "Introducción." *Mi diario I (1892-1896), mucho de mi vida y algo de la de otros: Federico Gamboa*. México: Memorias Mexicanas, 1995. ix-xxx. Impreso.
- Pagés, Raisa. "The Status of Cuban Women." *A Contemporary Cuba Reader: Reinventing the Revolution*. Eds. Philip Brenner, et al. Lanham, MD: Rowman & Littlefield Publishers, 2008. 311-315. Impreso.
- Palanca y Martínez Fortún, José Alberto. *Importancia social de la Sanidad Pública*. Madrid: Escuela Social de Madrid, 1944. Impreso.
- Palanca y Martínez Fortún, José Alberto, et al. *Orientaciones actuales en Sanidad Pública*. Madrid: Gráficas González, 1947. Impreso.
- Palaversich, Diana. *De Macondo a McOndo: Senderos de la posmodernidad latinoamericana*. México: Plaza y Valdés, 2005. Impreso.
- Palou, Pedro A. *Pobre patria mía: la novela de Porfirio Díaz*. México, D.F.: Planeta, 2010. Impreso.
- "Péchés capitaux." *Les éditions Textuel*, n.d. Web. 3 Mar. 2014.

Pérez Ávila, Jorge. *Sida: confesiones a un médico*. La Habana: Casa Editora Abril, 2006.

Impreso.

Pérez González, Blas. *Política sanitaria nacional*. Madrid: Dirección General de Sanidad, 1950.

Impreso.

Pi i Murugó, Anna. “La novela: Un arma contra el olvido y la complicidad.” *Nexos* 1 (2007): 66-

71. Impreso.

Pla, Xavier. Epílogo “Blai de Santanyí i la versió extensa d’*El mar*.” *El mar*. Por Blai Bonet.

Barcelona: Club Editor, 2011. 225-265. Impreso.

---. “Memoria y violencia en la novela *El mar* de Blai Bonet.” *Romance Notes* 51.1 (2011): 25-

33. Impreso.

Poot-Herrera, Sara. “El paraíso de Matilda Burgos. Un refugio sin puertas.” *Cristina Rivera*

Garza: ningún crítico cuenta esto. Ed. Oswaldo Estrada. México: Ediciones Eón, 2010.

85-109. Impreso.

Pons Pons, Jerònia. “Los inicios del seguro de enfermedad en España, 1923-1945.” *Los orígenes*

del Estado del Bienestar en España, 1900-1945: los seguros de accidentes, vejez,

desempleo y enfermedad. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2010. 217-246.

Digitalia.

Prendes Guardiola, Manuel. *La novela naturalista hispanoamericana: evolución y direcciones de*

un proceso narrativo. Madrid: Cátedra, 2003. Impreso.

Price, Brian L. “Cristina Rivera Garza en las orillas de la historia.” *Cristina Rivera Garza:*

ningún crítico cuenta esto. Ed. Oswaldo Estrada. México: Ediciones Eón, 2010. 111-133.

Impreso.

Prieto, Santiago. "La tuberculosis en la obra de Cela." *Ars Medica. Revista de Humanidades* 1.3 (2003): 30-47. Impreso.

Quevedo y Zubieta, Salvador. *La camada: novela histórica mexicana*. México: Librería de CH. Bouret, 1912. Impreso.

Raat, William D. "The Antipositivist Movement in Prerevolutionary Mexico, 1892-1911." *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 19.1 (1977): 83-98. Impreso.

---. "Leopoldo Zea and Mexican Positivism: A Reappraisal." *Hispanic American Historical Review* 48.1 (1968): 1-18. Impreso.

---. *El positivismo durante el Porfiriato, 1876-1910*. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Divulgación, 1975. Impreso.

Ramón García, Emilio. *De las olimpiadas de Barcelona a la ley de memoria histórica: la revisión de la historia en la novela histórica española*. Murcia: Nausicaä, 2007. Impreso.

Rangel, Dolores. "Una lectura de la sociedad porfiriana en *Nadie me verá llorar* de Cristina Rivera Garza." *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* 15.37 (2008): 53-61. Impreso.

Redonet, Salvador. *Los últimos serán los primeros*. La Habana, Cuba: Editorial Letras Cubanas, 1993. Impreso.

Redruello, Laura. "Touring Havana in the Work of Ronaldo Menéndez." *Havana beyond the Ruins: Cultural Mappings after 1989*. Eds. Anke Birkenmaier y Esther Whitfield. Durham, NC: Duke University Press, 2011. 229-245. Impreso.

Reid-Henry, Simon. *The Cuban Cure: Reason and Resistance in Global Science*. Chicago: University of Chicago Press, 2010. Impreso.

Rivas, Manuel. *El lápiz del carpintero*. 8a. ed. Trad. Dolores Vilavedra. Madrid: Santillana, 2012. Impreso.

Rivera Garza, Cristina. *La Castañeda: narrativas dolientes desde el Manicomio General, México, 1910-1930*. México, D.F.: Tusquets, 2010. Impreso.

---. *The Masters of the Streets: Bodies Power and Modernity in Mexico, 1867-1930*. Diss. University of Houston, 1995. Ann Arbor: UMI, 1995. Impreso.

---. *Nadie me verá llorar*. 4a. ed. México: Tusquets Editores, 2008. Impreso.

Rodrigo, Javier. *Cautivos: campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*. Barcelona: Crítica, 2005. Impreso.

---. *Los campos de concentración franquistas: entre la historia y la memoria*. Madrid: Siete Mares, 2003. Impreso.

Rodríguez, Blanca. "Intertextualidades en *Nadie me verá llorar* de Cristina Rivera Garza." *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* 9.20 (2003): 105-15. Impreso.

Rodríguez Arias, Miguel Ángel. *El caso de los niños perdidos del franquismo: crimen contra la humanidad*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2008. Impreso.

Rodríguez Tejerina, José María. *Camilo José Cela y la medicina*. Palma de Mallorca: Mossèn Alcover, 1974. Impreso.

Rose, Nikolas. "Medicine, History and the Present." *Reassessing Foucault: Power, Medicine and the Body*. Eds. Colin Jones y Roy Porter. London: Routledge, 1994. 48-72. Impreso.

Roy, Joaquín. *Cuba, the United States, and the Helms-Burton Doctrine: International Reactions*. Gainesville, FL: University Press of Florida, 2000. Impreso.

- Rubio Cuevas, Iván. "La doble insularidad de los novísimos narradores cubanos." *La isla posible*. Eds. Carmen Alemany Bay, Remedios Mataix y José Carlos Rovira. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. 547-554. Web. 26 Feb. 2014.
- Ruffinelli, Jorge. "Ni a tontas ni a locas: la narrativa de Cristina Rivera Garza." *Nuevo Texto Crítico* 21.2 (2008): 33-41. Impreso.
- Ruiz-Meléndez, Mónica M. *Voices of Displacement: The Multiple Exiles in the Works of Zoé Valdés*. Diss. University of Georgia, 2005. Electrónico.
- Sánchez-Blake, Elvira. Narrativas de locura: *La nave de los locos* de Peri Rossi y *Nadie me vera llorar* de Rivera Garza." *Hispanic Journal* 32.1 (2011): 61-74. Impreso.
- Saunders, Tanya L. *The Cuban Remix: Rethinking Culture and Political Participation in Contemporary Cuba*. Diss. University of Michigan, 2008. Ann Arbor: UMI, 2009. Impreso.
- Schlickers, Sabine. *El lado oscuro de la modernización: estudios sobre la novela naturalista hispanoamericana*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2003. Impreso.
- Sedycias, João. *The Naturalistic Novel of the New World: a Comparative Study of Stephen Crane, Aluísio Azevedo, and Federico Gamboa*. Lanham, MD: University Press of America, 1993. Impreso.
- Sierra Madero, Abel. *Del otro lado del espejo: La sexualidad en la construcción de la nación cubana*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2006. Impreso.
- Simón Lorda, David. "Recuperando a Memoria (histórica) na sanidade galega (II): Médicos, Practicantes e "Maquis": O apoio á guerrilla e aos represaliados na pós-guerra." *Humanidades* 18 (2011): 164-171. Impreso.

- Smallman, Shawn. "The Caribbean: Cuba and Haiti." *The AIDS Pandemic in Latin America*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2007. 19-66. Impreso.
- Sontag, Susan. *Illness As Metaphor: And, Aids and Its Metaphors*. New York: Picador/Farrar, Straus and Giroux, 1989. Impreso.
- Speckman Guerra, Elisa. *Crimen y castigo: legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*. México: Colegio de México, UNAM, 2002. Impreso.
- Spicer-Escalante, JP, and Lara Anderson, eds. *Au Naturel: (Re)Reading Hispanic Naturalism*. Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing, 2010. Impreso.
- Sunfrog. "Pansies Against Patriarchy: Gender Blur, Bisexual Men, and Queer Liberation." *Bisexual Politics: Theories, Queries, and Visions*. Ed. Naomi Tucker. New York: Haworth Press, 1995. 319-324. Impreso.
- Suquet Martínez, Mirta. "Rostros del VIH/sida en la literatura cubana: Construcción de una identidad entre la sujeción y la oposición." *Cuba: Arte y literatura en exilio*. Eds. Grace Piney y James J. Pancrazio. Valencia: Legua Editorial, 2011. 239-251. Impreso.
- Tasende, Mercedes. "La Guerra Civil española como apocalipsis: La función del pórtico de la gloria en *El lápiz del carpintero*." *Alba de América* 23 (2004): 297-312. Impreso.
- . "El proceso de mitificación en *El lápiz del carpintero*, de Manuel Rivas." *Monographic Review/Revista Monográfica* 17 (2001): 206-222. Impreso.
- Teixidor, Emili. "La literatura juvenil. Un género polémico." *Educación y biblioteca* 148 (2005): 6-11. Impreso.
- . *Pan negro*. Barcelona: Seix Barral, 2004. Impreso.

Timmer, Nanne. "Zoé Valdés." *The Contemporary Spanish-American Novel: Bolaño and After*.

Eds. Will H. Corral, Juan E. De Castro y Nicholas Birns. New York: Bloomsbury, 2013.

Impreso.

Tronsgard, Jordan. "Ironic Nostalgia: The Second Republic Today in Manuel Rivas's *El lápiz*

del carpintero." *Anales de la Literatura Española Contemporánea* 36.1 (2011): 225-247.

Impreso.

---. "Memory, Migration and Identity in Manuel Rivas's *El lápiz del carpintero* and Almudena

Grandes's *Malena es un nombre de tango*." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*

36.3 (2012): 501-517. Impreso.

Urbistondo, Vicente. *El naturalismo en la novela chilena*. Santiago: Bello, 1960. Impreso.

Uribe, Álvaro. *Expediente del atentado*. Barcelona: Tusquets Editores, 2008. Impreso.

---. *Recordatorio de Federico Gamboa*. México: Breve Fondo Editorial, 1999. Impreso.

Uxó, Carlos. "Los Novísimos cubanos: primera generación de escritores nacidos en la

Revolución." *Letras Hispanas* 7 (2010): 186-198. Web. 26 Feb. 2014.

Valdés, Zoé, y Sylvie Douce de La Salle. *La ira: Cólera de ángeles*. Barcelona: Editorial Lumen,

1996. Impreso.

Valladares Ruiz, Patricia. *Subjetividades sexuales y nacionales en la narrativa cubana*

contemporánea (1990-2003). Diss. Université de Montréal, 2004. Ann Arbor: UMI,

2005. Impreso.

Vallejo de Simón, Antonio María. *Medicina e higiene sociales*. Madrid: Estades, 1946. Impreso.

Vázquez García, Francisco. *La invención del racismo: nacimiento de la biopolítica en España,*

1600-1940. Madrid: Ediciones Akal, 2009. Impreso.

- Venkatesh, Vinodh. "Gender, Patriarchy and the Pen(is) in Three Rewritings of Latin American History." *Chasqui: Revista de Literatura Latinoamericana* 40.2 (2011): 95-107. Impreso.
- . "Rewriting Mexican Masculinity: Stereotyping/Countertyping Men in Cristina Rivera Garza's *Nadie me verá llorar*." *Explicación de Textos Literarios* 36.1-2 (2007-2008): 52-64. Impreso.
- . "Transgresiones de la masculinidad: ciudad y género en *Nadie me verá llorar*." *Cristina Rivera Garza: ningún crítico cuenta esto*. Ed. Oswaldo Estrada. México: Ediciones Eón, 2010. 135-53. Impreso.
- Vinyes, Ricard, Montse Armengou y Ricard Belis. *Los niños perdidos del franquismo*. Barcelona: Plaza & Janés, 2002. Impreso.
- Wallace, Jeanne C. "Salvador Quevedo y Zubieta." *Dictionary of Mexican Literature*. Ed. Eladio Cortés. Westport, CT: Greenwood P, 1992. 549-551. Impreso.
- Walsh, Anne L. "The Inescapable Nature of Memory: The Case of *El lápiz del carpintero* (Manuel Rivas) and *El vano ayer* (Isaac Rosa)." *Guerra y memoria en la España contemporánea / War and Memory in Contemporary Spain*. Eds. Alison Ribeiro de Menezes, Roberta Ann Quance y Anne L. Walsh. Madrid: Verbum, 2009. 229-241. Impreso.
- White, Hayden V. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973. Impreso.
- Whitfield, Esther. "La narrativa cubana y el ejemplo del exilio: El caso de Zoé Valdés." *Exilios y residencias: Escrituras de España y América*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2007. 245-254. Impreso.

Yoshino, Kenji. "The epistemic contract of bisexual erasure." *Stanford Law Review* 52.2 (2000): 353-461. Impreso.

Ysàs, Pere. *Disidencia y subversión: la lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*. Barcelona: Crítica, 2004. Impreso.

Zayón Jomolca, Lourdes, y José Ramón Fajardo Atanes, eds. *Toda esa gente solitaria: 18 cuentos cubanos sobre el sida*. Madrid: Ediciones La Palma, 1997. Impreso.

Zea, Leopoldo. *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1968. Impreso.

Periódicos históricos citados

ABC. Madrid: 1940-1945. Digital.

Arriba. Madrid: 1939-1944. Microfilm.

Diario del Hogar. Ciudad de México: Sep 1897. Microfilm.

El Imparcial. Ciudad de México: 1897-1910. Microfilm.

La Patria. Ciudad de México: Sep-Nov 1897. Microfilm.

El Popular. Ciudad de México: Sep-Nov 1897. Microfilm.

El Universal. Ciudad de México: Sep-Nov 1897. Microfilm.